

CR – 37 – 2.019

TÍTULO:

CAWBOY CON SU CABALLO

AUTOR:

SIXTO SANZ CABRERA

**PROTAGONISTAS:****HUGO****SARA****FRANCISCO****IRENE****ARTURO****RENATA****RICARDO****JULIETA**

En un rancho se vislumbra una trágica situación de la vida; en donde la escena principal se interpone al tiempo y al parecer de las personas.

Buena silla, buena montura, con buena predisposición para tener un atisbo de ilusión dentro de mi Alma; ya que el ala de mi sombrero me iba quitando los rayos del moreno, que estallaban en todo lo alto, como si fuesen una explosión de fuegos artificiales.

Mi caballo relinchaba al son del viento, cuando llegaba alguna pizca de soplo nuevo a sus hocicos; como queriendo demostrar el agradecimiento por tan grandioso relax en ese día de tanto calor y sudores como íbamos teniendo los dos, mi caballo y yo.

Todo ello me provocaba un efluvio de alegría por mi parte; ya que yo me sentía el hombre más dichoso de todos los mortales. Por lo tanto silbaba una bella canción, que sin armónica, se me podía escuchar a varios metros a distancia de donde cabalgaba con mi caballo.

Pero en un momento determinado me tuve que agarrar bien a la silla de montar; ya que mi caballo hizo un movimiento raro, además que se elevó con las patas delanteras como queriendo pisotear alguna cosa o animal que se le cruzó en el camino.

Dejé silbar de momento para ver qué tenía mi caballo delante de él, que tantos nervios y sustos le habían provocado: Viendo una serpiente, “*Crotalus adamanteus*”. Una de las serpientes más venenosas de todo aquel territorio.

Cosa curiosa: Vi arrastrarse a la serpiente hasta la puerta de mi ayudante, Ricardo; entrándose por un hueco de aquella puerta a la casa.

Bajé de mi montura, haciendo un efecto raro mi caballo; pues con un respingo me quería decir algo, que yo no le entendía. Me dirigí hacia la casa de Ricardo para alertarle del peligro que se encontraba; cuando vi que éste estaba echando de comer a la serpiente: Parecía que allí no pasaba nada de extraordinario, solamente era que tenía adiestrada a la serpiente mi ayudante Ricardo.

Volví sobre mis pasos, cogiéndole de las riendas a mi caballo; pues se había quedado rezagado, en el mismo sitio donde yo me había apeado de él. Yéndome a pie al porche de mi vivienda, atando mi caballo a una argolla clavada en la pared para tales menesteres.

Al entrar en casa, mis menesteres eran complacido por mi mujer, Sara; que se encontraba haciéndome la comida: Un buen churrasco.

En aquellas extensiones de tierras llanas, se solía comer churrasco por nuestra parte, por la parte del gremio en que yo estaba encuadrado.

¡AH!, no; no crean ustedes que los Cowboy éramos como en aquellos tiempos, en que la trashumancia se hacía cotidianamente trasportando a pie a las cabezas de ganado que una persona posee en su rancho y que el ayudante era el que los trasportaba, ya fuese en tren o a pie al lugar de ventas, más bien en Colorado.

No; no eran aquellos Cowboys a los que llamaban cariñosamente “Knights of the prairie”; héroes de las praderas, en donde no se tenía un carro, ni un helicóptero para llegar a grandes distancia de su rancho. En donde el Cowboy limpiaba las cuerdas y adiestraba a los caballos a base de lazos; en estos tiempos el adiestramiento está en los rodeos.

Sencillamente, mi ayudante acometía las tareas de arreglo del tractor y de otros utensilios más modernos; además éramos un conjunto de personas formadas alrededor de mi rancho, más bien cosmopolita: Mexicanos, argentinos y de otras nacionalidades, a demás de tejanos puros. Ustedes podrán intuirlo por los nombres que tenían mis ayudantes en el rancho.

El rancho: Muy separado de la urbe urbana, en donde a caballo se tardaría bastantes días llegar a la ciudad más cercana. Lo malo era que para vender mi ganado teníamos que ir a la estación de ferrocarril que tenía medios para subir el ganado a un

Vagón de tren. Pero eso sí; ya teníamos medios más adecuados para hacer ese viaje con el ganado: Unos buenos camiones que portaban varias cabezas, a la vez, de ganado.

Los verdaderos cowboys usaban los Jeans modernos, con botas gastadas y sombrero “ten gallon”, con un cierto aire de hispanismo del ingles; pues como dije antes, entre mis ayudantes existían mexicanos, argentinos, peruanos y de otras naciones sudamericanas, hablando entre los nativos a duras penas. Aunque pronto aprendieron hablar la lengua materna de aquellas Tierras.

Existía una aldea pequeña a trescientas millas del rancho, unos 482,803 kilómetros, donde íbamos para mercar productos de comida, como así vallas para contención del ganado, como otros productos del campo; pero que por su naturaleza de pequeña urbe empobrecida, no tenía hospital alguno, más que un solo médico: Teniendo que llevar a los enfermos de gravedad a la ciudad embellecida de Illinois.

Lo único bueno que teníamos en nuestro rancho, era que pasaba a cierta distancia de la ruta 50, una autopista solitaria como ella misma. Es una ruta federal que se dirige desde el norte al sur de EE.UU.

En cuanto a su clima es caluroso en verano y frío en invierno; no llegando nunca a más de treinta y dos grados en verano y a menos cuatro bajo cero, siendo raro que baje su temperatura a menos doce.

Su geografía física, se tiene que decir que en el sistema sudeste tiene una llanura con montes planos, y en las grandes llanuras, que cubre toda loa condados centro oeste, se da toda clase de productos manufacturados. Existiendo un rancho en esa ubicación de lo más variopinto que se haya visto nunca.

Yo, por aquel tiempo me dedicaba a mi ganado, con mi ayudante Ricardo; más bien de unas tres mil cabezas bobinas, que me estaban quitando el sueño por desear que

lloviese para tener los pastos necesarios: De esta manera no tenía que echar tanto pienso a mí ganado en tiempos de sequía.

No era eso sólo lo que me quitaba el sueño; pues en aquel año habíamos tenido un rendimiento considerable de trigo, así como semilla de maíz transgénico, ya que el maíz dulce se estaba sembrando en otros ranchos en grandes extensiones.

Un día salí en mi caballo con mi sombrero y botas seguido por mi ayudante Ricardo para ver el pequeño ganado que teníamos cerca del Río Saline; pues el rancho abarcaba hasta el ramal South Fork.

Era impresionante ver tanta extensión de tierras con tan poco ganado; pues aunque se haya dicho que tenía tres mil cabezas de ganado bovino, no tenía más que ciento veinticinco de ganado vacuno, para conservar los pastos íntegros y así tendrían más comida el ganado.

Bajé de mi montura, haciendo otro tanto de lo mismo Ricardo; quedándose fijamente con la vista puesta en mi persona.

HUGO -. ¡Okay!. ¿Pasa algo?.

RICARDO -. No entiendo, como teniendo tierra suficiente para criar doscientas veinticinco cabezas de vacuno, tienes ciento veinticinco.

HUGO -. Para que no se agoten los pastos.

RICARDO -. Venda el ganado vacuno más viejo y quédese con el nuevo: Así comprobará si puede criar dichas cabezas de ganado vacuno.

Pensándolo bien; ésta Tierra era más bien de ganado bovino, no de ganado vacuno: Pues bastantes problemas me repercutía el ganado vacuno, ya que teníamos su venta a bastantes kilómetros de nuestra zona.

Era curioso ver echar el lazo a Ricardo para retener los terneros y apartarlos del ganado más viejo. Así me encontraba extasiado ver esas artimañas que usaba mi ayudante, con tanto manejo y destreza que se me pasó el tiempo y al volver a mi estado normal, me pude dar cuenta que era la hora de volver a nuestra casa.

A la vuelta hacia casa me pareció bien darle unas directrices a mi ayudante Ricardo para que las tuviese en cuenta.

HUGO -. Ricardo.

RICARDO -. Sí, dime.

HUGO -. Mañana encárgate de limpiar bien el tractor; así como ver su engrase y todo el engranaje de su maquinaria.

RICARDO -. Así será.

Quedé satisfecho al ver cómo me había contestado Ricardo a mis súplicas, que no mis directrices personales: Yo no mando nada, lo ruego.

Tanto era así, que iba silbando una canción de cowboy a pleno ritmo y sintonía, cuando vi por las ventanas de mi casa a mi mujer Sara, queriéndose escapar de una serpiente que hacía ademán de tirarse a ella para morderla: Yo corrí hacia la puerta, abriéndola más rápido que el rayo.

Me fui hacia la pared del salón, donde tenía un machete que me había regalado mi amigo “el gaucho”, cogiéndole sin pensarlo y asestando un golpe mortal, por necesidad, a la serpiente; ya que la seccioné la cabeza.

Cosa curiosa: Pues se quedó moviendo la cola un buen tiempo; yendo yo a socorrer a mi mujer, Sara, para observar qué la había hecho: Y desde luego vi que la víbora la había hincado los colmillos en un brazo.



Al poco tiempo, mi mujer Sara no se sostenía de pie; teniendo un sudor enorme por todo el cuerpo, hinchándose la ponzoña considerablemente. Daba unas arcadas, que yo me asusté; así como teniendo unos mareos enormes.

No lo pensé, corrí al teléfono llamando al médico de la aldea más cercana; pues me había mandado un botiquín actualizado con varios productos farmacéuticos.

DOCTOR -. ¿No has visto una caja en el botiquín, de color negro?.

HUGO -. Sí, doctor.

DOCTOR -. Ábrela y suministra la sustancia a la enferma.

Así lo hice, calmándose un tanto mi mujer, Sara, de sus mareos; así como de sus dolores: Dejándola medio acostada en el sofá del salón de nuestra casa, para salir corriendo a la casa de Francisco, que era el piloto del helicóptero.

No lo pensó dos veces, pues cogiendo el cuaderno de ruta, pidió al control más cercano permiso para su elevación; dando las causas principales de aquel vuelo.

¡Vuelo!: No sé si aquello se podía llamar vuelo, pues se había formado tal tormenta, que nos se veía la tierra, ni los montículos, por donde pasábamos, así como su trayecto; al no ser por el instrumental de vuelo, que le indicaba a Francisco por dónde iba y lo que faltaba para llegar a la aldea cercana, donde se encontraba el médico.

¡Qué trescientas millas!; si a mí me parecía que habíamos recorrido todos los estados del centro de EEUU antes de llegar a la aldea más cernaza. Allí repostó el helicóptero y mi mujer, Sara, fue atendida por el doctor, retomando el vuelo hacia Illinois, que era nuestro destino: A un buen hospital.

Pero como Sara empeoró un poco, en el vuelo hacia Illinois, quiso enjuagarla herida Francisco, reteniéndole yo en tal empeño, ya que el doctor me indicó muy claro, que no enjuagase la ponzoña, y así lo hice.

Por fin vimos las luces de Illinois, calmándome un poco mi Espíritu, que lo llevaba sin rumbo, por así decir.

La suministraron el antídoto, otro veneno de otra víbora, para que contrarrestase los efectos de la primera.; así que enseguida comenzó a tener hambre mi mujer, Sara.

No sin antes haberme preguntado el doctor por la clase de serpiente que había ponzoñado a mi mujer, Sara: Y sin cortarme un pelo, saqué el saco que llevaba encima, tirando al suelo su contenido. Haciéndose para atrás todo el personal sanitario que había en aquella sala.

HUGO -. Aquí lo tiene usted, doctor.

DOCTOR -. (Poniéndose las manos en la frente gritó). Quita, quita eso de aquí.

No obstante, mi mujer Sara se había curado de aquella ponzoña que la asfixiaba y que la tenía sumida en un mal de dolores, vómitos y mareos; con alguna que otra taquicardia.

Al llegar al rancho, todos los ayudantes se congratulaban por ver buena a Sara; llevándola a casa las señoras de todos ellos alguna que otra comida o algún dulce hecho por ellas para su degustación.

Así como a media noche se le oyó dar voces enormes a Ricardo llamando a su serpiente y esta no llegaba a su reclamo: No podía llegar, ya que su serpiente había dejado de existir. Oyéndole decir algo así, como:

RICARDO -. Como yo sepa el que haya hecho algo malo a mi serpiente, me la va apagar con creces.

Así atronaba el campo la voz de mi ayudante Ricardo, todo lleno de dolor por no ver a su serpiente domesticada en su casa.

A la mañana siguiente estaba Ricardo limpiando bien el tractor, y al llegar yo me aconsejó algo que no me pude negar.

RICARDO -. Con un solo tractor no doy abasto a tal extensión de terreno, para acarrear todo el estierco de las vacas y de las ovejas. Y, ¿para qué sirve?.

HUGO -. Unas veces como estierco y otras como biomasa.

RICARDO -. ¡AH!.

Mi ayudante no me supo contestar a mi respuesta; pues al parecer no sabía muy bien qué era biomasa, por lo tanto decidió callar y no decir nada.

Me fui derecho para la oficina, pidiendo a mis ayudantes en las cuentas me diesen el número de tractores que teníamos y su ubicación. Sabiendo que en el ganado teníamos un solo tractor y en la agricultura teníamos cuatro; pues al parecer sobraba uno de ellos, ya que para arar y sembrar con tres tractores bastaba.

Llamé a mi ayudante en la agricultura, Arturo, presentándose raudo ante mí en la oficina; que era donde se le había emplazado para consultar conmigo.

ARTURO -. ¡Qué va!, manito.

HUGO -. Déjate de de lenguas que no sean las que se da en éstas latitudes.

¡Como se puso!; al saber que le dejaba sin un tractor, de los cuatro que tenía en la agricultura, por hacer falta en el ganado. No había modo de consolarlo; pues le faltó poco para renegar de su cargo, ya que como él decía: No se podía acometer las tareas sin ese tractor, que tanta falta le hacía; pues era el que acarreaba todas las sustancias de desecho del campo, limpiando bien aquellas plantaciones de maíz, tomates, cebollas, patatas, melones y otras clases de hortalizas, como las lechugas.

No me quedé muy conforme con lo que aquellos señores me decían; ya que otro tractor me desequilibraría mi presupuesto, así que me fui a los tanques de la leche para saber qué clase de maquinaria había para desarrollar aquellas tareas, así como a la nave de conservación de productos agrícolas: Viendo en ellas unos camiones, algunos mayores que los otros; no sirviéndome para nada aquel medio para ejecutar las tareas con el ganado.

Me fui rápido para ensillar mi caballo y llevarme a Ricardo hacia los campos agrícolas, y ¡AY!, decepción cuando pasamos por la producción de tomates; ya que vimos se podían marchitar en unos cuantos días. Eran los últimos tomates de esa cosecha; Por lo tanto di unas directrices a Arturo para que cosechase pronto aquellos tomates y se los llevase al punto de venta, cuanto antes.

Toda la noche y parte del día siguiente estuvimos cosechando los tomates a buen ritmo, para poderlos vender como consumo humano, sin que se estropeasen en el camino. Y ¡AY!, el camino: Toda la tarde y toda la noche portando los tomates al punto de venta, para que llegasen en perfecto estado de consumo; ya que eran camiones de conservas.

Pues pese a mis sospechas, aquellos tomates llegaron intactos a su destino, no faltándoles sus productos de ácidos dentro de ellos.

Otra sospecha tenía con Ricardo; pues le habían dicho que mi mujer, Sara, había tenido ponzoña, cogiendo un rencor dicho señor en todo su ser que parecía me miraba con cara de pocos amigos.

Pese a todo, la vida siguió como antes: Ricardo teniendo cuidado con que el tractor estuviese en perfecto estado y encargándose de mi ganado, tanto ovino como vacuno.

Y para que Ricardo se congratulase conmigo, le hice ir a Colorado para vender el ganado vacuno más viejo; así nos quedábamos con el más joven, no devorando tanto pasto de los campos.

Como yo fui con él, pude darme cuenta de lo cansado que es dicho trayecto por carretera; y eso que teníamos unos camiones adecuado para transportar el ganado, así como confortables en su interior, ya que hasta cama teníamos en ellos.

Un día que paramos en un restaurante de carretera, vimos merodear por los camiones a dos jóvenes, haciendo ademán de subirse a uno de aquellos camiones; de modo, que salí corriendo para abordar las intenciones de aquellos jóvenes, saliendo detrás de mí a toda prisa Ricardo con idea de ayudarme para que declinasen de sus intenciones aquellos jóvenes.

No pasó nada aquel día; a no ser que en el trayecto final comenzaron unos ruidos en mi camión, como si pegasen con una marra en algún hierro del mismo.

Paré en un peaje de la carretera, observando a un joven que se había metido en los bajos del camión, estando ya mareado y como congestionado por el aire que producía el camión a tan alto kilometraje en la carretera.

Como en aquel descanso de carretera había un restaurante, miramos a su aparcamiento viendo un coche de la policía: Entregando al joven a la autoridad competente, por si acaso tuviese alguna cuenta pendiente con la justicia.

Llegamos a nuestro destino y lo primero que nos dijeron, que eran fechas de traer las carnes del ganado abiertas en canal; no sabiendo lo que hacer, ni donde ir para que nos sacrificasen todas las cabezas de ganado y así poderlas vender.

Teniendo una idea Ricardo un tanto agraciada; pues lo que él proponía era comprar tantas cabezas de ganado como llevábamos, para así poder vender las que transportábamos nosotros a los matachines.

Pero con todo y ello ese trueque resultó económicamente beneficioso para mis intereses; pues en aquellos días había subido la venta del ganado vacuno un tres por ciento: Así no nos querían comprar nuestro ganado como no fuese en canal, ya que de esta manera nos pagaban menos por cada cabeza de ganado.

Yo iba, de vuelta, todo embelesado por saber cómo se había enterado mi ayudante Ricardo de ello y al hacer un descanso para la cena, no pude por menos que preguntarles por las causas de su saber.

HUGO -. ¿Cómo...?.

En ese preciso momento fui cortado por Ricardo a la indicación de una señal que me hizo con el dedo índice llevándoselo a los labios para que me callara.

RICARDO -. En una estaquilla estaba puesto el precio de canal y de cada cabeza de ganado que se vendiese.

Desde luego se fijaba más Ricardo que yo; pues a pesar del cansancio mayúsculo que nos produjo el trayecto, éste tenía más reflejos que yo. ¡Vamos!, que estaba más jovial que yo aquél señor.

Pensé hablarle un poco de alguna cosa no trascendental para nosotros y así poderle calmar en su desgracia, de haber perdido a su serpiente domesticada por él; pero en sus respuesta había alguna palabra entrecruzada.

Parecía que rompía la frase, con una inflexión hecha por su boca: No, no parecía que estaba conformándose con que yo le hablase, que al parecer quería algo más aquel hombre.

Tenía rencor en toda su Alma y en todos sus pensamientos; ya que antes de comenzar hablándome, pensaba lo que me iba a decir, lo contrario que antes: Que contestaba sin penarlo y con una alegría en sus palabra rayanas a un estado de bienestar inigualable.

Yo no debía dejar pasar tal agobio como tenía metido en su cuerpo Ricardo; de modo que en la primera ocasión le tendría que abordar el tema que le estaba carcomiendo por dentro. No tardando mucho llegar ése día, pues a la mañana siguiente vi a Ricardo medir la luz del cigüeñal del tractor para que funcionase a las mil maravillas.

Le dejé hacer, pues estaba metiendo la biela y apretándola, para en su momento desapretarla y ver en el hilo plástico el grosor que existía; Y cuando hizo un gesto característico con los dedos de la mano, fue cuando comencé hablarle.

HUGO -. Siempre lo has hecho bien.

RICARDO -. Hay a veces que se me resiste.

Hice una pequeña inflexión en la voz, para que me tuviese que oír mejor y emplease toda su atención en lo que yo le estaba diciendo.

HUGO -. ¿Hay algo que te mata el corazón?, en estos momentos.

RICARDO -. Bien lo sabes. Mi serpiente; pues no es tan fácil domesticar a una serpiente.

Me siguió hablándome, para decirme que no era fácil domesticar a una serpiente, y menos a la que él había tenido por mascota. Le hablé que comprendía lo doloroso que era perder a una mascota; pero que algunas personas sacaban los colmillos a las serpientes, una vez que sabían las iban a tener dentro de casa.

RICARDO -. Eso es un crimen.

HUGO -. ¿Qué cosa?, Ricardo.

RICARDO -. Sacar los colmillos a las serpientes domesticadas. . . Se las hace un vacío de líquido de vez en cuando.

HUGO -. ¿Y tú se lo hacías?.

RICARDO -. Pues claro.

No quería irme de allí sin decirle algo a su favor, algo que él oyera como un hecho fortuito y sin maldad alguna: Así que le dije, no sabía que aquella culebra era suya; que yo la vi morder a mi mujer, Sara, y no pensé en otra cosa.

RICARDO -. Luego: ¿Fuiste tú quien la mató?.

Asenté con la cabeza para no pronunciar palabra alguna; no fuese a ser que liase todavía más la madeja. Y en un momento determinado le dije, que no sabía que dicha culebra era suya; oyéndole decir una palabra, muy bajita, por su boca que me sentó mal.



RICARDO -. Eso te salva.

No sabía de qué me tenía que salvar; pero aquello me dio qué pensar, pues era como una predisposición que estaba a punto de acometer mi ayudante Ricardo sino hubiese sabido, que por casualidad había matado yo a su serpiente para que supiese el doctor de qué clase de serpiente se trataba. ¡Y menos mal!, que dije no saber la procedencia de dicha serpiente.

Le dejé ir haciendo como que no había oído lo último que había dicho él; pero con pesar de mi corazón: Aunque yo sabía, que aquellas personas eran nobles de por vida, manito o no manito.

El estado de cansancio celebrar, que me produjo hablar con Ricardo, se me quitó cuando me acerqué al hangar; pues se encontraba allí Francisco cantando un tango. . . Y a lo grande.

Me paré en la puerta del hangar, sin dejar ver mi silueta tan siquiera; para que Francisco siguiese cantando ese lindo tango, que tanto me estaba gustando. Nada más que terminó Francisco su tango entré en el hangar dándole los buenos días, cosa que éste casi me rechaza de plano devolverme los buenos días; al comprender que yo le había estado escuchándole en aquellos momentos de tanta lírica para él.

Pero como yo había ido para preguntarle sobre el helicóptero, así lo hice; no antes de dar una vuelta por el hangar y ver cómo se encontraba dicha nave. Me fui aproximando a Francisco, con pasos lentos y comedidos por si acaso intuía algo de mi pregunta y al ver que no podía sacar por mí mismo las consecuencias de tal visita, fue cuando me atreví a preguntarle.

HUGO -. Francisco: ¿Qué le pasaba al helicóptero, el otro día?.

FRANCISCO -. Se calienta el motor y el variador y he revisado los cables de ambos y las soldaduras; siendo el variador el towerpro 40A, del habiking.

Voy a revisar la transmisión de cola y ver si gira suavemente y ver si la corona está “tocada” por el excesivo apriete del motor. Pero si se calienta el motor y la batería es que hay un cortacircuito; entonces tendré que revisar la electricidad completa.

HUGO -. ¿Pero tú qué crees?.

FRANCISCO -. Que sea más bien el motor.

No le dije más, agachando la cabeza para salir de allí más aturdido que entré en el hangar; ya que infinidad de cables, tuercas y componentes del helicóptero, más bien del sostén del motor se encontraba por el suelo.

Cuando me iba alejando del hangar y de Francisco, le hice una señal con las manos para que siguiese buscando la avería; pudiéndome dar cuenta, que Francisco no solamente era un buen piloto, era más bien un buen mecánico.

Esos parámetros que veía yo en mi rancho me dio qué pensar, pues mi economía particular podría salir a flote en todo momento con tales ayudantes.

No había dado más de veinte pasos cuando vi llegar al hangar a la mujer de Francisco con un plato de churrasco bien hecho; portando en un brazo una cesta.

Irene, que así se llamaba la mujer de Francisco, me dio los buenos días, arengándome para que me quedase para la merienda de aquel bello mediodía; dándola yo las gracias reiterativamente por aquella decisión que había tomado Irene, no haciendo de menos a mi persona: Ya que yo la había visto entrar con la merienda en las manos.

Volvió a pedirme, con todo el empeño del Mundo, que me quedase para merendar con ellos; volviéndola a dar las gracias por la deferencia que tenía con mí persona. No hubo maneras de marcharme de allí; al querer que me quedase para degustar un buen churrasco y una buena bebida.

Durante la comida deseada, me rocé dos veces con Irene: Mejor dicho, fue ella la que se rozó conmigo; provocándome un estado de ansiedad física dentro de mí ser, ya que aquella señora no estaba de mal ver. Y sobretodo, que dicha señora tenía unas carnes prietas y bien formadas.

Así que cuando me dirigía a mi casa, me tuve que lavar la cara y la nuca en un abrevadero del ganado vacuno, para tomar bien el pulso a las cuentas; ya que donde yo iba a mi despacho, no sin antes haber pasado por mi casa para rendir cuentas con mi señora, Sara. No viéndolo ella mal que yo hubiese merendado con mi ayudante y su mujer.

Pero ya en mi despacho, me pude dar cuenta que necesitaba más ayudantes y al echar cuentas no cuadraba con la demanda que me pedía, no mis ayudantes actuales, más bien el trabajo en cada actividad agrícola que dependía del rancho.

Aquella noche no pude dormir pensando dónde iba yo a sacar el dinero para contratar más ayudantes en mi rancho; observándome mi mujer, Sara, el poco sueño que había tenido aquella misma noche.

Yo veía que mi mujer, Sara, daba muchas vueltas alrededor de mi, como si quisiera decirme algo; no obstante la dejé que comenzase ella hablar y así fue.

SARA -. Cariño: Te veo muy preocupado.

HUGO -. No es para menos.

SARA -. ¿Y eso?.

HUGO -. Necesito más ayudantes para ejecutar las tareas en todas las parcelas de la actividad en el rancho.

SARA -. ¡UF!

No sabía qué significaba esa interjección de asombro; por lo tanto se lo tuve que preguntar; diciéndome ésta, que entonces se tendrían que ir ellas con sus madres.

¡Una idea!: Una idea me dio mi mujer sin pensarlo, y a comunicárselo a mis ayudantes me dijeron éstos que tendría que calmar sus deseos; y entonces entendí mejor lo que me quiso decir mi mujer, Sara.

¡Sí!; desde luego que sí: Tendría que abrir un SALOON a pleno ritmo, tanto musical; como bailarinas, cante, como así dardos, dados, poker, billares y bolos. Pero como a poco tiempo pisé en tierra; me di cuenta que a lo primero con dos chicas cantando y un buen surtido de alcohol bastaba con eso.

Me fui para buscar a Ricardo, encontrándole con el ganado bovino, clavando unas estacas para que sirviesen de redil a las ovejas paridas. Me acerqué poco a poco a él, notándome éste que yo le quería preguntar algo, sobre su trabajo; dejando de clavar estacas en el suelo, para alzar el cuerpo y mirarme fijamente, como esperando que yo le dijese algo al respecto.

HUGO -. Ricardo, mañana me vas a acompañar a Illinois para buscar jóvenes que te puedan echar una mano en tus tareas.

RICARDO -. ¡Ándele!.

HUGO -. Sí, iremos con Francisco y con Arturo.

RICARDO -. ¡Ay ya yai!.

Le transmití la idea de que en cada parcela de la actividad en el rancho, se necesitaba más ayudante: Así como en la agricultura, en el hangar, como en el ganado. Alabó la idea; pues pensó rápido que si el otro día no llegamos a dar una vuelta por los tomates, estos se hubiesen marchitado en la mata.

Como también en el sistema de conservación de la leche y de los productos del campo, manipulándolos para su consumo. Pero al saber que tendríamos que ir a Illinois para recoger a dicho personal, éste desistió de esa idea, abordándome enseguida que podíamos recogerlos en la aldea más cercana; así como un par de chicas y algún señor que supiese de sistema hostelero.

Lo único que no me gustó, fue cuando me dijo, que el señor que contratase como ayudante en la hostelería tendría que ser un matón: Parecía que Ricardo había leído demasiadas novelas del Oeste lejano.

Le comuniqué que ya eran otros tiempos, en donde el cowboy era más sofisticado y los cuatreros estaban casi extinguidos; que si no se veía él mismo diferente a otros tiempos y eso que él era un buen cowboy.

Pero eso de ir a la aldea más cercana me resultó una buena idea; ya que dicha aldea estaba a unos cuatrocientos ochenta y tres kilómetros, mucho más cerca que Illinois.

Allí que nos fuimos en busca de personal, y como cada uno tenía su carro supieron llegar al rancho sin ninguna dificultad; pues los que todavía tenían sus monturas intactas se los facilitaron los camiones que portaban el ganado.

Yo veía que la carretera desde la aldea al rancho se estaba haciendo mejor, con buen firme; así que pensé algo para que sirviese el transporte de ganado mucho mejor que cuando estaba hasta ahora.

Lo primordial era acomodar a todas esas personas en casas bien construidas y para ello se les dio material necesario para que construyeran sus viviendas a modo y manera.

Pero lo primero que construyeron aquellas personas fue el SALOOM, que era un escape social y mental de todos ellos.

Entre cante y cante de aquellas señoras, se veía que las viviendas iban muy adelantadas; pese a que cumplían todas aquellas personas con sus tareas encomendadas a cada uno de ellos.

Y cosa curiosa; lo primero que hicieron fue una plaza, pues las viviendas las comenzaron a construir unas enfrente la otra, formando una especie de cuadrado en medio de ellas.

La idea no era mala: lo malo era que se estaba formando una aldea pequeñita en mi rancho, no sabiendo yo hasta qué punto era bueno eso; pues el Estado nos obligaría a tener los servicios oficiales, que se tiene en otras aldeas.

Aquello se me estaba yendo de las manos; pues si tenía que haber una representación oficial en mi rancho, fuese cual fuese, yo me consideraba relegado a segundo plano en cuanto a mi manera de hacer las cosas.

Si cada uno de ellos era un perfecto cowboy, hasta los agricultores; pues no tuvieron otro medio más que trabajar donde se los indicó. Y ahora sí que compré otro camión para las tareas del campo, pasando uno de los que ya tenía a las tareas de la ganadería.

Todo estaba saliendo a pedir de boca, hasta que un día llegó uno de mis ayudantes dando la noticia que iba abrirse el rodeo; pues aquello era cosa intocable, yéndose todos ellos al rodeo.

El rodeo se encontraba en TEXAS, así que tuvimos que bajar a Austin, que era el centro donde querían comenzar sus enseñanzas más generalizadas de los tiempos que corren.

No sabía yo por qué habían elegido dicho rodeo, si habían otros lugares para elegir, como: en Hill Country en el Rodeo Pone Rodeo del Sheriff, también en Dallas, Odessa, San Antonio, Houston; Pues no, que tuvimos la idea de viajar días y noches a la ciudad de Austin en Texas. No sabiendo yo qué clase de rodeo se daba en dicha arena; pero cuando empezó el rodeo, vi a Ricardo sentado en su montura y estando anunciando el megáfono que comenzaba la prueba de “Lazo Doble”, retirándose un poco Ricardo hacia el centro para ver salir a Arturo en su montura; pues es una prueba en pareja: En donde el “cabecero” lanza los lazos a los cuernos de los novillos y el “pialador” los lanza a las dos patas traseras del novillo los lazos. Consiguiéndose lazar las patas traseras en un tiempo mínimo.

Al terminar dicha prueba se anunció otra como “caballo con montura”, viendo salir a Francisco con su montura, con unos estribos, riendas y silla, dando saltos el animal; no pudiéndose tocar para nada.

Acto seguido se anunció la prueba de “Derribe de novillo”: Que era un novillo con un peso superior a dos o cinco veces el del jinete con su “arreador”, cabalgando junto al novillo y en línea recta, es el “coleo”.

Pero cuando a mí me había parecido que se habían terminado todas las pruebas, anunciaron la siguiente: “Caballo con petral”, en donde el jinete se coloca en la mitad del lomo del bronco durante ocho segundos, sin llevar riendas, estribo ni silla; pero sí se le permite llevar una pequeña cuerda de piel y cuero llamado “petral”. Ejecutando dicha prueba Francisco y de maravilla: Enseñando botas, con su pantalón ancho y chorrera en la pernera.

Me quedé escuchando un rato pequeño para oír al señor que anunciaba las pruebas y efectivamente, existía otra prueba

Por fin se suspendió las pruebas que faltaban hasta el día siguiente por la tarde, yéndonos todos al campamento donde nos esperaba el “cooke” con la carreta “chuckmagon” al repleto; en donde se guarda la comida, para darnos la cena a todos los componentes de nuestro grupo. En otro tiempo al cocinero se le llamaba la “chica”.

Pero como todos ellos eran jóvenes se fueron al saloon para su deguste y expansión corporal de sus necesidades. Y ahí fue cuando pensé en traer a otra chica al saloom del rancho con la correspondiente Madame.

Como las restantes pruebas en el rodeo las hacían por la tarde mis ayudantes, me tuve que conformar con haberlo pensado; ya que en su tiempo sería como yo lo había ideado.

Llegó el siguiente día y con el la tarde un tanto calurosa; pese a la estación en que nos encontrábamos, pues era marzo: Acordándome mucho de lo productos del campo y sobretodo de las ovejas que estaban en periodo de gestación; ya que al parir se las debía echar el pienso justo para su alimentación.

Pero sí, llegó la tarde y con ella el rodeo; siendo la primera prueba “Mota de Toro”, en donde el jineta echa un petral alrededor de su cuerpo, sosteniéndose en su caballo unos ochos segundos. Pero contrarresta, que hay muchas fracturas en esa prueba y con un cordel pequeño se sostiene el jineta encima de su montura para no hacer daño al animal; poniéndose cuero en las manos para no quemarse. Esta prueba la ejecutó magistralmente Ricardo: Hombre fuerte y arriesgado.

La siguiente prueba fue “Lazos sencillos”; donde se atrapa a un novillo y a un solo lazo, bajándose de la montura rápidamente el jinete para atrapar al novillo,



tirándole al suelo, para juntarle tres patas del novillo y amarrándolas. Esta prueba la ejecutó Francisco, en un corto tiempo.

La última prueba fue “Carrera de barriles”, y allí que salió Arturo para demostrar su habilidad y la velocidad de su caballo; haciéndose perfectamente con el animal. Cogiendo alrededor del barril; teniendo dicha prueba una penalidad si alguno derriba el barril de cinco segundos.

Llegando la hora deseada por los tres jinetes; ya que se rifaban los premios en aquella misma tarde, sin esperar al siguiente día por motivos del rodeo. Y ahí era donde se pusieron nerviosos mis ayudantes; pues era ya hora avanzada de la tarde, no dando los resultados de las pruebas realizadas en el rodeo. Hasta que por fin se oyó la voz del señor que comunicaba los eventos por megafonía: Obteniendo puestos relevantes mis ayudantes; aunque para decir verdad, no los gustó mucho, ya que no ocuparon los mejores puestos: Pero sí les daba opciones para participar al siguiente año en dichas pruebas; aunque en Austin había pruebas todo el año, no pudiendo participar en ellas, hasta la fecha actual.

Alguna vez sería cuando ganasen dichas pruebas mis ayudantes: Ejercitando mucho y estrenado más concienzudamente, así como cuidando a su montura a la suma perfección.

Cuando llegamos al rancho, después de tres días, ya que el recoger nuestros enseres y atravesar millas y millas, perdimos medio día; además de pararnos en restaurantes de carreteras y hacer un alto por la noche en algún Motel, se nos pasó las horas y horas queriendo llegar cuanto antes a nuestro destino.

Mientras nos estábamos aproximando al rancho, yo iba pensando que si no hubiese conocido a un señor mis ayudantes no habían sido inscritos en el rodeo, y mucho menos sacar la puntuación que cada uno había sacado.

Al llegar al rancho, vimos que se sostenía de pie a puro esfuerzo por el personal que se había quedado a cargo de todos los compartimentos del rancho. Bastante hacían dichas personas, mis ayudantes; pues sin alguien que les enseñasen a cultivar las tierras, a criar el ganado y a la manipulación en la manufactoria, se encontraba como en plena salida de la pista en la carrera, por así decir. Y hasta los productos huertanos y agrícolas se sostenían esperando una mano experta en la materia.

Lo que había pensado hacer mientras mis ayudantes participaban en el rodeo, lo quise llevar a buen término; pues reuniendo a mis ayudantes, los más allegados: Ricardo, Arturo y Francisco los trasmití la idea de ir a la aldea más cercana para buscar una Madame y otra señora más para el Saloom.

Pero como la idea era para personas duchos en esos menesteres, quisieron acompañarme los tres; alegando, que más ven cuatro ojos que dos. Y al llegar a la aldea más cercana, allí no existía persona alguna que pudiese hacer tales tareas en el Saloom de mi rancho; pero cuando íbamos saliendo de la pequeña aldea, nos paró una señora de buen ver acompañada por una joven.

Nos habló de no sé cuantos dólares y al saber que cobraría un tanto por ciento de su trabajo, casi se echa para atrás en sus ideas de acompañarme al rancho para coger las riendas, como Madame: Pero como su voluntad era mucha y sus ganas de tener relevancia la impulsaba a tal extremo de querer ser alguien, ella misma accedió a las pretensiones que yo la ponía, y en dicha aldea firmamos el contrato, por no tener en el rancho tales menesteres.

Ahora sí iba el Saloom viento en popa; pues teníamos visita hasta de la aldea más cercana y como mi idea era buscar gente joven para que llevase una pequeña tienda de comestibles y productos derivados de la casa, allí mismo contacté con un señor que

llevaba un hijo, para que se le soltasen los nervios en el Saloom; ya que en su aldea le daba vergüenza pasar a ser hombre completo.

No nos costó mucho hacer una pequeña tienda de comestibles y anexos de productos de limpieza de casa: Pues todos mis ayudantes ayudaban, siempre que podían hacerlo, cuando sus tareas los dejaba echar una mano en la construcción de dicha tienda.

El mayor problema que tuve, fue el transportar los alimentos desde la aldea a mi rancho; pues todos los días teníamos que ir para su avituallamiento.

Un día tuve suerte: Pues llegó al rancho un representante de unas marcas de bebidas y como mis ayudantes en el Saloom preguntaban siempre, preguntaban mucho, supieron por boca del marchante de bebida, que también vendía productos de comidas.

¡OH!, ¡Aleluya!: Cuando fui informado de dicho marchante. Lo primero que me vino a la cabeza fue el abastecer de comida a todos mis ayudantes en el rancho y después dichas idas y venidas por la carretera de piedra que existía desde la villa al rancho la allanarían los camiones de la comida.

Pero con todo y eso no di rienda suelta a mi alegría; pues vendrían otros detrás que nos abastecerían de otros productos, teniendo en el rancho una pequeña aldea con todas clases de venta en el comercio.

Desde luego que le hice algunas concesiones a dicho marchante; pero no más para allá de lo que se podía hacer, en miras a los posibles vendedores de toda clase de productos que recabasen en el rancho.

Lo fundamental era tomar yo las riendas; pues ya era propietario del Saloom y de la tienda de comida. Que debido a la mucha demanda, consiguió el ayudante otro ayudante joven para que transportara los alimentos y productos de casa; así como ponerlos bien en las estanterías que tenía la tienda, como el subirse en una escalera para felicitar el producto al comprador.

Yo sospechaba algo; como que viniese de la Corte o del Estado alguien diciéndome que aquella pequeña reunión de casas tenía que ser una aldea. Pero que por otra parte nos asfaltarían la carretera y nos traerían la luz al poblado; con menos cayo para mi persona, que quedaría relegada a un segundo plano.

Pero como yo sabían que en Kansas estaba habiendo demasiadas personas indocumentadas, reuní a mis tres ayudantes para informarme bien si ellos tenían su documentación en regla y que por otra parte averiguasen quién no la tenía; pudiéndome dar cuenta, que la mayoría carecía de documentación alguna, alegándolos que se registrasen en la Corte, ya que iba a ver otro juez más u otros dos obligándolos a regular su situación de inmigrantes.

Un día llegó un gran camión a las casas del rancho, tan tranquilamente; como si la carretera de piedra estuviese en perfecto estado. Traía una carga de ladrillos para la construcción de las casas de mis ayudantes más jóvenes; pero algunos los fabricaba el mismo con agua paja y arena, siendo unos formidables adobes, que conservaba la casa térmicamente.

Poco a poco se fueron levantando casas en mi rancho, al necesitar mano de obra para la agricultura; pero socavadamente, ya que había unos señores que nos facilitaba esa mano por un dinero y para tenerlos entrampados se los vendía los coches viejos y camiones viejos en forma de dinero negro; así se les preguntaba alguien por tal dinero, decían que era de la venta de un coche: Cosa que a mí no me gustaba nada dicha artimaña; pero como los contables encargados de las cuentas eran personas de ida y vuelta, siguieron haciendo lo mismo que cuando estaban en otro sitio.

A ese primer camión le siguió otro lleno de madera y otros portando los materiales para la conducción del agua; ya que habíamos hecho una especie de

alcantarillas con unas cloacas como vertiendo en una balsa, sirviendo de purines dicho contenido para que se emplease como estierco.

Para que no faltase nada conseguimos formar un rodeo con la aldea más cercana, teniendo una pequeña difusión en todo el estado de Kansas; por lo tanto un día se nos presentó un señor de la Corte con idea de saber nuestra capacidad adquisitiva y la manera de vivir entre nosotros.

Entonces sí que tuvieron que regularizar su estancia en el Estado de Kansas los que no estaban inscritos en ninguna Corte.

Lo pensé de momento: Pensé una cosa formidable para nuestro desarrollo agrícola; y era el ampliar terrenos al rancho para poder tener más cabeza de ganado vacuno en nuestras tierras y para ello convoqué a mi ayudante Arturo transmitiéndole tal idea.

ARTURO -. ¡AY!, manito: ¿Dónde dices que quieres comprar más terreno?.

HUGO -. En el este del rancho.

ARTURO -. ¡Tírele no más!; si esas tierras están baldías. Por qué no en el oeste del rancho, cerca de la cuenca del Río Saline, y no en su comienzo. Son tierras más fértiles.

Era muy reservado Arturo; él sabía ya de antemano, que se vendían aquellas tierras y no me lo decía; pues él como agricultor sabía donde estaban las tierras más productivas, por ser las más fértiles.

Enterado ya del rendimiento de las tierras y dónde estaban los mejores pastos, llamé a Ricardo para que me diese su consentimiento particular y poder comprar dichas tierras cuanto antes; pues yo quería ampliar las cabezas del ganado vacuno.

RICARDO -. ¡AY!, choncholí. Que tú vas a necesitar más dinero.

HUGO -. Tienes alguna idea.

RICARDO -. Como no hay bastantes pastos, por ahora; tendrás que separar los terneros de las madres.

HUGO -. ¿Y eso?.

RICARDO -. Compadre: Para amamantarlos con leche y algún producto que engorden más.

Lo que quería Ricardo era vender los terneros cuanto antes, quedándose con los más fuertes para que el sistema de reproducción; así criarían vacas fuertes y hermosas, sosteniendo todo el cómputo estadística del ganado vacuno en el rancho.

No me sentía bien sino hubiese ido hablar con Francisco; de modo que allí me fui, encontrándole en los arreglos del helicóptero.

HUGO -. ¿Qué haces?, Francisco.

FRANCISCO -. No creo que esté balconeoando.

HUGO -. Ya lo veo.

FRANCISCO -. Estoy primoreando; pues sospecho que aquí va a ver otro helicóptero más.

HUGO -. ¿Tú lo crees?.

FRANCISCO -. Tomo la delantera, antes que te decidas a comprar otro helicóptero.

HUGO -. Con éste hay bastante.

FRANCISCO -. No hables al pedo, “che”; no ves que lo está pidiendo a voces.

Como vi un poco apurado a Francisco, me despedí de él alegando verle trabajar mucho en su tarea; diciéndome éste - que estaba muy apurado, pues se había pasado de rosca lo que tenía entre manos.

Miré mejor y desde luego me pude dar cuenta, que una rosca del motor se había apretado más de lo debido.

Todo venía a pedir de boca y todo estaba preparado para comenzar una época nueva, bastante arriesgada; ya que se necesitaba un dinero considerable que yo no tenía en mí cuenta corriente, y mucho menos podía hacer frente a un préstamo tan abultado, de tanto dinero.

Me pude dar cuenta; que aquellos movimientos de personas y enseres, que yo quería hacer, me estaban saliendo mal. ¡Pero que muy mal!: Ya que necesitaba un promotor para su desarrollo ideal, o un mecenas con la cartera bien llena de dinero.

Yo tenía ya tal cantidad de ayudantes, como caminos; tanto de portes de ganado, como porte de productos frigoríficos, que no podía hacer frente a tanto gastos. Además tenía tractores que no sabía dónde emplearlos: Se me había ido de las manos todos mis proyectos.

Me fui a la oficina para ver si tenía controlado a todos mis ayudantes, viendo el cuadro de tareas bien definido: Cada ayudante estaba en su sitio; pues eso era lo más fundamental, y por supuesto no debería contratar a más ayudantes hasta que pasase algún tiempo.

Llegué al Banco para consultar el saldo de mi cuenta bancaria y lo que pude ver en ella, era que cuadraba con las cuentas de los señores contables; por lo tanto si podía comprar las tierras que yo deseaba al oeste de mi rancho, para dar expansión al ganado en ese terreno.

En la ciudad de Lawrence hicimos la compra-venta de aquellos terrenos que tanto deseaba, pasando a mi propiedad todos aquellos pastos y su terreno donde se criaban dichos pastos.

Cuando salí de firmar la compra-venta pude ver en plena calle a la señora Irene, la mujer de Francisco; yéndome hacia ella para poderla saludar, dándome cuenta que aquella señora iba vestida a la nueva usanza; lejos de llevar vestidos comprados en la aldea más cercana: A mi simple opinión, el vestido que llevaba lo había comprado en una boutique de Kansas City y al parecer no me equivocaba; pues vi en su bocamanga la etiqueta de un buen comercio de dicha ciudad, no dando señales de haberla visto para que la señora Irene no se molestase, parándome ella.

Nos saludamos cordialmente, como buenos conocidos y amigos del mismo rancho; alegando la señora Irene que no sabía si irse conmigo al rancho o permanecer allí otro día.

HUGO -. Usted decidirá.

IRENE -. Lo he pensado bien. Haga el favor de venir conmigo al hotel, que voy a recoger mis cosas para entrarlas en la maleta.

Como me lo había pedido por favor, no pude negarme; así que iniciamos el camino hacia el hotel, entrando yo en el con más vergüenza que nunca había tenido. Pero como no sabía las causas de su viaje a tal ciudad, la pregunté por ellas.

HUGO -. Me permite una pregunta.

IRENE -. Y miles.

HUGO -. Como está sola: ¿No sé para qué ha venido a ésta ciudad?.



IRENE -. Me han hablado de un buen ginecólogo en Lawrence.

HUGO -. Entendido.

No quería saber más de su problema, de modo que no pregunté cual era; solamente me limité a sentarme en una silla, mientras la señora Irene recogía sus pertenencias del armario que tenía en su habitación.

Muchos movimientos veía yo en ésa señora; ya que de vez encunado movía mucho sus glúteos dándome a mí la espalda para que, posiblemente, viese lo agraciada que era ella en su contorno físico. Pero tal vez no era tanto agraciada en su contorno Espiritual; pues me estaba poniendo nervioso.

En una de tantas veces, de esas idas y venidas a su equipaje, me rozó con sus muslos; hasta el punto de sujetarse con mi persona al ir a coger una prenda dentro del armario; ya que yo me encontraba en el medio, sin saberlo; y eso que yo me había sentado cerca de la pared, encontrándome en dicho lugar sin esperarlo.

Púes sí: Yo estaba que me salía de mi pellejo, colorada toda la cara y con ideas que no les cuento; máxime cuando se alzó la bata poniéndose bien, delante de mí, las medias. Alzó la pierna, para colocarla encima de una silla, al tiempo que me decía: Tóqueme un bulto que me ha salido en esta pierna; pues no sé que será.

Como yo no hacía por tocarla, me cogió la mano pasándosela por todos los muslos; al tiempo que con la otra mano me tocaba mis partes, toda ella excitada, para más tarde acariciarme todos mis escrotos para pasar la mano por mi glande, en un momento.

Yo me levanté a duras penas de la silla; pero como ella estaba echada, prácticamente, sobre mí también la levanté, no pudiendo sujetarnos de pie para caernos

en la cama a todo lo largo. Con tan mala suerte que yo caí encima de ella, pudiendo notar todas sus carnes totalmente al rojo vivo.

Yo quería ponerme bien los pantalones; pues se me habían bajado, mientras la señora Irene, al parecer, quería ayudarme: Pero en vez de levantarme los pantalones me los bajó un poco más, hasta el punto que salió toda mi potencia a la luz del día. . .

¡Qué vergüenza!: Qué vergüenza, me entró por mi cuerpo; notándoseme en la cara por lo avergonzado que estaba. Y al levantarme de la cama, vi a la señora Irene con su cara reluciente; como si ella hubiese recibido un buen regalo.

HUGO -. ¿Y eso?.

IRENE -. Te parece poco; ni doctor ni nada.

La vuelta la hicimos juntos, yo llevaba en mi Cadillac a la señora Irene; que de vez en cuando me echaba unas miradas de reojo, como queriendo saber qué era lo que yo pensaba en esos mismos momentos.

Yo iba como apresurado, con ganas de llegar a nuestras respectivas casas en el rancho; pero como aquel trayecto era interminable: Tierras y tierras, no había modo de llegar pronto a nuestro destino; y aún ya en el rancho se agotó el combustible del depósito de mi carro, teniéndome que bajar para echarle unos galones de carburante a mi coche.

No me había percatado de que la señora Irene se había bajado del coche, poniéndose detrás de mí haciendo; como si estuviese mirando lo que yo hacía con el recipiente del combustible.

Me tranquilicé cuando la vi como expectativa, mirando cuantos galones vertía yo en el tanque del carro; pero en un momento determinado me echó mano a la petaca, por detrás.

Tuvo que desistir cuando en lontananza se comenzó a ver un ganado conducido por Ricardo, ejercitando bien el lazo. Ricardo se vino hacia donde yo me encontraba y para que la señora Irene no oyera lo que nos decíamos, salí yo a su encuentro, dando los pasos necesarios para perder toda la audición por parte de dicha señora.

RICARDO -. ¿Qué hubole?.

HUGO -. Echando unos galones al Cadillac.

RICARDO -. Ahorita mismo he visto a esa chamarra como una cháchera.

HUGO -. Sigue tu camino y no pienses en nada.

Ricardo se fue hacia el ganado vacuno; pues lo llevaba a otros lugares de pastos más altos y más buenos para su cebe. Y es que iba viendo las tierras nuevas que yo había comprado para criar búfalos en aquellas praderas.

No sin antes haber recibido la visita de un delegado estatal para estudiar qué clase de pastos tenía para sostener en ellos tanto ganado.

Lo primero que vio, fue el feedlot; donde se engorda el ganado con el pienso que le echábamos: Maíz choclo molido, leche y mezcla de productos químicos sanitarios.

Una vez que hubo comprobado el pienso que se le echaba al ganado para su engorde, quiso comprobar cuanto pasto poseía yo; pidiéndole al señor Francisco le llevase en helicóptero al terreno que había comprado, donde quería que pastase en el una manada de búfalos.

Por supuesto fui yo con ellos, en un asiento trasero del helicóptero, y en el trayecto hacia las nuevas tierras fue tomando nota de la extensión de mi rancho y de sus tierras.

Pudo ver con certeza, que aquellos pastos se componían de raíz azul. La grana y los pastos que sirven de alimento a los búfalos.

Pero cosa curiosa; a la vuelta quiso saber qué extensión tenía como agricultor; ya que costaba, también, como agricultor. Comprobando su extensión en cada parcela sembrada de cada cosa: Girasol, el áster, la genciana y columbina y sobre todo cereales, el trigo.

Se le fue una opinión al respecto del trigo; ya que desde los cohetes espaciales se ve una mancha enorme, siendo la siembra del trigo: Según él.

Pero como su tarea había terminado y se quería ir a una ciudad equidistante un poco de donde estábamos, le llevé a los hangares para que pudiese estar a la hora convenida en su lugar destino a dicho señor. Al llegar allí, le hice esperar al representante estatal en un salón de la casa de Francisco, que por cierto lo hice bien; ya que cuando estaba acercándome a él le oí decir a su acompañante en las faenas, algo que no entendí, pero me pareció no ser palabras de amor.

FRANCISCO -. “Che”, voludo: Poné vos la pilcha.

ACOMPañANTE -. Vos no sabé que no voy a la joda.

FRANCISCO -. Pelotudo: Vos no sabé nada.

ACOMPañANTE -. Tirame a mi casa.

No comprendí nada; pero lo cierto era que al parecer se disponía Francisco a coger el coche, el Cadillac, y eso era que se iría a llevar a su casa, cuanto antes, a su

Acompañante.

Antes que se marchase con su acompañante, le hice una señal a Francisco para que me escuchara y así lo hizo. Despidiéndome de él, pues se iba, por la mañana temprano al rodeo de Austin; entregándome él el cuaderno de ruta y las instrucciones de vuelo: Que al parecer no eran lo buenas que yo prefería.

Vi una figura acercarse a mí, en la penumbra de la noche, siendo el encargado estatal que tenía prisa por llegar a su nuevo destino.

No quise dilatar más la marcha de aquel señor, y montándole en el helicóptero hice que se elevase poco a poco para tomar vuelo normalizado y así fue; pero a poco de salir del hangar y del rancho de Francisco, comencé a observar unos rayos en lontananza: En el mismo trayecto que íbamos dicho señor y yo con el helicóptero.

Yo no me las tenía consigo para nada; ya que aquella tormenta era eléctrica totalmente y si un rayo nos tocaba, era causa de no poder seguir volando más con el helicóptero; teniendo que tomar tierra para ver sus desperfectos. Pero con todo y eso seguimos volando, dándome instrucciones desde la torreta más cercana para que desistiese de aquel vuelo.

Aunque yo iba un poco escamado con aquel señor; pues nos había quitado algunas cabezas de búfalo, hasta que supiésemos llevarlos a la suma perfección. Pero como el sensorio común es válido en estas ocasiones, me di media vuelta y tomé tierra en el rancho de Francisco.

OFICIAL -. ¿Qué ha hecho?.

HUGO -. Usted lo ha oído también como yo: Órdenes son órdenes.

OFICIAL -. Entonces: Déjeme el cadillac.

HUGO -. Entre fangos, cieno y barro; por mucho coche que sea, no podrá circular: Se le hundirán las ruedas y se atascará en el barro.

Llamé a la señora Irene para que le preparase una cama al oficial del estado y así lo hizo; saliendo conmigo a la puerta de su rancho, para echar una parrafada conmigo; sin saber yo lo que me quería decir aquella mujer, en una hora intempestiva.

También me preparó una cama a mí; pues mi rancho se encontraba a distancia de allí, habiendo mucho barro y cieno en el camino, así que llamando por el celular a mi mujer Sara la expliqué el problema que teníamos en el rancho de Francisco.

Por supuesto, a la hora convenida, de madrugada llamé al oficial del Estado para llevarle en el helicóptero a su lugar de destino.

Cuando vio que le subía al helicóptero viejo, se extrañó un poco el señor oficial; preguntándome las causas de llevarle en ése helicóptero y cuando yo me expresé de manera que me entendiese, me entendió rápido: Ya que le dije, que el otro helicóptero era nuevo y no sabía manejar su instrumental de vuelo. Cosa que le extrañó mucho, pidiéndome el carné de piloto de helicóptero y cuando yo se lo presenté se quedó más conforme.

Aquel señor o era listo o me entendía rápido, ya que yo hablaba correctamente su idioma, al ser el mío; pues mis ayudantes eran de pueblecito muy pequeños, en donde el idioma y las costumbres estaban muy arraigadas. Tanto era así, que solía evitar encontrarme con algunos de mis ayudantes, al no entender parte de lo que ellos me decían.

Algunas horas de vuelo echamos en el trayecto desde el rancho hasta el lugar de destino del señor oficial; pero por fin llegamos a la hora convenida, por el señor oficial a su lugar de trabajo.

Esperé un tiempo, más bien hasta la tarde, para que me autorizasen un vuelo hacia mi rancho y así tomé altura con el helicóptero para tomar la velocidad deseada en el trayecto de vuelta al rancho de Francisco, donde estaban los hangares.

No sin pocas dificultades, tomé tierra con el helicóptero en el rancho de Francisco, entrando el helicóptero en el hangar, ayudado por un camión.

A poco tiempo hizo acto de presencia la señora de Francisco, Irene; con motivo de convidarme un café calentito. Yo acepté de buena gana, ya que sí tenía necesidades de tomar algo caliente y sobretodo un café venía a las mil maravillas en dicha hora.

Claro está que para tomar el café tuvimos que entrar en casa, durando algo la preparación de dicho café; pero cuando me lo sirvió me senté en la mesa para degustar aquel café que se podía hasta masticar; ya que era de esa manera como les gustaba a ellos.

Me pude dar cuenta, que de inmediato también se sentó en la mesa la señora Irene, tal vez con idea de hablar algo conmigo: Y vaya si me habló, me habló de que estaba embarazada y al darla yo la enhorabuena, se me quedó mirando a la cara con idea de decirme algo más. Aludiendo yo de que su marido estaría orgulloso de tener un bebé en su rancho.

IRENE -. No; si no es de mi marido.

Me quedé mirándola a la cara cono asustado y al verme ella de esa manera, siguió hablándome a su modo.

IRENE -. No lo es.

HUGO -. ¿De quién es?.

Me siguió hablándome ella, al ver que no me salían las palabras de la boca por tener la garganta totalmente seca.

Me dijo que ella solamente había tenido dos relaciones con los hombres; y en ese momento me sobrecogí llevando la silla más lejos de donde se encontraba ella.

Hubo un momento de silencio, solamente nos mirábamos a la cara y a la vista de vez en cuando, para bajarla rápidamente al suelo, pues no nos queríamos mirar a los ojos para nada; ya que en ellos veíamos la pura verdad de lo que me estaba hablando la señora Irene.

IRENE -. Es tuyo.

Así, de esa manera me lo dijo y sin titubear, también sin pestañear tan siquiera: Así, a bocajarro me lo dijo, sin yo esperarlo.

Ese bebé que esperaba la señora Irene era mío; no sabiendo yo lo que contestarla al momento, pero cuando recapacité sí la contesté: Vaya si la contesté.

HUGO -. Me agrada que me lo hayas dicho; así, con esa nobleza que te caracteriza.

¿Pero ahora tengo yo que hacer algo por ese bebé?.

IRENE-. Sí.

HUGO -. ¿El qué?.

IRENE -. Estate quieto y callado. No rompas ningún matrimonio.



Me costó mucho hacerme comprender como padre de ese bebé que esperaba la señora Irene; pues en sus entrañas había parte de mi sangre y de mi carne: Así que yo le tenía que ver de vez encunado para ayudarle económicamente en la medida que pudiese.

Pues todavía no estaba tranquila la señora Irene; no sabiendo yo porqué no se encontraba a gusto, ya que yo la había hablado como padre y hombre que quiere a su criatura. Sería tal vez que la dije, le ayudaría en las medidas que pudiese económicamente al bebé; cuando ella sabía que sí lo podía hacer en forma desmesurada.

HUGO -. Ayudaré a nuestro bebé en todas sus necesidades económicamente.

Ahora sí que vi alegre a la señora Irene; pues se la reía hasta la cara y todo el cuerpo, me atrevo a decir. Y a hora intempestiva marché a mi rancho, donde estaba esperándome mi mujer Sara, sentada en una tumbona, no queriéndose acostar hasta que llegase yo.

Como habían llamado, también, a Ricardo para participar en el rodeo de Austin, me fui para hablar con mi ayudante en la agricultura, Arturo; encontrándomele en su rancho, preparando el tractor para salir a la plantación de maíz en breves momentos.

Cuando me vio llegar se bajó del tractor para hacerme el correspondiente saludo de alegría por verme en su rancho, cerca de su casa.

ARTURO -. ¿Qué hubo?.

Otro igual que Ricardo, pues se había criado en un pueblo pequeño como su compañero; con costumbres y lenguaje arraigado hasta la médula, pese al tiempo que nos encontramos.

HUGO -. Ricardo se va al rodeo de Austin y yo le voy a sustituir hasta que venga; puesto que también se ha ido Francisco; pero tiene un buen ayudante; llamándome nada más que lo necesite.

ARTURO -. Es chamaco, hará merequetengue todos los días.

HUGO -. Será joven; pero es responsable de lo que hace. No creo que haga fiestas todos los días.

ARTURO -. Ese chamaco es rollero y teto, apaña la troca y nei más.

HUGO -. Habla como todos los jóvenes y como persona atolondrada yo no le he visto y en cuanto a la camioneta la arregla muy bien.

ARTURO -. ¡Qué chingón!

HUGO -. Estará curada; pero yo quiero saber dónde vas esta mañana.

ARTURO -. A los náhuates.

Me enteré de que Arturo se disponía ir a los tomates aquella misma mañana, siguiéndole yo para ver la hermosura de los mismos. Hasta me comí dos tomates en pleno campo de tomateras; sembradas por manos expertas; pues aquellos tomates estaban más limpios que el jaspe.

Volví a mi rancho, con idea de contactar con el ayudante de Ricardo viendo en él a un puro estadounidense; pues era de Los Estados Unidos del norte de América: Ahora sí que vi un Cowboy de pura cepa; ya que me lo encontré montado en su caballo, con la pinta característica de un buen jinete. Era el nuevo ayudante de Ricardo; acercándome a él para saludarle cordialmente y en nuestra lengua nos entendimos a la suma perfección.

Supe que había hecho carrera; pero que estaba allí porque le gustaba dicho trabajo, como guiar ganado y correrle las patas.

Aquella mañana me dio mi mujer. Sara, un desayuno opíparo; costando de beicon, huevos, panceta, zumo y sobretodo muchos pasteles, ya que según ella había desengrasado mucho por el esfuerzo y los nervios que tuve en la noche anterior llevando al oficial administrativo para su destino.

Salí de mi rancho que apenas podía andar: Llevaba la tripa bien llena y eso que tenía la hoja de ruta en el taller de Francisco; pero cuando me disponía para marchar a dicho lugar, se produjo un acontecimiento imprevisto y poco deseado.

Se aproximaba un cadillac a mi rancho y solamente iba en el un señor, que parecía tener cara de pocos amigos: Y efectivamente, era un señor de las cuentas del Estado, un inspector. Quería ver todas mis facturas y sobretodo los salarios dados a mis ayudantes, y por supuestos los ingresos superaban a los gastos; aunque aquel año no había sido lo bastante favorables en venta de ganado y de cosechas, así como pagar al banco el préstamos para comprar el terreno deseado por mí, así como las cabeza de búfalos que se me había permitido tener en mis pastos. Todo, todo lo vio aquel señor, mandado por las cuentas del Estado.

Pero como vio mi señora, que aquel señor había conducido en su cadillac por lo menos tres días, le invitó a cenar con nosotros; tal vez creyendo ella que aquello le iría a ablandar el corazón, pero no, no fue así: Pues aquel señor permanecía en sus treces de querer saber bien nuestras cuentas, las mías.

Cuando vio que estaba suscrito en mi rancho general un Iñaki, le hizo venir a la oficina, pidiéndome a mí el favor que saliese de ella para poder hablar solo con mi empleado.

Sí, ya había un alojamiento en el grupo de ranchos formados por nosotros; las casas formaban una especie de plaza y como si fuese una hilera alrededor de ella, en donde había un Saloon, con sus chicas y un alojamiento en el mismo para los transeúntes, así como venta de cerveza y licores: Completo, era un hollvis completo.

Me levanté temprano para ir al taller y ver, sobretodo, el helicóptero nuevo, y tomar los mandos por enseñanza de Francisco, que ya había llegado del rodeo; pero cuando fui a salir de mi rancho, ya estaba esperándome el inspector en la puerta.

Por poco se me escapa: ¿Pero qué quiere éste hombre?, si no hubiese sido por un tirón dado en la bocamanga de la chaqueta realizado por mi mujer, Sara; para que yo me callara.

Aquel señor me vio muy apurado, diciéndome que el sabía el trabajo que tenía en el rancho; así que se iría pronto de allí. Y así fue; pues en su cadillac tomó la dirección de vuelta en la única carretera que teníamos para llegar desde nuestro rancho a otro lugar del condado.

Ahora sí, sí fui capaz de irme para preguntar a Francisco por las instrucciones de aquel helicóptero; pero cuando llegué al hangar vi a Francisco escayolado un brazo y vendada una pierna. Se ayudaba para andar con unas muletas hechas manualmente. Entrándome ganas de ver a Ricardo; ya que no le había visto aquella misma mañana; ni siquiera había hecho por verle: Pues si Francisco se encontraba maltrecho, no sabía yo cómo tenía que estar Ricardo, que era un poco menos diestro en el manejo de los caballos de rodeos.

Ricardo si manejaba bien, muy bien, su caballo con el ganado; pero solamente eso, ya que no tenía adiestramiento, como lo tenía Francisco que en su Tierra había participado por lo menos dos veces: Una en equitación y la otra en un manejo de ganado vacuno.

Nada más que Francisco me impuso en el manejo del nuevo helicóptero me fui rápidamente a mi rancho, cerca del rancho de Ricardo; pues al parecer estaría allí, ya que no le había dado tiempo para salir con el ganado buscando pastos nuevos.

Pero como no vi movimiento alguno en su rancho; ya que estaban las luces apagadas y la puerta cerrada, me dispuse para marchar a mi rancho con mi mujer, Sara, y poder estar con ella un par de horas.

No había dado cuatro pasos, cuando vi acercarse una ambulancia a la puerta del rancho de Ricardo, yéndome rápido a su casa para ver qué pasaba allí: Y lo que allí pasaba, era que estaba vendado todo su tórax por habersele dañado varias costillas.

Como pude darme cuenta, que a Ricardo se lo querían llevar en la ambulancia hacia un centro sanitario; les propuse al doctor llevárnoslo en el helicóptero, accediendo éste de buenas ganas, ya que hasta no le hiciesen una radiografía y supiesen el alcance de las molestias, no se le podía dar otra clase de medicación que no fuese un analgésico.

Fue la primera vez que manejé el helicóptero nuevo, teniendo mucho cuidado en la ruta de vuelo; ya que aquel motor tenía bastante fuerza como para tenerle respeto.

Se quedó con Ricardo su mujer, Julieta, en el hospital, volviendo yo a los hangares para encerrar el helicóptero en ellos y tomar el pulso a la actividad del ganado; viendo inmediatamente que estaba siendo bien llevado por el ayudante de Ricardo; ya que manejaba el lazo formidablemente, al igual que Ricardo. Así que me quedé satisfecho al ver aquello; ayudándole en sus tareas aquel día a ese estadounidense, que tan bien lo hacía.

Yo estaba ducho en todos los menesteres de la granja y del ganado, así como de sus tareas, como en el manejo de los helicópteros por haberlo hecho, por así decir, casi solo en mis comienzos; ya que no tenía tanta capacidad económica como para comprar semillas y piensos: Uno para la agricultura y otro para el ganado. Además tenía, en mis

comienzos unas cuantas cabezas de vacuno y otras tantas de ovino, por falta de liquidez económica.

El impulso principal me lo dio el trigo sembrado; ya que cultivé bastantes hectáreas de grano: Saliéndome bien aquella cosecha de aquel año primero.

Pero el problema más acuciante, de momento, era que se pusiera bien mi ayudante Ricardo para dirigir la actividad ganadera a cien por cien; ya que yo me debía más bien al sistema contable de toda aquella hacienda enorme.

Como todo pasa, pasó también los días de estancia en el hospital de mi ayudante Ricardo, llegando al rancho recuperado totalmente; no sabiendo yo si aquella recuperación era efectiva: Por lo tanto marché un día, con mi caballo, para ver el manejo de Ricardo con al ganado vacuno, ya que se encontraba cerca de nuestros ranchos, o sea de nuestras casas. Y así como a la caída del mediodía llegué donde pastaban parte del ganado, capitaneado por Ricardo. Parecía que Ricardo se encontraba en perfecto estado físico, teniendo todas sus fuerzas en orden; ya que se movía como antes de la caída en el rodeo y acarreaba las vacas con suma perfección ayudado por el lazo.

Me fijé que en aquel lugar no había mucho pasto, preguntando a Ricardo por las causas que le habían llevado para tener allí al ganado. Diciéndome éste, que sino me había dado cuenta, que aquel ganado eran los terneros separados de las madres para su cebo inminente.

Observé que los becerros tenían unos grandes recipientes para echarlos el pienso: ¡Y hay que ver como comían!.

Se me informó, por parte de Ricardo, que allí estaban mientras no hiciese mal tiempo; de lo contrario se los llevarían a sus cuadras, bien abrigados del temporal: Por eso se encontraban cerca de los ranchos, las casas; a unas cuantas leguas.

Como no me había fijado bien, mi caballo no tenía las herraduras en perfecto estado; así que me fui al herrero, operador, para que pusiera unas nuevas herraduras a mi caballo; y como había pisado con los cascos, tuvo que igualar aquel señor las pezuñas del caballo, haciéndole daño al llegar a los cartílagos laminares.

Por lo tanto tuve que ir a por el trasportín de mi caballo, una especie de remolque ajustado a su cuerpo, para trasportar mi caballo a su cuadra, y así hacer que se curase; ya que le habían raspado la suciedad de la lámina con mucho cuidado y habían desinfectado la ranilla.

Una vez que mi caballo se encontraba en su cuadra, le di unos “tortacitos” en el cuello, en señal de amistad, así como le hice unas caricias en los morros para que se sintiese bien.

Mientras mi caballo se reponía de la poca vista que tuve yo con él, otra acometida tenía yo entre mano; había que construir un lugar donde aterrizasen los helicóptero y por el día ponerlos a la vista, así como una estación de ondas lo bastante fuerte como para que llegase a cierta distancia o por lo menos a las primeras torretas que hubiese cerca del rancho principal.

Al enterarse mi mujer, Sara, abordó una idea que era crucial para llevar bien el rancho.

SARA-. Puedes comprarte una avioneta.

HUGO -. Es muy caro su mantenimiento.

SARA -. Y lo de los helicóptero, ¿no?.

HUGO -. Entonces tú aboradas que, ¿el mantenimiento de la avioneta lo puedo llevar paralelo a lo de los helicópteros?.

SARA -. Perfectamente.

Pues tenía razón mi mujer, Sara; que podía llevar juntamente el mantenimiento de la avioneta con el mantenimiento de los helicópteros, aunque tuviese que desembolsar más dinero: Pero no era tanto como si fuese el mantenimiento sólo de la avioneta, ya que la estructura y la forma de hacerlo lo tenía ya planificado materialmente.

Me fui al taller para hablar con Francisco sobre el asunto de la avioneta, diciéndome éste que era idea descabellada; ya que me harían construir una pista de aterrizaje, acotándome el terreno. No así si tuviese dicho almacenamiento alquilado en un gran aeropuerto.

No sabía yo que supiese tanto Francisco sobre los aviones y todo lo que vuela: Preguntándole las causas de esa sapiencia.

FRANCISCO – vos sois muy pelotudo.

HUGO -. No me comporto ingenuamente: Todo lo contrario.

FRANCISCO -. Vos iros de joda.

HUGO -. No me voy de parranda. Ya sé que me quieres decir, que estás tú ahí para llevar a cabo mi idea.

Y desde luego, sí estaba él por medio para acometer la idea que yo le estaba transmitiendo; ya que a él no le había parecido mal: Pero eso, de tener que construir una pista de aterrizaje no estaba en su pensamiento. Sería tanto así, como ajustarse a una forma de intercambiar mensajes por la emisora continuamente y él no tenía tiempo para ello; ya que el taller cubría todo su tiempo disponible.



Pero eso sí, la pista de los helicóptero claro que se hizo, lo tipificaba el reglamento del condado y del Estado de Kansas, al formar parte de Ley, y con el cumplimiento del reglamento de dicho estado, cumplimos con sus órdenes perfectamente.

Un día andando Francisco con lo papeles de la oficina del hangar, encontró una nota arengándonos de la construcción de una pista de helicóptero, viniéndose hacia mí enseñándome dicho papel: Pues era una sugerencia, no un mandato de reglamento; para que construyésemos dicha pista. No contándoles lo que me dijo Francisco sobre el respecto de un consejo dado por una circular: No lo entenderían.

Pero a mi simple parecer, que había otra nota en forma oficial donde lo ponía: Que se tenía que construir una pista para que aterrizasen los helicópteros y de día tenerlos posados en ella.

Recibimos una invitación para asistir a un simposio sobre agricultura y ganadería, estando pagada la estancia en la ciudad que reseñaba la nota oficial, y allí que nos fuimos mi mujer, Sara, y yo; no sin antes haber tomado el pulso a todas las actividades del rancho y cuando supe que todo estaba en orden y solamente entonces decidí marchar a dicho simposio.

Al llegar a dicha ciudad y sobretodo a dicho lugar, nos enteramos que no era un simposio, más bien eran unas charlas explicativas de cómo llevar toda la actividad, referente con la agricultura y la ganadería: Lo único bueno que realicé en aquel viaje, fue el plan de diversiones que me tracé con mi mujer, Sara, para no estar ocioso todo el día, sobretodo por la noche.

Visitamos en esos dos días todos los lugares de recreo de dicha ciudad; pero eso sí, nos gastamos una buena pasta en esos lugares de ocio y recreo: Ya que estaba puesto de esa manera, que tuviesen que gastar los turistas su dinero.

SARA -. ¿Y si pasamos otro día en la ciudad que nos indicó el maître?.

HUGO -. Sería gastar dinero de más.

SARA -. ¿Y qué?.

HUGO -. Creerían que ese dinero fuese de la obtención de los productos del rancho. .

¡Y entonces!. . .

SARA -. ¿Qué?, entonces.

HUGO -. ¡UF!, entonces.

Volvimos a nuestro rancho a los dos días y medio; que fue el tiempo que echamos en el trayecto y eso con un buen helicóptero; encontrándonos en los ranchos, casas, una caravana de saltimbanquis y señoritas de compañía.

Querían edificar un rancho cerca la plaza para abrir una actividad a su modo y manera de atraer clientela a su saloom y cuando yo me opuse, por ya tener nosotros un saloom en plena plaza, supe que habían sido mandados por personas adineradas; pues fue cuando el que llevaba la caravana sacó su chequera para extenderme un cheque todo el lleno de ceros.

A la indicación de que tenía que consultarlo con mi mujer, Sara, y todos mis ayudantes, extendió otro cheque para que fuese repartida dicha cantidad entre todos ellos.

Yo reuní a todos lo de los ranchos para explicarles la situación, no dudando ni por asombro coger la parte proporcional que les correspondía a cada uno de ellos; así se formó un gran Saloom, no sólo de atracciones, también de juegos de azahar y de tener un mejor hotel en sus dependencias.

A poco tiempo vimos llegar unas máquinas señalizando la carretera que teníamos para llegar a otra ciudad de aquel condado y de aquel Estado; así mismo, como su asfalto correspondiente, no dejando llegar a la reunión de ranchos camiones con bebidas, productos de alimentación, como otros productos que se dan en los comercios: Pues en un edificio adjunto se levantó un local, como ahora se dice, supermercado.

Yo no lo había pensado pero a todo ese embolismo de consumición y gasto, llegaron ciertos individuo buscando beneficios económicos de todo ello, así como beneficios sociales con la actividad más antigua que hay. . .

No solamente quedó ahí todo, que una mañana temprano vimos aparecer la policía de carreteras por aquellos contornos, nada más que yo había recibido el acta de que aquellos ranchos se habían constituidos en aldea del condado y por consiguiente yo tuve que escribir a la corte una súplica para que nos mandasen un empleado del estado para que resolviese los asuntos de los que vivían en dicha aldea. Y así fue, que a poco tiempo vimos alzarse un edificio que serviría como apoyo a la misma corte de aquel condado.

Llegó, por fin llegó un señor instalándose en un despacho de aquel edificio y como aquel señor no daba abasto para extender impresos y escuchar las súplicas de los de la aldea, mandaron a una secretaria que sí lo hacía a las mil maravillas: No dejando escuchar a nadie en sus reinvocaciones sociales y económicas; hasta el punto que un señor de los que yo tenía como ayudante me había buscado la vuelta; me tenía denunciado por no pagar el jornal necesario como para que fuese el mínimo: Y es que dicho señor había trabajado el último mes solamente veinte días, faltándole los restantes por haber pedido el finiquito. No solamente tuve ese problema, que también tuve bastantes más; pues no sabía yo de dónde habían venido aquellas personas tan ansiosas de la plata, del dinero; que ya se me está pegando el habla argentino.

Otra duda tuve en aquellos días, ya que el rancho era enorme: ¿Me había dividido la carretera al rancho en dos?. Y para saberlo cogí el helicóptero pequeño, dándome cuenta que dicha carretera tenía su trayecto por los montes, que era el terreno más firme del rancho, sobre el norte del mismo. No, no me había dividido el trayecto de la carretera en dos al rancho principal: Es más; me había revalorizado las tierras y toda mi hacienda.

Pero eso sí: Al haber una oficina estatal, ya no tenía yo dominio sobre la parte social de mis ayudantes, así como la económica por haberse asentado un Banco en la aldea.

Y como la cabeza piensa mucho y a una velocidad increíble, pensé con mi cerebro la manera de tener aquellas personas bajo mi completa dirección, creando parcelas supervisadas, unas por Ricardo y otras por Arturo: Ya fuesen de ganado, como de agricultura.

Y como he dicho agricultura, tuve el interés de saber cómo estaba la cosecha de trigo en aquella fecha, cogiendo el helicóptero mayor y más nuevo dando una vuelta por encima de aquellos campos sembrados de trigo.

Y en un vuelo de cinco horas, tuve que volver sobre mi ruta, para poder llegar a el amanecer a los hangares; dándome cuenta, que era fantástico aquel recorrido; ya que los asentamientos de mis gentes, siguiendo al ganado, eran más bien nómadas; de aquí para allá, así que se veía desde las alturas las luces que tenían aquellas chozas construidas por ellos para permanecer un cierto tiempo en aquel lugar. Aquí unas luces más brillantes, allí otras más atenuas; pero todas formaban un conjunto de visión maravillosa queriendo decir que allí había personas humanas al cargo del ganado, unas veces bovino y otras vacuno.

Pero pronto recibí, en forma de reglamento estatal, una misiva para que dejase pasar la noche a mis ayudantes en sus pequeños ranchos. No sabía a quién pedir consejos, ni a qué puerta arrimarme; hasta que en una revista leí que el ejército vendía unos helicópteros Chopper Militar y también unos helicóptero UH – 60 Black Hawk que era estupendo para transportar personas , como así mercancías para mis intereses.

Llevaba unos días que no sabía lo que hacer, hasta que una noche llamaron a la puerta de mi rancho, siendo el encargado del Saloom que se había instalado en nuestra villa.

ENCARGADO -. Supongo que la visita le ha desvelado el sueño; por ser horas intempestivas de la noche. . . ¿Pero puedo pasar?.

HUGO -. Sí, por favor, pase usted y acomódese.

Aquel señor, con una originalidad fuera de sí, se acomodó en una poltrona que había al fondo del salón principal de la casa; como para ver mejor todo su entorno de la misma.

Comenzó hablándome de las necesidades que tenía yo para transportar el personal a mi cargo a su lugar de tareas; como si ya supiese, de antemano, lo que yo necesitaba.

Me quedé extrañadísimo; ya que yo no había dicho nada a nadie, por lo tanto decidí seguir escuchándole, ¡y de qué manera!.

Lo tenía todo planificado, como si hubiese estudiado a fondo las necesidades que yo tenía con mis ayudantes, que no personal a mi cargo. Al seguir, aquel señor, hablando me di cuenta que él sólo no podía haber planificado, también, aquella maraña de ideas monumentales para mi acomodo y acomodo de mis ayudantes.

¡Ya está!; pues finalizó con una idea: Siendo la compra de uno de aquellos helicópteros que vendía el ejército americano por tener unos años de más, pero en perfecto estado para mis intereses.

HUGO -. Si los vende, no me van a valer para mis objetivos económicos.

ENCARGADO -. Están en perfecto estado de vuelo.

HUGO -. ¿Usted sabe los Acres que tiene mi rancho?.

ENCARGADO -. Algo menos de una Sección.

HUGO -. Justamente. Ya que una Sección son 640 Acres; que viene a ser unos 2.589998 Kilómetros cuadrados.

ENCARGADO -. Exactamente.

HUGO -. Pues mi rancho tiene cuatro horas de vuelo de helicóptero en línea recta.

Aquel señor fungió el ceño, pero enseguida se repuso como si ya lo supiese; parecía que venía con la lección bien aprendida; pero no por esto se arredró, pues tomó fuerzas para seguir hablándome de la posibilidad tan excelente que yo tenía para hacerme con un helicóptero de venta.

Y a la indicación que yo le hacía, de que aquellos helicópteros los comprarían personas que fuesen con un oficial del ejército de marina de Los Estados Unidos del norte de América. Entonces fue cuando me enseñó la credencial de: Major de Marines. Sabiendo de repente, que ahora sí me podía hacer con alguno de aquellos helicópteros para transportar a mis ayudantes; y sobretodo sería un helicóptero apropiado para ello, pues me dirigía un Major de Marines.

Quedamos en el día y en la hora, para salir a la ciudad asignada por la venta de los helicópteros y a eso de media mañana estábamos volando con mi helicóptero nuevo a la ciudad deseada por nosotros.

Como no podía ser de otra manera, agencí uno de los mejores helicóptero, que había tenido los marines, para transporta personal en el, así como armamento. Yo transportaría a mis ayudantes y materiales y otros productos, como pienso, vallas o cualquier otro material que me hiciese falta en el mantenimiento de mi rancho.

Desde luego se cercó todo el perímetro donde pastaban las ovejas, así como las vacas paridas; pero en un tiempo vimos que nos faltaba de vez en cuando alguna vaca, sabiendo que algún raterillo, más bien un cuatrero, se introducía en el rancho llevándose alguna vaca; creyendo fuese para su sustento, según nos dijo la policía de carretera.

No pasaba nada; ya que aquellas personas eran decentes y respetuosas con la propiedad privada; pero de vez en cuando, allá a gran tiempo, había alguien que necesitaba obtener comida para su familia y para el mismo.

No tardó la policía en capturar al raterillo: Llevaba la vaca en un pequeño camión destartalado; tanto era así, que la policía le puso una multa por ir dejando en la carretera chapas y otras clases de material del mismo camión. Y como yo no podía ir en contra de la justicia dejé que hiciese su tarea con aquel señor.

Había quien le conocía a ese señor, recabando yo su dirección y en un par de días, cuando me vi más sueltos en mis menesteres con las facturas del rancho, llegué a la vivienda de aquel señor.

Parecía que aquel señor estaba asustado cuando me vio en la puerta de su casa, pero como yo le saludé muy correctamente, se tranquilizó un poco y sobretodo cuando le ofrecí un puesto de trabajo en mi rancho, dentro del sector del ganado; no

devolviéndole lo que le había costado la multa por aquella fechoría: Yo le quería conmigo, mejor que separado.

En pocos días tenía que hacer un desembolso importante; así que idee vender en canal las carnes de la vacas, ya que me daban mejor precio, que si fuese la vaca entera: Y para ello alquilé camiones frigoríficos, ajustándome a la normativa vigente; así como contraté veterinarios para que certificasen las carnes y la buena salud que tenían aquellas vacas.

Otro sector que me salió bien fue el del trigo; callándome los quintales de trigo que vendí yo en aquel año, para no asustar a los lectores: Pero como el sector frutícola y de verdura no me habían dicho cuanto me daban por cada kilo, me callo por ser prudente: Pues el mercado alcista de aquel año me llegó a pagar el maíz a ocho dólares y écheles ustedes a ese dinero que obtuve por un millón y medio de kilos que vendí de maíz, el dinero de las verduras; siendo el precio de alguna fruta muy agraciada para mí, ya que la manzana la vendí a 1,01 la libra, las fresas a 3,13 la libra, los tomates a 2,01 la libra y así otros productos de frutas y productos huertanos. ¡Vamos!, que salí muy bien aquel año con la venta de mis cosechas.

Pero no fue suficiente todo el dinero que obtuve por la venta de mis productos, incluido el ganado vacuno y bovino; ya que me tenía que quedar un cinco por ciento en el balance, de la venta de mis productos para hacer frente al año siguiente para comprar semillas, pienso, aperos de campos, como mantenimiento de los helicóptero y de la avioneta que compré dentro del lote.

Sí, tuve que ampliar el hangar y hacer una pista de aterrizaje cerca de los hangares; pues aquella pista tenía que tener unas medidas considerables, por tener una avioneta y un helicóptero de potencia. En aquella pista de aterrizaje podía aterrizar un pequeño avión comercial como de pasajeros, debido a sus grandes medidas. Aunque al



decir verdad era formidable ver todos los aparatos de vuelo aparcados en línea recta cerca de la pista de aterrizaje.

Para decir verdad, tenía otra pista en el lado opuesto a los ranchos, a las casas y a la pista cerca de los hangares; ya que desde allí se traería a mis ayudantes a la villa y así poder dormir con sus respectivas mujeres, disfrutando de sus hijos.

Creí que había terminado todo, sobretodo los gastos que estaba haciendo en construcciones en mi rancho, pero no; pues teníamos que levantar una torreta de operaciones para los aviones que se acercasen al rancho. Sí, una torreta preciosa; pues aunque pequeña se semejaba a las torretas de otros aeropuertos en orden.

El susto más principal fue cuando vi en la puerta de mi casa al encargado del Banco que había en la villa, queriendo entrar en mi hogar.

Pues claro que entró, ¡entró!: Entró aquel señor en mi casa con toda tranquilidad y formidable dominio como para convencer a cualquiera, sentándose en un sillón pidiendo un la copa de whisky; sirviéndosela yo con toda clase de recelos, por no saber a qué se debía tal visita.

Por supuesto no hizo falta que yo comenzase la charla, que lo hizo él con toda clase de explicaciones, detallando muy bien mi situación económica.

DIRECTOR -. La villa no debe ser parada en cuanto a las finanzas.

HUGO -. Usted dirá, señor director del Banco.

DIRECTOR -. Sí que digo: Digo que usted está haciendo que se paralice toda la villa, con su pasivismo financiero.

HUGO -. ¿Qué debo hacer?.

Comenzó diciéndome, que yo debía pedir un préstamo al Banco para refrotar la economía de la villa y con ella todo el rancho, no solamente las casas.

Aquello me cogió descuidado y por sorpresa; ya que yo había hecho un desembolso enorme aquel año, con las compras de toda clase de aparatos de vuelos, así como en las construcciones de dos pistas de aterrizaje y una torreta para el control de vuelo.

No me valía: Yo tenía que pedir un préstamo y cuanto antes, así se refortalecería la confianzas de los inversores en aquella villa, atrayendo al personal más poderoso en cuanto al dinero.

¡El dinero!: Todo era el dinero, todo estaba siendo el dinero la causa de aquella visita y la charla que me estaba dando aquel director tan confiado, de que solamente con un préstamo podía levantar, financieramente, aquellos ranchos, aquellas casas construidas las unas al amparo de las otras.

Me llegó a lo más profundo del Alma, hasta el punto que le dije, llamaría a mi asesor fiscal para pedirle consejos. Y los consejos que me dio mi asesor fiscal fue que parcelase los terrenos y los hiciera trabajar a los colonos, en vez de llevarlos yo: No había otra capacidad económica, más que dicha salida. Así el préstamo no sería tan enorme: Pediría otra cantidad más pequeña al Banco para salir de aquel atolladero, donde me encontraba financieramente.

No solamente me indicó por dónde tenía que ir mis finanzas sociales; pues también me indicó, que ya que tenía la mejor leche de todo el estado, la debía pasteurizar, y así lo hice, haciendo unos quesos ricos y formidables y embasándolos los vendía en casi todos los estados más cercano a nosotros. Y como nos sobraba pastos, podía vender el heno a otros ganaderos que lo necesitasen, como así alquilar parte de las tierras a ganaderos que no tenían bastantes pastos para el engorde de su ganado.

Abriendo uno ojos enorme y una boca descomunal, me atreví a decir un vocablo ya oído por todo el mundo.

HUGO -. Eso es como perder mi rancho.

ASESOR -. Eso es atraer finanzas.

HUGO -. Y después, ¿qué?.

ASESOR -. Después se hará usted con todo el ganado de los arrendatarios; pues les habrá sacado todo su dinero.

Me paré para considerar lo que me había dicho mi asesor fiscal, y efectivamente; pasaría un año o dos sin control en mi finca: Pero al final volvería yo a llevarla, con la consiguiente remuneración de poder comprar el ganado a los arrendatarios.

Encargué, a aquel asesor fiscal, un estudio exhaustivo de mi situación y de lo que podíamos hacer con todo lo que teníamos en el rancho; marchándose aquel señor, con la sola idea de hacerme saber dónde podía emplear mi dinero y dónde no.

Con la cabeza caliente y los pies fríos, como se suele decir, marché donde se encontraban los Cowboys para poderlos ver y poder ver el dominio de su montura echando el lazo a los terneros que no se dejaban dominar por ellos mismos.

No sabía yo muy bien por dónde iba a resultar aquello, pero así lo hice y cuando llegó el día de acción de gracia, el veintidós de Noviembre, el cuarto jueves de dicho mes, lo celebramos. Y para ello se habilitó todos los hangares que teníamos, así como su calefacción; poniendo unas mesas enormes en ellas, con unas tablas hechas a sus medidas sostenidas por dos tablas que se juntaban en su cabecera, desviándose cuando llegaban al suelo.

Los, ¡UF!, ¡UF! Viva, se oían en todas las partes donde se iba andando; era una expresión de alegría de mis ayudantes y de los habitantes de aquella villa; no queriendo decir más, que la cerveza corría por el suelo como si fuese una fuente.

Estaba siendo la fiesta del principio de la Navidad y para nosotros presumía mucho, más bien la idea de que ya estábamos en Navidad, donde Santa Claus viene con muchos regalos para todos los de la casa.

Y sí: Había algunos personajes vestidos de Santa Claus repartiendo caramelos y bombones a los pequeños de la villa, en donde la ilusión cabía en sus pequeñas cabecitas como para creerse el centro de la Tierra en ese día.

Fiesta, fiesta, ¡fiesta! y alegría; en aquella noche del día de gracia, y sobretodo comida, ¡mucho comida!, hasta el punto de tenerla que recoger en la mesa porque se caía. Pero en medio de todo eso, tocó la sirena: Se había detectado electrónicamente un fuego en los formidables pastos donde pastaban los búfalos.

Vi a Ricardo correr y elevarse encima de una mesa pidiendo algo al personal que teníamos para dicho evento.

RICARDO -. A ver: ¡Ahora mismito! que se agrupe todos los chamacos del retén que tenemos en el rancho y se pide voluntarios para sofocar un fuego, que se ha creado en los montes de los búfalos.

Allí se querían unir todos lo que estaban en la fiesta, pero el helicóptero tenía un cupo de personas; y eso que era enorme. Pero por otra parte, no sabíamos pilotar muy bien aquel helicóptero, pese a que teníamos Francisco y yo el carné; pero los instrumentales del helicóptero adquirido al ejército se nos atragantaban los instrumentales y el manejo del mismo. Pero como he dicho que le habíamos agenciado,

el helicóptero al ejército, en un momento miré al señor que lleva el gran Saloom, pues había pertenecido al ejército con el grado de Major de marines.

Sin que lo notasen, me arrimé a aquel señor y en voz baja le hice la pregunta deseada por mí; sobretodo deseaba saber su contestación.

ENCARGADO -. Antes de pilotar aviones, piloté helicóptero: Y éste que usted compró al ejército el otro día también lo he pilotado, aunque poco tiempo.

HUGO -. ¡Perfectamente!

Le pedí, sin que se enterase nadie que pilotase el helicóptero esa misma noche; pues se me quemaban los mejores pastos que yo disponía para el cebo de los búfalos.

Aquel señor no se negó y en unos momentos estábamos todos los que cogíamos en el helicóptero volando, al mando del encargado del gran Saloom; una vez que trazó la carta de ruta y pidió permiso para poder volar aquella noche.

Yo iba en vilo, mirando hacia delante del helicóptero para poder observar qué campos estaban ardiendo y cuanto terreno se habían quemados; hasta que me di cuenta que detrás de nosotros venía el helicóptero grande que teníamos antes de agenciar el del ejército: Pensando, que nunca era malo hubiese más personas que menos; así que no dije nada, dejando hacer.

Cuando llegamos a los montes, me pude dar cuenta que solamente había ardido algunos de ellos; ya que el río había parado el fuego en su rivera, pero para ir a tomar tierra, a un joven le vimos en peligro.

Aquel joven se encontraba sentado en la misma puerta del helicóptero con una pierna afuera y como el helicóptero hizo un giro en contra de donde estaba sentado aquel joven, no pudiéndose agarrar a ninguna parte de la puerta, o por mejor decir: Que

el mismo aire y la velocidad, le soltaron de donde el estaba sujeto, cayendo al vacío aquel joven.

Algún !Oh! se oyeron, por parte de las personas que íbamos en el helicóptero; pero cuando vimos que se levantaba y solamente se le veía de los hombros a la cabeza; comprendimos que la misma hierba le había servido de amortiguación en su caída.

Era tan alta aquella hierba, que a las personas solamente se los veía la cabeza si estabas a una cierta distancia de ella.

Cuando llegamos al río, o la bifurcación de éste, nos pudimos dar cuenta que había sido mínimo los daños causados por el fuego; ya que al parecer habían ardido enseguida los pocos montes, pero que se había parado por estar el río en la falda de esos montes.

La vuelta la hicimos cantando y cuando nos vieron aparecer de tal guisa, las personas que se habían quedado en el lugar de la celebración, en los hangares, comenzaron a cantar ellos también.

Salió corriendo mi mujer, Sara, a mí para ver qué había pasado en aquellos montes y si los daños eran enormes.

HUGO -. Mejor dicho que nunca: No ha pasado del río.

Sin querer, lo habían oído todas las personas que se encontraban cerca de nosotros dos, mi mujer y yo; congratulándose con dicha noticia. Siguiendo la fiesta todos los que cerebramos aquella noche el día de gracia.

¡Qué mañana!; pero qué mañana teníamos todos: Un abombamiento de cabeza, que parecíamos sonámbulos, ya que ni con un café bien cargado logramos despejarnos y

eso que se podía masticar aquel café. Y como yo no había fumado nunca, decidí rehusar una pastilla de tabaco que alguien me daba para que me despejase, según el.

Con todo y eso, logró convencerme aquella persona para que yo masticase aquella pastilla de tabaco, o por lo meno un trozo de ella; si era que no estaba acostumbrado a hacerlo.

¡UF!; cuando comencé a masticar aquella pastilla, si sabía a tabaco. Y al verme así me preguntó aquel señor por las causas de mi expresión en la cara.

SEÑOR -.¿Qué le pasa a usted?.

HUGO -. ¡Si sabe a tabaco!.

SEÑOR -. ¿Pues a qué creía usted que sabía?.

No contesté, solamente me limitaba hacer algunas indicaciones vagas con las manos, en señal de no gustarme; pero cuando seguí masticando aquel trozo de tabaco se me fue despejando la cabeza, al tiempo que me pude dar cuenta que mis glándulas salivares se abrían de par en par.

Un escupitajo por aquí, un tosió fortuito, otro escupitajo por allí y así estuve toda la mañana, a causa de la secreción bucal que me produjo el tabaco.

Así como a media tarde me fui a dar una vuelta, en el helicóptero pequeño para ver cuantos acres se había quemado la noche anterior; no sin antes comprobar el carburante que tenía el helicóptero, viendo que tenía todo el depósito lleno.

Al llegar a dicho lugar comprobé que solamente tenía un sitio para tomar tierra con el helicóptero, y era en un monte calcinado por las llamas; ya que en otro lugar sería contraproducente hacerlo: Podía haber un hoyo en ese lugar y hacer daño al helicóptero y hacérmelo yo también.

Desde el monte quemado bajé por aquel monte calcinado, viendo que poco daño había causado aquel fuego del día anterior; pues se había quedado en la orilla del río y como yo al volver a subir al monte me pude dar cuenta que había un agujero en la tierra y todavía salía humo de él. Sería el agujero que provoca un rayo en su caída a la tierra, pudiendo darme cuenta que una piedra había sido horadada como si hubiese sido por un punzón.

Así se lo dije a la autoridad competente, que quería saber las causa de ese fuego, que se había provocado en los monte de los búfalos. Y efectivamente; cuando inspeccionaron aquellos montes la policía, me dio la razón: Pues en un principio se abordó la idea que hubiese sido provocado el fuego por un rayo.

Lo que más me agradó fue, el saber lo bien que llevaba Ricardo su acometida; ya que hasta retén había creado para casos semejantes, dándome ganas por saber si Arturo lo llevaba igual; y cuando vi a un ayudante de dichas competencias de, frutas y verduras; así como cereales le pregunté por el retén.

SEÑOR -. Yo soy brigadista: Pertenezco al reten de hoy.

Pues sí, sí había retén en la sección de las frutas y verduras, con las hortalizas, así como en el terreno de los cereales, que tanto beneficio fiscal me había repercutido aquel año.

Por lo tanto estaba ducho, todo, para comenzar la parcelación de las tierras: Buscando colonos para la parcelación de los terrenos y para ello firmamos contratos de tres años solamente y con todo y ello se apuntaron miles de agricultores a las mismas.

De una cosa me di cuenta; pues había más agricultores que el Estado tenía reseñado en sus listas. Tenía que tener mucho cuidado a quién le arrendaba parte de mi



terreno; pues una persona que no supiese labrar la tierra o no le gustase, era capaz de hacer más daño que lo hizo el rayo, en el día de gracia.

Las listas de agricultores del Estado nos dieron la pauta para formalizar contrato con el verdadero agricultor y no con el señor que no era; así creamos un método de parcelas en la parte de mi rancho que trataba de la agricultura; pues la parte del ganado, daba pingues ganancias al respecto.

Así comencé a llenar mi cuenta corriente sin poner dinero alguno, ni arriesgar mi capital por algún que otro incendio o una tormenta de granizo.

Pero así no podíamos seguir toda la vida; ya que observé algo que era precedente para las tierras: La falta de abono y el cuidado de las cosechas, con productos fitosanitarios y como combatir algunas plagas.

No, no podía seguir más de tres años con los contratos o las tierras se volverían ácidas en ciertos lugares y alcalinas en otras, teniendo que echarlas quelato de hierro en una buena proporción. No pudiendo olvidar, que nosotros tenemos una desviación de río y un verdadero río en nuestras tierras, dejando el estancamiento de agua alcalina toda la tierra, por llevarse los subproductos.

Dolores de cabeza me daba ver aquello, calmándome la temperatura elevada al ver el ganado engordar cada vez más. Con una buena lámina las vacas y pelo brillante, así como las ovejas con una buena lana para su venta; aunque la venta de la lana había caído considerablemente en el comercio, ya que mucha ropa se hacían sintéticamente.

Tan decaído me vio mi mujer, Sara, que me propuso marchar por una temporada fuera del rancho y del condado. No me dijo nada, pero parecía que quería que viviésemos en otra ciudad.

Sin decirme nada al respecto, solamente quería viviésemos fuera del rancho una temporada, consiguió mi mujer, Sara, que nos fuésemos, al Estado de Indiana, a la ciudad de Indianápolis; donde vivían sus padres.

Pero las noticias que nos llegaban de los colonos desde el rancho no eran muy halagüeñas; ya que como supe, los colonos no trataban bien la tierra de labranza, ni la de frutales: No sabiendo yo si a las verduras las echasen productos fitosanitarios, como así el abono deseado, para que la tierra siguiese siendo fértil.

Pero también supe, que se los había repartido unas misivas, alegando que se debía abonar la tierra con los productos que dijese los peritos, no pudiendo ellos por su parte abonar las tierras sin consultar en la oficina de agricultura del rancho.

En las primeras recolecciones, ya hubo colonos que entregaron sus tierras por falta de no poder cubrir los gastos con sus cosechas, míseras y poco abundantes en calidad y en presentación de sus productos.

Contrato nuevo que se hacía, se les daba una nota a parte, como que debían cultivar la tierra: Fuese del signo que fuese su actividad en el rancho. Al no poderse entrar en el contrato dicha petición, se los hacían firmar un impreso a parte comprometiéndose para labrar debidamente sus cosechas.

Parecía que todo estaba volviendo a su orden; pues las tierras volvían a presentar ése color pardo negruzco, que era la prueba de estar siendo bien abonadas.

Al saber aquello, mi señora y yo aceptamos una invitación, por parte de la oficina de agricultura de Los Estados Unidos; del IICA, para planificar bien las tierras y su desarrollo.

Allá que nos fuimos, al foro virtual del gobierno de la tierra; ya que por las noches se nos dejaba libres para poder ver y participar en aquella feria de agricultura y de todas las diversiones de la ciudad.

La gran ciudad y capital administrativa de Los Estados Unidos en el distrito de Columbia, Washington. Doliéndome las sienes, todavía, cuando pienso en ello, en las diversiones que tuvimos en aquellos tres días por las calles de la afamada capital administrativa de Los Estados Unidos del norte de América.

En Washington estaba la oficina agrícola del IICA, por lo cual fuimos llamados allí para un foro de los productos de la tierra y su planificación, abordando algunas ideas muy buenas los ponentes del foro. Y aunque yo me mordía los labios para no decir nada, sobre lo que hacíamos en mi rancho; me fue difícil no comunicarme con nadie; así que cuando llegaba a la habitación del hotel donde nos alojábamos mi mujer y yo, me iba directamente al escritorio para en una cuartilla reseñar lo más fundamental de aquellas charlas del día en curso.

Aquel año tocó en EEUU, o por lo menos eso creía yo; pues al hablar con algún participante en el foro me dijo, que solamente éramos nosotros, los invitados a dicho foro de agricultura.

Para mí era igual que fuésemos unos cuantos, lo principal consistía en aprender alguna cosa buena para planificar bien nuestras tierras y nuestros productos agrícolas; no hablando nada sobre el ganado, cosa que me interesaba a mí mucho pero que brillaba por su ausencia en dicho foro de agricultura.

Desde aquella ciudad sin rascacielos, Washington, pudimos ver infinidad de parques, lagos, playas y diversiones nosotros dos, mi mujer, Sara, y yo; haciéndonos las delicias y el relax producido por la vista de tantas maravillas.

Volviéndonos, una vez que se hubo terminado el foro, a Indianápolis con toda la verborrea del Mundo sobre las maravillas que habíamos visto en esos días en la ciudad y capital de Washington; alegando a todas las personas que nos oían, fuesen para visitar aquella ciudad fantástica.

Pero poco tiempo, me parecía a mí, íbamos a permanecer en Indianápolis; ya que yo no pensaba en otra cosa más que en llevar a cabo las enseñanzas del foro: Y era el construir un rancho, casa, para que sirviese como oficina para todos los colonos.

Como yo no hacía más que pensar en dicha construcción, me observó mi mujer, Sara, serio, muy serio; preguntándome por las causas de dicha templanza.

HUGO -. No me encuentro reservado y menos hacia tu persona.

SARA -. ¿Pues cualquiera lo diría?.

No, no me encontraba reservado para Sara; solamente pensaba en la construcción de un edificio que sirviese de apoyo a los colonos: Formalización de documentación, preguntas y ayuda moral a sus problemas, sociales, económicos y morales; ya que teníamos el personal suficiente, como para hacer frente a cualquier necesidad de aquellos colonos.

Ahora sí que me enteré bien de las necesidades de los colonos: En primer lugar un asesoramiento para saber qué productos tenían que sembrar y cuales tenían prioridad en el comercio, así como el abono que tenía que echar a esos productos para no dañar las tierras, y sobretodo; la salida que tendrían en el comercio esos productos.

¿Salida?: Pensé en la formalización de una cooperativa, para vender los productos de los colonos a mejor precio y que no fuesen ellos los que ofreciesen sus productos a personas insolventes; pues algunos colonos se veían y se las deseaban para cobrar sus cosechas.

Reuní a la mayoría de los colonos, para darles una charla sobre lo que significaba tener una cooperativa a sus servicios; pero cuando llegó el punto crítico, de que cada colono tenía que depositar en la cooperativa su cosecha, salieron diciendo algunos de

ellos, que eso era quedarse con su cosecha; no sabiendo que era mejor esperar a buen tiempo, en donde los productos subiesen sus precios. Por poco nos trataron, algunos de los colonos como de raterillos.

Estaba todo perdonado; ya que algunos de los colonos no habían oído hablar nunca de una cooperativa: Pero con todo y ello, hubo algunos de ellos que no se suscribieron a dicha cooperativa; acudiendo raudo al siguiente año a la cooperativa, su cooperativa.

Todo, o casi todo, funcionaba bien; existiendo algunas secciones que funcionaban a la suma perfección, y ello por hacerse caso los colonos de las indicaciones de esa sección; en donde los negociados, o apartados, llevaban la pauta de las cuentas y de la planificación agrícola.

Un día vino a la oficina un predicador con la misiva fundamental de decirme, que los colonos tenían que tener su parte de retiro espiritual.

HUGO -. ¿Qué me propone usted?, predicador.

PREDICADOR -. Por partes separadas, los colonos tienen que tener su tiempo para oír unas charlas y asistir a las reuniones en el Templo.

HUGO -. Me ha gustado eso: Por partes separadas.

PREDICADOR. -. No todos juntos, claro está. Además, la labor del Pastor se haría más dificultosa: Con menos personal en las charlas se ve mejor la fe de los que oyen las charlas.

HUGO -. ¿Pero con el Templo lleno?, claro está.

PREDICADOR -. Por supuesto.

Aquel teólogo, tenía razón en lo que me decía; proporcionándole yo el medio y las circunstancias para que los colonos oyeran las charlas de los predicadores; quedando sentado, de antemano, que habría su turno correspondiente para la asistencia de los colonos a dicha charlas. No sin antes saber cuántos colonos deseaban oír la palabra Divina, por boca de su predicador.

No hizo falta construir un Templo, ya que existía dicho Templo desde hacía ya años; y por supuesto, un Templo amplio y hermoso.

No sé qué estaría haciendo yo en mi rancho o por lo menos, no sabía por qué camino llevaba yo a mi rancho; ya que yo no sabía mucho de dichas enseñanzas, más que las que había oído a ciertos predicadores.

Parece ser que aquello surtió efectos en las mentes de los colonos, no teniendo tantas ansias económicas y presentando menos súplicas, en formatos de impresos.

Todo quedó apaciguado, todo era un lago de aguas mansas y cristalinas; según pude darme cuenta: Trabajando con más alegría los colonos que nunca, como se suele decir.

Pero como se suele decir, las pistas de aterrizajes que hicimos para el helicóptero UH – 60 Black Hawk y para la avioneta, nos daba algunos que otros problemas; ya que un día se nos anunció el aterrizaje forzoso de un avión mercantil en la pista que hay cerca de los hangares.

Se pidió las características de la pista de aterrizaje, los metro lineales que tenía y lo ancho de las pistas; pero como la pista tenía mucha más longitud, por tener un terreno con hormigón armado casi igual que la longitud de la pista, cuadraba a la perfección para que aterrizase el avión mercantil. Lo único malo de aquella operación era, que el avión llegaba cargado de elementos inflamatorios.

Había que echar espuma en la pista, poniendo los cuatros camiones, que teníamos ya, a disposición del avión que iría aterrizar en la pista dentro de media hora; no sabiendo de dónde íbamos a sacar tanta espuma; pues ni tiempo teníamos para recopilar tanta espuma.

Sonaron las sirenas de la torreta del aeropuerto, poniéndose todas las personas de la villa a las órdenes de Francisco. Y cosa curiosa, no se pusieron como ayudantes míos; más bien fueron al amparo de Francisco, que era más conocido.

Y entre la espuma que echamos, procedente del almacén de los hangares, y la que nos dejaron las personas que asistían a tal evento, se cubrió parte de la pista; echándola en los tres cuartos finales de la pista, que era donde el fuselaje del avión tocaría tierra a una velocidad considerable.

Mientras estábamos en tales menesteres, volvieron a sonar las sirenas de la torreta del aeropuerto, encendiéndose las luces del mismo: Tres cruzadas al empezar la pista y varias a todo lo largo que era la pista.

Salieron de aquel contorno todas las gentes corriendo, para dejar expeditas las pistas, cuando se vio aparecer las luce del avión a lo largo. Y en un momento estaba tomando tierra en la pista más cercana a los hangares, la mayor que teníamos.

Los camiones de apoyo salieron corriendo detrás del avión y a las personas no se les iba la vista mirando al avión; teniendo encogido el corazón al ver que se terminaba la pista y el avión seguía y seguía corriendo por ella misma.

Pero cuando ya creían las personas que presenciaban aquel evento, que el avión se saldría de la pista, este dio como un giro hacia un lado, para quedarse clavado, sin fuerza alguna y sin propulsión.

Entre, ¡UF!, ¡UF! Y ¡dale manito!; aquellas personas se congratulaban entre ellas al ver al avión parado al final de la pista.

No había pasado ningún desastre, porque aquel avión había tomado tierra normalmente y sin muchos contratiempos.

El primero que salió corriendo, para inicial el rescate de la tripulación fue William; que era el ayudante de Ricardo, el estadounidense que no le gustaba su carrera y sí el trabajar como ayudante en un buen rancho.

No me había fijado, pero sí estaba la autoridad de carretera presenciando aquel movimiento de personal, y a poco tiempo llegó un helicóptero de marines para el salvamento del avión con material inflamable.

El avión había perdido combustible por una fuga en un motor, teniendo que planear hasta la pista que nosotros le habíamos facilitado.

HUGO -. Y, ¿ahora qué?.

FRANCISCO -. Na, de na: Ha sido lo más mínimo.

Pues si eso había sido lo más mínimo, no sé qué será cuando en realidad tengamos que dar cobertura a otro avión para que tome tierra en nuestras pistas.

Desde luego, que había sido poca cosa lo que le había pasado a aquel avión, una rotura pequeña, logrando arreglarla en pocas horas el personal que yo tenía en los talleres de los hangares; aunque el piloto de aquel avión no dejaba temblar de susto, al igual que su ayudante.

Así como a media mañana nos dieron pista para que aquel avión tomase vuelo, rumbo a su destino y así fue; preguntando a la hora prevista de su llegada al aeropuerto por su paradero.

CONTROL -. ¡Paradero!. Está perfectamente aparcado en el aeropuerto.



Así nos informaban desde el control de aquel aeropuerto, que el avión había llegado sin contratiempos algunos a su lugar de destino.

A los pocos días recibimos una misiva a cargo de la compañía del avión averiado; dándonos las gracias por socorrerle y por arreglarle, formidablemente, en tan corto tiempo. Una medalla, imaginaria, se había ganado Francisco, el jefe de talleres y el encargado de los hangares y piloto de los mismos helicópteros y la avioneta; pero como el tiempo corre mucho en el espacio, yo tenía que comprarme un avión con mayor capacidad de kilómetros y más kilometrajes.

Para ello, me fui a una ciudad donde se vendían aviones con tales características, y al comprobar los gastos que tenía un avión, entre seguros y mantenimiento, como el combustible y el aparcamiento del avión; decidí alquilar un avión cada vez que lo necesitase: Ya que me pude dar cuenta, que el sistema aeronáutico se estaba encareciendo para no vender más aviones a particulares.

Hasta tenía que tener mil dólares en un vuelo regular y que no fuese largo; pues si el vuelo tenía un recorrido de largo trayecto, los gastos de combustibles se alargaban hasta los dos mil dólares; así como el tres por ciento de tributo si se vendía a otro país, sumando otros ciento catorce mil dólares y así infinidad de desembolsos más, que el propietario debía desembolsar y eso si el era él mismo pilotaba el avión, si contrataba a un tercero, se sumaba su sueldo a los gastos.

Visto los gastos que tiene un pequeño avión particular, decidí alquilarlo cuando verdaderamente lo necesitase; pues me sería más asequible a mi economía, ya que yo no volaba mucho, ni tampoco a grandes distancias.

Se asfaltó lo último de la pista, lo que estaba con hormigón armado y se pusieron las luces para que los pilotos vieses dicha pista; pero con todo y eso se estudió hacer

una pista que saliese de la principal casi oblicua a la misma, para el desahogo de la pista principal, si tal vez hubiese atasco de tráfico en los vuelos.

Pero cuando ya tiraba la toalla y decidía no comprar un avión pequeño para huso personal, salió al frente el Major; ya que conocía quién vendía un avión y casi nuevo por poca cantidad de dólares.

Me convenció el Major; pues yo no tenía que pagar estacionamiento; ya que los hangares los tenía yo y el estacionamiento eran los mismos donde posaban, los helicópteros y la avioneta.

En cuanto al combustible tendría el mismo que surtía al UH-60 Black Hawk, por ser un avión ligero; pero eso sí: Pensé con la velocidad del rayo, que o volaba el avión ligero o el UH-60. ¿Qué hacer con aquella opinión, que tuve yo?; si la desechara o tal vez tendría razón al pensar aquello.

No sé cómo se las apañó el Major, que me llevó a una ciudad donde se vendía un avión justamente con las características que a mí me hacía falta: Un Jet mediano, un Mid Size Corporate Jets, un verdadero Mid Sired Jets, con Range de tres mil kilómetros y mil novecientos Nm y con siete pasajeros, con ochocientos kilómetros hora y cuatrocientos cincuenta Knots. Era una verdadera belleza aquel HAWKER BEECHCRAT 400 por P. Era justamente lo que yo necesitaba.

Lo que no me explico por qué costó tan barato, si aquel avión estaba casi nuevo, por así decir; ya que el ruido de sus motores lo decían muy bien.

En cuanto la forma de pago, la que yo eligiese y me lo podía llevar en cuanto tuviese los documentos en orden: Todo, todo era un sueño incontrolado; ya que yo no me podía hacer con los mandos de aquel despropósito, ya que se desarrollaba todo a la velocidad del rayo. Era así, que me vi en vuelo, dentro del aquel Mid Sired Jets, surcando el espacio hacia mi rancho.

Pero por precaución, pilotaba el Major el primer vuelo de aquel avión hacia el rancho: Hasta que nos pusiera duchos, a Francisco y a mí, en sus instrumentales para manejar mejor aquel avión.

Pero si parecía que olía a nuevo. . . Y tanto; pues cuando fui a tocar parte de la cabina me pude dar cuenta de una etiqueta que ponen en los aviones nuevos con cabina presurizada.

Pues no dije nada, solamente dejé seguir el curso de los acontecimientos; presentándome en la pista de cerca de los hangares con un avión de reacción.

En pocos días nos puso el Major ducho en la instrumentación del avión, para que pudiésemos volar solos Francisco y yo, y así lo hicimos. Primero voló Francisco, acompañado por mí y a los dos días volé yo acompañado por Francisco: Habíamos tomado los mandos de aquel avión en pocos días.

Se nos había ocurrido crear una feria en forma de fiestas en la villa y para ello elegimos la época del estío, en donde se puede ir en mangas de camisa y estarse mirando las estrellas toda la noche. Fue una gran fiesta de tres días, en donde corrió el alcohol y se alegraron los niños en cantidad.

Infinidad de juegos para lo niños; donde se podían montar en todas clases de atracciones y para los mayores algunos que otros espectáculos, tanto de teatro como cinegético a la caza de algún animal salvaje.

Para el siguiente año teníamos preparado mejor el espectáculo; pues se había contratado a grupos de animadoras y alguna que otra banda de música para que amenizasen las fiestas.

Lo único en contra que teníamos fue la caza de algún animal salvaje; ya que estaban todos protegidos sin saberlo nosotros; pero cuando fui a la oficina y pregunté por la relación de animales salvajes, me pude dar cuenta que no se podía cazar ningún

animal de mi rancho, por estar todos ellos protegido por la Ley: Llamando al encargado de la oficina para que me diese explicaciones al respecto.

Se me anunció que era la señora que llevaba, en la oficina, el apartado de caza; ya que ella solamente revisaba las actas de todos los movimientos que se hacían en el rancho. En fin; unos por otros. . .

Llamé a parte al encargado de dicha sección, para que no volviese a pasar otra vez lo mismo; que cada uno se responsabilizase de sus funciones y no echase la carga a otra persona. Así de claro le hablé, sin dar ningún rodeo en mis palabras; para que de una vez por todas se cortase toda clase de rodeos, echando la culpa al ayudante; ya que el tenía el deber de supervisar toda clase de movimientos en su parcela.

Se pensó sustituir la caza por carreras de caballos y ¡AY!, cuando se enteraron los de los ranchos cercanos, por así decir. . . Todos querían participar al siguiente año en dichas carreras de caballos: Se había apuntado ochocientos jinetes, y no de los ranchos cercanos, como yo creía; pues algunos eran de zonas poco dadas a doma de caballos.

No sé qué significaba aquello; ya que como pude darme cuenta, estaban deseosos de que algún rancho organizase carreras de caballo.

Pero como la actividad agrícola y ganadera seguía en el rancho; yo no tuve más remedio que dejar pensar en la organización de la fiesta del año venidero para hacer frente a toda clase de eventos que se producía en mi rancho casi todos los días: Unos de tras de otros.

Un día me llegó William a mi despacho totalmente compungido; pues su caballo se había caído al bajar un terraplén y se había roto una pata, teniéndole que sacrificar en el mismo lugar del accidente.

No podía quedarme con los brazos cruzados, así que me fui, al siguiente día, para ver a William y poderle dar ánimos en su gran pérdida.

Le encontré entrando en un redil infinidad de ovejas; haciéndolo con gran maestría, como todo lo que hacía y parecía que se quería quedar cerca de las ovejas. No sé qué había visto para hacer tal esfuerzo; pues en una camera y al aire libre le vi extender una manta para que le sirviese como de colchón y así poder dormir aquella noche normalmente.

Yo, por mi parte, bajé de mi caballo la silla de montar aliviando al animal de la cinchas y del bocado; poniendo a mi caballo un morral con paja para que comiese algo.

Pero cuando mi caballo fue a beber, yo le tenía cogida una buena porción de agua para que saciase la sed; ya que era prescripción del veterinario, por una pequeña fisura en el velo del paladar.

Tendí la manta que llevaba en la silla de mi caballo y con el lazo rodeé dicha manta, semejándose a una culebra; de esta manera no se arrimaría ningún animal al lugar donde yo descansaba: Pero es, que también lo hizo William con sumo cuidado, ya que no quería le despertase de improviso ningún animal salvaje.

Yo oía resoplar mucho a mi caballo, no sabiendo qué le pasaba; levantándome de improviso para darme cuenta de por qué aquellos resoplos. Dándome cuenta que le salían por las fosas nasales una especie de moquillo; no teniendo nada para calmar el dolor de mi caballo.

Me fui para donde estaba acostado William y antes que yo le llamase, se levantó éste con ganas de ayudar.

WILLIAM -. ¿Qué pasa?.

HUGO -. Mi caballo está indispuerto por la fisura que tiene en el velo del paladar.

WILLIAM -. ¿No tienes nada para calmar su dolor?.

HUGO -. De verdad que no: Ya que he venido hablar un poco contigo. Solamente.

Se fue, William derecho donde tenía la silla de montar de su otro caballo, sacando una pastilla de tabaco, con idea de dársela a comer a mi caballo.; ya que al mirarle mejor la herida, le vimos que era una pequeña fisura hecha, tal vez, por alguna caña de paja del heno que comía.

Primeramente mi caballo comenzó a comer aquella pastilla de tabaco lentamente, pero a poco comía la pastilla mucho mejor; parecía que aquella herida le había afectado algo y tal vez se estaba intoxicando con alguna bacteria que se quería implantar en dicha herida.

WILLIAM -. Hay que darle pienso por ahora; no le des paja sólo.

HUGO -. Lo había pensado yo.

WILLIAM -. Pero no lo has hecho.

No; desde luego que no lo había hecho, por eso estaba mi caballo dolorido en su boca. Y una vez que mi caballo expulsó el tabaco de su boca, le cocí agua en la proporción que yo creía se iría a beber, para limpiarse aquella herida.

HUGO -. Quería hablar contigo, William.

WILLIAM -. En otra ocasión.

HUGO -. No, será esta noche: Tú espera aquí, que vendré nada más que le deje mi caballo al veterinario.

Así fue; pues sirviéndome de mi Cadillac, en pocos minutos estaba donde dormía William, en una camera; para poderle hablar cómodamente.

Era el medio ideal para expresarle mi dolencia por la pérdida de su caballo y así lo hice con pocas palabras, pero contundente en la forma.

HUGO -. Siento de veras lo que le ha pasado a tu caballo.

WILLIAM -. Te lo agradezco, pero me he quedado sin el.

HUGO -. ¿Tú sabes domar?, por lo que he podido ver.

WILLIAM -. Sí; pero no será como mi caballo. No habrá otro caballo como el mío.

HUGO -. Ya veremos.

Al decirle yo aquello a William, éste me miró con cara de extrañeza; ya que no sabía el significado de mis palabras, así que le tuve que anunciar yo un propósito que tenía in mentis para hacernos de otro caballo.

Le comuniqué mi idea, de ir a buscar un caballo para su acomodo entre los dos en un buen rodeo; que son los caballos que a él le estaba haciendo falta y así aprendería, en unos dos días, que era lo que íbamos a estar en aquel lugar, el manejo del lazo mejor que él lo sabía hacer.

Le gustó aquella idea en forma de proposición legal, así que en pocos días estábamos camino del rodeo, Austin, con la sola idea de agenciarnos un buen caballo para que lo montase William.

Se enfrascó en el manejo de los potros para la doma y sobretodo, en la equitación con el lazo; aprendiendo pronto su técnica.

Tanto bien le repercutió en su Espíritu y en su Alma aquellas buenas enseñanzas, que William llegó al rancho totalmente desvelado por saber el dominio de la equitación en los caballos. Es así, que nada más llegar al rancho comenzó a practicar las formas de aquellas enseñanzas, dominando a su caballo con buen estilo.

Desde luego consiguió domar a su potro en pocos días: Solamente le tuvieron que escayolar un brazo, siendo un hito en la historia del dominio de los potros.

Aquel potrillo tenía el hocico negro y el cuerpo con parte de blanco y parte de negro, teniendo sus patas altas y con pezuña pequeña, el lomo fuerte y las hechuras acondicionadas a su cuerpo.

Era una maravilla de potro aquel animal; bien podía estar orgulloso de su caballo William, pues lo enseñaba a todas las personas que preguntaban por el.

Una vez que yo vi tranquilo a William, me preocupé por las cuentas de mi rancho al comprobar que buenos desembolsos había hecho en aquel año, entre la compra de aviones y helicóptero, como así el arreglo de la carretera principal del rancho; y todavía faltaba algo más, ya que me llegó el ingeniero de caminos anunciándome la posibilidad de enlazar la carretera principal a la pista de aterrizaje: Ya que así podía aterrizar aeronaves de mayor capacidad.

No sé qué me pasó por la cabeza, después de haber repasado los gastos que habíamos tenido durante el año corriente; y menos mal, que el trayecto de la carretera era de poco recorrido; por lo tanto di mi consentimiento para que se aprobase un presupuesto para dicha ampliación de carretera.

¡UF!, cuando supe el montante económico que presupuestaba dicho tramo de la carretera; pues yo creía que era una construcción de hormigón armado solamente, y lo que se tenía que hacer era buscar el firme, primeramente, y como dicha lugar era tierra momia, teniendo que buscar el firme a varios metros de profundidad y entre mallas y hormigón ya había costado lo suyo edificar bien dicho tramo de la carretera sin tan siquiera haber empezado la pista. Entre puntos de luces y puntos de aguas se me fue una gran cantidad de dinero; si por aquellas cañerías de desagüe se podía andar de pie. A mí ya me parecía que era demasiado dicha construcción en aquel terreno.



Si hasta la torreta se tuvo que ampliar, con el gravamen de tener que emplear dos personas más para que manipulasen sus instrumentos: ¡Para qué servirá tanto!, si nosotros teníamos dos helicópteros, una avioneta y un avión ligero.

Lo pude comprobar la primera vez que pidió pista un avión bien pesado; ya que inició la aproximación a la pista desde varios kilómetros antes, no pudiendo resistir el ruido de sus motores las personas que se encontraban cerca.

Corrí a control, en la torreta, para poder saber el por qué de ese aterrizaje; enterándome que los instrumentos de congelación se habían estropeados, así como los instrumentos de estabilización.

Dos camiones grúas, de los cuatro que teníamos, se acercaron al avión echando agua caliente para que se descongelasen las alas del avión: ¡Vaya!, ¡vaya!, si parecía un aeropuerto de un condado. Y al intuir aquello me quedé pensando. . . ¡Pero no!; no podía ser, que se tomase como aeropuerto del condado mi pequeño aeropuerto.

Pero sí; pronto hubo una subvención estatal para cubrir gastos en nuestro aeropuerto; ya que una actividad en la Corte nombró a mi aeropuerto como aeropuerto del condado.

Ahora sí, que en denantes no; pues aquello se me estaba yendo de las manos, no sabiendo yo hasta dónde podían llegar todas las concesiones que se estaban haciendo oficialmente a la Corte del Condado.

Todo, todo era judicialmente; pues los contratos formalizados, los hacían abogados afines a la Corte del Condado. . . ¡UY!, ¡UY! ; Pues peor me olía, cuando supe que mis abogados habían obtenido una cierta cantidad todos los años, para la conservación de la pista.

Ahora sí, que estaba ya totalmente cogido para siempre; de modo que me fui hablar con mis juristas.

Nada más que entré en el despacho se quedaron todos los juristas mirándome; parecía que ya esperaban mi visita: Enterándome yo que había sido la mejor fórmula jurídica para conservar aquella gran pista sin merma de mi capital y de mis intereses económicos.

Mis ayudantes pensaban por mí más rápido que yo; hasta no caí, que aquella pista costaría lo suyo en su conservación. Siendo por una parte bueno, que fuese una pista paraestatal, quedándome a mí mi parte en el contrato para poder aterrizar con mis helicópteros, mi avioneta y mi avión ligero; pero por otra parte no estaba claro tanto ruido como hacían aquellas aeronaves, tanto en su aterrizaje como en su despegue.

- A todo se acostumbran las personas- así oía yo a muchos de mis ayudantes en la villa: Y era, que todos obtenían los frutos de las personas que llegaban por vía aérea, ya que se quedaban sus dineros en la villa: Teniendo, el que más y el que menos, un pequeño comercio para la venta de algún que otro producto; ya fuese agrícola, ganadero o de confección. Las mujeres, de mis ayudantes, se apuntaban a todo desde el primero momento que aterrizó la primera aeronave en nuestro aeropuerto.

Cuando más tranquilo estaba me llegó la mujer de Ricardo toda ella apurada; de tal manera que no la entendía muy bien, calmándola los nervios con palabras allegadas, como familiares.

JULIETA -. Se le ha provocado una peritonitis.

HUGO -. Especifica más.

JULIETA -. Una apendicitis.

Corrimos al rancho de Arturo, estando sola su mujer, Renata, que desde un principio se mostró dispuesta para ayudar; quedándose con las llaves del rancho de

Ricardo, por si pasaba algo o tenía que ir a su casa para coger alguna cosa que hiciese falta a la señora Julieta.

Y en una ambulancia llevamos a Ricardo al hangar, donde se encontraba el ligero; pues a una velocidad de ochocientos kilómetros horas nos colocamos en poco tiempo en la capital de Kansas.

En la capital Topeka, asistieron a Ricardo en un hospital, sacándole todo el pus que tenía en el apéndice y esterilizándola con mucho cuidado.

Tres días, tres, estuvimos allí la señora Julieta y yo acompañando a Ricardo; diciéndonos, con mucho respeto, que ya no se llamaba peritonitis, si no infección aguda de la apéndice.

Al cabo de los tres días salió como nuevo, por así decir, Ricardo del hospital; llegando al aeropuerto del rancho cuanto antes para que éste descansara en su cama y le preparase su mujer, Julieta, un caldito acondicionado a su enfermedad.

Como de momento me había quedado sin ayudante en las tareas ganaderas, me fui raudo para visitar a William y poderle poner en orden los conocimientos en sus tareas; que eran el acondicionamiento del ganado, tanto vacuno como bovino.

Mal comienzo tuvo William en aquel día, pues se declaró un incendio en una parte de terreno que apenas empleábamos para que pastasen el ganado en sus inmediaciones.

Estando allí vi aparecer un avión, seguido de otro, echando una especie de agua al fuego: Cosa que me extrañó mucho, ya que yo no tenía esos aviones, ni sabía dónde llamarlos. Pero cuando llegué a la oficina jurista, supe que ellos habían hecho firmar a la Corte del Condado tal clase de acción: Siendo, concesión por concesión.

Dándolos las gracias, por portarse adecuadamente con el rancho y con mis intereses: Diciéndome éstos que era su trabajo y su deber de velar por los intereses del rancho.

Salí de allí sin saber qué más ajustes había en el contrato que hicieron los abogados con la Corte del Condado; pero tal vez habría algunos más, ya que eran personas duchas en sus tareas cotidianas.

Como queríamos mi mujer, Sara, y yo hacer una pequeña excursión por las bellas y formidables tierras de aquellos contornos, me dirigí al hangar para contactar con Francisco y así poder saber el cuaderno de ruta que tenía yo que seguir para alcanzar tal latitud: Pues queríamos ir al sur de nuestro queridísimo rancho, más bien a Houston; para descansar allí unos días del ajetreo del rancho, pues entre el ganado vacuno y el bovino, así como los problemas que tenían los colonos con las tierras alquiladas, terminando ya el segundo año de dichos alquileres.

Hacia dicha ciudad salimos una mañana temprano, mi mujer Sara y yo, hacia la ciudad de Houston, aterrizando en su aeropuerto en una hora y cincuenta minutos, en una distancia de mil cuarenta y dos kilómetros.

Lo primero que visitamos fue el centro de la NASA y centro espacial NASA, todo el día, en el Johnson Space Center; ya que fue un día especial para mi mujer Sara y para mí. Viendo los cohetes de la NASA, los trajes de la misma y así numerosos instrumentos para surcar el espacio sideral.

Antes de quitarnos el recogimiento psíquico de encima, nos fuimos a la isla de Galveton comiendo en dicho lugar en Shrimp And Oysters un plato que estaba compuesto por ostras y camarones; pero al saber de otro lugar maravilloso por la noche nos fuimos al Samosa comiendo una empanada rellena de papas y de chicharos.

En fin; después de ver la isla entera a través de un barco de poca calada, volvimos a la ciudad de Houston desayunando una sandía canapé que nos supo a poco; ya que aquella cucurbitáceas estaba exquisita.

Nos fuimos para poder visitar el túnel subterráneo; maravillas de maravillas y a sí como a las tres horas nos fuimos al museo de ciencias naturales viendo un repartidor de comidas ambulantes, al no querer perder el tiempo sentados en un restaurante de aquella gran ciudad. Para más tarde tomar un autobús, que nos llevó, en un tour, por toda la ciudad de Houston viendo sus edificios, sus calles y hasta sus costumbres desde aquel artilugio moviente.

Al siguiente día nos fuimos al centro de mariposas, viendo todas clases de mariposas que existían en los confines de aquel continente y de otros muchos, para recalar en Outlets Tánger y en toda la ciudad de Houston. Y créanme, que aunque lo pasamos formidablemente estábamos bastantes cansados; ya que lo hicimos a lo bestia dicho recorrido por toda la ciudad de Houston, al no haber contratado un guía para que nos llevase a dichos centros y con forme a un buen recorrido, en donde la persona tiene que descansar; ya siendo tomando algo, comiendo, o recreándose con la vista.

Al amanecer del cuarto día, ya nos estábamos levantando de nuestra cama, mi mujer Sara y yo, con el propósito de volver de nuevo a nuestro precioso y querido rancho.

Así se hizo y así resultó; pues en poco más de hora y cincuenta minutos estábamos tomando tierra en nuestro querido aeropuerto de nuestra villa. Que no sé por qué esa denominación de villa; cuando ya parecía una gran ciudad y formidable urbe completa.

Nadie sabía que habíamos llegado a nuestro rancho; pues nos acostamos a la llegada a nuestra casa, levantándonos de noche, para irnos a dar una vuelta por las calles tan bonitas de nuestra villa: Con el alumbrado maravilloso que tenían sus calles y el gusto tan bien definido de sus escaparates: Si parecían que estaban compitiendo todo los comercios, unos con otros, por presentar mejor sus productos al viandante.

Aunque era ya hora avanzada de la tarde recibimos un susto monumental al pasar un avión pesado por encima de nuestras cabezas; no sabiendo yo dónde iría ese avión, si la pista la tenía perpendicular a su trayecto.

Con todo y eso se oyó patinar las ruedas por la tierra de cerca del aeropuerto: Había aterrizado en pleno campo no pasando nada a las personas que iban en aquel avión, por ser aquel terreno llano totalmente.

Oyéndose en la villa alguna cosa como, - no hace falta pista; pueden aterrizar los aviones en cualquier sitio por la llanura de su terreno -. Así se expresaban los habitantes de la villa, al saber que un avión había aterrizado fuera de la pista sin ningún contratiempo.

Aquella misma noche me dio la idea de salir con el helicóptero pequeño para ver si había alguien en alguna cabaña hecha por él y así lo hice.

Había recorrido bastantes millas con el helicóptero y cuando pensé volver a la base, comencé a ver una luz a lo lejos, en el suelo. Me dirigí hacia la luz viendo con estupefacción, que se había construido, alguien, una cabaña en plenos montes del rancho.

Pero como las ideas primitivas privan a las ideas obtenidas de nuevo, volví a pensar volver hacia la base de los helicópteros: Dándome un palpito el corazón, como para que siguiese volando unas millas más. Así lo hice, no volviendo a ver ninguna luz en mi trayecto; pero cuando hice el viraje al helicóptero me pude dar cuenta, que en una vaguada existía otra luz.

Aquello ya no me gustó nada, pero que nada; debido a la normativa que había en aquel Condado mandado por la misma Corte: Desistiendo explorar más terrenos, me dirigí hacia la base de los helicópteros para llegar a la oficina y llamar a mis ayudantes, Ricardo y Arturo.

Entre, ¡ya!, ¡ya! Manito y otros giros más me confesó Arturo, que había destacado a tres ayudantes para que vigilaran por la noche los terrenos de labranzas; sobretodo los campos del maíz y los de cebada y trigo.

HUGO -. ¡Muy bien!; pero que muy bien.

ARTURO -. ¡Ándele!: ¿Cómo dices?.

HUGO -. Lo tiene prohibido la Corte del Condado.

Y haciendo un gesto con las manos de no querer saber nada, intentó salir de la oficina sin yo decirle una palabra; parándole tan pronto como vi se iba de la oficina. Se paró, se volvió hacia mí, me miró fijamente y con un balbuceo de los suyos me dijo algo así, como: - Hay que guardar más la plata -.

Pues sí, tenía razón mi ayudante Arturo; que debía vigilar mejor todos los rincones de mi rancho; pues tal vez habría habido falta en alguna parcela de la actividad agrícola. Pero tal vez no sería para tanto, tener allí a sus ayudantes; pues son personas y con mujeres y donde deberían estar era con sus familias.

Menos mal que mis dos ayudantes estaban aprendiendo bien los giros que se daban en el habla de las personas del rancho, que son los vocablos bien pronunciados, según nosotros, por los habitantes de aquella Nación: Aunque también serían buenos giros los que dichos señores daban en su lengua; entendiéndolos, los que habían vivido mucho tiempo con ellos.

Un día recibí la visita de una gran multinacional: ¿Qué haría allí dicho emisario?; si nosotros éramos económicamente menos pudientes que otras ciudades.

Querían construir un gran complejo de juegos, en donde se jugase a todo los juegos de azar: ¡Pues qué bien!.

Para que aquel señor no sospechase nada de mi incredibilidad, me hice el lánguido; no llegándome el cuello de mi camisa para nada; teniendo muchas ganas de hacerle la pregunta recta, pero me contuve.

Mientras aquel señor seguía hablando y hablando, a mí me parecía que era verdad aquello que el me decía; pero en un momento determinado, se quedó mirándome con cara de sorpresa, sacando su credencial del bolsillo y enseñándomela a mí.

Todo parecía correcto, hasta que en un flash de imaginación se me ocurrió decir, que llamaría a mis abogados para que oyeran tales propuestas por parte de aquella multinacional.

Yo me quedé como abstraído, no pensando en nada; solamente esperaba alguna reacción por parte de aquel señor, al decirle yo que llamaría a mis abogados.

Pues no, no se movió para nada; seguro que aquello sería verdad y tanto cuando con un gesto de la mano me indicó que pulsase el botón para llamar a mis abogados; pero yo quería que antes lo supiese mi secretaria, de modo que hice llamar a mi secretaria informándola de tales propuestas para que llamase a mis abogados, y así lo hizo.

Llegaron los dos jefes de secciones, al no saber a quien correspondía mi llamada; haciéndolos que se sentasen los dos para oír las propuestas de aquel señor. . .  
¡ Y vaya si lo oyeron!.

Desde ese mismo momento vi como el jefe de la sección de cartera sacaba su móvil llamando a alguien, al parecer. Y al poco tiempo se me vino donde yo estaba sentado enseñándome un correo SMS, pareciendo que las propuestas estaban siendo fundamentadas.

Para deshacer el hielo que se había creado entre aquel señor y mi persona, me levanté y le ofrecí un Whisky escocés, el cual no se atrevió a rechazarlo.



Quedando en que vendría el director de marketing en breves días, y así fue; pues no habían pasado tres días cuando alguien estaba llamando en la puerta de mi despacho.

No me había dado cuenta, pero a la primera que vi fue a mi secretaria, decayéndome un poco el ánimo; pero cuando vi entrar a tres señores se me elevó el libido hasta el infinito.

Los hice sentar, frente a mi mesa escritorio, para que nos entendiésemos mejor; y en un momento determinado llevarlos a la mesa de invitados, que había cerca de una ventana. Allí firmamos, el mejor contrato que yo he hecho en mi vida, una vez que estaba delante mis abogados; teniendo aquellos juristas un contrato paralelo.

Aquellos señores se pusieron nerviosos y para que yo viese la buena fe de ellos, rompieron su contrato, aunque había sido firmado por mi, admitiendo el contrato que mis letrados tenían formalizado para ese gran evento.

Dicho contrato ocupaba una gran extensión de acres en mis terrenos de aquel rancho, y para que yo me sintiese dichoso me extendieron un cheque de varios ceros después de un número.

DIRECTOR -. Conste, que este cheque no es un pago mensual.

HUGO -. ¡Qué es entonces?.

DIRECTOR -. Un regalo.

HUGO -. ¿Puedo hacerlo extensivo a mis ayudantes?.

DIRECTOR -. Como quiera usted.

Sí, nos daban una gran cantidad de dinero mensualmente, por el alquilé de aquellos acres y por la edificación de una gran superficie, siendo la envidia de la comidilla de todos los ranchos cercanos.

Al terminar la construcción de aquel gran holding, parecía otra la villa de aquellos ranchos, casas, y para más señas; con más movimientos de personas, ya que acudían cada vez más personas para jugar en su gran casino y distraerse con sus actividades lúdicas.

Era precioso ver lleno toda la plataforma de estacionamiento de aviones ligeros y eso al comienzo de la actividad del gran casino, pues cuando corrió la voz por todo el Estado y hasta pasó fronteras, llegaron aviones más pesados; teniendo que hacer una pista, al igual que la hicimos con la segunda. Mi pesar fue, que la tercera pista comenzó en plena carretera del rancho, para dar cobertura a los aviones más pesado y al igual que la segunda se hizo en forma de y griega.

Sí, mi pesar era que habíamos quitado algunos acres al ganado vacuno; sobretodo a los terneros; pues aquellos becerros tenían que comer mucho para engordar en su cebo particular.

Paliándolo al añadir más acre para aquel cebo de los terneros; ya que el ganado vacuno tenía los suficientes acres para pastar en ellos, que era algo menos que una sección de acres.

Un día tuve que ir a los hangares para tomar vuelo en el helicóptero pequeño, no encontrando allí a mi ayudante Francisco; pero como yo tenía que ver el cuaderno de vuelo y la carta del día, tuve que ir al rancho de Francisco.

Me abrió la puerta del rancho la mujer de Francisco, Irene, ataviada con toda clase de ornamentos adecuados a ése condado, de tal manera que los tenía muy bien compaginados los colores: Vamos, que estaba muy bien, ¡pero que muy bien!.

Vi llegar a un niño, como así de dos años y medio, donde se encontraba Irene, echándole una mirada de paternidad, que me costó mucho no llamarle “hijo”. Invitándome su madre para que entrase en su casa.

HUGO -. ¿Es el niño?.

IRENE -. ¿No te parece, que sí?.

Desde luego se parecía mucho a mí, en sus facciones; y hasta tenía mis mismos movimientos: Un gesto inolvidable, con las manos de hacer una señal en forma de cruz cuando me gustaba una cosa.

El niño se vino hacia mí, metiendo su cabeza de golpe en mi vientre para abrazarme después. Aquello me cogió de improviso, no sabiendo yo qué decirle al niño; pero todo lo dijo su madre.

IRENE -. Cariño; deja a éste señor.

El niño se retiró de mí, como comprendiendo lo que le había querido decir su madre, Irene; para más tarde hacerle un mandado, al niño, que me llegó a lo más profundo de mi ser, ya que me quedaba sin el.

IRENE -. Niño, vete a jugar con los demás chicos al parque.

El niño obedeció de inmediato, pareciendo que era buena persona y obediente; quedándonos solos su madre y yo en la casa.

Irene desapareció, en un momento determinado, para más tarde llegar al salón de la casa con una tarta de manzana, echa por ella, y una buena taza de café: Ese café, que se podía hasta masticar. Haciéndome sentar en la mesa, para degustar aquel manjar, tan exquisito, echo por ella.

Pero como el silencio se hizo sepulcral; yo no tardé en dirigirme a Irene, para que me dijese el motivo de aquel halago que me estaba haciendo.

HUGO -. Todo esto tiene una explicación.

IRENE -. La explicación que tiene, es que sepas que es tu hijo ese niño. . .

HUGO -. Me ha agradado conocerle.

IRENE -. Y que no me conformo solamente tener a ésa criatura; pues yo espero tener más descendencia.

No sabía yo cómo iba a tener más descendencia Irene si a su marido Francisco se le había detectado una falta de espermatozoides, siendo estos perezosos: No llegaban al útero para fertilizar el óvulo.

HUGO -. ¿Cómo piensas tenerlo?.

IRENE -. ¿Cómo lo tuve la primera vez?.

Al oír yo aquello pegué un salto desde mi butaca, donde estaba sentado degustando una buena tarde de manzana echa por Irene.

HUGO -. ¡AH!, no.

IRENE -. ¿Cómo que no?. . . ?. . . ¿Qué somos nosotros dos?.

HUGO -. Los padres de ése niño.

IRENE -. Ése niño se llama Bautista: ¿Qué más le puede quedar a mi marido?, que el darle sus apellidos al niño.

HUGO -. Lo comprendo.

Comprendía que le hubiese dado los apellidos del marido de Irene, el que pudo ser su padre y no lo era; pero lo que no comprendía, el porqué de ese interés por tener otro hijo o hija y expresamente conmigo: Aunque era fácil de intuir su voluntad de tenerlo conmigo; ya que el primero había sido mío.

Pero como se arrimó a mí más de la cuenta, yo me levanté de la butaca, dándole las gracias por el café y la tarta de manzana; que expresamente había estado muy buena.

Recordándome su idea de tener más bebés en su tiempo, que al parecer no era largo: Los quería tener ya, pero que ya.

Salí de allí como aturdido por las circunstancias en las que me tuvo al decirme Irene aquello, de querer tener un hijo, y sobretodo cuando me miró; con aquella mirada de gata en celos.

Menos mal que llegó Renata, la mujer de Arturo, que sino no sabía yo lo que hubiese pasado allí en aquel día tan caluroso para mí.

Y expresándome ante Renata por las causas de estar yo allí, me despedí de aquellas dos mujeres, muy cordialmente; saliendo a la calle para tomar una bocanada de aire fresco en mis pulmones, con el cuaderno de vuelo en las manos.

Me monté en el helicóptero y en unos minutos estaba viendo todo el terreno donde tenía autonomía aquel helicóptero; observando un terreno con pocos pastos: El heno no creía como otros años por haber tenido un otoño e invierno muy seco; por lo tanto tenía que consultar con Ricardo para saber qué hacíamos con el ganado, tanto vacuno como ovino.

Antes de llegar a los hangares, me quise dar una vuelta por las instalaciones de las pistas; ya que aquella parte era bella, muy bella: Con aquellas plataformas de

aparcamiento de aviones; todos ellos en perfecto orden y en línea, haciendo a la vista una visión agradable.

Sí me fijé, también, en unos terrenos que había colindantes a las plataformas de aparcamientos, como aprovechable para construir más aparcamientos, pero con todo y eso, encerré mi helicóptero en el hangar y me fui derecho para hablar con mi ayudante, Ricardo.

Me dijo éste, que ya tenía yo su informe encima de mi mesa, yéndome a mi oficina para saber qué ponía aquel informe sobre el ganado.

El ganado: ¡AH!, sí, el ganado: Bonita palabra donde las hay, pero ardua labor que se hace con ellos; con el ganado bovino y el vacuno.

Pero lo que más reseñaba aquel informe era, el distribuir pienso en todos los dornajos y comederos del ganado; a causa de la sequía del año en curso, ya que no había crecido los pastos, ni tan siquiera habían salido de la tierra. Terminando el informe con un: ¡Ándele!, ¡ándele!; para que me diese prisa a comprar el pienso del ganado.

Y sí; desde luego que sí, que compré bastantes camiones de pienso, llevándomelo a unas naves hermosas que teníamos en construcción, cerca del aeropuerto: Las que iban a servir como comederos, restaurantes y formas de diversión para las personas que viniesen a nuestra querida villa. Entré en dichas naves, todo el pienso que agencí a comerciales de alimentos del ganado, por haber tenido, en otro tiempo, algún que otro contubernio con el pienso, al almacenarlo en plena explotación ganadera.

Pues mientras los ganaderos montaban en el UH -60 Black Hawk, cada uno de ellos se echaba al hombro un saco cargándolo en el helicóptero de transporte del personal inscrito en el rancho, y así tendría el ganado la suficiente comida como para esperar otro año más generoso que en el que estábamos, al tener las aguas tempranas y frescas. O por

lo menos así lo creíamos nosotros; ya que era una región fructífera en alguna que otra lluvia, caída del Cielo.

Por darme cuenta, me di cuenta que el río no llegaba a mi rancho tan fluido como los otros años, le faltaba corriente de agua en su cuenca.

Un año fatal para todo; incluyendo la agricultura, ya que nos habíamos metido en el tercer año y los agricultores no estaban lo suficientemente satisfechos con sus productos, pues los tenían que curar varias veces en el mismo año, por falta de sustancias repelentes a las plagas.

¡Qué año!, ¡qué año!; aquel año de sequía: Si lo único bueno era el turismo que nos llegaba de todas las cuatro partes de nuestro territorio para jugarse su dinero en el gran casino y asistir a eventos de atracción, como era la doma de caballos y los teatros que se montaban en la villa, así como las grandes atracciones para los niños y niñas.

Gracias a eso, logré comprar millones de piensos para el ganado; siendo el más caro el pienso de los búfalos; pues teníamos que echarle pasto de corte, cereales, fibras y proteínas para que cogiesen bastantes carnes y diesen buena leche; viendo con decepción que la maleza no crecía mucho en el lodazal donde se revolcaban los búfalos para poder refrescarse, ya que carecen de glándulas en su piel para hacerlo por ellos solos. Y eso que estaba en un terreno adecuado para ellos, cerca de los pantanos que formaba el río a su paso; ya que les teníamos hecho unas presillas para el agrado de ellos. Y como estos animales, los búfalos, son herbívoros, nos costaba mucho recoger los pastos de otras latitudes donde los vendían, así como obtener los miles de kilos de cáscaras de naranja: En fin, un pienso caro donde los haya.

Pero se logró, se logró que los búfalos diesen la leche apropiada; aunque no fuese tan buena como otros años, así como vender sus carnes al mejor postor por un precio un poco más barato que los otros años, pero no mucho. No obstante estaban ahí

nuestros sanitarios y cuidadores de animales, así como nuestros químicos: Los mejores químicos de todo el cono sur de Los Estados Unidos del norte de América.

Yo iba, de vez en cuando, al centro de atracciones: Más bien al casino y al sistema de diversiones, de todas las clases, para los niños. Y ahí fue donde vi una señora con una pamelita y un niño de la mano.

Aquella señora me seguía a todas las partes donde yo iba; así que decidí irme al aparcamiento de coches para montarme en mi Cadillac e irme a mi rancho, a mi casa, ya que aquello lo veía yo mal, pero que bastante mal.

Cuando estaba yendo al aparcamiento de coches, me cortó el paso aquella señora; no sabiendo yo cómo lo había logrado: Pero lo cierto era que estaba delante de mi persona con idea de hablarme.

Aquella señora se levantó un poco la gran pamelita que la cubría hasta los ojos y quitándose las gafas pude ver en ella a la señora Irene, la mujer de Francisco el encargado de los hangares y de los talleres.

Pero como vio la señora Irene que yo me hice para atrás al saber quien era, ésta se me vino más cerca de mi persona; tal vez quería decirme algo, por eso habría traído al niño con ella para poderme hablar sin sospecha alguna.

IRENE -. No te lo puedo ocultar. He venido para hablarte sobre la conversación que sostuvimos el otro día.

Y al decir aquello Irene, miró al niño, que no perdía detalle alguno pese a su corta edad; por lo tanto tendríamos que hablar en forma de telegrama.

HUGO -. Sí, desde luego el pilotar no es tan fácil.



IRENE -. Y menos meter bien la velocidad si una persona no está por dicha labor.

HUGO -. Lo has comprendido.

El que no comprendía nada era yo, que me estaba quedando imberbe; como si se me hubiese tirado un jarro de agua fría a la cabeza al ver allí a la señora Irene y sobretodo hablándome sobre ese asunto tan arduo para mí.

Seguí andando y al dar el cuarto paso me agarró de un brazo la señora Irene con el afán de decirme algo, y así era.

IRENE -. Te espero pasado mañana.

HUGO -. ¿Por qué pasado mañana?.

IRENE -. Vuela mi marido.

Lo pensé y lo hice, el que voló fui yo; pues llevé a los ayudantes a su lugar de trabajo; unos al ganado y otros a la agricultura: Pudiéndome dar cuenta que existían cabañas hechas por ellos para poderse quedar allí con su familia, mujer e hijos.

Estuve todo el día al final del rancho, para cuando llegó el fin de la jornada llevarme a mis ayudantes, otra vez, a casa en la villa.

Fui a entrar el helicóptero en los hangares, cuando vi en ellos a las señora Irene con cara destemplada; pensando yo si era que no lo viese su marido, tales desplantes hecha por ella hacia su persona.

Pero como allí no me podía decir nada, al haber más ayudantes en los hangares y en los talleres, se conformó con mirarme e inclusive indicarme con la cabeza, en un gesto de desahogo, que me esperaba en su casa.

No, no fui a su casa: Pero cuando pasé por delante de su fachada estaba la señora Irene mirando a través de las ventanas, con cara destemplada al verme pasar de largo sin decir nada.

Yo cogí mi Cadillac yéndome a mi oficina para ver los quilos de heno que habíamos comprado y a qué precio y al ver la cantidad de heno que habíamos agenciado a una empresa que lo vendía y el dinero desembolsado para la obtención de aquel heno, pensé, enseguida, una cosa que me asaltó en el cerebro.

Me fui enseguida al rancho de Arturo, para ver lo que se podía hacer con tantos gastos en heno; ya que al parecer lo teníamos nosotros.

No se encontraba en su casa Arturo, así que tuvo que ir para avisarle su mujer, Renata, presentándose en su casa Arturo; oyendo lo que yo le tenía que decir de inmediato, con respecto al pienso de los búfalos; pues ya sabía que era de los búfalos de los que teníamos que hablar.

Desde luego que hablamos de los búfalos, sobretodo del gasto masivo de su pienso, al no tener pastos suficientes en aquellos lodazales, cerca del río.

No sabía cómo solucionar el problema, Arturo; hasta que yo le indiqué si él sabía los quintales métricos que teníamos en la cosecha de la cebada. Éste se me quedó mirando como pensando en cuantos quintales métricos cogeríamos el día que dicho cereal fuese cosechado y por su boca supe que eran bastantes millones.

- Tú lo has dicho: Lo he oído por tu boca -. Así le dije y así recapacité para decirme los terrenos peores que existían en dicho año por falta de lluvia; ya que no había crecido mucho y la caña no estaba hecha.

Sin falta ninguna le indiqué que, lo cortase y se lo echase a los búfalos para paliar tales desembolsos de dinero para su engorde.

Aquel año, en lo único que se ganó fue en el apartado de la pasteurización, la quesería y los yogures hechos en dicha fábrica.

Así se hizo, mermando el escape de tanto contante y sonante por parte de la secretaria: Teniendo mis contables mucho cuidado para no desembolsar tanto dinero.

Así se lo hice saber a mis contables, dándome vergüenza más tarde, por pensar si aquellos señores entendieron que yo quería quitar el alimento a los búfalos; así que volví al siguiente día para explicarme, diciéndome éstos señores que no debía pensar en ello, que ya sabían ellos lo que yo los había querido decir.

Menos mal, que mis contables eran condescendientes; pues sino, no sabía yo qué hubiesen pensado de lo que yo les dije el día anterior en contabilidad.

Recibí una misiva escrita, por parte de Francisco al día siguiente por la mañana, presentándome en los hangares lo antes posible; pues aquella misiva llevaba el timbre de la sección de hangares y talleres: Firmada perfectamente por Francisco.

Recorrí todos los hangares sin encontrar a Francisco por ninguna parte de ellos y al encontrarme a un ayudante le pregunté por éste: Diciéndome el ayudante, que Francisco se encontraba portando las personas y el pienso de la ganadería.

Se me encogió el Alma, mirando para todas las partes de aquellos hangares, y en todas ellas veía la cabellera rubia de la mujer de Francisco, Irene.

Salí de allí a la velocidad del rayo, sin esperar a que me diese el parte el encargado del día de aquellos hangares; pues con palabras me lo dio y a voces: Escuchándole todo su contorno lo que ese señor me estaba diciendo.

Le indiqué, que me mandase a mi despacho por escrito todo lo que me estaba diciendo sobre los hangares y el taller, para que fuese oficial. Y no se lo llevase el aire las palabras que me estaba diciendo, que a penas las oía.

Y sí: Al siguiente día, por la mañana, tenía el parte del ayudante de Francisco en mi despacho y al leerlo me tuve que fijar, muy bien en una palabra que ponía: Está roto, no sabiendo yo qué cosa y que maquinaria estaba rota o algo roto; hasta que decidí leer lo anterior de aquel vocablo.

Una parte insignificante del rotor de cola del helicóptero pequeño estaba roto o por lo menos no funcionaba como era debido: Las palas no giraban lo suficientemente con la velocidad deseada para dirigir el helicóptero a buen sitio. El par del rotor de cola para contrarrestar al helicóptero y llevarlo al sitio deseado.

O tal vez estuviese sucio, o tal vez tuviese alguna paja enganchada en el rotor de cola; por lo tanto había que avisar a Francisco de aquel contraste en el helicóptero: Pero por más prisa que me di, ya había tocado suelo Francisco con el helicóptero pequeño aquel día. Diciéndome éste, por el sistema de comunicación del mismo helicóptero, que ya era tarde aquella información; pues había tenido que aterrizar forzosamente a causa de algunos bandazos hechos por el helicóptero: Dando las gracias por haberle avisado de aquel contratiempo en el rotor de cola.

Al darnos las coordenadas Francisco de dónde se encontraba, salimos el ayudante de éste y yo con la avioneta para poder asistir a mi ayudante Francisco, ya que se encontraba en un terreno suficientemente llano, como para que aterrizase bien la avioneta.

Pero cuando fuimos a ver lo que le pasaba al rotor de colar, vimos una pluma enganchada en el rotor: Parecía que un pájaro mediano se había chocado con el rotor de cola, dejándose allí un ala; pues hasta sangre había en el rotor de cola.

En el arranque experimental que hicimos, vimos que el rotor de cola funcionaba a la perfección y con la fuerza suficiente, como para poder retener fuerzas por una parte y expulsarlas por otra, a base del pedal del helicóptero.

Unos y otros volvimos al hangar sin ninguna clase de contratiempo alguno para nuestros intereses particulares: Que eran estar con nuestras mujeres y con los niños, cada uno en su rancho. Y así fue; pues nada más que aterrizó el helicóptero, desaparecieron todos como por arte de magia.

Desaparecieron todos menos yo, que me había quedado mirando al rotor de cola de aquel helicóptero, para ver si veía alguna otra incidencia en dicho artilugio rotativo y cuando no conseguí ver ninguno decidí marcharme a mi casa. . . ¡Bueno!, eso quería yo, o por lo menos lo creía; ya que me tapó el pasa la señora Irene para que me retuviese en aquel sitio, donde ella quería hablarme de algo trascendente para sus intereses particulares.

Quedándose troncados sus intereses particulares de la señora Irene, al oír unos golpes dados en un metal por uno de los ayudantes de su marido, Francisco.

La señora Irene miró hacia donde se percibían los golpes, viendo allí un joven, que estaba decidido en apretar una tuerca, que se encontraba desajustada. Haciendo un gesto de enfado la señora Irene, para salir del hangar más ligera que una paja.

Yo me quedé pensando allí mismo cómo saldría de esta, y ésta no cesaba en atosigarme para conseguir sus objetivos, que era lo suficientemente doloroso como para no pensarlo.

La señora Irene no se conformaba con un niño, que quería otro u otra niña; sin darse cuenta que ahí entra la moral y la decencia; así como la fidelidad que debía yo a mi mujer.

Dudé por un momento si decírselo al Pastor de mi congregación; pero por otra parte decidí callarme y protegerme yo solo ante la señora Irene: Un torbellino de pasiones descontrolada.

Aquella noche llegué a casa un poco exaltado, como si me hubiese pasado algo; por lo tanto me preguntó mi mujer, Sara, por las causas de ése sobresalto.

SARA -. Te veo un poco soliviantado: ¿Qué te pasa?.

HUGO -. A. . . Mí. . . Na. . . Nada.

Pero como mi mujer, Sara, me vio titubear un poco, no se las tenía consigo; volviéndome hacer la pregunta de nuevo.

SARA -. Algo te ha pasado. ¡Cuenta!.

HUGO -. Una avería en el sistema de rotor de la cola en el helicóptero pequeño.

SARA -. Y, ¿qué?.

HUGO -. Al no estar contrarrestada la presión, el helicóptero va sin rumbo fijo.

SARA -. Para haberse matado: ¿No?.

HUGO -. Así es.

Al decir yo aquello, Sara se puso más blanca que la cal para sentarse en un balancín que había allí cerca.

Desde luego, no me preguntó nada más; haciéndose la mujer que la dolía saber aquello: Que Francisco había estado en peligro; y hay que ver, ¡qué peligro!.

Yo cogí un poco de recelo para volver otra vez más a los hangares; pero como tenía que supervisar todos los movimientos en los mismos, no tenía más remedio que volver a los hangares y así poder ver las tareas que se hacían cotidianamente.

Mi interés se centró en la oficina y en saber la contabilidad de mis contables; sin preguntar nada al grupo jurista sobre la marcha de los contratos; ya que ellos sabían más que yo y por supuesto, lo estaban haciendo bien, pero que muy bien.

Corría por las carreteras secundarias con mi Cadillac para ver el adelanto de las cosechas aquel año; ya que yo no iría a percibir gran cantidad de dinero por tener cosechas cortas y pobres en cereales. Y no digamos nada, del apartado de verduras, árboles frutales y otras plantas que se dan en las huertas; ya que los preceptores de las mimas eran los arrendatarios de las parcelas, al criar ellos las cosechas con su dinero. Pero ahí vi yo que aquellos colonos se habían espabilado; al tener cosechas buenas, pese al año de sequía que estábamos pasando.

Entre subir y bajar montes y montes, entre lo llano de algún terreno, por aquellas latitudes, pues la mayoría eran tierras llanas; yo me estaba despistando de mi camino, pues aquella carretera de tierra no era la que yo debía haber cogido.

Me paré para consultar la mata y con ayuda del mecanismo que tenía en mi coche, supe por dónde estaba o por lo menos por donde circulaba con mi Cadillac; decidiendo continuar un poco más mi camino, hasta dar con alguna señal que me dijera la verdadera situación, donde yo me encontraba.

No quería llamar a Francisco para que me dirigiese él o por lo menos viniese con el helicóptero pequeño a mi rescate; por lo tanto seguí conduciendo un poco más por aquella carretera agrícola, por lo que pude ver en ella: De vez encunado alguna mazorca caída en su cuneta, como así alguna que otra verdura esparramada en ella.

El tontón del coche señalaba una carretera que salía hacia la parte de los montos del norte, iría a cruzarse con la carretera principal: Y efectivamente, “Mari Pili”, me decía que tirase hacia el norte y así lo hice.

En el trayecto de esa carretera secundaria pude darme cuenta que había llegado a donde había tenido que aterrizar a la fuerza Francisco con el helicóptero pequeño; sabiendo porqué carretera me encontraba en aquel tiempo de recuerdos y añoranzas: En donde le pudo pasar de todo a mi ayudante Francisco.

Desde luego que cruzaba la carretera principal aquella carretera de segundo orden; y al llegar a la carretera principal dejé a mi Cadillac que corriese, así podía llegar pronto a mi destino. Pudiéndome dar cuenta lo concurrida que estaba aquella carretera, si hasta camiones y todas clases de coches había en ella.

Sí, tanto en la vuelta como en la ida estaba abarrotada la carretera. Todo era producto de los juego del gran casino y de algunos más, instalados mucho antes que aquel conjunto de atracciones lúdicas.

Llegué veinte minutos más tarde de la cuenta, por la gran circulación de vehículos en la carretera principal, y eso que no era día de fiesta, ni tan siquiera al siguiente día.

¡Cómo estaba la villa!, bonita como ninguna; pues yo no era muy ducho en salir de día por las calles de la villa: Dándome cuenta de la atracción tan enorme que tenía aquella villa tan bonita y acogedora.

Si mal se podía conducir en la carretera principal, a costa del mucho tráfico; peor se conducía por las calles de la villa. ¡Si estaban todas las calles abarrotadas!, no pudiendo circular con ninguna clase de vehículo por ellas, ni tan siquiera andar por sus aceras.

Me fui derecho a mi casa, encontrando en ella a la señora Irene con su hijo; cosa que a mí me causó tristeza, al comprender la fuerza de voluntad que estaba poniendo aquella señora para ver fructificar su vientre de nuevo.



SARA -. Mira cariño. Nos ha visitado la señora Irene, con la sola idea de que conozca a su hijo.

Al decir aquello mi mujer Sara, me miró con cara de súplica la señora Irene, mirándola yo a ella con deseos de que se marchase sin decir una sola palabra sobre el asunto.

HUGO -. Muy bien.

Solamente dije eso: Que muy bien. Y marchándome a mí escritorio comencé a ver las facturas que tenía encima la mesa, entrando al poco tiempo Sara en mi despacho.

SARA -. ¿Qué haces aquí?.

HUGO -. Numerando facturas.

SARA -. ¡Anda!; vente con nosotras y no hagas de menos a la señora Irene.

Me levanté, sin a penas ganas de volver al despacho principal de la casa, al recibidor, para ver a la señora Irene. Haciéndolo solamente por mi hijo; aquel pequeñín, que no tenía culpa alguna de los deslices su madre.

IRENE -. Siempre trabajando: ¿verdad?, señor Hugo.

HIUGO -. Así es.

No la quise contestar nada más; para que viese ella el poco agrado que me daba por tener su presencia en mi casa, en forma de omnipresencia. Queriendo decir, que lo mismo la encontraba en los hangares, como en un evento, como así en mi casa.

Pero como vio que su presencia en mi casa no me era lo suficientemente grata, aquella señora, Irene, se marchó enseguida; no queriendo dar tres cuartos al pregonero, por permanecer en ella más tiempo de lo necesario en una visita de cortesía.

Antes de salir de la casa, echó una mirada donde me encontraba yo, la señora Irene, para que me diese cuenta del mucho afecto que me tenía.

Me tendría mucho afecto, pero aquella señora se tenía que marchar cuanto antes de mi casa o no me podría contener por los nervios que me estaban dando.

Con afectos y sin ellos, a dicha señora la quería lejos de mí: No fuese a ser que se diese cuenta mi mujer, Sara, de las miradas que me echaba y del mucho derrocho de simpatía que me tenía.

Me tendría una u otra cosa; pero yo la quería ver lejos de mí, cuanto antes, a la señora Irene: Ya que descubrí, el mucho interés que tenía en la obtención de sus deseos; que no eran otros, más que tener el segundo bebé. . . Con su marido. . . ¡Vamos!.

Faltaría más, que no pensase aquella señora otra cosa más que la dada por mí; siendo sus intenciones de tener otro bebé. . . Sí, con su marido.

Descubrí si no quería yo que me viese la señora Irene tendría que pasar antes por los talleres, para después llegarme a los hangares.

Pasaron tres días inhábiles para las intenciones de aquella señora, Irene; ya que no nos vimos en esos tres días; sin otro apelativo que no fuese llamase yo a Francisco por teléfono para consultar sobre el helicóptero pequeño, alegando que no podía ir a los hangares por tener trabajo atrasado en mi despacho.

Pero como por teléfono no se ve la cara que pone el interlocutor, pero sí se intuye cómo le sienta lo que uno le dice; y por supuesto aquello no le sentó bien a Francisco que yo no fuese a supervisar las tareas cotidianas en el helicóptero pequeño.

¡Sospechas!: Sospechas fundadas las tenía Francisco, en cuanto yo titubeaba en la voz; no la tenía bien aplacada como siempre, cuando le llamo por teléfono.

Tanto era así, que al siguiente día pidió verme a mi secretaria en mi despacho; ya que por casualidad me cogió allí. Yo comencé a poner listas de cuadros, presentando facturas en cima de la mesa escritorio; así le hice ver que estaba atareado totalmente a Francisco. Quería saber qué me pasaba con tanto trabajo, como para no ir a los hangares, como siempre.

¡Como siempre!, me levanté de mi sillón con idea de marchar con Francisco a los hangares; quedándose éste como aturdido al ver que no me atrevía ir solo a tal sitio.

Me miró, encogiéndose de hombros y con una parsimonia, que rayaba la inteligencia, salió detrás de mí sin decir una sola palabra.

Los hangares, sí, los hangares estaban limpios y totalmente en orden; y eso que allí trabajaban más de tres personas en ellos; como para que en el suelo se pudiese comer y para que brillasen las paredes como lo estaban haciendo.

Pasé en los hangares un par de horas; pues comencé ayudando a mis ayudantes, que esta vez eran cuatro, contándome a mí mismo, ya que tenían un trabajo ímprobo con el helicóptero pequeño: Estaban ensamblando el sistema del rotor de cola, con mucho apuro y con mucha paciencia.

Sí señor; consiguieron ensamblar el rotor de cola perfectamente con su pala y al ver yo eso, me despedí de ellos con mucho agrado y simpatía; por ver la clase de ayudantes que tenía yo en los hangares y en el taller.

Lo que no pude comprender, qué hacía allí el tractor nuevo, que había comprado hacía poco; poniéndome nervioso totalmente. Así que pregunté las causas de aquella parada con el tractor.

Me explicaron que le estaban cambiando, al tractor, las ruedas por otras más estrechas para meterle por los lodazales y poder dar el pienso a los búfalos; calmándome los nervios dicha explicación.

Me fui de allí con alegría por todo mi cuerpo, al ver lo bien que cada ayudante mío llevaba su pequeña tarea a la suma perfección, llegando a mi rancho, casa, con el semblante moderado y como acoplado a las circunstancias.

SARA -. ¡OH!, chico; pareces otro.

HUGO -. ¿Y eso?.

IRENE -. Tienes otra cara más alegre.

Desde luego llegaba con otra cara más alegre que otras veces; pues en esta ocasión me había alegrado el Alma ver a mis ayudantes tan ligeros para el trabajo y predispuestos y con tanto saber, que como digo, ejecutaban enseguida sus tareas.

Pero como había sido informado, algunos de los colonos en la agricultura estaban formando asentamientos en mis terrenos; así que cogí la avioneta dándome una vuelta por los sitios que se me había informado y efectivamente: Aquellos colonos vivían con sus mujeres e hijos en ranchos pequeños, hechos de madera, pero con luz; ya que habían enganchado en la red principal para poder tener una o dos luce en su casa.

Fui informado de cinco puntos de asentamientos, pero yo conté siete; dos de ellos eran reuniones muy pequeñas de colonos, pareciendo que donde estaban asentados aquellos colonos eran más bien como servicio de vigilancia.

Al llegar a mi despacho, llamé a los juristas de mi rancho, diciéndome éstos que efectivamente, aquellos dos puntos eran un servicio de vigilancia formado por la mayoría de los colonos.

No podía decir nada; yo no podía significarme en contra de aquellos colonos, y lo que es más: Yo no podía ir en contra de las familias de los colonos; pues tenían mujeres y lo que es más, tenían también niños y niñas de corta edad.

Pensé de inmediato, que aquellos niños serían los que colonizarían mis tierras, quedándose allí, en el lugar donde habían nacido; queriendo a ésa tierra como si fuese suya. Tanto era así, que cuando se terminó el contrato de los tres años vimos que aquellas tierras estaban muy bien apañadas y abonadas; ya que al analizarlas se vio muchos productos beneficiosos echados, como abono, en aquellas tierras.

Se los dio la posibilidad, a aquellos colonos, de seguir en su parcela; pero esta vez como ayudantes míos, con un buen contrato de trabajo, donde privaba el sistema salarial.

De esta manera, tomaba yo el control de mis tierras, vendiendo sus productos de verduras, de frutas y de toda clase de hortaliza que se dan en un sistema de huerta.

También desaparecían las subvenciones de los cereales, que se les daban a los colonos, por dejar al apartado de agricultura del rancho para sembrar cereales en aquella gran extensión; pero como aquellas subvenciones eran sustanciosas, tuvimos que crear una pequeña subvención para los colonos, por parte del apartado de agricultura del rancho. Recibiendo los colonos un tanto por ciento de la repercusión de las venta de los cereales: Pero eso sí, siempre fija: Resultando, que si los cereales se vendían más baratos un año, ganaban los colonos, pero si se vendían más caros, perdían los colonos al ser menor el dinero que percibían los colonos en su tanto por ciento, al tener que percibir más beneficios aquel año, cosa que no lo percibían.

Aquello era un rompedero de cabeza: Tener que salir de un edificio a otro para ir de mi despacho a secretaria o al sistema contable; así que decidí edificar un edificio común para todos ellos.

Cerca del gran casino, se edificó ese edificio enorme, con varios pisos de altura; dando cobertura a toda la contabilidad y al grupo administrativo, como al grupo jurídico, con todos los apartados que había para dar apoyo a tanto embolismo de papeles y de gestión.

Aquella parte, donde se encontraba el gran casino y el edificio de gestiones contables y jurídicas, daba a la vista de los viajeros de aquellos aviones una sensación de estar en una gran ciudad, en vez de en una villa. Ya que aquellos edificios estaban cerca del aeropuerto.

Otro edificio se construyó, allí cerca; y era para las reuniones y congresos de los ganaderos y de agricultores; como la sede donde tenían que ir para gestionar alguna cosa que se los presentasen como actividad de agricultura y ganadería.

Con una avenida ancha, con árboles y planta ornamentales, con sus luces pareciendo que era de día aquella avenida; también las pusimos en las calles aledañas a la gran avenida.

La villa: ¡Vaya villa!; si parecía una gran ciudad donde las hubiesen. Teniendo que construir un edificio nuevo para que fuese la corte de la villa, con la residencia del Sheriff, y la cárcel.

Sí, he nombrado a un Sheriff; pues nos habían concedido a un Sheriff y tres ayudantes con el; pero a poco tiempo, ya tenía aquel policía dos ayudantes más. Haciendo alardes de sus coches nuevos y de su sistema de semovientes de caballerías.

Con unos grandes almacenes y torretas de transformación de los productos, para su embasado: Todo ello, también, cerca del aeropuerto. Bidones, infinidad de bidones y

cubas para que sirviesen de recipientes a los productos, tantos lácteos como conserveros.

Pero la amenaza sobre mi persona, por parte de la señora Irene, no cesaba de rondarme; ya que dicha señora hacía lo posible y lo imposible para estar un rato a solas conmigo.

Mientras yo, iba y venía a los campos de agriculturas, unas veces y las otras visitaba la ganadería; una veces con mi caballo, si estaban cerca los terneros, y otras con los medios para llegar a grandes distancias: Así que no me encontraba casi nunca en la villa. Guardándome muy mucho de que me cogiese la vuelta aquella señora; tan decidida para tener otro hijo u otra hija, según cuadrase: A ella la importaba poco según qué género.

Un día me dio por visitar a William; pues no sabía cómo iría su potrillo, cogiéndole en la doma de su potro, ya mayorcito: Pues se le veía unas hechuras de un caballo adulto. Parecía que William tenía bien domesticado a su caballo, pues hacía con el hasta cabriolas una vez que me vio allí.

William, se vino donde yo me encontraba, en la valla de sujeción para que no se escapasen los equinos, en su doma.

WILLIAM -. Me alegra verte.

HUGO -. He venido para ver cómo vas con la doma del potro; ya hecho un verdadero caballo.

WILLIAM -. Sí; pero en hechuras.

HUGO -. Claro porque todavía le falta la fuerza y el temple como para no hacerse daño en las patas.

WILLIAM -. ¡Claro!.

Desde luego que William no podía esforzarle mucho a su caballo; pues no estaba hecho todavía a grandes esfuerzos, ya que se podía hacer daño en alguna pata y eso sería el acabose, en ese animal.

William siguió con su tarea de domar a su caballo, regalándome a la vista unos movimientos ejemplares con su montura, ya que aquel caballo lo hacía sin ninguna clase de esfuerzos y sin peligro alguno.

Le hice una señal con el dedo índice, de que me iba de allí; respondiendo éste con el sombrero, de Cowboy, en las manos. Marchándome de aquel sitio con paso corto y pensativo: Si un hombre logra todo eso de un animal, es que es buen hombre y le trata bien a su caballo.

Me marché por las cuadras, ya que tenían cobertura; pero lo que no caí, fue en que tenía que ir pisando el estercolero que hay en ellas; ya que todavía no habían quitado el estiércoco de las cuadras, por ser temprano. Pero eso sí, logré una cosa: Que no me viese la señora Irene pasar por su puerta.

Me alejé de las caballerizas a paso ligero, como si alguien me estuviese siguiendo, mirándome toda la persona que me cruzaba en mi camino; al ver el paso que yo llevaba.

Llegué a mi Cadillac dirigiéndome en mi coche a las oficinas del rancho, para poder contactar con las cuentas de los cereales: Ya que aquel año no había sido favorable para que granase el trigo y la cebada; pues a parte habíamos segado, en verde, parte de la cebada para que comiesen los búfalos.

Aquel contraste de ganancias y miserias, como las que habíamos tenido aquel año, no lo podía soportar ni un año más; ya que solamente se había cogido una buena cosecha de avena. Mi cabeza me daba vueltas y vueltas; hasta que por fin pensé ir para



buscar a mi mujer, Sara, y podérmela llevar al asentamiento de los agricultores, aquel día, para degustar una buena comida: Ya que en aquel restaurante se daban los mejores platos que yo había comido en toda mi vida, cogiendo fama en todo aquel territorio dicho restaurante.

En la avioneta me marché con mi mujer, Sara, ha dicho asentamiento y en un par de horas estábamos degustando un buen manjar, hecho por los cocineros de aquellos fogones.

No solamente todo va a ser letras de cambio y cuentas hechas al son de las facturas que teníamos en nuestro poder; sino poder evadirse del trabajo, de vez en cuando, para vivir con ésa ilusión que da la vida al que la toma con tranquilidad y sosiego. Y a mí me la había dado en aquel día, al comer en el restaurante del asentamiento de los agricultores.

No suelo fumar; pero ése día me fumé un buen puro; que hasta eso tenía aquel restaurante, al ser ya conocido por la mayoría de las personas de aquel condado.

Eso sí, pues me quise levantar de mi asiento no pudiéndolo hacer, por lo pesado que me encontraba: Había comido demasiado en aquel almuerzo, hecho a base de platos y platos, servidos con maestría; y si uno estaba bueno el otro estaba mejor.

No quise decir nada a mi mujer, Sara, para que no se pusiese nerviosa, yéndome al escusado del restaurante para lavarme la cara y así poderme refrescar un poco; cosa que me sentó a las mil maravillas.

¡Comida!: Una comida opípara donde las haya, a base de barbacoa de vacuno y de cerdo; estando la carne acompañada de okra, col rizada con mazorca de maíz y judías verdes. Y si esto fuese poco un guiso de carne de cerdo para hacer hambre, según nos decían en el restaurante, con un buen pan caliente rebozado de mantequilla;

acompañándole ensaladas variantes de patatas y rociado con una buena cerveza, siendo su postre una buena tarta de manzana.

¡Vamos!; como yo suelo oír a veces: ¡Dale!, manito, dale: No más, no te agaches.

Y sí; desde luego que me estaba agachando hasta pensar una vez que me caía al suelo redondo. Pero no, no me caí; ya que logré espabilarme, hasta el punto de sentirme capaz de pilotar mi avioneta hasta los hangares, y así lo hice.

Parecía como si estuviese huyendo de aquel sitio, en donde abunda la comida y la bebida a base de los productos que se daban en aquellos campos, tan buenos y tan sabrosos y ricos al paladar: Pues sentía que había entrado en nuestros cuerpos los deseos de vivir y vivir bien.

Al llegar a nuestro rancho, casa, mi mujer, Sara, me hizo un pequeño apunte de cómo la había parecido la comida a ella; calcándolo a la perfección.

SARA -. Abundante, exquisita, sabrosa y deliciosa la comida que hemos merendado hoy. Yo no podía comer más.

HUGO -. A mí me pasaba lo mismo.

No la quise decir más al respecto; callándome lo mal que me sentí en un momento por tanta comida, así no se molestaría ella.

Y cosa curiosa, al siguiente día vi en la prensa escrita el anuncio de ésa buena comida; en donde personas particulares, ejecutivos, personal de negocios hacían allí sus contratos previos al original: Así ponía el anuncio que hacía el gerente de aquel restaurante, en el asentamiento del corazón agrícola.

Tanto era así, que en poco tiempo había tres coches de alquiler esperando a los turistas que viniesen de otros puntos de la nación, solamente para comer aquella sabrosa y abundante comida.

Aquellas actividades de doma y de merienda ganaban fama, traspasando los límites del condado para llegar a todas las partes de la Nación; copiando otros asentamientos, tantos de colonos como de actividades al aire.

Tanto era así, que un año tuvimos que iniciar una competición de equitación y monta de caballos; llegando Cowboy de todas las ciudades y pueblos de aquellos contornos, para proliferar su llamada a los confines de todos los Estados que forma la Unión de Estados del Norte de América.

No sé cuantos millones se habían ganado los servicios de hospedaje, como de restaurantes y de atracciones; pero lo cierto era, que en un año había dado la vuelta aquellos edificios construidos a base de una sola atracción: La doma de caballos. Siendo su principal reclamo la diversión por la diversión al turista.

La única espina que tenía clavada en mi corazón, era que la denominación de “villa” no se quitaba por nada del Mundo; al estar enclavada en medio del rancho y al ser yo el principal promotor de la misma.

Intentaba salir siempre con mi mujer, Sara, por la villa y hasta me la llevaba a los hangares, viendo cómo la señora Irene nos vigilaba, muy de cerca, desde sus ventanas; y hasta una mañana se me acercó el niño de dicha señora, con idea de saludarme, yo le di la mano y él me hacía señales para que me agachase y así lo hice.

Me dio un beso, aquel niño que me supo a poco; llegándome totalmente al corazón, ya que como yo sabía de quien era aquel niño, no podía dejar pasar aquella ocasión para decirle que le quería, una vez que se había retirado de nosotros mi mujer, Sara.

Al decirle yo aquello, de que le quería; se me quedó mirando con cara de estarlo esperando. Aquel niño parecía que tenía un sexto sentido: Era listo de por sí, ya que a penas tenía cuatro años y ya presentía algo como, que era algo mío y no se engañaba.

Pero aquello no se podía decir, ni mucho menos comentarlo entre nosotros dos, el niño y yo. Tan embelesados nos veíamos el uno con el otro, que en un momento determinado salió su madre del rancho, casa, acercándose a nosotros.

Se volvió Sara para ver quien estaba allí, viendo a la señora Irene que se encontraba poniendo bien a su hijo los pelos y mirándome a mí muy interesadamente; como si me quisiera decir algo.

No, desde luego que no me dijo nada; solamente se irguió, pues estaba agachada poniendo bien al niño, para saludar a mi mujer, Sara. Y ésta se mostró agradable por estar con la señora Irene.

Estuvimos un buen rato con la señora Irene y su hijo; pues a poco tiempo llegó a nosotros su marido Francisco, saludándonos muy cordialmente.

Y mientras la conversación se encontraba en un ambiente agradable, me despedí de ellos, alegando que tenía algo de trabajo en la oficina, antes que aquella conversación se metiese en la fragua de Vulcano, para salir de ella rayos y centellas por la boca de la señora Irene al verse relegada a un segundo plano: Y más, si se abordase algo, como que aquel niño se parecía algo a mi persona.

Era verdad, que aquel niño tenía rasgo en la nariz y en la barbilla como los míos; así como alguno de mis gestos, ya que me los copiaba a la suma perfección.

Pero no, no dejé que se hablase de ello; aunque mi mujer Sara, no dejaba mirar al niño y luego mirarme a mí con cara de extrañeza.

Y ya en casa mi mujer Sara se disponía para hacerme alguna pregunta, que ya sabía yo de qué se trataba.

SARA -. ¿Te has fijado en el niño?.

HUGO -. ¿Qué le pasa?.

SARA -. Si tiene algunos rasgos como los tuyos.

Aquello lo dijo mirándome a la cara; sobretodo a la nariz, para bajar más tarde la vista a mi barbilla: Haciendo un gesto con las manos igual que lo hago yo, para apostillar lo que ella me estaba diciendo.

SARA -. Si hasta un gesto tuyo lo calca.

HUGO -. ¿Qué quieres que te diga?: No me he fijado.

SARA -. ¿Es que ni siquiera has mirado a ése niño?.

No contesté nada e hice como si no me hubiese enterado de lo que ella me estaba preguntando, demostrando un interés ímprobo por la correspondencia del día; ya que comencé abrir las cartas, como buscando una con mucho interés para calmar mi satisfacción, en aquel día, sobre el coste de algún producto del rancho.

Al verme tan atareado en la correspondencia, mi mujer Sara, me dejó solo para marcharse a su tocador y poder estar presentable en la gala que tendría ocasión aquella tarde, en la entrega de los premios literarios.

Sí; hasta eso teníamos en la villa: Un concurso literario, que por vez primera era extensible a toda la Nación; habiéndolo ganado una señora que vivía en New York, más bien en The Bronx.

Como también teníamos escuelas que enseñaban muy bien a los niños y hasta queríamos abrir un edificio que sirviese para los estudios secundarios; pudiendo salir

como graduado los jóvenes: Pero esto iba más lento, ya que no se nos daba la concesión, por parte del estado de Kansas a través de nuestro Condado.

Tuve que ir a donde vendíamos los cereales yo solo, y en esa ciudad pude darme cuenta que lo privativo en dicha urbe era su medio de diversiones; comparándolo con nuestra villa, ya que faltaba mucho para llegar a las diversiones que se daban en aquella urbe.

Me alojaba en un hotel que se encontraba en el centro de aquella urbe tan encantadora. Y como iba agotado por tanto trabajo, caí en la cama casi extenuado; ya que se tenía en cuenta los quintales de trigo y de cebada, que se habían cogido en tal terreno o en tales parcelas: Pues no podía mermar la cebada o el trigo en cada parcela.

Yo no sabía qué me pasaba; ya que me entró un sueño profundo, hasta no poder abrir los ojos para nada: Por lo tanto me dormí muy profundamente.

Notaba: No sé qué notaba; pues notaba algo así como que me estaban zarandeando de una parte a la otra de la cama, sin saber si eso era verdad, o que lo estaba pensando yo, entre sueño.

Pero no: En uno de esos empujones, me pude espabilar un poco, que no despertarme, pudiéndome dar cuenta que los vaivenes de una parte a la otra de aquella cama era de verdad. Y entre sueños, pude ver a una mujer echada sobre mí, en plan de satisfacción corporal.

Desde luego, que aquella señora estaba desechando nervios encima de mi; ya que lograba el instinto carnal, en un acto de no poner freno a sus deseos sexuales.

Yo quería quitarme de allí, de encima la cama, en donde estábamos los dos acostados, pero como mis fuerzas me fallaban y las fuerzas de aquella señora las tenían todas completas no me dejaba desenvolverme entre las sábanas.

En un momento determinado, cesaron los achuchones y los empujones, por parte de aquella señora, dejándome respirar a mis anchas. Yéndome despertando poco a poco, viendo en el suelo un pañuelo como el que usaba la señora Irene.

¡Irene!: La señora Irene, ¡pues claro!: Allí había estado dicha señora haciendo de mí un payaso, moviéndome de aquí para allá sin poderla poner yo trabas para que cesase en su empeño.

Quise salir corriendo por las escaleras abajo, cuando me di cuenta que estaba desnudo del todo; parándome un poco para vestirme y nada más que me puse la camisa y el pantalón salí raudo al vestíbulo del hotel, preguntando por dicha señora.

Los señores recepcionista no sabían nada de aquella señora; pero con todo y eso, no hizo falta que los recepcionistas no supiesen nada, pues en un momento determinado sonó la puerta del ascensor dejando percibir la figura de la señora Irene. Intentando, dicha señora, volver otra vez a algún piso, ya que se entró, de nuevo, en el ascensor.

Yo salí corriendo, antes que se cerrase el ascensor, entrando con ella en aquel pequeño habitáculo. Y enseñándola el pañuelo, la señora Irene se puso totalmente colorada; como si pudiese recapacitar en el atropello que había cometido con mi persona.

No sabía a quién pedir auxilio, ni dónde ir: Así me encontraba en medio la calle con aquella señora, Irene; hasta que mi Ángel de la Guarda me propinó poder ver a la señora Renata, que venía derecha a donde nos encontrábamos nosotros dos, señora Irene y mi persona.

La señora Renata, se estaba imaginando lo que pasaba allí y con un gesto característico de la mano, logró que se alejase, un poco más, la señora Irene de mí: Así podía hablar mejor y ser escuchada.

RENATA -. Primero mi marido, Arturo, y ahora el señor Hugo. ¡Muy bien!; pero que muy bien.

IRENE -. Yo. . . Yo. . . ? . . .

RENATA -. Sí, usted: La mujer más infiel de todos los tiempos. . . Y ahora nos va acompañar a una consulta del doctor.

La cogió de un brazo, para que se percibiese un estado de buena amistad entre las dos, llevándosela la señora Renata a la señora Irene a una consulta privada de un buen ginecólogo que había por aquellas manzanas de calles; ya que a la vuelta de la esquina, así como a unos veinte metros se veía una placa que ponía, Ginecología.

Aquel doctor quería dar cuenta a la justicia, para que obrase a su nodo y manera con aquella señora; pero como ya la había hecho un lavado vaginal y había terminado con el esperma que tenía dentro la señora Irene, la cogí de los hombros a la señora Irene llevándomela a la calle, y aquí nunca más se supo de ése hecho.

Entrándonos en una cafetería, nos sentamos en una de sus mesas pidiendo un plato de exquisita carne con arroz, para entre medio beberme una buena cerveza. Y cuando terminamos la merienda, llamé a un taxis para que nos llevara a la estación de autobuses; pidiendo desde allí otro taxis, que nos llevó al aeropuerto, en donde yo tenía mi avión ligero, y entre medio del vuelo se la oía a la señora Irene decir algo así como: - QUIERO OTRO HIJO -.

Respondiendo de inmediato la señora Renata con algo que era legal para todos los mortales.

RENETA -. Pero con tu marido.



La señora Renata había sufrido en sus carnes el tormento de haber tenido que sujetar a su marido, Arturo, para que tuviese los perfectos conocimientos y no hiciese caso a la señora Irene; ya que como ella había comprobado, dicha señora iba detrás de su marido con ansias de tener descendencia.

Siempre se la había oído decir a la señora Irene, que el mejor método para tener descendencia era unas relaciones.

Y ya calmada la señora Irene, aterrizamos en el aeropuerto guardando el ligero en los hangares; para llevarla, entre la señora Renata y yo, a su casa a la señora Irene: Estando allí esperándola su marido, Francisco.

La preguntó cómo la había ido en la consulta del doctor a su mujer, Irene; no teniéndolas consigo, para nada, el señor Francisco, referente a su mujer. Y mucho menos, cuando la vio llegar con la señora Renata.

Entre vergüenza y sollozos de la señora Irene, nos marchamos de la casa, no sin antes despedirnos del señor Francisco.

Se me encogió el corazón y se me estrecharon los músculos al ver tan poca decencia en aquella mujer, Irene, para tener descendencia alguna; y sobretodo con otro hombre que no era el suyo.

No sé cómo se enteró uno de mis abogados de aquel hecho trascendental para mi vida; pues a los pocos días vino a mi despacho con la sola idea de enterarse de lo que había pasado en la ciudad con la señora Irene; ya que había recabado información en la señora Renata, obteniendo pocos resultados para formalizar la causa.

HUGO -. Mire usted: Es mejor dejarlo como está. . . Pasó y solamente eso, pasó.

ABOGADO -. Pero dígame usted, ¿qué pasó?.

HUGO -. Nada en absoluto.

Aquel señor me vio cerrado en sí; no queriéndole decir nada sobre lo que había pasado, hacía tres días, en la ciudad donde yo fui para cobrar los cereales una vez que los habíamos clasificado.

Así quedó todo, sin saber nadie más que nosotros, la señora Irene, la señora Renata y yo, lo que pasó en aquella gran ciudad. Y nunca más se habló del asunto.

Por aquel entonces habíamos llegado a una época, y sobretodo, a un mes en donde abundaban las flores; por lo tanto las señoras hacían una especie de ofrenda en el Templo de la villa, teniendo el Pastor mucho cuidado para que no mancharan lo bancos, ni los adornos de donde él decía la palabra. Pero eso sí: Lo mejor de todo, eran los cantos que se echaban en honor de las flores y de la ofrenda en el Templo; que allí se decía, que era el verdadero Templo, no otro.

Aquella ofrenda de flores, que se hacía en el Templo, era un triduo; siendo el primer día el que habíamos terminado de ofrendar.

Y aunque me tomaba un relax en mi trabajo, fui llamado a las oficinas de los juristas para anunciarme un requerimiento por parte de la señora Irene; ya que se había hecho una revisión en sus partes bajas, observando los galenos un trabajo bien limpio por parte de algún doctor en algún hospital, alegando ella que fue obligada a la misma limpia de semen en sus partes nobles.

Entregaron la factura del hotel y hasta indicaron el doctor que lo hizo, en qué hora y en qué día. No tenía escapatoria alguna para defenderme legalmente, hasta que se lo conté a mis juristas. Y en una fórmula semejante a otro fallo en un país suramericano, “se presentó un recurso de amparo al procedimiento y según consta en el texto judicial, que el hombre afirmó de todas las formas posibles a la demanda para que depusiera su

actitud lo cual resultó infructuoso”; por eso se activó “los mecanismos legales tendientes a la protección de la defensas personal y a sus intereses”.

Presentando el abogado un recurso de inconstitucionalidad contra la Ley de aborto. Accediendo el Juez al pedido y ordenando que se cerrara el procedimiento, por que se había incumplido con un artículo de la Ley de interrupción del embarazo: “Así que se archivó la historia clínica por las circunstancias que ha sobrevenido la concepción”.

Ni la señora Renata ni yo contamos lo sucedido, por lo tanto nadie supo lo que había pasado allí; ni tan siquiera mi mujer, Sara, se había enterado del conflicto que tuve, judicialmente con la señora Irene.

Pensando lo que cuesta embarazar a una mujer que no sea la propia; y además, si se hubiese enterado su marido había saltado todo por los aires; menos mal que no le llamaron, por edicto, a la causa judicial.

Todo quedó en agua de borrajeas, en donde nadie sabe nada y nadie se siente traicionado por la otra pareja. Y como la vida sigue, siguió para mí ese hado de bienestar dentro de mi hogar familiar, en un concepto amplio y original para mí; ya que mi mujer, Sara, no se quedaba embarazada. . . Y mi pobre pensamiento me decía que no podía embarazar a ninguna otra mujer que no fuese la mía.

Qué vergüenza que me dio al pensar de esa manera: Que yo podía haber embarazado a otra mujer, que no era la mía; por lo tanto me entró una congoja en mi cuerpo, que me corroía todo mi ser por dentro.

Aquí paz y aquí gloria, como se suele decir; al no haber pasado nada de voluntad de la señora Irene. Y eso que sacamos la ropa a secarse en plena calle, por así decir. Pero la verdad, donde sacamos la ropa sucia para que se secase, fue en el estrado de un juicio.

Lo cierto fue, que yo cogí recelos para volver solo a los hangares; y el caso, que tenía que hacerlo asiduamente, para ver cómo se desarrollaban allí las tareas cotidianas.

También me di cuenta para qué sirve el Derecho Internacional; siendo una copia calcada parte de nuestros derechos.

Doma y equitación: Sí llegó el gran día donde los jinetes tendrían que demostrar su pericia dominando a sus monturas y al llegar al estadio donde se celebran dichos actos equinos, vi que William estaba haciendo cabriolas con su caballo, aquel potro pequeño, que ya tenía tres años, no dejándole que se saliese de unos parámetros elegidos por él, William.

Aquel día me reconfortó el Alma, decaída por los eventos de los últimos días; así que me fui a la cantina para tomarme una copa y sentirme como nunca.

Estando tomándome aquella copa vi venir derecha para donde yo estaba a la señora Irene, tranquila y sin ganas de pelea; no quitándome yo del sitio donde me encontraba, para no demostrar recelos, por mi parte: No fuese a ser que la señora Irene tomase la revancha al verme titubear delante de ella.

Se colocó cerca de mí, dándome la espalda: Como si conmigo no fuese nada o no quisiese saber nada de mí, tranquilizándome yo un tanto al comprobar que la señora Irene pasaba de mi persona.

Pero en un momento determinado se puso mirando para mí, con cara de quererme decir algo, alargando la mano y cogiendo a un crío, que yo no le había visto por lo acelerado que tenía mi corazón al ver cerca de mí a la señora Irene. Y acercando al niño a mi persona, me decía algo así como: -. Besa al niño -.

No me dijo más: Agachándome yo le di un beso que me supo a poco y al ver con el fervor y el coraje que yo había besado al niño, la señora Irene se envalentonó,

acercándose a mí un poco más; aunque yo me quería escabullir entre medio de la concurrencia.

IRENE -. ¿No te parece bonito el niño?.

HUGO -. Mucho.

No dije más y cogiendo la copa me tomaba sorbo a sorbo su contenido, con una parsimonia increíble, para no dar sospecha a la señora Irene, no sirviendo para nada aquellos movimientos lentos y acompasados; ya que dicha señora se envalentonó para seguirme hablando sobre el niño: O por mejor decir, sobre lo que ella tenía metido en su cerebro. No valiéndola para nada el interés que ponía para que yo la escuchara; ya que yo miraba para todas las partes de aquel recinto de diversión equina. Y mucho menos la sirvió el seguirme hablando sobre el asunto que la incumbía a ella, a la señora Irene: Ya que mi voluntad era férrea para no escucharla; moviéndome de lado a lado en aquella barra donde me encontraba, haciendo ella lo mismo que yo: Si yo me ponía mirando para una parte, ella se ponía mirando para la otra parte contraria, pero delante de mi persona.

Hubo un momento que me vi agarrado por la solapa de mi chaqueta, pues en ese día llevaba traje convencional, para que yo la escuchara, no teniendo más remedio que escucharla y mirarla de frente.

Eso fue mí mal, ya que ella comenzó hablándome sobre el mucho placer que dan los hijos en los hogares familiares; Y al decirme eso, no olvidé que desde luego no sería mi hogar el mismo que tendría el niño.

No: ¡No y no!, y desde luego que no. No sería de recibo tener yo dos hijos con una mujer que no era la mía; ni tan siquiera la tenía cariño alguno. Sin despedirme me

salí de aquel recinto para dirigirme, en mi Cadillac, a mi casa cuanto antes; no fuese a ser que me convenciese, dicha mujer, por algún medio, para enredarme en sus aspiraciones.

Pero eso sí, mi mujer, Sara, me vio algo nervioso, preguntándome por las causas de aquel nerviosismo, diciéndola yo que para nada estaba nervioso: Teniendo muchas dudas mi mujer al decirla yo eso; ya que me veía totalmente nervioso.

HUGO -. Créeme: No estoy nervioso.

SARA -. Te has venido antes de terminar la equitación y doma de los caballos.

HUGO -. Tengo que repasar algunas cuentas de acreedores.

Y como tenía facturas atrasadas en una carpeta en mi estudio, la abrí y comencé a clasificarlas por orden de fecha, viéndome hacerlo mi mujer Sara, que al momento decidió marcharse a otra habitación del rancho, casa, para hacer las tareas cotidianas, o para mandarlas hacer al personal que tenía con respecto para ello, para ejecutar las tareas de la casa.

Estuve como una media hora en mi despacho, saliendo afuera de mí casa para dirigirme a las oficinas del rancho y así poderme enterar de las cuentas que yo quería saber: Las cuentas de los deudores, que eran menos que los acreedores.

Al preguntar a los contables por las causas, me dijeron que era relevante las causas de tener más acreedores que deudores en el año en curso; ya que no habíamos tenido mucha venta de cereales, como así la merma de la carne; tanto vacuna como bobina.

Convencido de lo que me decían los contables, me volví a mi casa para poder estar con mi mujer, Sara, y esperar a la hora de la comida.

Como se alargaba en llegar la hora de la comida, mi mujer, Sara, me preparó una buena jarra de cervezas con unos buenos aperitivos, hechos a base de piel de cerdo, cortezas, torreznos, trozos de tocino frito. Y como siempre hay la picaresca, una vez que viajamos al extranjero nos trajimos botes de aceitunas: Manzanilla y limoncilla, que son las aceitunas más asequibles para servir las en la mesa. Distinguiendo bien los olivos que dan dicha aceituna; no los híbridos, que le falta un ácido, de los tres que tiene el aceite: Dando aceite que sabe, por dicha causa. Son iguales los olivos, más que los híbridos son más pequeños, que sirven para plantas ornamentales, embelleciendo parques y jardines de las ciudades; además se los ven más verde, dando enseguida aceitunas y agotándose tan rápido como las han dado, teniéndolos que arrancar y sembrar otros cada siete años, si se quiere seguir obteniendo aceitunas de ellos.

Un lujo, sí señor, un lujo fue aquella sobremesa para mi persona; ya que mi mujer, Sara, me cambió los zapatos por zapatillas de estar por casa, viéndome totalmente agraciado: No esperando más de la vida, porque ya lo tenía todo consigo al verme querido por mi mujer; no solamente en aquel día, si no todos los días de mi vida me vi querido por Sara.

Por la tarde tenía que ir a los hangares, para ver las tareas que se estaban acometiendo en ellas y para ello invité a mi mujer, Sara, a que viniese conmigo a dichas instalaciones; ya que tenía que pasar por talleres, pues me estaban limpiando el avión ligero, al haber tenido que pasar por temperaturas frías el último día que lo hube usado, en el trayecto de la ciudad donde intervinieron a la señora Irene los doctores ginecólogos.

Lo vi claro todo; ya que aquella mujer, la señora Irene, no salió ni a la puerta; y eso que pasamos cerca de ella. Tal vez tendría la culpabilidad metida en todo su ser,

siendo el centro de su ego, lo que más la convenía a ella; no mirando por los deseos de las demás personas, ni por su honradez, ni por su voluntad y por su estado espiritual.

Aquel día se me despejaron las dudas con respecto a la señora Irene: Nunca más la haría caso, como no fuese sobre nuestro hijo; concebido con malos artilugios de seducción.

Se me despejó la cabeza, para no volver a pensar más en ella, en la señora Irene; ya que yo tenía a mi mujer, Sara, para hacerla la vida agradable y placentera.

Era así tanto; que me atreví a marchar para los hangares yo solo, sin compañía de mi mujer, Sara, y en uno de tantos días que marchaba para los hangares, me salió al paso Francisco diciéndome que el niño se encontraba malo: Que si podía yo llevarle rápidamente en el avión ligero a un centro donde le pudiesen sanar en poco tiempo.

Yo le propuse que fuese él mismo con el avión ligero, para poder saber mejor, qué le pasaba al niño; ya que era su padre. Y al decirle yo eso, me echó una mirada como insatisfecho; emitiéndome en esa mirada un algo, como de deseo. No sé si aquel hombre supiese algo; pero lo guardaba para sí con todas sus fuerzas.

Y sí, los llevé al niño y a la madre a una ciudad donde existía un gran hospital; para que los doctores le pusieran bueno y le curasen de su dolencia.

Cosa curiosa, pues no hizo la señora Irene por atosigarme con su idea que tenía metida en la cabeza: Tener otro niño. Ya que los dos estábamos muy atareados en saber la dolencia que tenía el niño y en la voluntad que poníamos para que los doctores curasen al pequeño.

Tan abstraídos estábamos, en la dolencia del niño, que no vimos llegar hacia nosotros a la señora Renata; no sabiendo yo en qué medio de transporte había llegado dicha señora. Por lo tanto tenía que preguntar a la señora Renata por su presencia en dicha ciudad.



RENETA -. Estoy en ésta ciudad desde ayer, por motivos médicos.

HUGO -. ¿Y cuando se va usted a la villa?.

RENATA -. Depende de los doctores.

Me tranquilicé al saber que la señora Renata estaría con nosotros, por lo menos un día más; estando los tres días que duró el tratamiento del niño: Proponiéndola yo que se marchase a nuestra villa con nosotros, cosa que aceptó, de muy buenas ganas, la señora Renata.

No se lo hubiese dicho, a la señora Renata, que se viniese con nosotros; ya que una buena tormenta se nos presentó frente a nosotros, teniendo que rodearla, con aquel cascarón de nueces, por así decir.

No era pequeña la tormenta que se formó en medio de nuestro camino; pues el rodeo que tuve que hacer fue de unos buenos cientos de kilómetros a la redonda: Para aterrizar en un aeropuerto de una bonita ciudad, y desde allí poder llamar, por el móvil, a nuestros respectivos cónyuges, aclarándoles la situación tan embarazosa que teníamos en nuestro vuelo desde la ciudad, donde curaron al niño a nuestra villa; entendiéndolo perfectamente, Francisco y Sara. Pero también Arturo.

Por la noche: ¡AH!, sí; por la noche tuve la precaución de cerrar bien la puerta de mi habitación, en el hotel o por lo menos así lo había creído yo, que había cerrado bien la puerta de mi habitación en aquel hotel. Pues así como a las tres de la madrugada, se abrió aquella puerta dejando entrever una silueta de mujer, como si fuese una diosa del Olimpo Griego.

Entró aquella señora en mi habitación, cerrando la puerta detrás de sí; para que nadie supiese que se encontraba en mi cuarto aquella mujer.

Yo encendí la luz de la mesita, viendo en aquella silueta a la señora Irene; quitándose la bata de estar en casa y poniéndola encima de una descalzadota que había allí mismo.

Se dirigió hacia mi cama, sin titubear; sabiendo lo que hacía, permaneciendo yo aterido por los nervios y sin poderme mover: Pues aunque quería moverme, no podía; al estar como atado a la cama por el mucho miedo que me daba aquella señora, Irene.

Fue como en un relámpago; pues se abrió la puerta cerrándose de inmediato: Como si la persona que había entrado en la habitación no quisiera se supiese que se encontraba dentro de ella. Y agarrándola de los pelos, aquella señora, a la señora Irene la obligó para que desistiera de su propósito de seducirme.

Qué buenas serían esas personas, cuando ni del juicio, ni de los hechos acaecidos nadie supo nada; siguiendo yo con mi mujer Sara a las mil maravillas; tanto era así, que un día me propuso ir a la ciudad para asistir a un montaje de escena, en el teatro principal de aquella ciudad: Complaciéndola yo con sumo agrado, ya que a ella la gustaba ver teatros y sobre todo, si son buenas representaciones como la de aquel día.

La noche la pasamos en aquella ciudad, cenando y visitando alguna atracción que valiese la pena; y así, como a altas horas de la noche nos marchamos al hotel para poder descansar, de tanto ajetreo como habíamos tenido aquel dichoso día.

¡Descansar!, he dicho: si nada más que caímos en la cama ya estaba mi mujer haciéndome cosquillas en la vuelta de las orejas; no dejándome hablar, para que no me durmiese: Parecía que mi mujer Sara quería algo más que una simple conversación. Y así fue; pues aquella noche pasamos las horas más agradables de todos nuestros días, sobretodo yo, que aún satisfecho quería y quería mucho más. . .

¡Qué barbaridad!: Si parecíamos dos volcanes en erupción, echando lava a borbotones; sobre todo yo, que me salía de lo más profundo de mi cuerpo.

No sé qué la pasaba, por la mañana temprano, a mi mujer Sara que se encontraba alegre y dicharachera como nunca, preguntándola por las causas de ese enaltecimiento cerebral.

SARA -. ¿Que qué me pasa?, preguntas.

Yéndose hacia las ventanas, abrió las cortinas de par en par, una vez vestida, quedándose mirando a la calle con sumo interés; aunque allí no se oía otra cosa mas que a los niños jugar en la acera.

HUGO -. ¡Sí!, hija: ¿Qué te pasa?.

Y encogiéndose de hombros me contestó enseguida evadiendo una repuesta simple y sencilla; para presentir yo que aquello no era lo que me tenía que contar Sara: Que estaba ensimismada mirando a la calle.

SARA -. A mí no me pasa nada.

Aquella respuesta, que me dio Sara, la tenía que dar por buena; ya la sacaría yo la verdad en otra ocasión, pues no me quedé satisfecho con lo que me estaba diciendo mi mujer Sara.

Yo me encontraba extenuado, por estar toda la noche jugando con Sara: No podía más, viendo a mi mujer Sara tan fresca y de pie; cuando yo no había podido dormir ni un solo minuto de aquella noche.

En cuanto al vuelo en el avión ligero, no sabía yo si aquel avión iba solo a su destino o lo pilotaba yo; claro que el piloto automático hacía su trabajo, pero era conveniente que cogiese yo los mandos del avión para pilotarlo por aquellos montes y con aquel aire: Ya que el avión comenzó a tener turbulencias por llevar el aire casi de frente, más bien de lado y al existir unos montes que se sucedían unos detrás de otros.

Y cuando me quise dar cuenta, a causa del mucho cansancio, estábamos ya aterrizando en el aeropuerto de la villa: Como me vio, mi mujer Sara, que estaba muy cansado y agotado condujo ella el Cadillac hacia nuestro rancho, casa.

Yo me eché en la cama quedándome dormido tal y como estaba: Sin arropar y vestido totalmente, sintiendo que me desnudaba Sara para que estuviese más cómodo en la cama y durmiese mejor.

Al siguiente día desperté a base de caricias de mi mujer, Sara, que me estaba llevando a la mesa un zumo de naranjas con algún que otro dulce a base de chocolate. Para enseguida ofrecerme huevos, café, carnes magras, fritos secos y así como frutas secas, pescados azules con verduras y legumbres.

Enseguida levanté cabeza, como se suele decir vulgarmente; ya que aquel desayuno era la comida del día, así lo teníamos de costumbre, y no solamente eso, que cuando me levanté de la mesa cogí un buen puñado de castañas para irlas comiendo en pleno trayecto a las oficinas de los contables.

No sabía yo cómo eligió aquel almuerzo mi mujer Sara; ¿Si tal vez lo hubiese estudiado?. Lo cierto era, que la comida que me daba ella no me dejaba engordar para nada y tenía el sustento alimenticio cubierto por completo, no dándome hambre el resto del día, y así un día tras otro.

Lo malo fue, que al llegar al sistema administrativo me enteré de la precariedad de algunos colonos; ya que sus cabañas no eran actas para el tiempo que venía, el frío y

la poca lluvia que cayese en ese periodo del año en el rancho. Siendo el presupuesto contable, para acondicionar las caballas de varios centenares de dólares; no sabiendo yo de dónde los iba a sacar: Si de los cereales, de las carnes o de lo que ellos produjesen como productores hortícola y de los productos de infinidad de árboles frutales.

Desde luego, los señores contables me aconsejaron que desviase dicho montante de dinero de los productos que los agricultores sacaban de sus infinitas cosechas del año; pareciéndome a mí bien aquella propuesta, ya que era más fácil contabilizar aquel montante económico dentro de los que producían los agricultores y no en otras partidas, no procedente de tal actividad.

Algunas cabañas no tenían porches y se los construyó; para que se sentasen en su sombra al pie de la puerta en días favorables del mucho calor, también se las acondicionó para el frío con material aislante y se las proporcionó la conducción de aguas y de electricidad suficiente, como para tener, dentro de la cabaña, algunos que otros elementos de electrodomésticos. Y para que no quedase ahí todo, me indicaron los juristas que debía inaugurar la plaza del mejor sentadero de los colonos; así se vería si ellos estaban a gusto y me tenían aprecio. Ya se jugaba con una pizca de diplomacia, dentro de la sociedad agrícola y ganadera; pues aquellos colonos estaban asalariados, queriendo yo que se sintiesen felices en sus casas.

Llegó el día de la inauguración de la plaza del mejor asentamiento de colonos, llegando personas de otros asentamientos: Y entre vítores y ¡viva!, se desgañotaban aquellos colonos con corazón puro y limpio; ya que aquello lo estaban diciendo de buena fe.

Lo que no sabían aquellos colonos que ese día irían a degustar una comida succulenta, a base de churrasco y cerveza; eso sí, la cerveza abundaba en todas las partes de aquella plaza, hasta formar con ella un reguero por el suelo.

Las barras y las estrellas también abundaban en la plaza, hasta se los dio unas banderitas que las podían llevar en las manos flameándolas. Y cosa curiosa; ya que se vio algún que otra Santa Claus deambular por la plaza y las pocas calles de aquel asentamiento, así como algún payaso llevando zancos.

Y cerveza en manos cantaban todos ellos alguna que otra canción del pueblo; hasta que por fin se subió un Cowboy al escenario cantando una bella canción y al terminar éste aplaudieron todos los que estaban en la plaza y habían oído dicha canción, tan maravillosa. Más tarde se quedó el escenario para la persona que quisiera subir a él y cantar su canción o contar algo.

Al día siguiente estaba yo como para no levantarme, de lo cansado que me encontraba; pero no podía permanecer, por más tiempo, en la cama ya que el deber me llamaba para revisar cuentas, primero y después volar sobre los mismos escenarios del siguiente día y poder comprobar que todo estaba en orden.

Volando en mi avioneta los lugares donde el día anterior formamos la fiesta, pude comprobar que todo estaba en orden; y hasta los colonos trabajaban con mejor ganas; ya que sus gestos así lo decían, por el movimientos de sus manos. Y al ver que todo estaba en orden volví al hangar con mi avioneta.

Desde luego, las solicitudes de mejoras en aquellas cabañas disminuyeron en un setenta por ciento; ya que se las habían dotado de alguna pequeña comodidad, siendo aquel confort un lujo para ellos. Pero como aquellas cabañas estaban hechas por los colonos, algunas de ellas tenían desperfectos anteriores a su rehabilitación.

Y sin pedir permiso aterricé en un llano, con mi avioneta, para poder ver de cerca aquellos campos: ¡Y vaya si los vi!; los vi todos ellos hermosos y bien abonados, en su mayoría, ya que era el tiempo de abonar la tierra.

Sirviendo mi exclamación de antes para ahora, al ver un águila de cuello calvo frente a mí, haciendo su sonido característico de chillido o grito; pero a unos cuantos metros del águila pude ver a un coyote que me interceptaba el paso hacía la avioneta.

Yo no sabía lo que hacer; pero en un momento determinado se lanzó el coyote, como volando en un salto, para desaparecer en la espesura de aquellas hierbas de elevada altura; quedándome yo, de momento, a expensa del águila de cuello calvo, que me cerraba el paso por la envergadura de sus alas y me abrumaba con sus chillidos.

No corrí, era malo huir de ella y sobretodo corriendo; pero al mirarla a los ojos los pude ver totalmente enrojecidos, como si quisiera comerse algo en ese preciso momento. Me subí a un montículo y claro que el águila se quería comer a un conejo que le tenía totalmente acorralado.

Quise acercarme más al águila, no dejando ésta que lo hiciese; pues se enfureció más y más en cada paso que yo daba hacia donde estaba el conejo. Y como pude darme cuenta, mi dirección era donde se encontraba el águila; así que dando un pequeño rodeo logré llegar al conejo, para una vez espantarlo, ponerme delante del águila para que no corriese detrás del conejo.

No lo hubiese hecho: Se enfureció más y más el águila que mirándome con aquellos ojos se venía hacia mí con deseos de hacerme alguna herida con su pico o con sus garras.

Me agaché cogiendo una piedra y tirándosela al águila para que se retirase de donde yo me encontraba. ¡Qué va!; aquel águila no se iba de allí para nada del mundo.

Yo me fui retirando, poco a poco, de donde se encontraba el águila no dándola la espalda para nada; quedándose aquella águila esperando que yo hiciese algún gesto mal hecho, como salir corriendo o darla la espalda.

Paso que daba yo hacia atrás, paso que daba ella hacia delante; lo tenía comprometido con aquel animal salvaje; pues en vez de achicarse me seguía los pasos con mala saña y muy mala idea, por haberla espantado el conejo.

De repente sonó un ruido extraño y muy fuerte, venía de la avioneta; más bien de los frenos de las ruedas que se habían soltado y había dado la avioneta contra una gran piedra que se encontró en su camino.

El águila se asustó y como andando, primero, para después salir como queriendo correr y más tarde correr por el llano para tomar vuelo: Así logró volar aquellos montes con ese vuelo majestuoso y con esa envergadura de alas, como diciendo que era el ama de aquellos montes y de aquellos campos.

Yo salí corriendo hacia la avioneta para ver qué la había pasado: Era poca cosa, nada que no se pudiese reparar en los talleres; pues un rasguño en el fuselaje no era óbice para que no volase aquella avioneta: Y así lo hice, pues en poco tiempo logré que se elevase sobre el terreno con un vuelo suave y deslizante en el aire.

Fue poca cosa lo que presenté en los talleres de reparación de aviones, avionetas y helicópteros; según me dijo el jefe del taller, que era también, Francisco. Contándole yo la peripecia que me había pasado aquella mañana en los campos de trigo y cebada, yendo sólo en mi avioneta; contándome éste que por allí tenía que estar William , ya que en ése terreno se juntaban los agricultores con los ganaderos.

Y al terminar de contarle mi experiencia de aquel día, Francisco se echó las manos a la cabeza, no dando testimonio de por qué estaba yo sano: Si cuando quita alguna pieza de caza a las águilas, éstas se tiran a su agresor; pues así suponían ellas que era el que salvaba a un conejo de sus garras.



Se presentaron un día dos auditores, con idea de saber si todos nuestros empleados estaban registrados y como todo estaba en orden decidieron volver a su administración de origen.

Saliendo yo de las oficinas principales como desvelado por intuir que aquello había sido un mal chivatazo de alguna persona que no tenía el corazón y el Alma en paz; y en paz me quedé yo cuando vi acompañado a William con otros dos Cowboys, pero aunque él no me había visto, yo le paré tan pronto que estuvo a mi lado.

HUGO -. ¿Qué es esto?, William.

WILLIAM -. Ya ves.

HUGO -. Dos Cowboys nuevos.

WILLIAM -. El que va delante es un verdadero Cowboy. . . La otra es una amazona.

Qué más da, si aquella chica fuese una amazona o un Cowboy; la verdadera razón de estar allí, es que la gustaba mucho las cosas de los Cowboys. Por eso, yo la denominaría “Cowboy”.

Me gustó mucho, que hubiese Cowboys de la nación norteamericana; ya que esa afición había decaído, remontando el gusto y la atracción a todos los jóvenes para trabajar como Cowboy en un rancho: Y por lo menos ya teníamos tres Cowboys nacionales en el rancho; ahora esperar, para ver si llegasen más jóvenes para engordar la lista como Cowboys, dentro de la equitación en las cuadras y poder trabajar con el ganado y con el lazo.

Me los presentó William a los dos ayudantes de Cowboys, la chica se llamaba Linda y el chico se llamaba Ryan; dos personas que se agregaban a la lista de ayudantes en el rancho, sobre todo en la sección de ganadería.

Yo no me podía quedar con ganas de saber qué tal montaban a caballo aquellos dos jóvenes; así que me los llevé, junto con William, a caballeriza, viendo sus caballos inmejorables.

Montar como montar, la chica desde luego era una verdadera amazona y el chico le quedaba mucho para ser un verdadero Cowboy, separando a William a un lugar solitario para hablarle de aquellos dos chicos.

HUGO -. Veo que tienes un trabajo ímprobo.

WILLIAM -. Desde luego. El chico no sabe montar y la chica tiene que adaptarse a la doma de su corcel o cambiar de caballería para ser una verdadera Cowboy.

HUGO -. A ti te los confío. Ya se lo diré yo a Ricardo, para que sea así.

Y así fue como le hice jefe de los Cowboys a William; ya que era la persona ideal para ello; despidiéndome de los tres con gran sentimiento, al ver que a los jóvenes de nuestra Nación los daba ésa vena por la doma de caballos y su equitación.

Desde luego; nada más que vieron la pista donde se celebraba la equitación, se quedaron prendados aquellos dos jóvenes y sobre todo, cuando vieron a otros hombres en el dominio de sus caballos.

Eso fue lo mejor que hizo William, llevarlos para que viesen la equitación de los caballos en el mismo ruedo: Así se los abriría un apetito feroz por querer ser como los grandes señores de esa sección, dominando sus caballos y cuidándolos dentro de las cuadras; cosa que ya no los gustó mucho, al verlos lavar y herrar a los caballos, para que estuviesen en perfecto estado de equitación.

Pero poco a poco los fue, William, entrando ese gusanillo que entra a todos los Cowboys en sus pretensiones de ser el mejor jinete y tener la mejor montura de todos los tiempos: Pues su caballo tenía que ser el mejor animal del Mundo.

No solamente quedó ahí eso, pues un día me fui de paseo con mi caballo observando que ya había siete jinetes nuevos, en vez de dos, yéndome a las caballerizas para hablar con William sobre el asunto.

Eran siete aficionados, según William, por la propaganda tan enorme que nos hacía la prensa, radio y televisión sobre la doma y equitación de caballos; encontrándomelos aprendiendo a echar el lazo y dirigidos todos ellos por William.

No obstante aquellos chicos tenían figuras de Cowboys y si lograban aprender a serlo, se verían los campos con buenos jinetes.

La vida seguía entre las personas que engrosaban la nómina en aquel rancho, no dando abasto a tanta venta como tuvimos aquel año; tanto de cereales como de productos huertanos, aunque los productos carnicoles no nos favoreció mucho; ya que teníamos que vender la carne en canal y como nosotros transportábamos el ganado en camiones nos pagaban menos por cada cabeza.

Otro escollo tenía yo en cuanto al pequeño matadero que teníamos en el rancho: Le tenía que ampliar y habilitar para tales fines, si quería que nos pagasen más por las carnes de nuestro ganado; tanto bovino como vacuno. Y para ello teníamos que acotar las tierras que había cerca de la villa, donde estaba el matadero, para la ampliación del mismo.

Y al empezar las obras se vio que era tierra el componente de aquellos montes, así que se tuvo que buscar los cimientos a gran profundidad e inclusive prefabricarlos con la construcción moderna y el material moderno que había en aquella fecha.

Pero como lo que se empieza se termina, se terminó la ampliación del matadero cerca de la villa, obteniendo buenos resultados económicos en la venta de la carne bovina y vacuna.

Para ello nos tuvimos que sacrificar nosotros, por así decir; ya que se contrató más personal a tales demandas. Pero eso sí: El rancho obtenía resultados económicos, los suficientes como para cubrir los gastos de los salarios que se pagaban.

Y para saber mejor qué clase de resultados económicos estábamos obteniendo, los pedí un estudio detallado de las cuentas de todas las secciones del rancho a los contables y en poco tiempo tenía encima de mi mesa, en mi despacho, un gran libro detallando todas las cuentas.

No me arredré, aunque el libro era enorme, y tomando las riendas al informe de las cuentas de todas las secciones, comencé a estudiarlo detenidamente; viendo una merma económica dentro de la actividad frutícola, ya que se habían vendido menos frutas en aquel año.

Me dirigí al ingeniero agrícola para saber las causas de aquella merma en las frutas, diciéndome éste, que los árboles eran muy viejos y se tenían que arrancar y sembrar otros nuevos: Llanamente me lo dijo, para que yo lo entendiera, sin dar rodeos ningunos.

Así lo entendí yo y así se comenzó hacer: Sembrar árboles nuevos, allí donde los que habían eran ya viejos, con merma de coger menos frutos aquel año, por ser muy jóvenes dichos árboles, aunque se los abonó bien y se cuidó la tierra donde se habían sembrado a la perfección.

Aquello me dio la idea de todos los años repasar las cuentas de la venta de nuestros productos: Era la única manera de saber si todo iba a las mil maravillas, si todo iba bien.

Tanto empeño puse en mi acometida, que un día invité a comer a mi mujer Sara al asentamiento donde existía un buen restaurante al estilo y manera de aquellas tierras, tan maravillosas. Pero al entrar en los hangares me dijo Francisco que el aeródromo de aquel asentamiento estaba lleno de barro, por ser de tierra su pista; así que cogí el helicóptero pequeño para volar hacia el asentamiento.

Verídicamente: La pequeña pista de aterrizaje estaba totalmente llena de barro por la mucha lluvia que había caído en aquellos días. Pensando, enseguida, dónde tenía otro gastos no reembolsable para mi economía del rancho: En la pequeña pista de aterrizaje de aquel aeródromo; así se alargaría la pista unos pocos metros, para su conveniencia: Ya que venían muchas personas, que asistían a la doma y equitación de caballos en la villa.

Cien por cien turístico estaba siendo todo aquel complejo y toda aquella maraña que se estaba haciendo con las atracciones de equitación de caballos. Ahora había que pensar qué hacer para atraer más turistas a nuestra villa y a algunos asentamientos que valiese la pena ir a ellos.

Aquel día pasamos una buena velada mi mujer Sara y yo; pues sin esperarlo nos juntamos con unos turistas que habían ido a probar la comida de aquel restaurante tan afamado. Y para ello tuvimos que juntar las mesas a modo y manera, que nos pudiésemos oír todos los comensales que estábamos en reunión. Tan bien lo pasamos, que de vez en cuando se oía algún que otro cantar en boca de aquellos comensales, que estaban llenando su tripa, en aquel restaurante y hasta algunos dijeron algunos chistes, riendo a boca llena los presentes en aquella sobremesa.

Allí conocimos a un matrimonio de Detroit, siendo él cirujano plástico en dicha ciudad; pero eran muy simpáticos; tanto ella como él.

HUGO -. Me he alegrado estar con ustedes. Me llamo Hugo.

JOHN -. Lo mismo digo. Me llamo John.

SAMANTHE -. Yo me llamo Samantha.

SARA-. Hago mío todos los halagos y los extiendo a todos ustedes. Me llamo Sara.

Así empezamos mi mujer Sara y yo una buena amistad, con aquel matrimonio de Detroit; que aunque simpáticos, no dejaban transmitir ésa quietud de Espíritu y ése estado del Alma agraciada por los hechos de la vida.

Pero como su coche se había averiado, les llevamos en el pequeño helicóptero a la villa, ya que cogíamos cuatro personas en el. Dando cuentas a Francisco, que era el jefe de talleres, no solamente de los hangares, para que destacase dos mecánicos al emplazamiento para poder arreglar el coche de aquellas bellas persona.

Así se hizo y al siguiente día se presentaron los dos mecánicos con el coche de aquella familia tan simpática: Acostándose, desde luego, en nuestro rancho, casa, para que pudiesen descansar en ella.

Y así como a las doce del mediodía iniciaron trayecto hacia su ciudad, Detroit para seguir ejerciendo como doctor aquel buen señor; pues nada más que llegó a su ciudad en su casa me llamó por teléfono indicándome que habían llegado a su hogar.

Nosotros dos, Sara y yo, nos quedamos con el recuerdo de aquel bello matrimonio que tanta dicha nos llenó el día anterior, en el asentamiento; y sobretodo en el restaurante que hay en aquel lugar tan afamado por su comida.

No pasando muchos días, cuando tuvimos conocimiento de aquel matrimonio; ya que nos invitaban a su casa en la ciudad de Detroit, con motivo de un gran acontecimiento y un gran evento musical.

A mí no me parecía bien marchar a la ciudad de Detroit para vivir en la casa de John y Samantha; debido que eran dos días de acontecimientos y nosotros no estábamos hechos a esos menesteres de convivencia.

No obstante marchamos a la ciudad de Detroit para asistir a un gran teatro; pero antes nos fuimos a recrear por la noche, el día que llegamos, a un buen restaurante, teniendo una gran sobremesa en donde se hablo de todo.

No conformes, nos fuimos a una sala de fiesta para seguir nuestra conversación, como si ya nos conociésemos desde hacía bastante tiempo: Era tanto así, que los chistes se trasformaron en un sistema sexual, haciendo los gestos para que viésemos como tenía que ser hacer el amor sentado o acostado.

Yo veía que aquellos chistes no la agradaban a mi mujer Sara y a mí me estaban excitando la libido, hasta el punto de tener deseos carnales con la protagonista.

Pero no: No pasaba de ahí en otros términos más facciosos; más bien quedaban en eso, en un deseo carnal con la protagonista de aquellos gestos; o por lo menos, la que se dejaba hacer y llevar en aquellos impulsos sediciosos, para el sentido religioso de algunas personas.

Aquella noche dormimos en la casa de aquel matrimonio, sin niños; no pudiendo yo pegar ojo alguno en aquel desvelo que tenía yo al acordarme de los chistes que se habían dicho, por la noche en la sala de fiesta. Y así como a las tres de la madrugada me levanté para echarme en la cara agua y poderme espabilar de aquel sueño sedicioso y maligno, como era el haber escuchado, por boca de aquel matrimonio palabras soeces y perniciosas; mientras ella me enseñaba todos los muslos.

Sí; porque la señora Samantha se había levantado, tal vez al escucharme andar por la casa; estando John durmiendo en su cama plácidamente.

SAMANTHA -. ¿Qué haces?, Hugo.

HUGO -. Estoy lavándome la cara, para poderme despejar: No soy capaz de dormir.

La vi un algo gracioso en la cara; como si se alegrase por lo que yo la estaba diciendo en aquellos precisos momentos. Yo, en cambio, me encontraba aturdido y como perdido en la casa; al recordar los chistes que se habían dicho la noche anterior y los gestos que acompañaban a esos chistes, para que se viese claro lo que querían decir aquel matrimonio.

Si yo me encontraba aturdido, más aturdido me estaba quedando viendo todas sus formas a la señora Samantha, y hasta sus carnes; ya que me las enseñaba todas al mismo tiempo: Unas veces queriendo alcanzar de la estantería algún bote, otras veces agachándose para recoger del suelo algo.

Yo me dejé caer, por así decir, en un sillón que había en el salón principal de la casa, viniéndose rápidamente la señora Samantha a sentarse en un brazo de aquel sillón conmigo.

No sabía lo que hacía; así que la puse una mano encima de un muslo, para retirarla de inmediato, una vez que me di cuenta de tal desavenencia. Por ser una discordancia entre aquella señora y yo; ya que estaba en su casa y la debía respeto y amabilidad, sin pasarme ni un ápice de las reglas urbanas que tanto bien marcan los senderos de las personas. Y para ello me levanté del sillón yéndome a poner bien en una silla, que había frente a ella.

Nunca lo hubiese hecho; ya que abrió las piernas quedándome yo completamente anonadado, como si no pudiese moverme; viéndome ella como atolondrado y sin poder emitir ninguna palabra al respecto.



Se fue a poner bien la señora Samantha en un sillón, para en un momento levantarse y hacer que se cerraba la bata y al ver yo aquel gesto que hizo dicha señora pensé si tal vez fuese yo un poco esquivo y como asustadizo.

Al momento oímos unas pisadas que se estaban aproximando al salón principal de la casa, era John, que al notar no estaba con él en la cama Samantha se había desvelado, para llegar donde estábamos nosotros dos y poder saber qué pasaba.

JOHN -. Parece que nos hemos desvelado todos.

SAMANTHA -. No: Todos no; pues la señora Sara duerme placenteramente en su cama.

Al decir aquello la mujer de John, éste la miró con cara de sorpresa; ya que en un momento hizo su entrada en el salón Sara, quedándonos los tres mirándola fijamente a la cara para ver si decía algo.

Decir como decir, no dijo nada; yéndose a poner bien en una silla cerca de mí y alzando la vista nos miró a los tres para insinuar algo.

SARA -. Parece que estamos todos desvelados.

No hubo contestación por parte de ninguno de nosotros tres, pues permanecimos impasibles ante tanta sorpresa y ante tantos nervios ateridos por no levantar sospecha alguna el uno ante el otro. Siendo aquello peor; ya que a John se le veía en la cara esa incertidumbre del que está en acecho, para ver si caza algo de lo que estaba pasando allí.

Pero como dimos signo de que allí no pasaba nada, se calmó John un tanto; quedándonos más satisfechos nosotros dos, Samantha y yo.

Volví a pensar una vez más, que si yo había tenido en mi mente tales insignias de contrariedad, para mi defensa personal delante de Samantha: Una mujer, que se movía en su casa con soltura y confianza ante los invitados.

Quitándoseme de la cabeza aquellos escudos protectores que me hice ante Samantha; ya que dicha señora se había portado correctamente conmigo: No viendo yo signo alguno de contrariedad personal en aquella señora, como para poderme seducir o iniciar alguna relación extramatrimonial.

La vuelta al rancho la hicimos sin ninguna clase de contratiempo y eso que amenazaba tormenta, pero no cayó ni una sola gota de agua; teniendo varias llamadas del gabinete jurídico y otras tantas de la oficina de los contables.

Cuando entré en las oficinas, parecían como si comenzasen a respirar mejor; pues algún agobio tenían ellos en sus cuerpos metidos. Y desde luego que sí, que lo tenían en la contabilidad y en el sistema jurídico.

Según la Ley se tenía que mandar antes de ocho días las cuentas aprobadas para el sistema de recaudación, y expresamente era ése el último día, el día que llegué yo. Firmé las cuentas y las pusimos el sello del logotipo del rancho mandándolas a su lugar de destino.

Se me pidió, por favor, que estuviese siempre disponible o en lugar dónde se me pudiese llamar por teléfono; ya que mi móvil lo tenía cerrado, no dejando a nadie que me llamase: Debido al concepto del deber de los juristas y de los contables; pues eran personas que lo daban todo por su trabajo: Buenos responsables de sus tareas encomendadas a ellos. Y esto se me dijo muy serio; pues el deber los infundía para hacerlo; así que los hice caso e ideamos una fórmula para que yo me encontrase, en todo momento, disponible. En todos los aviones instalamos un sistema de navegación, tanto digital como telefónica, para que yo supiese que me estaban llamando desde la oficina

del rancho; y no solamente con eso, que cuando me cambiase de lugar o de sitio tenía que dar cuenta a una centralita que teníamos para tal efecto.

No solamente era yo persona pública, si no que era yo el sistema público del rancho, al saber todas las personas donde me encontraba en un mismo tiempo. . . ¡Mi intimidad!: ¡Qué le vamos hacer!; si tenía que ser así y así era quisiera o no.

No sé qué había oído sobre Francisco y sobre una máquina cosechadora de maíz; lo cierto fue que me dirigí, un día, hacia los talleres para saber, por boca de Francisco, qué era aquello que me habían contado.

Sencillamente, para saber la realidad de aquel dicho cogí mi pequeño helicóptero yéndome de inmediato a las plantaciones de maíz, encontrando a Francisco y sus ayudantes cosechando el maíz con una gran máquina; siendo un gran armatoste aquella máquina, que tan bien cosechaba el maíz.

Lo malo era que Francisco debía decir, que aquella máquina cosechaba otra cosa; pues para cosechar el maíz ya había una máquina. Pero con todo y eso siguió, aquel año, cosechando el maíz con su máquina, sin darme yo cuenta de ello.

Sí, porque los encargados de la máquina, que se había registrado hacía ya años, protestaron delante de la corte de aquel estado; teniendo yo que desembolsar una cantidad de dinero por las pérdidas que habían tenido en aquel año los encargados de la máquina, ya registrada. Yéndome de inmediato para ver a Francisco y aconsejarle que se estuviese quieto, para que no sacase ningún armatoste de complemento en las faenas del campo. Y así fue, que no las sacó para el campo, pero sí para la esquila de la oveja; pues allí donde antes se esquilaban dos, ahora se esquilan tres. . . Iden de iden, que ya estaba sacado la máquina de esquilar eléctrica; así que era mejor se estuviese quieto, no sacando ninguna máquina nueva con fines de que costase menos la mano de obra en los salarios.

Un día tuve que correr hacia los hangares; porque Francisco estaba subido a un pequeño helicóptero hecho por él mismo: Era un perfecto Estándar; ya que aprendía enseguida una materia leída o hacer algo que ya había visto hacer o había estudiado por su cuenta.

Yo le aconsejé que formase un pequeño museo con las máquinas que él había hecho con sus estudios o con su imaginación: Y así fue, visitándolo muchas personas; sobretodo las que iban a presenciar la doma y equitación de caballos, que no eran pocas.

Se me enteró de algo, por parte del grupo jurídico; teniendo que correr para ver a Francisco y llevármelo en el helicóptero Chopper Militar, hasta los confines de lo último del rancho, pues más no podíamos sobrevolar, por la cláusula adicional que había en su compra-venta.

Pero con todo y eso fue suficiente; ya que lo último del rancho estaba a pocos kilómetros de donde él, Francisco, quería registrar una máquina, que las personas de una Nación extranjera estaban empeñados por ella. Ganando un dinero muy bonito Francisco para emplearlo en el confort de su vida y de su mujer e hijo.

Me encontraba satisfecho por haber ayudado a mi hijo. . . Quiero decir, a Francisco en obtener un dinero adicional para que no pasasen estrécheles él y su familia.

Y entre: “Oh la la mon petit”, también ganaron ellos un buen monto de dinero y lo obtendrán a lo largo del tiempo; pues aquella máquina la amortizarían en pocos años.

Y como ya había la entrega de premio a los más destacados del rancho, se le dio a Francisco uno por aquella máquina, que había vendido su patente comercial; viéndole llorar en la entrega de aquel premio al mismo Francisco, no sabiendo éste cómo lo había conseguido: Si al parecer era casi imposible que alguien obtuviese dinero alguno por la creación de sus máquinas.

Tan afanado estaba yo aplaudiendo a Francisco por aquel logro, que no notaba yo, que alguien me tiraba de la chaqueta, y al mirar para abajo me pude dar cuenta que se trataba del hijo de la señora Irene y de Francisco, que haciéndome agachar me propinó un beso, aquel niño, que me supo a poco.

Pero como crío que era aquel niño, no más de tres años, salió corriendo buscando a su madre, para cogerla de la mano y poderse encontrar a salvo con ella.

Hacía tiempo que no iba a la equitación de los caballos, así que aquella misma tarde me acerqué a las caballerizas para saber si William estaba allí y como no le encontré en las cuadras, me fui al recinto donde entrenaban el grupo de Cowboys que eran asiduos en esos menesteres.

Me asombré al ver en aquellas personas un dominio completo de su montura; habían hecho un adelanto completo en el aprendizaje de la doma de caballos, con un estilo impresionante.

No me daba cuenta de que William se encontraba detrás de mí, así que volviéndome, al ser tocado en un hombro como para que prestase atención, vi allí al mejor jinete que tenía el rancho: William.

Él esperaba que yo le dijese algo, no sabiendo yo qué le iba a decir; si todo estaba perfectamente ordenado: Tanto la doma como la equitación a caballo, para abrir él la boca sin yo esperarlo.

WILLIAM -. Me alegra verte.

HUGO -. Igual digo.

Solamente nos dijimos unos vocablos, pero con todo y eso, fue suficiente como para entendernos a la perfección: Yo ensillé a mi caballo, teniendo una tarde de

equitación llevado por la maestría de William; pues al tiempo que dirigía a sus ayudantes, yo hacía aquellos ejercicios que decía él.

Cuando bajé de mi caballo estaba como entrepelado, un giro que se daba a los cabalistas cuando bajan de sus monturas como engarrotadas: Significando que tenía una mezcla en el pelo por el mucho esfuerzo que se hacía encima de la silla del caballo.

Me fui a mi rancho, casa, un poco abierto de piernas, como despatarrado; según diría Ricardo en su bella expresión. No pude ponerme bien en toda la tarde por el dolor tan grande que tenía en las entrepiernas, debido a la silla de mi caballo; pues era muy dura: Tenía que cambiarla por otra silla más adecuada a mi cuerpo, ya que yo no estaba muy acostumbrado a tales trotes.

Otro escollo importante tenía que saltar, y eso sin montura, con respecto a la señora Irene; pues se empeñaba que yo tenía que hacerme cargo de los estudios del niño, “nuestro niño”, según ella.

No sé cómo lo iba hacer; pero lo cierto era que no me daba mucha tregua para pensarlo, ya que en el plazo de unos días tenía que hacer la matrícula el niño e irse para estudiar en la ciudad elegida por ella, que no por mí.

La única salida que yo tenía era hablar con la señora Renata, mi defensora particular con respecto a la señora Irene; para que ella misma abriera una cuenta en la ciudad donde iba a cursar los estudios mi hijo y así fue.

De esta manera no costaba yo como tutor del niño; ya que para nada se reseñaba en los papeles mi nombre y apellidos, siendo el único que ponía el dinero, pero solamente eso, entregaba el dinero a la señora Renata para que en su nombre lo ingresase en la cuenta abierta del centro de estudios del niño. No queriendo yo costar, para nada, en los papeles del banco; pues siempre se termina sabiendo quién ha ingresado dicho dinero.

Pero cuando parecía que todo estaba resuelto, me vino la señora Irene con la idea de que tenía que entregarla el recibo del banco para que ella lo guardase, cosa que me irritó; pues con que el centro escolar del niño recibiese el dinero bastaba.

¡Pues no señor!: No bastó con que recibiese el dinero por transferencia el centro escolar del niño, que la señora Irene quería guardar ella el recibo del banco.

Como al parecer yo no hacía caso, no entregándola ningún recibo del banco; lo único que la podía entregar era los extracto que me mandaba el banco como demostrando que había ingresado dicha cantidad de dinero y la suma que me quedaba en mi cuenta, una vez que pagaba los recibos del centro de estudios, alegando que solamente el banco me mandaba dichos extractos como confirmación del pago.

Parece ser que surtió efecto; pues la señora Irene no estaba ducha en los movimientos de los bancos: Conformándose con los extractos del banco; ya que lo había arreglado yo, en el banco, para que el extracto viniese a mí, sin ninguna forma de detalle, pedido expresamente por la señora Renata al dar su consentimiento.

Tanto era así, que los empleados del banco comenzaron a sospechar algo entre la señora Renata y yo; dándome una clase de vergüenza que no podía con ella.

Pero como tal vez la señora Irene tendría su asesor particular; ya que pidió mejor detallado el extracto, pues no se sabía, muy bien, la cuenta que ingresaba dicho dinero.

¡La cuenta que ingresaba dicho dinero!. ¡Vamos!; que no se conformaba con nada; tenía: Tenía que ver la cuenta que ingresaba el dinero en aquel banco, para saber si era yo el que lo ingresaba. ¿Qué tendría que ver ella?, en tales dominios: Si se ingresaba ya era suficiente.

Un día que vi sacar extractos a los contables, pensé que me sacasen algunos a mí, fuera de contaduría; pero por otra parte no me quedaba muy satisfecho con aquello que yo había pensado, ya que siempre se descubre la verdad. Desistí de aquel

pensamiento para seguir recibiendo los extractos como siempre y del mismo banco donde iba el ingreso de la transferencia.

No solamente tenía éste embrollo, ya que un día me crucé con el niño que tirándome de la chaqueta me hizo agachar para darle un beso; y eso que iba con mi mujer Sara, quedándose ésta un poco pensativa, como si presintiese algo no bueno para ella.

Al pasar el tiempo había olvidado Sara aquel beso que me había dado el niño de la señora Irene, con una cierta similitud familiar; no viendo mi mujer Sara ésa misma comparación de familia.

Las aguas estaban en su cauce: Por lo tanto yo tendría que andar con mucho cuidado para no molestar a Sara, que era la persona que yo más quería.

Algunos días más tarde me crucé, una mañana temprano, con la señora Irene anunciándome ésta que el niño estaba obteniendo notas muy buenas en sus estudios; cosa que me gustó mucho, ya que de momento hice una comparación entre el niño y mi persona: Pues mi persona no era torpe, ¡qué va!, al contrario, y lo digo con mucha modestia.

No hablamos de nada más, pues se despidió de mí la señora Irene con mucha simpatía hacia mi persona; haciendo yo otro tanto de lo mismo: Pues siempre que la señora Irene me tratase así, salvando las distancias, yo la trataría con sumo agrado, ya que habíamos tenido un hijo entre ambos. En realidad yo la trataba siempre con respeto y agrado, ya que aunque habíamos tenido un hijo por descuido: Siempre se lleva en la memoria ése hecho.

La vi cruzar la esquina, a la señora Irene, con un aire de alegría; por haber hablado conmigo sobre el niño en unas condiciones normales de una buena amistad, tanto para ella como para conmigo.



WILLIAM -. ¿Qué haces?.

Era William el que me decía eso, con un signo de desagrado; pues él había cazado la directa de esa mirada que estaba echando yo a la señora Irene. Al parecer no le gustó nada, pero que nada, esa mirada de atracción hacia ella.

Yo quedé sorprendido por el interés que estaba poniendo William en mi persona para que no me perdiese y tirase todo por la borda; ya que no valía la pena, según él. Aunque esto no me lo dijo con palabras, pero sí con la énfasis que puso al decirme eso de: -¿Qué haces?: Con una entonación supina del que no quiere ver a su amigo en el fango.

Pero como no sabía qué contestarle, me encogí de hombros como no teniendo una cierta opinión de dónde iba y con un - ¡ya! - se despidió de mí el ayudante de Ricardo para continuar su camino.

Yéndome yo a la oficina para contactar con el grupo contable, por si me tenían que decir alguna cosa o si alguna información, sobre las cuentas, tenía yo que saberlo,

Al parecer nada había nuevo, viniéndome a la cabeza; que, “bajo el Sol, nada hay nuevo”, según se había dicho por otras personas.

Salí de la oficina, ufano como ninguno; dándome cuenta que aquellos contables llevaban los asientos a la suma perfección. Y para celebrarlo invité a mi mujer Sara a una buena comida en el asentamiento, llegando alegre al restaurante de aquella plaza; pero nada más que entramos en el comedor de aquel establecimiento, vimos allí a Samantha y a John degustando una buena comida.

Nada más que nos vieron comenzaron hacernos sitio en su mesa, los dos amigos; pues se habían alegrado vernos en aquel día. Llegando el metre preguntando al

matrimonio si eran gustosos que nos sentásemos con ellos. Yo miré para todas las partes de aquel restaurante no viendo ninguna mesa sola, ni ninguna silla sin que estuviese sentada una persona en ella.

Así como a media merienda, comencé dándola con la rodilla en sus nalgas a la señora Samantha, sin que ésta hiciese nada por quitar sus carnes de allí. Y hasta comencé a presentarla el mástil de la bandera, dándola con ella en sus carnes.

Yo me puse que no cogía en mi piel, ni sabía lo que hacía: Unas veces me limpiaba con la mano la boca, otras veces quería comer con el cuchillo la ensalada. . . Y así sucesivamente.

Hasta que nos levantamos de la mesa, después que llamó John al metre para que le cobrase lo que habíamos consumido en la mesa; presentándose aquel señor con una factura bien engrosada de ceros.

La comida en aquel restaurante valía la pena; pero no creo que fuese como para cobrar tanto como se cobró aquel día en dicho local de comidas. Quedando, que otra vez pagaba yo la comida, y como todas las actividades del rancho pertenecían a la secretaria de la finca, por medio del sistema contable; poco iba yo a pagar en aquel día, como no sea que se quisieran salir del rancho a una ciudad amiga.

Sí, toda actividad tenía que pasar por una fórmula especial de contrato de arrendamiento; perteneciendo la actividad a la secretaria de la empresa generatriz, o sea, al mismo rancho. En cuanto a los contratos con los ayudantes y con los colonos, ninguno eran contratos mercantiles; más bien era un contrato entre nosotros, dejando hacer al colono bajo un precio ya estipulado por las dos partes, pero que el avituallamiento de los restaurantes eran totalmente del rancho, perteneciendo al mismo rancho.

Sentado bien esto, seguimos nuestro periplo por las tierras maravillosas de Kansas, hasta llegar a la ciudad de Illinois con aquel matrimonio, tan gracioso y amable.

La cena la hicimos en un restaurante acondicionado y cogedor como ninguno a dichos eventos de la sociedad. Y entre copa y copa, se levantó mi mujer para ir al escusado y cosa curiosa, ya que Samantha no hizo ni tan siquiera por acompañarla a mi mujer Sara al sanitario.

Parecía como si me tuviesen preparado alguna cosa o me quisieran decir algo; guardándose para que no se enterase mi mujer Sara, de lo que me tenía que decir aquel matrimonio.

Comenzando hablar el amigo John, de que era conveniente que su mujer, Samantha, se quedase embarazada y que la inseminación in Vitro no confiaban mucho de ellas, ninguno de los dos; pues la punción tenía que ser activada por otras fórmulas ganótropicas para conseguir el mayor número de óvulos en función. Ni en la inseminación artificial asistida: Eso de mezclar en una probeta los óvulos con los espermatozoides no les convencían a ellos dos, a Samantha y a John.

Pues no sabía yo qué les complacería; si inseminación in Vitro o inseminación artificial asistida, que para ello se necesitaba el espermatozoides del hombre. Y mirando para el amigo John le eché una mirada, como para que tuviese paciencia; demostrando él una extrañeza supina en cuanto al tema que estábamos tratando. Y sin inmutarse, me comenzó hablar claro sobre el asunto.

JOHN -. No; si es el espermatozoides de un buen amigo, el que queremos.

Yo, que estaba sentado en una silla, me tuve que agarrar a ella para no caerme; Eso que estaba esperando el esperma de un amigo, me olía a mí a churrasquina, como diría Francisco.

Tanta fuerza hacía, para echarme hacia atrás en la silla, que rompí la silla por la parte central, dejando escapar alguna que otra ventosidad, por el esfuerzo tan enorme que estaba haciendo.

Pero si no llega a venir mi mujer. Sara, el que se rompiese sería yo; por los nervios que tenía en todo mi cuerpo. . . Mi ser no respondía, mi cerebro estallaba, mi ánimo decaía hasta el suelo, mi cuerpo se consumía perdido en un mar de dudas; ¡vamos!, que al ver llegar a nosotros a Sara se me rió hasta la campanilla.

Pero aquel ánimo, con el que recibí a mi mujer, Sara, fue lo necesario para que ella comprendiese que allí estaba pasando algo raro: Y no muy acorde a mi manera de ser y mi manera de pensar.

No sé cómo lo consiguió, que Sara se llevó a Samantha para dar un paseo por la calle principal de aquel asentamiento; quedándonos solos Joyn y yo. Yo veía que John se acercaba mucho a mí, como si me quisiera decir una cosa fundamental para mis intereses personales.

JOHN -. El amigo soy yo.

Al decir aquello John se me abrió el Cielo; ya que estaba como aterido y sin saber qué decir al respecto: Pero a la velocidad del rayo le contesté algo, que para mí sería lo ideal.

HUGO -. Lo había comprendido.

John se me quedó mirando, como queriendo saber algo más por parte mía, y mi persona no estaba por cumplimentarle en su interés de saber lo que yo había pensado sobre la conversación que habían tenido aquel matrimonio conmigo, mientras mi mujer estaba en el escusado.

Sonriendo recibí a Sara, que al verme con otra cara más alegre se conformó con solo eso: Saber que yo me encontraba a gusto con aquel matrimonio; tal vez había sido un bajón de ánimos lo que yo tuve en hora baja.

Atrasamos la sobremesa para el final; ya que los entrantes los habíamos tenido al principio de dicha merienda. ¿Qué como lo hacen?, no lo sé; pero lo cierto que John había pedido de sobremesa una ensalada de mariscos, y allí que la pusieron; entrándome ganas de ir al río para ver si allí se crían tales crustáceos en el: Camarones, gambas, quisquillas, cigalas, carabineros; todo en una sola fuente nos sirvieron bien apañados y sabrosos. Y eso que la especialidad de la casa era churrasco: ¿Quién se iría a comer todo eso?.

Pues sí que nos lo comimos; ya que cuando empezamos a probar el churrasco tímidamente, el sabor era estupendo: Degustando dicha comida entre todos y sin hacer figura alguna, ya que sabía estupendamente aquella carne.

Era comprensible, porque el gerente del restaurante procedía de Argentina; sirviéndolo con papas fritas, ensaladas o arroz o algún puré: Lo que en otras naciones se llama asado o parrillada, ¡pero qué asado!.

Como la sobremesa fue al final, ya que al principio no tuvimos tiempo alguno para probar bocado: Entre las presentaciones y lo parabienes de unos y la alegría de otros, no pensamos en hacer un poco tiempo antes de nuestra merienda. Hablamos, sencillamente, de nuestras cosas; siendo la conversación principal el tener que ir a una

ciudad encantadora para pasar allí un par de días; ya que como John era cirujano plástico , no podía dejar su consulta más de un par de días; y eso que tenía dos ayudantes que hacían su trabajo muy bien.

Pero al consultar con Sara, ésta me dijo que el ginecólogo la había prohibido que hiciese viajes largos, debido a la posición del feto, transmitiendo dicha controversia a nuestros amigos; ya que la argumentación dado por Sara fue totalmente necesaria para que yo desistiese de dicho viaje.

No solamente eso; que cuando estuvimos a solas, en nuestro rancho, casa, mi mujer aludió a una sentencia dada por ella.

SARA -. Te estás pareciendo en lo que hablas a tus ayudantes.

Tenía razón Sara; pues el habla, con los giros en los vocablos, me parecía a mis ayudantes: Es más, que era un compendio de unos y de otros lo que yo hablaba en aquellos días. Y menos mal que eso me lo dijo a solas; una vez que estábamos en el rancho, casa.

A Sara se la notaba la tripa por día: Había engordado mucho, pareciendo que iba a soltar el bebé de un momento a otro: Y si no llega a ser por el avión ligero, no hubiésemos llegado al hospital, para que ayudasen a Sara en su parto. Un parto ligero y sin apenas contracciones, ni dolor alguno; siendo una niña la que habíamos tenido mi mujer, Sara y yo.

Lo primero era buscar nombre para nuestra hija, barajando una docenas de ellos y ninguno nos gustaba; hasta que nos cruzamos con la señora Irene, dándonos la pauta para elegir nombre para la niña: Carol, Doris, Edith, Katie.

Agradeciéndola en lo más profundo del Alma habernos dado aquellos nombres, llegamos a casa con el solo pensamiento de aquellos cuatro nombres, dado por la señora Irene. Y a unísono elegimos Katie, un nombre bonito donde los haya.

Yendo a registrar a nuestra niña con el nombre de Katie; felicitándonos en el registro por haber elegido dicho nombre para la criatura: Ya que como ellos dijeron, los niños crecen sin complicaciones mentales eligiendo bien su nombre.

Y con Katie se quedó el nombre de nuestra hija; una niña rubia y guapa, con unos ojos grandes y serenos que parecían decirnos confiar en mí.

Pero como solamente había el Templo para los niños, tomé conciencia de ello; construyendo, en un periodo de tiempo pequeño, una especie de guardería para los bebés. Contratando dos señoritas para tales menesteres, licenciadas en la formación de niños de menos de tres años.

Aquella guardería de niños se abarrotó de inmediato; ya que allí llevaban hasta los bebés de los asentamientos más cercanos aquellos colonos y aquellos Cowboys; siendo semejantes a la escuela y al edificio de formación para la graduación de los chicos.

Tanto unas y otras tuvimos que ampliar, en su perímetro y en su capacidad de albergar dentro de ellas a tanto chico, como había en el rancho. Y para que todo quedase sentado y bien sentado, hicimos un acto inaugurando aquellas escuelas dentro del rancho; siendo los estudios reglados, ya que había toda clase de personal adecuado para ello, con la suficiente categoría para impartir las clases y corregir las materias dadas entre sus alumnos

Otro problema tenía, en cuanto a la enseñanza en el asentamiento, dos para decir verdad: Uno que tenía en vista una construcción que sirviese como escuela y la otra que

en unos meses se la consideraría villa a aquel asentamiento. Ya era hora de que hubiese en el rancho dos villas; aunque la primera con rango de pueblo.

Se tuvo que instalar mejor la conducción eléctrica en sus calles, se saneó las alcantarillas y se empedró las calles principales; preparándose aquel asentamiento para celebrar el día que le nombrase la Corte del Condado como villa.

Colgantes y guirnaldas por todas las calles, así como banderitas Estatales y del Estado de Kansas; viéndose en aquel asentamiento que corría el dinero, pues los colonos comenzaron a percibir un salario digno y bien remunerado.

Ese salario que cobraban los colonos era debido al mucho grano que había en aquel año; pues se habían dejado en ello hasta la piel, y hasta algunos tenían dentro de su casa, en unas cuadras una especie de granja: Dos o cuatro vacas, ocho ovejas, y hasta algún que otro búfalo. Como labrando algunas hectáreas de terrenos, como beneficio temporal de ellos mismos y su familia. Vendiendo la carne, la leche y cebando al ganado.

La celebración del acto en el asentamiento al nombrarle villa, fue de lo más grandioso que se había visto; no solamente cohetes después de decir algunas palabras el juez del condado, sino que también hubo baile y sobretodo comida, mucha comida; se derramaba la comida por no tener mesas suficiente para mostrarlas a los asistentes a la fiesta.

A la velocidad del rayo se recogía aquella comida para dársela, bien embasada, al que le hiciese falta en otra parte del rancho; ya que estaba terminantemente prohibido tirar la comida al suelo. Y para ello se habilitó unos contenedores, bien limpios, que tenían para la fruta.



Hasta hubo una exhibición equina, de doma y del manejo en el caballo de los jinetes: Cosa preciosa, que lo llevo en la retina todavía; viéndose a Linda y a Ryan ejercitar unos buenos pases en sus monturas, con gran maestría.

Cosa que a mí me quedó ganas de verlos en plena faena, en sus tareas cotidianas entre el ganado vacuno y el ganado bovino. Y para ello ideé una fórmula primordial de querer ir con ellos, un día que se encontrasen más retirado de la villa principal, la nuestra: Que aunque tenían ya nombres las dos villas, me lo callo para dar sensación de misterio y de un hado permanente dentro de la concordia de las personas que habitaban en ellas. Siendo su signo de conformidad con ellas mismas, entre todas las personas que engrosan las listas de aquellas villas.

Por consiguiente, no tengo por qué decir que ése día de celebración en el asentamiento, nombrándolo villa, comimos en el restaurante de nuestro amigo argentino; estando con nosotros John y Samantha, ya que los había invitado yo con el beneplácito de mi mujer, Sara.

La ocasión me llegó un día que yo no me esperaba para estar con Linda y Ryan en plena faena; pues ensillé el caballo yendo detrás de los dos ayudantes de Ricardo, viendo una equitación y dominio del caballo, por parte de los dos, como nunca lo había visto yo.

En pleno trote, se bajaban del caballo cogiendo los corderos que tenían que apartar del resto del rebaño, subiéndose con una maestría al caballo que yo no me explicaba cómo lo hacían.

Un salto desde el caballo al suelo y del suelo al caballo en fracción de segundos, con el cordero en los brazos. Y no solamente eso; que cuando llegamos al ganado vacuno, ejercitaron los dos el dominio del lazo perfectamente, al maniatar a los terneros

por las patas para que no se escapasen y así poder separarlos de sus madres; para darlos una alimentación especial en su engorde.

No hay que creerse que lo hacían solamente con los terneros, que con los novillos los hacían también, aunque tenían tres años; los tiraban el lazo entre las patas inutilizándolos para que no se escapasen en una simple carrera entre el pasto.

Volví a mi casa totalmente desvelado por ver la equitación de los dos ayudantes de Ricardo; ya que Linda y Ryan eran dos jinetes excepcionales; no solamente por la manera de montar, si no por el dominio y la confianza que tenían ellos para llevar a su caballo dónde ellos querían.

Al llegar a la oficina, ya me tenían preparado un consejo de contables y del sistema jurídico para saber las cabezas de reses que podíamos vender en aquel año, así como las ovejas que podíamos poner en el mercado ese mismo año. No era poco ganado el que teníamos que vender en el año; ya que los pastos estaban siendo pocos y el ganado mucho, como para que estuviesen bien alimentados todos ellos.

Ni unos ni otros coincidían en el número de ganado que se tenía que vender aquel año; hasta que entró Ricardo a por una guía de ganado para llevarlas a otros terrenos, alegando que se debía separar el ganado, ya que sobraba un tercio de ellos.

HUGO -. ¡Un tercio!.

Se me quedó mirando Ricardo a la cara, como esperando contestación por mí parte; pero en vez de darle una contestación a mi exclamación, le volví hacer otra pregunta.

HUGO -. Un tercio del ganado vacuno, como he entendido: Pero y el ganado bovino, ¡Cuánto sobra!.

Ahí tuvo que pensar mucho Ricardo; ya que aquellos pastos no habían sufrido la sequía de otros pastos, debido a que estaban en la orilla del río: Pero como éste hombre era espabilado, pese a su habla cerrada de su querido pueblo, aserto con la cabeza primero para decir más tarde, que sobraban los dos quinto de ganado bovino.

Nos echamos todos para atrás, pero el que más sufrió con aquella respuesta fui yo, que tenía especial interés por los corderos; aunque ya eran mayorcitos, habiendo pastado en aquel terreno hacía ya cinco meses. Porque dos quinto de cien es cuarenta y eso para desprenderse de dicha cantidad de oveja era mucho para el rancho.

Pero con todo y eso se hizo lo que Ricardo había apuntado, obteniendo pingüe beneficios para mi cuenta corriente; así como de la venta de los cereales, ya que ése mismo año había sido un año copioso en la cebada y en el trigo. Si había más que dar una vuelta con el avión para saber la cantidad de trigo que se cosechase aquel año, pues no se veían más que trigo en muchos cientos de kilómetros a la redonda.

Aquel año había sido un año de vienes; viviendo ésos colonos holgadamente: Tanto era así, que tuvimos infinidad de suscripciones para ocupar un puesto entre los colonos, llegando algunas suscripciones desde los confines de aquella gran Nación.

No pudiendo hacer frente a la mayoría de ellas; ya que no teníamos bastantes asentamientos en el rancho, como para que viviesen confortablemente aquellos posibles colonos, ni había medios para asignarlos una tarea sin entorpecer la tarea de otros colonos, ya adscrito al rancho.

Lo que sí se me exigió, fue poner un sistema de vigilancia en el aeropuerto y otro en el helipuerto, cumplimentando la acción de la policía; ya que cada año llegaban

más y más turistas para presenciar la doma y la equitación equina en aquella villa, de procedencia variable. Viendo, en general, que no solamente llegaban en dicha época de la representación de la equitación; si no que llegaban, en menos cantidad, en todas las épocas del año infinidad de turistas a la villa.

Si se veía repleta, en todo el año, las carreteras que teníamos dentro del rancho: Por eso, yo, decidí irme por la autopista de la ruta 50; que había estado siempre con nulo o poco tráfico, viendo el incremento que se había producido en ella en pocos años. Pero eso hasta la desviación de la entrada de nuestro rancho.

No obstante, se podía transitar perfectamente por aquella ruta 50; no existiendo en ella gran cantidad de tráfico, como para desistir ir por tal autopista. En donde yo le daba a mi Cadillac el máximo que se podía pisar, para que corriese por aquella autopista a plena velocidad, según el estado de conservación de aquella carretera.

Tan ensimismado iba una vez, que le había pisado al acelerador a tope; parándome la policía de carretera e indicándome la velocidad que iba, dándome el ticket de tráfico de la correspondiente multa para más tarde dejarme marchar, despidiéndose de mí los dos agentes de carretera, no sin antes decirme que tenía treinta días para pagar la multa de los doscientos setenta y ocho dólares.

Llegué a mi ciudad de destino totalmente nervioso, pensando siempre en la multa que me había puesto la policía de carretera; y no por tener que pagar esos doscientos setenta y ocho dólares, sino por haber faltado a la sociedad corriendo a más y mejor por la autopista de la ruta 50.

Yo era muy cumplidor con las Leyes sociales, no aprobando lo que había hecho, así que me culpaba por aquel sin sentido que hice en la autopista, sin esperar otra cosa que no fuese un “quítame usted de ahí esa paja” ; como que aquí no pasa nada, antes de recordármelo los agentes de carretera. Pero nada más que llegué a Illinois me fui a la

casa de mis suegros, para que me viesen allí ellos, llamando a mi mujer, Sara, con la sola idea de que se sintiese conforme, ya que yo había llegado a aquella bonita y gran Ciudad.

Por la mañana temprano me fui al banco para gestionar mi cuenta de resultado; ya que en lo extractos había una pequeña diferencia de unos doscientos mil dólares, y por supuesto era culpa de nuestra precaria contabilidad: Un salto de números me hizo presentarme ante aquellos señores del banco, como un perfecto despistado.

No quería correr por la autovía en la vuelta al rancho; pero no hice parada alguna en ningún restaurante de carretera por tener prisa para llegar a la oficina, delante de los contables.

Llevaba una sola idea en la cabeza metida, y cuando estuve delante de los contables, les trasmití lo que me había pasado; quedándose todos los contables como cabizbajos, pareciendo que lo sentían.

Me levanté de mi mesa y me fui al medio de mi despacho para abordarlos la idea que me había llevado allí: Ésa idea era poner ordenadores en todas las mesas donde trabajaban cada uno de los contables, que me ayudaban en las cuentas por medio de la contabilidad del rancho.

En poco tiempo estaban puestos ordenadores en cada una de las mesas y de los despachos, donde trabajaba algún contable; agilizando el trabajo al no tener que escribir tanto.

Se hizo un contra asiento para balancear aquel asiento mal hecho y así poder cuadrar el balance a la suma perfección de aquel día; presentándose las cuentas perfectamente cuadradas a la autoría.

De lo contrario tendríamos que pagar bastantes dólares a las cuentas del Estado, por encubrimiento de fondos.

Sí teníamos gastos y de los buenos; pues por aquel tiempo se me informó de que tenía que poner ordenadores en la villa recién estrenada como tal denominación, además de nombrar, por concurso unas personas de seguridad, al igual que lo había hecho en el aeropuerto de la villa principal. Gastos tras gastos, se nos iban los dineros ahorrados para otros fines más sociables, dentro de unos parámetros en nuestra pequeña sociedad de colonos y vaqueros.

Mientras la agricultura, aquel año, fue a pedir de boca, la ganadería la tuvimos que vender por falta de pastos; pues al parecer, el servicio meteorológico daba el mismo tiempo para el siguiente año igual que habíamos pasado el año en curso.

Pero como allí no dejaban sacar cosas nuevas, nuestros ayudantes; uno de ellos sacó una bebida estupenda, comercializándola nosotros en todos lo Estado de EE.UU. y con ése dinero cubrimos los gatos de los ordenadores amortizándolos en poco tiempo.

Creía que me había desembarazado de gastos, pero no; ya que me llegó el matrimonio formado por los amigos, John y Samanthe anunciándome ¡algo grandioso para nosotros!: Como si se pudiese dar algo grandioso para alguien, cuanto más para nosotros.

Aquel matrimonio se aferraba a la idea de comprar un matadero que había a unos mil kilómetros de nuestro rancho; y al decir aquello, de nuestro rancho, ya vi yo por dónde iba la idea de aquel gracioso matrimonio.

Al parecer, tenían la idea metida en el cerebro de que formásemos una familia unida los cuatro: Sara, yo y ellos. No sabiendo yo con qué motivo pensaban ellos dicha cosa; dándome hincapié para pensar que aquello que yo había creído y pensado de las bromas de dicho matrimonio fuese verdad: Ya que hasta con hechos y gestos demostraban todo lo que ellos contaban como chistes y bromas, mirándome después a la cara para saber qué pensaba yo de dichos chistes. Y yo pensaba en salir corriendo de

donde me encontraba sentado en las horas que ellos hacían sus chistes; pues al parecer eran esporádicos, ya que algunos de ellos los formalizaban allí mismo para que yo me excitase.

No había pensado aquello hasta entonces, ya que recapacité un poco más en las formas de Samantha, viéndola bien arreglada y enseñando más de la cuenta. Pero como al baño había que ir esperé para quedarme a solas con dicha señora, llegando el momento que los dos conyugues, mi mujer y el marido de Samantha, se fueron cada uno a su baño.

Me acerqué un poco más a Samantha, para que no me oyera nadie lo que la tenía que decir; hablándola en voz baja.

HUGO -. ¿Tú qué sacas con la apertura de dicha actividad económica?.

SAMANTHA -. Pues eso: Economía.

HUGO -. ¿Solamente?.

SAMANTHA -. Y la felicidad de nuestro hijo.

HUGO -. ¿Nuestro hijo? . . . ? . . .

Estaba claro; Aquella mujer me habló, con palabras llanas, lo que ella quería de mí: Un hijo, ya que su marido, ni tenía el esperma suficiente, ni tenía fuerza sus cromosomas para llegar al óvulo. ¡Vamos!, que carecía de motilidad los espermatozoides de John.

Me separé un poco de aquella mujer, moviendo la cabeza de arriba a bajo con indiferencia, a la vez que apretaba mis labios en señal de sorpresa y de distanciamiento por lo que me había dicho Samantha. Al verme así aquella mujer, se me arrimó un poco más a mi persona dejando caer un brazo sobre uno de mis muslos, para echarse sobre mi

persona y hacerse entender en sus deseos más abominables; como era el tener un hijo conmigo, en vez de con su marido; aunque no pudiese él, John.

En aquel preciso momento vi que llegaba hacia nosotros mi mujer, Sara, con la cara alegre y sin saber qué había pasado allí entre nosotros dos: Samantha y yo.

Yo la puse cara alegre; como si allí no hubiese pasado nada, o no se hubiese hablado sobre algo vicioso y ofensivo para los creyentes, sentándose mi mujer Sara a mi lado, para cogerme del brazo y echarse sobre mi apoyando su cabeza sobre mi hombro en señal de complacencia.

Yo alegué, que mi mujer no podía permanecer más tiempo sin los cuidados que el doctor la había mandado; marchándose, los amigos, pronto de nuestro rancho, casa, no antes de haber quedado el día y la hora para ir a ver el matadero en una ciudad acogedora.

Nada más que se marcharon los amigos me trajeron a mi hija, Katie, que me hacía con la cara sonrisas y yo la hacía carantoñas y la hablaba, sin alzar la voz, con un cariño entrañable; estando con ella una hora, que fue lo que mi mujer, Sara, empleó en distribuir al personal ayudante de la casa, para que hiciesen las tareas del día.

Llegó, por fin llegó el día de la equitación y doma de los caballos en la villa principal, acudiendo personas de todos los puntos geográficos de la Nación, e infinidad de coches como de autobuses y también infinidad de toda clase de aviones y helicópteros: Uno al aeropuerto y otros al helipuerto.

No había manera de aparcar tanto aparato de vuelo en los hangares, teniendo que habilitar unas planicies, cerca del aeropuerto, que estaban debidamente cementadas.

Y entre medio, me llamaron desde el control del aeropuerto aquella misma tarde; ya que un avión de cuatro motores tenía que aterrizar de emergencia en la pista principal; o sea en la única pista que se hizo a lo primero, saliendo de ella tres pistas



más de apoyo para la primera pista, en forma oblicua, facilitando el aterrizaje y despegue de los aviones, en aquellas grandes plataformas, como eran dichas pistas. Por eso nos llamaron al control del aeropuerto para que tuviésemos la pista en condiciones para que aterrizase un avión Avro Canada C102 Jetliner, viendo enseguida el control del aeropuerto las dimensiones que tenía dicho avión.

Longitud 25,1 m (82,4 ft), envergadura 29,9 m (98,1 ft), altura 8,1 m (25,4 ft), superficie ala 107,5 m cuadrados (1.157 ft cuadrados); dándole la longitud de la pista, desde que empieza por el terreno vaquerizo, de hormigón armado, hasta su término; para que se hiciese una idea el comandante de la nave averiada.

Se encendieron, en aquel día, las luces de posición donde empezaban la pista principal, con los focos de los lados; ahuyentándose el ganado vacuno en forma de estampida y hasta el bovino se dispersó por los montes: Ya que aquellas luces eran muy potentes y ellos no habían visto nunca tales luces.

Acudieron todos los habitantes de la villa principal y los turistas para ver tal evento; ya que allí no había aterrizado nunca un avión de tal envergadura, poniendo orden la autoridad competente para ello.

Dio tiempo para que llegasen de lugares lejanos los camiones y personal de apoyo para hacer que aquel avión aterrizase lo mejor posible. Y así fue; pues al aparecer por lontananza el avión, todas las personas que estaban presenciando dicho evento se echaron para atrás, y hasta otras salieron corriendo hacia la villa.

Los que nos quedamos para ayudar a las personas que venían en aquel avión, nos dio un poco de repelo al ver aquella estampida de personas corriendo hacia atrás; y aunque queríamos nosotros, los que nos habíamos quedado para ayudar a las personas que llegaban en aquel avión, tuvimos un poco de reparo.

Aquella resistencia que tuvimos para no salir corriendo hacia atrás, fue producto del deber; ya que teníamos los pelos de punta, sabiendo que nuestro deber estaba en dicho lugar, permaneciendo quieto en nuestro sitio con todo el recelo del Mundo; por si acaso nos tocaba algo de lo malo.

Lo primero que se hizo fue echar espuma por toda la pista, y como se empezó en la pista donde da a la villa; llegó un ingeniero aeronáutico diciéndonos que echásemos la espuma por todos los metros que tiene la pista: Mucho antes de donde empieza la villa, en lo que está con hormigón armado.

Y sin tiempo alguno se echó la espuma donde decía aquel ingeniero aeronáutico; ya que él sabía de esos menesteres.

Menos mal que se echó la espuma donde empieza, verdaderamente la pista de aterrizaje: Cerca del ganado, donde están los terneros de destete para su cebo; pues allí fue donde comenzó a posarse el avión. Y ¡UF!, cuando llegó a la altura de los hangares; parecía que se iba a llevar los hangares con las alas, aquel avión.

Pasó rozando los hangares el avión con las alas, le faltó poco, pero pasó de largo sin hacer daño alguno a dichas instalaciones. Nos miramos el responsable de pista y yo como diciendo, que allí pasaba algo que no habíamos previsto.

Ése algo, era ensanchar más las pistas para que pudiesen pasar los aviones pesados sin ninguna clase de compromiso algo, cerca de los hangares, y así fue medio año después de dicho accidente.

Yo no sabía si se podía arreglar en el taller aquel avión, que venían llenos de hielos los sensores de navegación para saber la presión del avión y su rumbo.

Pero cuando vi poner escaleras cerca del avión al personal de mantenimiento del aeropuerto de la villa principal me asusté: Pues también sabían arreglar los sensores, claro está; si son igual que los sensores del ligero de mi HAWKER BEECHCRAT 400

x p. lo que sí me pude dar cuenta, que nos faltaban instrumentos para el desarrollo de un buen quehacer en los arreglos de aquellos aviones, indicándole a Francisco tenerlos que comprar pronto; para un buen desarrollo de los arreglos dentro de nuestro taller. Y como Francisco era espabilado, me cogió el pensamiento; no solamente lo que yo le estaba diciendo en aquella hora de agobio y de carreras de allá para acá. Pidiendo algunos mecánicos unas herramientas que yo no conocía, o por lo menos no sabía de aquel nombre con que la denominaban; y como se me estaba poniendo la cabeza como un balón salí del taller sin querer volver a mirar para atrás.

No me había dado cuenta, que allí se encontraban mis amigos John y Samantha; que había llegado para contemplar el aterrizaje del avión averiado; haciendo noche en nuestra casa, para cuando amaneciese ir a la ciudad indicada por ellos para comprar un matadero.

En el avión ligero de nuestros amigos nos trasladamos a la ciudad deseada para comprobar “In situ”, el edificio del matadero que estaba en venta. Un edificio destartalado; pero no solamente eso, que al entrar en dicho local vimos unas cuantas máquinas, que para nada servían por estar obsoletas: Vamos, que tenía que desembolsar una cierta cantidad de dinero enorme para poner aquello al día; diciéndolos a mis socios en el posible negocio, que lo consultaría con los contables y que ya les daría la respuesta. Tomándose muy mal los dos amigos, John y Samanta; tanto era así, que alegaron tener prisa, dejándonos en aquella bonita y gran ciudad: Teniendo que contratar un coche de punto para que nos llevase a nuestro rancho, en la villa principal.

No quisimos hablar nada sobre el caso de habernos abandonado en una ciudad a gran distancia de nuestra villa y eso que paramos para tomar algún bocado en una ciudad más cercana a nuestro destino. Y nada más que llegamos a casa, sonó el teléfono; siendo los dos amigos, excusándose por habernos dejado en aquella ciudad tan

encantadora: tanta fue la excusa, que me dijeron no tener perdón alguno en ello; pero que apremiaba lo que ellos tenían que gestionar en ése día en otra ciudad, cercana de donde estábamos. Y con eso, pensaron haberse excusado del todo, ya que nos tenían como personas de más bajo estilo para ellos.

Nos preparamos para estar en casa, Sara y yo, entablado una conversación constructiva para nosotros; así sabríamos la dirección a tomar de aquí en adelante con los dos amigos: John y Samantha.

No obstante pedí al grupo de contables, que estudiaran el caso, lo mismo hice con el grupo jurídico; informándome los dos grupos lo mismo, después de enterarse bien qué matadero era y dónde se encontraba: Pues aquella actividad necesitaría un arreglo total en el edificio, así como maquinarias nuevas, desechando las que tenía el edificio. No solamente con ésos estudios me informaron de la ruina que tendría en iniciar una actividad en dicho lugar; sino que una sociedad, ya fuese: Mercantiles, de capital, limitadas, cooperativas, civiles, laborales, anónimas y colectivas con aquel matrimonio no era viable, por estar con una divisa turística en nuestra Nación.

No eran fiables, pese a que ellos sí eran norteamericanos; pero habían tomado la nacionalidad de otra nación, renunciando a la suya.

No me quedé conforme con eso; ya que llamé al colegio de doctores, diciéndome allí que tenían la actividad abierta antes de renunciar a la nacionalidad; pero que la llevaban dos doctores de su confianza, según habían podido contactar, teniéndolos como ayudantes.

Transmití lo que me habían informado desde el colegio de doctores, de Médicos, a mi mujer Sara.

SARA -. Entonces: ¿Qué quieren hacer ellos?.

HUGO -. Está muy claro.

SARA -. ¿Tener una criatura en los Estados Unidos del norte de América?.

HUGO -. Y así poder trabajar, al son de su criatura en ésta grandiosa Nación.

Sara no se cayó lo que tenía en su mente: -. Que lo hubiesen pensado antes -. Pues sí, que lo hubiesen pensado antes; que con nosotros no se juega. No demostrando rechazo alguno ante nuestros amigos, para no levantar sospecha alguna de que les habíamos cogido el juego, o que les habíamos cogido la vuelta, según se dice.

Llamándonos por teléfono, John y Samantha, para saber de nosotros: Si habíamos llegado bien y por qué medio. Y como son ellos, les dolió mucho el que tuviésemos que haber llegado a nuestra casa en el rancho en un taxis; calmándoles nosotros a ellos, para que no tuviesen el grado de culpabilidad que en estos casos se tiene. ¡Cómo son las cosas!: Ahora teníamos que calmarlos nosotros a ellos, para que durmiesen bien aquella misma noche.

SARA -. Si te das cuenta, cuando no hacemos lo que ellos quieren se enfadan.

HUGO -. Ya me he dado cuenta.

Y así era; se enfadaban John y Samantha cuando no los hacíamos caso a sus pretensiones; pero eran buenas personas si se los sabía llevar.

Otro problema teníamos Sara y yo, cuando les presentásemos el estudio hecho por los señores y señoras contables y el grupo jurídico, sobre el edificio del matadero y sus maquinarias, obsoletas como ellas solas.

Cuando les presentamos el estudio de los contables, se quisieron levantar; por lo menos hicieron amago de ello, para volverse a sentar de nuevo en el mismo sitio.

Llevándose mi mujer Sara a Samantha para la cocina y poder preparar un tentempié: Y hay que ver qué cena de un buen restaurante prepararon las dos. Pero cuando se vio a solas conmigo, el amigo John, me comenzó hablar de la posibilidad que existía para adecuar aquel edificio a un buen matadero. Pero como yo insistía, que dicho edificio tenía que ser demolido en su totalidad, éste, John, me empezó hablar en voz baja; como si quisiera no le oyera nadie. Y así fue; que cuando se vio solo conmigo me alertaba en el beneficio que repercutiría un matadero en dicha ciudad; ya que no hay un matadero con tantas provisiones, como yo podía almacenar en aquel edificio.

JOHN -. ¿Pero tú no tienes dinero para rehabilitar el edificio?.

HUGO -. No te voy a decir que no; pero lo tengo para cuando se vea que se emplea bien y se va a obtener beneficios económicos de el.

El amigo John puso una cara, que no parecía le gustase mucho lo que yo le estaba diciendo, en aquel momento. Y menos mal, que cuando llegó Samantha preguntándome por los mistos, se calmó un poco John; para que no le viese su mujer lo acelerado que tenía el ánimo y lo exaltado de su corazón.

HUGO -. Las cerillas las tengo en un armario de la cocina, dentro de un bote de cerámica.

SAMANTHA -. Muy bien. Con vuestro permiso.

Marchándose, una vez más, a la cocina para poder ayudar a Sara en sus menesteres; que era hacer una buena cena y tener una hora de tertulia, acompañada por una buena copa, que nos sirviese de estímulo.

Parece ser que Samantha había visto cómo se encontraba su marido John, y eso si ellos estuviesen casados y bien casado; pues a mi parecer no veía yo fotografía alguna, en su casa: Tanto en un álbum como colgada de la pared o encima de la cómoda. Con otra salvedad, que no hablaban nunca de su boda para nada.

Pero cuando intentó coger Samantha las cerillas, se la cayó una fotografía, que llevaba en el bolso abierto; pues no se dio cuenta de ello. Me levanté disimulando un poco, como para mirar por las ventanas y agachándome para ponerme bien los cordones de los zapatos, recogí del suelo la fotografía. Y como la fatalidad es mucho, en ése preciso momento llegó Sara anunciándome algo, que yo no sabía bien lo que era.

Se levantó John y se fue hacia las ventanas para mirar por ella, yo me llevé un poco a mi mujer Sara hacia el pasillo para enseñarla la fotografía, diciéndola lo que se veía en ella.

HUGO -. Mira, Sara: Fue trapecista Samantha en sus días.

Aquella fotografía era de Samantha en el trapecio, en un circo como se podía observar en ella. La hice una indicación con la mano a Sara para que se volviese con Samantha a la cocina y yo entré, de nuevo, en el salón, mientras estaba John mirando por las ventanas todavía.

Con mucho sigilo dejé caer la fotografía al suelo, sin que se diese cuenta mi amigo John, al tiempo que entraba Samantha en el salón muy acalorada; como buscando algo que se la había perdido y al ver la fotografía en el suelo la cogió de repente, lo más pronto posible, yéndose para la cocina donde estaba mi mujer Sara esperándola.

No me pude enterar muy bien, qué era lo que mi mujer Sara me quería decir al llegar al salón; pues primaba que yo la enseñase la fotografía: Por eso me fui a la cocina

expresando que tenía sed, tomando un baso de agua para arrimarme a mi mujer Sara, comprendiendo ésta lo que yo la quería decir: Para informarme de que se había recibido una llamada telefónica desde la oficina, más bien de los contables muy urgente. No sabiendo yo para qué me requerían con tanta urgencia los contables del rancho.

Excusándome delante de los amigos salí raudo hacia la oficina, entrando en el despacho de los contables con un ataque de ansiedad; ya que cada vez que se me llamaba urgentemente a contaduría, era por causas de requerimiento ejecutivo.

Claro, que era por una factura mal hecha a la compañía del avión Avro Canada C102 Jetliner, teniendo que pagar ahora nosotros los costos de comisión bancaria, al pasar el tiempo previsto por la factura. Y sin falta alguna firmé yo aquel desaguisado, para que nuestro banco cargase de nuevo la factura a dicha compañía aérea.

Volví de nuevo a mi rancho, casa, para estar con Sara; que no con nuestros amigos, John y Samantha, habiéndose marchados éstos. Yo me quedé como descolocado, pues nuestros amigos tenían un refinamiento en las relaciones humanas que no era posible que se hubiesen marchado de mi casa sin despedirse de mí.

HUGO -. Sara: ¿Qué te dijeron los amigos, John y Samantha, cuando se despidieron de ti?.

SARA -. Igual que a ti.

HUGO -. (Haciendo un gesto con la cabeza de disconformidad). O sea, nada.

SARA -. Pues eso.

Era curioso que nuestros amigos se despidiesen, o mejor dicho: Se fuesen sin decir una sola palabra, como -. Ahí os quedáis.



Nos quedamos los dos, Sara y yo, sin saber qué decir; no pronunciamos palabra alguna, por lo menos en dos horas por el estado de ensimismamiento que nos encontrábamos los dos. Pues la mente la teníamos puesta en el infinito, sin saber qué decir, ni qué hacer. Hasta que en un momento determinado, apuntó Sara algo sobre la fotografía; viniéndonos a la cabeza, que tal vez sería por ello ésa estampida de nuestros amigos, John y Samantha.

He hablado de estampida y sí, estaba habiendo una estampida del ganado vacuno en sus mismos terrenos, y allí que me fui para ver qué era lo que pasaba; no descubriendo las causas de tal estampida tan brutal, pues tuvieron que acudir hasta los colonos de la sección agrícola, ya que el ganado se estaba metiendo en los sembrados.

Hasta el ganado bovino se estaba poniendo nervioso; se veía algún grupo de ése mismo ganado, pequeños rebaños corriendo por el campo: Y al decir que eran pequeños rebaños, cualquiera lo diría pues se perdía la vista al ver tanto y tanto ganado de ovejas corriendo por el campo.

Con mi helicóptero pequeño aterricé en la cima de un monte, saliendo monte abajo a toda prisa para poder ayudar a los ganaderos y a los agricultores; ya que hasta el ganado bovino se estaban metiendo en terreno agrícola.

Mala mente, pero logramos que ningún ganado se metiese en el terreno agrícola, haciendo daño a sus cosechas y a las cosas sembradas como verduras y otras, como: EN TALLO, Apio, espárrago. En FRUTOS, calabacín, calabaza, berenjena. En AUYANA, pepino, tomate y pimiento. Y además todo el terreno que estaba ocupado con, trigo, cebada, sorgo, mijo, sémola, avena, centeno, maíz, arroz, además de otros. En HOJA ACEDERA, espinaca, lechugas, brócoli, acelgas, apio, col, escarolas, coliflor.

Muchos kilómetros sembrados de trigo y de cebada, que no dejaba la vista verlos desde un avión; por lo tanto estábamos preocupados por dicha estampida, pero como pusimos todo el empeño para que no se entrase en el terreno agrícola, lo conseguimos.

“Aquí paz y aquí gloria”, como se suele decir; pues se salvó todo el sistema agrícola, logrando que dichos productos se pudiesen vender a su debido tiempo: Engordando las cuentas corrientes del rancho y de carambola las cuentas de los colonos; ya que se los permitía tener una cierta cantidad de terreno para su siembra, así como una cierta cantidad de cabezas de ganado a su servicio.

A un año sigue otro; pasándose los días rápidamente; para volver a sembrar los productos los colonos de aquellas tierras; ya que parecía un año con algo más de lluvias que el anterior: Tanto era así, que los pastos de algunos montes cubrían a un hombre hasta su cabeza.

Era formidable ver aquel pasto; así que me fui al terreno donde pastaban los búfalos, viendo algo increíble: No se veían ni los búfalos andar por aquel terreno de pastos enormes, ni se distinguía el terreno encharcado, ni se sabía dónde estaba el río.

Consejo: Sí, tenía que reunir al consejo de los contables y de los juristas para que diesen el visto bueno a la siega de aquel pasto, para que sirviese aquel heno de comida en épocas de sequía. Gavillas, infinidad de gavillas se trasladaron en el helicóptero UH- 60 Black Hawk, hasta el feedlot, el lugar de engorde del ganado. Se emplearían los pastos segados, tanto para el ganado de destete, que son los terneros, como el ganado de años.

Tenía que tener un relax y para ello me fui a mi rancho, casa, con el afán de ver a mi hija Katie y saber de ella qué hacía y a qué jugaba. . . ¡Jugar!; jugar como jugar, no sé si lo hacía: Pero la verdad era que había echado todo al suelo, tanto cojines, paños, platos, mecedoras, (balancines), como infinidad de papeles que no servían para nada.

¡Vaya manera de jugar!, que tenía mi niña; pero con todo y eso, al llegar a casa y verla en el suelo la denominé como Cielo. Ya que era mi Cielo, mi reina, mi cariño, mi ilusión sincera.

En esos días llevaba una vida muy dulce; ya que no tenía ningún contratiempo que mereciese la pena pensar en ello. Hasta que un día recibimos llamada telefónica por parte de los amigos, John y Samantha, queriendo venir a nuestra casa, la de Sara y la mía, con motivo de celebrar el cumpleaños de Samantha en un buen Hotel y un buen restaurante, así como ir a ver alguna representación teatral, como musicales.

Desde luego la ciudad elegida por ellos, John y Samantha era Drroit, en su casa; teniendo que contratar nuevos ayudantes para esos días de recreo y bienestar, como íbamos a pasar en aquel precioso hogar.

Todo era normal al llegar a la casa de nuestros dos amigos, hasta el personal contratado para la fiesta nos estaban esperando en la puerta con motivo de darnos la bienvenida a dicho hogar.

Se nos cruzó la mirada a la señora Julieta y a mí: Sí, porque dicha señora estaba en la puerta haciéndonos los honores para que entrásemos en la casa de Johm y Samantha.. . Más adelante, no sé si eso fuese verdad; pero más adelante me encontré a la señora Renata con cofia y mandil, pues era la cocinera de la casa.

Ninguna de los dos movimos una sola pestaña, solamente se limitó a mirarnos a Sara y a mí; que por cierto, Sara no se había percatado que nuestras dos ayudantes en el rancho estuviesen allí, en la misma puerta de nuestros amigos: Ya que entró rápida a la casa, como queriendo descansar un poco de las casi dos horas de vuelo hasta la ciudad de Detroit desde donde vivíamos nosotros, en aquella bonita y bella villa del rancho.

Nada más entrar Sara en la casa se dejó caer en un sofá que había frente a la televisión, como queriendo que sus maltrechos huesos descansasen un poco del ajetreo en aquellas horas de vuelo.

A mi simple parecer, vi en los dos amigos un atisbo de alegría y grandeza al conseguir que Sara se portase de esa manera en su casa; ya que al presenciar aquella escena se los puso unos cuerpos como hinchados y fabulosos, viendo la confianza que estaba tomando Sara con ellos; siendo esa ficticia función de alojamiento un falso querer presentarnos una fórmula falsa a nosotros dos, a mí y a Sara: Así lograrían que nosotros dos estuviésemos confiados en ellos.

Tanta amabilidad por su parte de los anfitriones, me escamaba a mí mucho; ya que ningún amigo está a todas las horas del día pendiente de los señores invitados a su casa, si ya ha comprobado que se encuentran a gustos.

Si la merienda fue copiosa, no menos fue la cena; pues como entrante tomamos una ensalada de mariscos que nos llenó el estómago del todo, para seguir con un codillo de oveja rebozado con una buena sopa hecha con puerros, ajos, tomates y una pizca de pastilla de carne y rociado con un buen vino de la tierra.

El broche final lo amenizó un buen actor como atracción de sobremesa; sirviéndonos unas bebidas especiales, según dijo aquel señor que eran creación suya: Y desde luego tenía que ser creación de él, ya que nos comenzó a dar un sueño enorme a Sara y a mí, que nos quedamos dormidos.

Me despertó de repente un chorro de agua fría que me corría la cara, viendo la persona que me estaba despejando un poco en aquella hora de elegir al dios Baco como amigo de mi sueño. Desde luego no tenía más que amigo a Dionisio el hijo de Júpiter en esa hora intempestiva para mí; ya que por lo menos serían las tres de la madrugada,

cuando Renata quería que volviese la cordura a mí y yo me empeñaba en seguir durmiendo al ritmo placentero de una marmota.

De repente vi una mano que me quería levantar del sitio donde estaba como acostado, más bien recostado a una pared en un lugar recóndito de la hermosa ciudad de Detroit, viendo en aquella mano la mano de la señora Julieta; que con no pocos esfuerzos me conseguía levantar y sostenerme firme, como para que aquella exhalación de vaho que se me notaba en mi aliento no fuese tan fuerte y poco a poco se me fuese pasando aquel estado de un fuerte opiáceo, como era el que yo me había tomado, junto con las últimas bebidas terminando la cena. Y antes que nos pudiésemos dar cuenta de nuestra decadente forma, nos llevaron a una calle en donde nos estaba esperando un señor con un coche, siendo ése señor el marido de Julieta, junto con el marido de Renata.

Pues sí señor; allí se encontraban mis dos ayudantes: Ricardo y Arturo, esperándonos para salir de inmediato hacia el aeropuerto para tomar vuelo hacia nuestro rancho.

No me hubiese dado cuenta, que era a Francisco al que veía; abriendo un poco más los ojos por si acaso íbamos los siete que permitía aquel avión volar con ellos; comprendiendo pronto que los dos matrimonio y Francisco con nosotros dos, Sara y yo era todo el pasaje que se componía aquel avión ligero: Ya que no nos hubiesen dejado volar con más personal dentro de avión.

Pero eso sí, al llegar a los hangares nos estaba esperando allí la señora Irene un poco enfadada, al ver aquel espectáculo por nuestra parte, el de Sara y el mío. Pero no nos quedamos allí, ya que fuimos llevados a donde los veterinarios curaban los caballos, a una UAX hospital veterinario. Allí se nos hizo un lavado de estómago por medio de unas hierbas, haciéndonos devolver todo lo que aquella noche habíamos tomado; para

más tarde y cuando ya estábamos despejados nos llevaron a nuestro rancho, casa, de Sara y la mía.

A levantarnos por la mañana, quería saber si alguien más se había enterado de nuestra maltrecha situación con la que habíamos llegado a la villa; pudiendo observar que nadie más se había enterado de cómo habíamos llegado Sara y yo a nuestra casa. Y eso no era lo malo, lo malo era que a otros sitios de la villa llegamos bastante mal; pues a mi casa llegamos Sara y yo muy mejorados, gracias a que se nos habían hecho devolver todo lo que teníamos en el estómago, Sara y yo manualmente.

A la mañana siguiente hacía mi hija Katie unos gestos como imitándonos a sus padres, se iba de acá para allá con los brazos abiertos como si estuviese mareada.

Vaya educación que la estábamos dando sin querer nosotros, sus padres, a la niña; ya que nos habían mareado, por no decir otra cosa, en casa de los que hasta ahora considerábamos amigos.

Ni amigos ni nada; pues nada más que nos pudimos valer por nosotros mismos decidimos no volver a contestar al teléfono si acaso llamaban, John y Samantha. Y desde luego que llamaron, llamaron muy efusivamente, diciéndonos que ellos se habían mareado aquella misma noche; queriendo saber si a nosotros nos había pasado lo mismo.

Contestamos al teléfono porque la ayudante doméstica había descolgado el mismo, dándonoslo a nosotros para que atendiésemos la llamada.

No tardamos mucho en despedirlos, colgando el teléfono con un golpe dado al auricular del mismo; ruido que se habría oído por el teléfono de John y Samantha, como si a nosotros no nos hubiese gustado dicha llamada.

Pero a nosotros no nos molestó el golpe tan fuerte que dio Sara con el auricular del teléfono al soltarle; ya que los hechos hablaban por ellos solos.

Se habían enterado bien de lo molestos que estábamos con ellos; no creyéndonos, que ellos se hubiesen mareado; ya que momentos antes de rescatarnos nuestras ayudantes del rancho se los veía tan frescos y como si no pasase nada de anormal en su casa. Eso era el caso que nos estaban haciendo John y Samantha a nosotros dos, a Sara y a mí.

Como éramos agradecidos, fuimos a visitar a nuestros ayudantes, uno a uno para agradecerles la amabilidad que habían tenido con nosotros dos, Sara y yo, rescatándonos de aquella casa, la noche de autos.

En una de esas casas nos enteramos que ya tenían preparada la alcoba, limpia y con sábanas nuevas; para el consumo del acto sexual, entre Samantha y yo. Y como lo decía una ayudante de la casa de aquella noche, tuvimos que creerla; por ser ella la que había arreglado la cama de aquella noche tan tumultuosa.

No dudando nunca que había habido una conspiración en la casa de John y Samantha en contra de nosotros dos, Sara y yo, con idea de que Samantha se quedase fértil sin darme cuenta tan siquiera.

Aquello era una acusación entre mi mujer Sara y yo; no extendiendo la idea fuera de nuestro contorno. Por lo tanto no salió esa idea de nuestra casa, y ni siquiera lo supo alguien; pues aunque una de las ayudantes de esa casa había cambiado las sábanas, teniendo que saberlo la otra ayudante, no se habían enterado de la trama que urdían los dos amigos con nuestras personas.

Pasó el tiempo y allí no se había vuelto hablar nada del asunto, ni nadie supo nada del día de eventos en aquella casa del Detroit, ciudad maravillosa, en donde fuimos para celebrar el cumpleaños de Samantha.

Una vez más volví a entrar en la oficina para poder firmar algún que otro documento; ya fuese jurídico, como empresarial, por parte de nuestros acreedores, ya

que en aquellos días tuvimos que comprar bastante pienso para las ovejas; pues los pastos no habían crecido mucho, a lo contrario del ganado vacuno o de los búfalos, que había lagunas insuperables para ellos: Ya que a los búfalos los gusta mucho la tierra encharcada, pero no la tierra aguada por completo, habiendo crecido unos pastos en dichos montes, que a penas se veía un hombre andar por aquel terreno.

Se me informó en la oficina, más bien en secretaría, que faltaba recaudar un impuesto sobre una de las pistas del aeropuerto; ya que se hizo al amparo de otra: Y así sería individual, como manda el reglamento.

Para que fuese legal el impuesto tenía que volar a New York sin falta alguna y así lo hice, sin compromiso alguno; ya que volé solo sin bagaje en mi avión, pensando volver al siguiente día.

Lo hice en dos escales: La una desde el aeropuerto del rancho hasta Detroit y la segunda desde Detroit a New York; para ir enseguida a donde me indicaba la nota que recibí en la oficina del rancho.

¡Me quedé de piedra!; pues teníamos que abrir, de nuevo, la pista de aterrizaje como si fuese nueva: Costándonos bastante por tener un largo recorrido, y menos mal que no nos obligaron para volver a declarar la pista principal; donde salen las secundarias. Me dieron cuarenta y ocho horas para imponer todo aquel capital en la cuenta, ya destinada; yéndome rápidamente al banco, poniéndome éste impedimento en el pago, por no tener personificada la cuenta. Era verdad, un día recibí la sugerencia, que tenía que tener personificada la cuenta y para ello tenía que llegarme a la sucursal de apertura de la cuenta: O sea, en la ciudad de New York.

Era fácil personificar la cuenta, en unos minutos se hacía; como me dijo el empleado del banco. Pero como los ordenadores no funcionaban, tenía que esperar hasta el siguiente día para personificar mi cuenta en el banco.



Miré al reloj y pensé que las cuarenta y ochos horas corría más que volar; pues a las dos horas de apertura del banco haría ésas cuantas y ocho horas. Yo también me confié, saliendo del rancho unas horas tardes, creyendo no pasase nada; ya que como pensé, sería presentar mi carné y poco más.

Pensé y lo pensé rápidamente; así que conecté con secretaría jurídica del rancho para que mandase en forma on line la fotocopia de todo lo que se me exigía para personificar la cuenta corriente que yo tenía abierta en aquel banco de la Ciudad de New York.

Y a través de Internet, mandaron los juristas todos los impresos que se me pedía al banco aquel mismo día; así que cuando yo llegué, por la mañana temprano al banco, ya tenía allí todo el justificante exigido.

Con qué ganas volví a la villa en el rancho; pero por motivos de vigilancia del avión hice escala en Detroit sin saber que era donde vivían los dos amigos, John y Samantha. Teniendo, ellos también, un avión en aquel aeropuerto, pero como me dirigieron al aeropuerto pequeño vi el Cielo abierto, como se suele decir.

¡Qué va!: No estaba tan seguro en dicho aeropuerto; pues era allí donde guardaban su avión John y Samantha; no queriendo salir yo del avión hasta que se me ordenó presentarme ante la dirección de vuelo para firmar personalmente la hoja de vuelo.

La hoja de vuelo era muy sencilla; tenía que volar al aeropuerto del rancho por unas coordenadas ya conocidas por mí; así que en pleno vuelo puse el piloto automático, para así poder descansar un poco en la cabina del avión ligero.

Lo pensé y lo pensé enseguida; cuando me vi, en plena madrugada volar solo en el avión ligero hacia mi rancho y pese a que faltaba poco para entrar en el espacio de mi rancho, me dio recelos por ir solo en el avión.

Y más aturdido me quedé, cuando supe que todo se me había resuelto desde el despacho de mis ayudantes juristas, en complemento con el negociado contable.

Pero nada más salir del edificio de la oficina me di de bruces con la señora Irene, que iba con su hijo. Yo me quedé mirando al niño, haciéndole una caricia en la cabeza y hasta le quise dar un beso, presentándome él la cara para que le diera ese beso, tan agradable para él.

HUGO -. ¿Qué sabe el niño?.

IRENE -. Nada; no sabe nada.

HUGO -. Ha estado muy predispuesto para que le bese.

Antes de decirle yo eso a su madre, miré hacia todos los lados para ver si nos encontrábamos solos y cuando me cercioré que sí estábamos solo, la dije tales preguntas.

Pues claro que el niño estuvo muy predispuesto; parecía que el chico presentía algo o por lo menos, como se suele decir, la sangre tira mucho; ya que a mí me empezaba a dar cosquillas en el estómago, cuando el niño de la señora Irene estaba cerca de mí. Y claro que sentía algo por el niño, pues ése niño era sangre mía. . . ¿Pues no iba a sentir nada por él?.

Allí mismo supe, que el niño ya no era tan niño; pues se encontraba muy avanzado en sus estudios: Cosa que me produjo una satisfacción enorme en mi corazón y en mis sentimientos hacia él.

Aquello me envalentonó y cuando su madre le quiso retirar de mí, la dije con muchos sentimientos, que si le hacía falta al niño un apoyo en sus estudios me lo dijese.

Se me exaltó el Espíritu, no sabiendo lo que decía; pero lo que la dije a la madre de ése niño fue de corazón y de verdad: Queriendo apoyar al niño en sus estudios; ya fuese con consejos o con ayuda económica. Eso que la dije a su madre, ella misma se alegró mucho, echándome una mirada como diciendo ella que yo era un hombre de una vez.

HUGO -. ¿Pues qué creías?.

IRENE -. No esperaba menos de ti, Hugo.

HUGO -. Pues estoy dispuesto hacer lo que sea por el niño.

Aquella señora se sonrió un poco, diciéndome con seguridad: - El niño, ya no es tan niño -. Y desde luego que el niño ya no era tan niño; pues aquella persona de poca edad estaba terminando sus estudios, pues en pocos años se graduaría en sus estudios.

Haciéndola comprender a su madre, que para nosotros él sería siempre el niño, asestando con la cabeza la señora Irene, como comprendiendo lo que yo la decía.

Nunca habíamos tenido una conversación ella y yo, la señora Irene y yo; así que no veía la hora de despedirme de ella, ni ella de despedirse de mí: Como queriendo que aquella hora durase todo el día.

Pero como todo termina y acaba, aquella conversación entre la señora Irene y yo terminó con mucho pesar de nuestros corazones y tal vez con mucho sentimiento para podernos ver otra vez en plena calle y poder conversar sobre lo que hacía falta al niño.

Pasó el tiempo y yo no me cruzaba por la calle con la señora Irene, queriendo saber algo sobre el niño; así que me fui a los hangares, pese a que allí estaba su marido teniendo cuidado con la conservación de los aviones.

Aquel lugar era el más cercano a la casa de la señora Irene y hasta si me salía de los hangares por cierto sitio, veía dicha casa. Yo miré a través de las cristaleras de la casa para poder ver al niño dentro de la casa; pero por más que miraba no veía a aquel mozo, por así decir.

Cansado de mirar y mirar a la casa para ver si veía al chico en ella decidí marcharme hacia el complejo de equitación de caballos, encontrando en dicho lugar a William que estaba rodeado por Linda y Ryan además de un grupo de jóvenes que estaban aprendiendo el ejercicio del dominio de los caballos.

Allí pasé casi toda la mañana y hasta merendé en el restaurante que hay en sus dependencias; siendo lo que más me gustó el postre, una especie de tarta gelatinaza, que era la delicia de todas las personas que lo probaba. Para así como a media tarde marchar a mi casa y poder ver lo que hacía mi hija Katie en ella.

¡Qué iba hacer!; si tenía poco tiempo de vida: Solamente jugaba y jugaba con una muñeca, corriendo por toda la casa, y eso que yo había llegado a mi hogar con deseos de besar y abrazar a mi hija. Pero también besé a su madre, mi mujer Sara; que estaba terminando de hacer la cena aquella misma tarde.

Como la había llamado por teléfono alertándola que me encontraba en el complejo de equitación de los caballos, ése día comieron por medio de un catering que los habían llevado desde un buen restaurante; agregando a la cena lo que había sobrado aquel mediodía.

Por la noche salimos con la niña para que viese un circo que hacía las delicias a todos los críos de la villa. Lo que pudo disfrutar mi niña Katie, pues no perdía de vista ningún movimiento de los payasos y de los animales que trabajaban en el circo.

Tan bien lo pasó mi niña viendo el circo, que a la siguiente noche la volvimos a llevar a tal establecimiento de diversión para los críos. Cenando en un restaurante que

había allí cerca; ya que como pudimos ver, la niña tenía hambre: No dejaba abrir la boca y refunfuñar algo como pidiendo comida, para en un momento determinado marcharnos a nuestra casa con deseos de descansar en ella.

La felicidad en mi casa era completa, hasta que recibí una notificación por parte de la señora Irene de que estaba el niño malo. Y menos mal que dicha señora supo dar la nota a alguien que era callado y buen servicial: William, el hombre que me llevó la nota y me alertó de la gravedad del niño.

No podía correr a verle, ni podía mandarle un mensaje de alivio; ya que mi mujer Sara se encontraba, en todo momento, cerca de mí: Pero sí me adelanté al porche de la casa para hacerla una llamada telefónica con mi móvil a la señora Irene, para saber cual era la enfermedad del niño.

IRENE -. Tiene sarpullidos en todo el cuerpo y le pica mucho.

HUGO -. Entonces, será sarampión.

IRENE -. El doctor ha dicho otra cosa. Se ha referido a la Impétigo o inflamación cutánea bacteriana.

Era normal, si estábamos en un área cálida y húmeda; así que le salieron unas ampollas llenas de líquido, asustando mucho a su madre. Yo no podía hacer otra cosa aquella noche más que quedarme con mi mujer Sara; Pero al día siguiente me fui como para el trabajo en la oficina, siendo la verdad que donde fui había sido a la casa de la señora Irene para ver el grado de enfermedad del chico.

¡UF!: Si tenía sarpullidos considerables, así que ni corto ni perezoso alerté a su madre para que lo llevásemos, de inmediato, a un centro bacteriológico en una Ciudad no equidistante de nuestra villa. La alerté de los kilómetros que había desde nuestra villa

a la Ciudad que yo la quería llevar para que curasen bien al chico. Aquella mujer no dudó ni un sólo segundo para que yo trasladase al chico a un hospital de Kansas City, y allí que nos fuimos. Llegando al hospital cuando el chico tenía la enfermedad en su estado mayor y enseguida fue trasladado a una sala donde le analizaron qué clase de bacterias le habían producido dicho sarpullido y dicho picores que le estaban martirizando al chico. Y una vez que supieron los doctores qué clase de bacterias habían provocado tal sarpullido al chico iniciaron el proceso de la cura.

Yo veía a la madre muy preocupada; pero yo también estaba preocupado por la enfermedad del chico, ya que no era en balde nuestro hijo.

El chico me miraba fijamente como presintiendo algo, que a él no se le escapaba; yo de vez en cuando le hacía caricias en la cabeza para conformarle y para que estuviese tranquilo, ya que estábamos allí su madre y yo.

Aquel mismo día me fui a la villa para pasar la noche con mi mujer Sara, que no sabía lo que yo había hecho en la Ciudad de Kansas Clity: Diciéndola yo, que había ido a dicha Ciudad por motivos de hacer una compra de unos veinticinco búfalos más para nuestro negocio de carnes.

No eran mucho los búfalos que tenía el rancho; pero la casta familiar era buenísima; dando una carne inmejorable, para su puesta en venta en el comercio. Por lo tanto no la había mentido yo a mi mujer Sara; que sí había iniciado las gestiones de ésos veinticinco búfalos para nuestro acomodo en la distribución de carnes.

SARA -. ¿Si has sacrificado sesenta búfalos este mismo año?.

HUGO -. Hay que renovar la casta continuamente, para que las carnes sean aceptables.

Así se quedó tranquila mi mujer Sara, al saber que mis idas y venidas a la bonita ciudad de Kansas City era por motivos de trabajo, preparándome yo para volver a aquella Ciudad encantadora lo antes posibles; ya que al niño le había dejado, la noche anterior, con bastante fiebre.

Llegué como asustado a dicha Ciudad maravillosa, viendo que el chico estaba un tanto mejor en su enfermedad; pero no tanto como yo hubiese querido encontrarle. No obstante me conformé cuando me dijo el mismo chico, que ya se encontraba mejor, resistiendo bien la enfermedad.

Le miré a los ojos y vi en ellos que me decía la verdad, sobretodo cuando no observé en él otros sarpullidos nuevos, solamente tenía los viejos y en su Alma pude observar más alivio. Pero al ver su orina no pude por menos que exclamar:

HUGO -. ¡UF!, hijo. ¡Qué orina!.

Éste no me dijo nada, solamente se limitó a mirar a su madre para después cogermela de la mano y estrechármela con la mano de su madre; como en señal de que nos uniésemos Espiritualmente, ya que corporalmente no podíamos por estar casados cada uno con nuestras parejas.

Al cabo de los cuatro días le pusieron un tratamiento y le mandaron a un hospital de la villa, en el rancho, para que siguiese dicho tratamiento.

Yo no podía dejar ir de nuevo a dicha Ciudad, para disimular delante de mi mujer Sara, ya que era un deber no asustarla y no decirla nada sobre el chico de la señora Irene. Pero ésta vez fui con una nota que me había mandado el hospital de Kansas City para que me personificase en secretaria.

Nada más entrar en secretaría, se me hizo sentar frente a un señor que sostenía en las manos unos impresos y haciendo como que se acercaba un poco más a mí, en las medidas que podía; ya que estaba la mesa por medio, me dijo algo que yo no esperaba.

GERENTE -. Todo está perfecto, menos el nombre del chico.

HUGO -. ¿No se lo ha dicho su madre?.

GERENTE -. No; por eso se lo estoy preguntando a usted.

HUGO -. Se llama Bautista.

El señor gerente se me quedó mirando, con cara de alegría y en forma de amigo me dijo algo que no lo olvidaré nunca.

GERENTE -. Nombre argentino. Buenas personas y muy trabajadoras: Nobles, amigos de sus amigos.

Pues sí señor; ahora me había dado en toda la diana con ése dardo de simpatía hacia las personas de Argentina; pensando en un tiempo rápido: ¡Tierra, trágame!.

Sí, porque ésa mujer, Irene, y yo habíamos roto, por completo, ése hado que existe entre la persona buena y noble y la otra persona que sabe está ésa persona como ayudante de ella.

Qué vergüenza me dio, cuando el señor gerente me dijo tales palabras y con un aplomo, que parecía decírmelas a mí expresamente. Ya no podría mirar más a la cara a Francisco, sin que éste sospechase algo por mi nerviosismo y mi manera de estar delate de él.



Todo eso, sin haber tenido yo mucho que ver en la cuestión de a ver tenido un crío su mujer y yo, en un día de tensión arterial fuerte. No sabía yo cómo iba a responder Francisco el día que se enterase de nuestra traición hacia él: No había explicación alguna para tal hecho fuerte y desdeñable por la manera que se cometió.

Rápidamente pensé en los dos amigos, John y Samantha, empeñados en que fuésemos parientes rápidamente y sin yo enterarme de nada: ¡Eso sí que era fuerte!

Todo no quedó ahí; no, ¡qué va! Si habían denunciado John y Samantha a mis dos ayudantes, las señoras que la noche de auto, tuvieron como ayudantes en las tareas domésticas.

Alegaron que los había faltado joyas y algún que otro utensilio de la casa; no dando crédito alguno las señoras Julieta y Reneta. Pero esta vez llegaron a la corte con la señora Irene en compañía, ya que dicha denuncia era muy fuerte para las dos señoras que asistieron aquella noche a las tareas de la casa.

Alegaron en la corte, John y Samantha que les habían faltado cubiertos, como alguna que otra mantelería y en el cofre donde tenía las joyas la señora Samantha faltaban un juego de pendientes con esmeraldas y perlas.

El cómputo total que declararon los dos amigos, John y Samantha, pasaba del presupuesto como para ser considerado un acto de rapiña, la corte lo consideró como robo premeditado. Echándolas a cada una de dichas señoras, Julieta Y Renata, una multa de varios dólares y una pena de ocho meses; considerando el tribunal de aquella corte, que como no habían delinquido nunca se quedase en tres meses y un día, no pasando a prisión mis dos ayudantes por ese día que sobraba a los tres meses; pero sí tuvieron que pagar una multa considerable de dólares, según el perito de la causa, por ser falta grave lo que habían cometido mis dos ayudantes, Julieta y Renata.

Estuve esperando en el pasillo para que saliese la señora Irene y como no salía volví a entrar en donde se había celebrado el juicio para saber qué la pasaba a la señora Irene; viendo que se la llevaban en estado de prevención, ya que había protestado por el fallo del tribunal delante de la corte.

No quería alertar a Francisco, ni tampoco a mis dos ayudantes, Ricardo y Arturo; puesto que no sabía cuanto tiempo iba a estar en prevención la señora Irene, ya que me estaba haciendo falta para ayudarme en lo que yo había urdido. Una trama, que si salía bien, dichas señoras no tendrían que desembolsar tal cantidad de dinero.

Tres horas, sí tres horas pasó en prevención la señora Irene y al cabo de las mismas me llegó con cara de sorpresa y con ganas de armar bronca. Yo calmé a la señora Irene en sus deseos de elevar súplica a la misma corte, con motivo de no creerse que sus amigas habían robado joyas en aquella casa donde se decía en la corte de Kansas.

No, desde luego que no la dejé elevar súplica alguna a la misma corte de Kansas, porque mi idea era otra: Llamaría a un buen bufete de abogado poniendo el asunto en sus manos; viéndolo bastante claro los abogados del bufete que yo había contratado. Pues al parecer, aquellas personas, o sea los amigos John y Samantha ya eran conocidas en los medios de habladurías entre las personas, aunque no habían sido juzgados por ninguna causa. Pero como dice el pueblo: “Cuando el río suena, agua lleva”.

Consiguiendo, en poco tiempo, el equipo de abogados que contraté se volviere en contra de John y Samantha el desarrollo del juicio previo que se había dictado; ya que se había encontrado en una caja de alquiler de un banco el juego de pendientes, que ellos habían llevado personalmente, para que la justicia no los encontrase en su casa.

Al llegar a mi rancho, casa, me estaba esperando mi mujer Sara, con la sola idea de saber el fallo del jurado.

SARA -. Has tardado.

HUGO -. He tenido que defender, con un grupo de abogados a las dos ayudantes, Julieta y Renata.

SARA -. ¿Y qué?.

HUGO -. Ya te contaré.

Lo primero que hice fue darme una ducha en mi casa, cantando una canción de Cowboy un tanto alegre y al oírme mi mujer Sara abrió la puerta del cuarto de baño para saber el motivo de aquella alegría con la que me estaba yo expresando en aquella hora de querer saber ella algo sobre el juicio que se había celebrado días antes en la corte de Kansas City; indicándola yo con la mano para que cerrase la puerta del baño, ya que entraba frío por ella, no siéndome grato aquel frescor.

Una vez que me refresqué en el baño, salí al salón de mi casa, abordándome mi mujer Sara con la misma pregunta de antes: Quería saber cómo había ido el juicio. Y al contárselo yo todo, ella se echó para atrás como asustada y con un manojito de nervios insuperables.

La quise calmar a mi mujer Sara, pero ésta no se dejaba ayudar; ya que lo que yo la conté la había llegado a lo más profundo de su ser.

SARA -. ¿Y pensar que los hemos tenido metidos en casa, como amigos?.

Así se expresaba mi mujer Sara sobre las dos personas que habían caído en desgracia dentro de nuestra casa, John y Samantha. Y menos mal que se volvió abrir el

caso en la corte por un fallo de forma, al saber que día antes habían alquilado una caja de seguridad en un banco para guardar en ella el juego de pendientes.

Como era normal, aquellas señoras, Renata y Julieta, volvieron a sus casas, yendo nosotros para visitarlas en su hogar y congratularnos con ellas. Siendo un derroche de alegría en cada casa que fuimos, para asociarnos con aquellas mujeres, que habían visto las rejas tras de sí.

Claro que sí nos solidarizamos con ellas, con ésas mujeres tan buenas y tan ajustadas a las relaciones públicas de cada persona en la Tierra, que había que hacerlas un monumento a cada una de ellas. Y por supuesto ganaron en la corte de Kansas mis ayudantes, no queriendo entrar en materia alguna sobre la segunda vista de aquel juicio y sí hacer un hincapié en la fidelidad que tenían aquellas mujeres por la mano que los da de comer.

Todos los nervios se calmaron y todas las personas de aquella villa supieron la verdad sobre mis dos ayudantes; que por ayudarme a escapar de las manos de aquellos maltrechos seres, se vieron envueltas en un conflicto judicial.

Vi, por entonces, en la calle a Bautista, el chico de la señora Irene; que estaba muy crecido. Y cuando él me vio a mí se dirigió para donde yo estaba, con deseos de saludarme y no pasar de largo sin decir nada a mi persona.

BAUTISTA -. ¿Cómo está usted?, señor.

HUGO -. Yo muy bien. A ti te veo bien; pero lo que no sé, es cómo vas en los estudios.

BAUTISTA -. He aprobado todas las materias que se me habían asignado éste año en mis estudios.

Si aquel chico había aprobado todas las materias del curso escolar tendría yo que hablar con su madre: Y así fue, pues en un acto de valentía me presenté un día en la casa de la señora Irene con idea de hablar sobre los estudios del chico.

Aquella señora se quedó perpleja al verme querer entrar en su casa, y sobretodo sin estar en ella Francisco, su esposo. No pudiendo hablar ninguna sola palabra al respecto al verme dentro de su casa y al parecer queriéndola transmitir alguna idea que tenía yo de mi misma cosecha.

Pero como no había tiempo que perder; ya que a poco llegaría su marido de los hangares o de los talleres, para degustar una sabrosa comida, según olía en la cocina: Así que, enseguida abordé la conversación que la tenía preparada a la señora Irene sobre su. . . Sí, ¿Por qué no?, sobre su hijo.

HUGO -. Me crucé con Bautista el otro día y me dijo que ha aprobado todas las asignaturas, las materias que se le había encomendado por parte gubernamental; así que mi deseo sería se fuese a un internado privado, más bien a una buena academia y así será mejor la admisión universitaria, pero se tiene que marchar a New York.

IRENE -. Ni tenemos dinero, su padre y yo, ni sabemos qué es eso.

HUGO -. Tú déjame a mí.

IRENE -. ¿Si tú lo pagas?.

HUGO -. Daré cuenta a los señores juristas y a los señores contables para que abran una cuenta a nombre del niño en dicho centro y así suministrarle sus necesidades y otra cuenta corriente para que me carguen a mí la minuta de dicha academia.

Aquella mujer se me echó encima, sin yo pensarlo, dejando caer su cabeza sobre mi hombro, en señal de buena voluntad y de afecto entrañable. Pero de repente se quedó fija en un punto de la pared, como pensando algo ineludible para ella.

IRENE -. ¿Y mi marido?.

HUGO -. Yo le hablaré: Le diré que me he enterado de las notas tan buenas que ha sacado, en éste curso el niño; teniendo la voluntad de pagarle yo los estudios: Ya que el Rancho necesita de personas que hayan nacido en el.

Mientras yo la hablaba a la señora Irene, ésta movía la cabeza de un sitio a otro, como en señal de no estar muy conforme con lo que yo la decía. Pero al fin se convenció y acto seguido esperamos en casa de Francisco que él llegase del trabajo, para hacerle partícipe de la idea que yo había tenido con respecto a su hijo, o sea a Bautista.

No era muy receptivo ésa vez Francisco y eso que yo se lo decía con mucha calma, para que surtiese efecto y confiase éste en mi palabra: Palabra de padre.

Pero cuando más confiado estaba, Francisco se levantó de la silla y señalándome, a mí primero y después a Irene, se volvió a sentar en la silla balbuceando algo que a penas capté por ser muy débiles sus palabras y entrecruzadas al salir por los dientes cerrados, ya que no las pronunciaba con la boca abierta; como si tuviese vergüenza decirlas.

Yo, en vez de arredrarme, me levanté, también, de mi silla para hacer hincapié sobre la posible complacencia que nos estaba brindando, con palabras entrecruzadas Francisco.

Me fui con el Benedicto de los dos, Francisco e Irene; pero algo había entre ellos, ya que presentaban una cara de extrañeza.

Tanto era así, que a los pocos días fui llamado a casa de Francisco para que explicase mejor lo que quería hacer yo con el niño, volviéndoselo a explicar y ésta vez hasta con detalles y ejemplos.

Pero sin esperarlo, le salió una palabra de la boca a Francisco que ni yo ni Irene nos esperábamos.

FRANCISCO -. Hijo. . . ? . .

Le salió la palabra hijo, queriéndonos decir algo Francisco sobre el chico; y al no facilitarnos su pensamiento, con ésa palabra de hijo, le abordé la conversación con otro vocablo indefinido.

HUGO -. Hijo, sí.

FRANCISCO -. Hacer lo que queráis con vuestro hijo los dos.

Irene y yo nos quedamos mirando, como creyendo que Francisco sabía la verdad; pero al comprender la manera que hablaba éste, me retuve para quitar hierro al asunto.

HUGO -. Para el chico es lo mejor: Decidid vosotros, es vuestro hijo.

Al decir yo aquello, Irene me echó una mirada como de agradecimiento, por no desvelar a Francisco la verdadera identidad de Bautista, que no era otra más que de su madre Irene y la mía.

Las cuentas corrientes ya estaban registradas en el Banco, solamente faltaba llevar al chico a New York para la inscripción en el bachiller en aquel centro tan distinguido. Más bien en los últimos cursos de aquella disciplina escolar.

Allí que nos lanzamos su madre Irene y yo, previo aviso al centro de estudio, que llegaríamos con el niño la fecha señalada por los profesores del centro.

Enterándonos que a los medianos se los daba el IGCSE y a los mayores un IB con cuarentas clases deferentes, por ser un colegio internacional.

Ahora sí que sí: Al chico le traíamos desde el rancho a dicho centro de estudios internacionales, con más de quince lenguas para estudiar. Estando éste como asustado y encubriéndose con su madre y conmigo.

Desde luego que sí se ocultaba entre su madre y yo; como dándole un poco de miedo en quedarse solo en dicho centro de estudios.

Lo peor para Bautista fue cuando vio que su madre y yo nos íbamos de aquel centro de estudios: Le entró una congoja que no podía con ella; viéndosele ésa presión en la misma cara.

Lo malo que también se la veía a su madre; pues no había estado nunca sin el chico; pero cuando yo la hablé del bien que estábamos haciendo, ella y yo, con el beneplácito de Francisco, se calmó un poco al saber que su hijo tenía que hacerse un hombre, como yo la decía.

Se lo decía por su propio bien y por el propio bien del chico; ya que en el rancho solamente estudiaría la formación secundaria, bachiller por así decir: Y eso que habíamos pedido nos pusieron alguna facultad, sobre todo la de derecho, química y la de



medicina. No logrando ningún objetivo que teníamos a la vista para complacencia de la juventud en sus estudios más primordiales, para que sirviese a los intereses del Rancho.

A mí me dio un poco de pelusa al ver a Bautista interno en el centro de estudios internacionales y no ver a mi hija Katie en el; así que hablé con su madre, Sara, para que al siguiente año la ingresásemos a las niña en aquel centro, para ejercer sus estudios primorosamente.

Su madre comprendió lo que yo la dije, con las explicaciones que la parafraseé, no hubo manera para que aquella madre abnegada en cariño de la hija se negase a llevarla interna al centro de estudio muy afamado.

Sara era generosa en cariño hacia su hija; por lo tanto no podía perder ése factor de confianza que la brindaba la vida para que su hija estudiase en un buen centro.

Quedando, por supuesto, que al siguiente año; cuando la niña fuese un poco mayor, la llevaríamos al mismo centro que estaba Bautista, el hijo de una ayudante mía, Irene: Sentándola bien a dicha señora, que mi hija Katie fuese al mismo centro que su hijo Bautista.

Fluctuaba mucho la venta y compra del ganado, por aquellos tiempos; ya que era su evaluación pareja a los pastos: Pues a pastos enormes y bien grandes podíamos tener más cabezas de ganados, que si los pastos escaseaban un año, ya no era igual la cosa; aquel año teníamos que vender más cabezas de ganado para que comiesen las otras.

De éste modo, vendimos más ovejas que vacuno; aunque el vacuno estaba siendo muy codiciada su carne en canal: Por lo tanto también vendimos un número considerable de vacas, sacadas del matadero en canal, con su correspondiente guía sanitaria.

El dinero corría en la villa del rancho, no así en el negociado de contabilidad y desarrollo, dos vocablos parejos, de aquí en adelante; pues a la contabilidad tuvimos que

abrir otro para el mantenimiento y el avituallamiento de las provisiones en cada actividad del rancho. Así si en alguna parte de la ganadería hacia falta una herramienta u utensilio se pedía a dicho negociado, al igual que en la agricultura o en los talleres y en los hangares; pero no así en la conservación del aeropuerto y sus pistas, ya que era un consorcio entre la empresa del rancho y un sistema estatal, suministrando ése avituallamiento y herramientas en el rancho de ése conjunto paraestatal.

Desde entonces el suministro de cualquier provisión en el rancho iba a pedir de boca, ya que por vez primera se podía pedir lo que hiciese falta a un solo negociado; yendo mejor todo el aprovisionamiento de cualquier actividad, dentro del rancho.

Lo malo que un día lo pude comprobar en la tercera aldea que teníamos dentro del rancho, cuando tuve que pedir me mandase un instrumento para el helicóptero; tardando mucho su distribución, pero llegó.

Aquello debíamos de solventarlo, ya que si se pedía un instrumento o una herramienta, tenía que llegar a su destino en el menor tiempo posible y para ello se tenía que tener los suficientes medios para distribuirlos: En ésta parte sería a través de helicóptero.

Para eso pusimos el segundo helicóptero que compré al servicio de la distribución del material deseado por cualquier parte del rancho.

Pensé de repente, que tenía una sola cosa que hacer: Comprar otro helicóptero, pero como en aquel año no teníamos mucha liquidez, esperarí para el siguiente año la compra de ése helicóptero que nos estaba haciendo falta.

Poco a poco se estaba quedando un rancho muy bonito y precioso, en cuanto todo iba a la suma perfección; no teniendo parangón en la historia con otros ranchos de las extensas tierras de aquella grandiosa y enorme Nación, Los Estados Unidos del norte de América.

Tanto era así, que esperábamos un premio de un día a otro; ya que se habían convocado los premios a los mejores ranchos y para ello elevamos súplica relleno un impreso para que se nos concediera uno de esos premios, a parte que habíamos pagado por ello.

Como se había difundido por todo el rancho, que se había pedido nos concediesen un premio, todas las personas estaban atentas para saber el día que se distribuirían los premios por parte del jurado.

Pero como tardaban en asignar los premios, las gentes de aquel rancho se estaban poniendo nerviosas; ya que para ellos suponía un aumento de ganancias, dentro de su pequeña parcela, al suponer que vendrían de otros lugares a comprar sus productos particulares, teniendo más demanda en ellos.

Como a todos los ayudantes se les había concedido labrar o domesticar algún animal en una parcela determinada, éstos mismos agriculturas y éstos mismos ganaderos se veían con la cuenta corriente bien abultada.

Hasta yo pregunté, un día, por el dichoso premio; diciéndome desde el condado, que había habido algún problema en sus designaciones, por no tener las coordenadas necesarias para saber dónde se encuentran los ranchos.

Yo mandé inmediatamente mis coordenadas, para que no hubiese despiste alguno de dónde se encontraba mi rancho. Enterándose todas las personas que estaban como ayudantes míos en el rancho; así que cuando salieron las listas de los tres agraciados, se quedaron todos como lánguidos a no verse en la lista: Pero era más, que cuando pregunté por el fallo del tribunal, se me dijo que no había sido elegido porque mi rancho se gestionaba por sí mismo; como si no le hiciese falta dinero al rancho para gestionar tantas personas como ayudantes y tantas actividades adscritas al mismo.

¡Qué desilusión!: Que desilusión sufrieron todas las personas del rancho; pues ya se veían con más dinero que lo necesario. Y para ello, algunas personas, ya habían comprado más aperos y más maquinarias para su actividad propia.

No podía pasar por alto eso, de que las personas habían desembolsado parte de su dinero, comprando lo que ellos necesitaban para ampliar su pequeña actividad: Por lo tanto me fui al Banco preguntando por la situación de aquellos ganaderos y de aquellos agricultores, diciéndome el banco, bajo secreto profesional, que había algunos de mis ayudantes que se habían entrampado hasta las cejas.

No podía consentir eso; así que me fui a secretaría, primero para contactar con contabilidad después; enterándome bien del balance y de la balanza económica que teníamos en el rancho.

Pude respirar un poco cuando supe que las cuenta del rancho estaban saneadas; por lo tanto se podía hacer frente a una pequeña subvención a fondo perdido para los agricultores y ganaderos que estaban en dicha circunstancias.

Se dijo, en un principio que se darían subvenciones a fondo perdido o “frant”, elevando queja, muchos agricultores y ganaderos a E T C , o más bien a la oficina de protección al consumidor de cada estado.

Peor que peor; ya que las subvenciones las concedía el estado, no nosotros; pero para que no supiesen qué parte de ése préstamo concedido a los agricultores y ganadero lo iba a pagar yo, tuvimos que lanzar el globo sonda, de que sería en forma de subvención, pero en realidad era una especie de préstamo a fondo perdido; teniendo que pagar yo, al estado, la parte proporcional de esos derechos generados por dicho préstamo.

Como estaba enterado el estado, también se enteraron lo que yo quería hacer los juristas y los contables; llamándome al orden para que fuese dicha entrega gratuita por

vía legal, más bien en el impuesto e sucesiones y donaciones; teniendo que declarar yo los intereses en el IRPF.

Así se hizo, no pudiendo comprar, aquel año, más ganado, ni más abono ni productos fitosanitarios para los agricultores; teniéndolos que darlos una cantidad ínfima para que se cure lo sembrado y se refortalezca la tierra. Fue una racionalización de abonos y productos fitosanitario: Aquellos productos que no valía la pena emplearlos aquel año se anulaban.

No solamente para los agricultores llegó racional el producto, si no que también llegó para los ganaderos: Se racionó el pienso y se almacenó las bastantes hierbas cortadas en depósito, para que comiese el ganado.

Al saber mis ayudantes, tanto de la ganadería como de la agricultura, que yo iba a pagar los intereses; se concentraron, en forma pacífica, delante de mi puerta con el sólo motivo de darme las gracias. Allí estaban la mayoría de ellos; pues los que no estaban habían tenido que quedarse en las tareas a la fuerza.

No pasó nada, ni las fuerzas del orden tuvieron que intervenir en la reunión de ganaderos y agricultores dándome las gracias en mi puerta; ya que se dispersaron sin ninguna clase de bulla.

No solamente tenía eso en contra de mis intereses; pues a poco se me presentó Francisco diciéndome que el helicóptero que se había puesto al servicio de la distribución del material, como del avituallamiento y otros menesteres de los ganaderos y de los agricultores no era suficiente: Tenía que ser el helicóptero comprado en última instancia: El UH. 60 Blackhawk. Cosa que era legal del todo; pues en ningún helicóptero se podía transportar material pesado.

Pero no solamente se conformó en indicarme dicho avión; que cuando yo estaba más descuidado, abordó que la avioneta tenía que hacer, también, sus servicios a mis ayudantes, en ganadería y en agricultura.

Parece ser, que la avioneta se la emplearía en modo adicional, no saliendo en todos los vuelos que se programasen en las peticiones de material y otras cosas.

¡Qué tráfico!: Qué tráfico de vuelos comenzaron a ver en el cielo del rancho. Tanto era así, que las personas ya estaban familiarizadas, en sus tareas, con el ruido de los motores de aquellos aviones.

Mientras tanto mi niña Katie, ya había aprobado el último curso de sus estudios en el centro que teníamos en el rancho; formalizando matrícula en el mismo centro que estudiaba el chico de la señora Irene, Bautista.

Fuimos a llevarla su madre y yo, y nada más que se vieron Bautista y mi niña corrieron para abrazarse, como buenos amigos, yéndose cogidos de las manos al centro de estudio, para quedarnos nosotros dos como quién ve visiones.

No había recapacitado mi niña Katie que se quedaba sola en aquel centro desconocido para ella, ni recapacitó si la haría falta alguna cosa; no nos pidió nada.

Tanto fue así, que nos tuvieron que enseñar el centro un par de profesores, acompañados por algunos de sus discípulos. Era maravilloso aquel centro de estudios internacionales: Con tantas clases de pistas donde poder hacer ejercicios y competir en la disciplina que fuese mejor para mi niña.

Menos mal, que sí nos despidió mi niña Katie; ya que se acercó a nosotros, una vez que nos disponíamos a marchar a la villa, dándonos un beso y un abrazo a su madre y a mí, para desaparecer lo más pronto posible de aquel lugar: Parecía como si la estuviese esperando alguien.

Al día siguiente de llegar a la villa nos fue a visitar la señora Irene para saber si su hijo se había quedado bien y si tenía necesidades de alguna cosa; no sabiendo lo que decirle a aquella madre; pues a su hijo le vimos como en una visita, y no muy larga.

Yo me había quedado pensativo y como inquieto mi Espíritu por la manera de despedirse mi niña. Pero no fue eso sólo, que a su madre la veía yo muy inquieta: Por lo tanto la tuve que hablar sobre la posibilidad de marchar al centro de estudio el sábado próximo, alegrándose mucho Sara al saber que iríamos para ver a la niña.

Me abordó la idea de ir a decírselo a la señora Irene, por si quería algo para su hijo Bautista y allí que me fui, cogiendo a la señora Irene haciendo la comida del día en su casa. Ésta señora, cuando me vio, supo por qué estaba yo allí y extendiendo la mano me dio un paquete con ropa para su hijo.

HUGO -. ¿Parece que lo tenía usted preparado

IRENE -. Viéndoos la cara a los dos, sabía que no podíais tardar mucho para ir al centro de estudio y ver a vuestra hija, Katie.

HUGO -. Así es, señora Irene.

IRENE -. Ya ves, que lo estaba esperando.

Cualquiera nos veía las necesidades que teníamos Sara y yo para saber algo de nuestra hija Katie, y poderla complacer en alguna que otra cosa; pero cuando me iba a despedir de la señora Irene, ésta salió detrás de unas cortinas que dividía el salón principal de un pasillo, dando a los dormitorios.

Parecía que aquella señora estaba esperando dicho momento; por la cara que ponía y el ímpetu en sus actos. Pero salió Irene desnuda del todo, como pidiendo algo que yo no estaba por dárselo.

HUGO -. ¿Qué haces?.

IRENE -. Quiero un hijo más.

La hice un gesto con las manos para que se vistiese, ya que yo no quería saber nada con ella; ya habíamos tenido algún que hacer en su día, por un descuido mío, pero ahora no iba a ser lo mismo. Así que me despedí de ella, cogiendo el paquete que tenía preparado para que se lo diese a su niño, Bautista.

Estaba guapísima mi niña, una vez que llegamos al centro donde ella estudiaba; pero con la vista perdida, parecía que buscaba algo o a alguien con la mirada: Pero cuando vio que Bautista se aproximaba a nosotros, su madre y yo, descansó ése furor que tenía en su mirada, o por lo menos aplacó el interés de saber algo de alguien, ya que ése alguien lo tenía cerca de ella.

Nos miramos su madre y yo con cara de sorpresa; esperando que no fuese verdad eso que nosotros estábamos pensando, sobretodo yo: ¿Pues qué iría a decir?, si se supiese la verdad de ésos dos jóvenes; así que tendría que andar con mucho cuidado para no revelar la procedencia de ésos chicos.

Sara me había visto lo nervioso que me había puesto, diciéndome para mi conformidad: -. Como no tiene a nadie más, le ve como protector de ella -. Así se conformaba Sara, queriendo conformarme a mí.

SARA -. Tienes que pedir al rectorado que la cambie de aula.

HUGO -. No sé, no sé.



Como Sara me vio titubear un poco, en seguida se arrimó a mí animándome para que hiciese ésa propuesta al rectorado del centro de estudios internacionales. Pero como yo temía la represalia de la madre de Bautista, no estaba por la labor; ya que a parte eran hermanos, sin que lo supiese nadie: Ni ellos mismos lo sabían.

Me separé un poco tiempo de mi mujer Sara con motivo de ir al rectorado y expresar mis dudas si mi hija siguiese cerca del chico, Bautista. Pero como el rectorado no estaba abierto, o por lo menos no había el responsable del rectorado, que iba yo a pedirle aquella súplica, que separase a mi niña, Katie de aquel chico, Bautista.

Respiré fuerte una bocanada de aire al no haber encontrado en el rectorado a su responsable; por no saber cómo iba a recibir la señora Irene aquella mala noticia para ella: Que separasen a Katie de su hijo Bautista.

Llegamos a la villa en nuestro rancho y enseguida fui a la casa de Francisco para decir a su mujer, Irene, que el recado estaba cumplimentado: Había entregado el paquete, con la ropa, a su hijo Bautista; agradándola mucho a dicha señora, agradeciéndomelo en el Alma.

Salí de aquella casa con el corazón encogido; pues no sabía si a la próxima vez tendría que hablar con el rectorado sobre el mismo caso; y para no tener que pedir favores alguno para que separasen a mi hija Katie de Bautista, la comencé a preparar a mi mujer, Sara. No estando nada de acuerdo Sara para que yo decidiese hablar con el rectorado, sobre el caso de Katie y Bautista: Dos chicos que a lo mejor se querían, pero a mi simple parecer Katie se dejaba proteger por Bautista.

Eso sí; ya que si siguiesen de ésa manera, no digo yo que no se quisieran los jóvenes, siendo un escollo aquella relación; cosa que no pasaría, porque a Katie la podíamos cambiar el centro de sus estudios.

Pero como en un sistema de nerviosismo se piensa mucho y siempre mal, pensé qué iba yo a decir a la señora Irene si cambiaba a mi niña a otro centro de estudios.

No diría nada, porque aquello no iría a suceder: La niña tendría que terminar sus estudios en el mismo centro donde la habíamos llevado. Estando ella complaciente de estar en ése centro de estudios, donde era dichosa por la variedad de ejercicios deportivos que se podía ejecutar en ése mismo centro de estudios; ya que en sus estudios iba bien, pero que muy bien.

Nada más me vio mi niña, Katie, me comenzó hablándome de lo bien que estaba en ése centro de estudios y de las infinidad de canchas que había para desarrollar los ejercicios atléticos.

¡Pues qué bien!: Qué bien se encontraba allí mi niña Katie, si hasta rebosaba alegría en la cara y hasta la brillaban los ojos por acertar con aquel centro de estudios.

Salio también Bautista y al entrar en el centro de estudio lo hicieron cogidos de las manos, como si fuesen novios. ¡Novios!; ahí es nada, novios dos hermanos y sin saberlo: ¡Por Dios, por Dios!.

Si eso proliferaba, los chicos tendrían que saber que son hermanos; para ello se lo diría yo en compañía de las dos madres, la una Sara de Katie, la otra Irene de Bautista y aquí paz y aquí gloria; pese a que se formase una buena dentro de mi casa al saber Sara la verdad.

Llegamos a la villa del rancho con el corazón en un puño, al darnos cuenta que los chicos se querían; o por lo menos no se hacían el uno sin el otro, cosa que teníamos en cuenta para saber si ese amor era de un afecto al conocerse desde la niñez o sería un cariño verdadero.

La comprobación la teníamos que hacer su madre y yo, ver la realidad de la forma; si Katie quería, verdaderamente, a Bautista por él mismo o si sería un afecto

parecido como hermanos. En mucha personas se da ése afecto sin pensar en nada más, ya que ése afecto provoca un rechazo al cariño del hombre hacia la mujer y viceversa.

Lo primero que hice fue irme a la casa de Francisco para hablar con la señora Irene y contarle nuestras sospechas, desplomándose en el suelo Irene al saber tal noticia dada por mi boca.

La arrimé a las fosas nasales unas sales con motivo de que Irene volviese en sí, antes que llegase Francisco de los hangares y del taller, reponiéndose de inmediato dicha señora; por lo tanto cuando Francisco llegó a su casa, ya se había repuesto la señora Irene. Y como hombre responsable en sus tareas, Francisco me comenzó hablar de algo que yo sospechaba: Aprovechaba todas las circunstancias de la vida para sacar beneficios al rancho.

Tres pilotos nuevos estaban haciendo las prácticas con Francisco, diciéndome éste que era conveniente los presentásemos contrato a los tres, por ser todos ellos responsables y buenos pilotos.

A la velocidad del rayo, pensé en el sueldo que tenía que dar a los tres pilotos, así que le abordé a Francisco, que fuesen solamente dos; diciéndome éste, que entonces tendría él mismo que salir con un avión, de vez en cuando, con la consiguiente merma de abandono de sus funciones. Y entre sueldos y equipamiento de los pilotos nos saldríamos de nuestros presupuestos.

En poco más de tres semanas estaban firmados los contratos a ésos tres pilotos, comenzando a trabajar en el rancho lo más pronto posible. Y hasta uno de ellos abordó la idea de que, -. Todo está bien; pero a mi parecer falta un avión para el traslado de las herramientas a los respectivos talleres del rancho -. Me le quedé mirando con cara de sorpresa, al decirme aquel señor eso; pues a parte que tenía razón, lo que no tenía yo era

liquidez para sostener tanto aparato en el aire. Y con un ya veremos, saldé ése escollo que me presentaba aquel señor a mi persona.

Comencé a ver qué clases de aviones se vendían como carga de material para el rancho, fijándome en un Boeing 787, que costaba 236 millones U\$\$, o 325 millones U\$, gastando cuatro litros de combustible al segundo, siendo en un vuelo normal de ciento cincuenta mil litros. Ni siquiera se lo dije a los señores jurista, ni consulté con los señores contables: Ésas cosas tan estrambóticas no se consultan, so pena que le crean a uno un poco despistado.

No sé qué iba hacer con aquel señor, que no escatimaba valores en las cuentas del rancho; pero la verdad fue que con el helicóptero grande, con la avioneta y el helicóptero mediano hacían las tareas los tres pilotos.

Yo sí que iba sin combustible aquel día que me arrimé a los hangares, para consultar con Francisco el desarrollo de las tareas con tales aparatos; diciéndome un ayudante suyo, que el señor Francisco estaba llevando una carga, demandada por la tercera villa a la misma.

Cuando me disponía a marchar de aquel lugar, vi que la señora Irene me llamaba con una mano, yendo yo a su lado para ver qué me demandaba dicha señora.

Irene me hizo entrar en casa, para nada más que estuve dentro cerró la puerta, abalanzándose a mí con todo el poderío de una mujer en celos.

Yo me eché para atrás, como no queriendo saber nada de ella; quedándose mirándome la señora Irene con cara de circunstancias, al ver el rechazo que la hacía yo a su persona. Pero lejos de abandonar y desistir en su empeño, me atrajo hacia sí, con motivo de quererme seducir con artimaña femenina al darme con sus pechos en mi tórax, y hasta se restregaba con ellos en mi cuerpo. Nada de nada; pese a que comenzó a

rozarme con los muslos y las piernas, entonces sí noté algo por aquella señora; pero no como para amarla aquella misma mañana, como eran sus deseos.

Todo embelesado y como aturdido, me fui a la equitación de caballos, viendo allí a una chica nueva; con las características de la raza gallarda de aquella gran Nación: Pelo rubio, carnes rosadas, alta, pelo que la caía hasta la cintura y un sin fin de propiedades más, como para hacerla un monumento nacional.

La figura de aquella chica la vi desde lejos; pero cuando estaba cerca de ella pude darme cuenta de sus ojos: Enormes, azules y con una mirada pura y sencilla.

Ahora sí que noté, noté yo algo por aquella chica tan bella y sutil; ya que su cuerpo enjuto era cosa de pintarla para encuadrarla en un marco. Con unas botas altas y los pantalones metidos en las botas, blancos cual gaviota altiva.

Me pude dar cuenta, que cada vez había más y más jóvenes aprendiendo tales artes en el caballo, arrastrando gran cantidad de turistas para ver dicha equitación en aquel lugar de cabestro o corral.

Un día se me ocurrió salir a mí con mi caballo; pero arropado por las grandes estrellas, Ricardo, Arturo y Francisco, ya que ellos me llevaban a su ritmo y orden en la pista de equitación.

Aquella misma tarde vi montar a un caballo pinto, aquella chica, haciéndola más bella a dicha chica, pues sus piernas eran grandes y maravillosa, cayendo sobre la silla del caballo, que parecía una diosa la chica.

Aquel día vi un Ángel encima de la silla del caballo, ejecutando una equitación perfecta y agradable, pese al poco tiempo que llevaba aprendiendo aquella actividad.

Embelesado, totalmente embelesado me fui a mi casa notándomelo mi mujer Sara, que no pudo por menos que preguntarme por ése evadirme de la tierra, no pensando nada al respecto, pese a que ella me estaba hablando.

HUGO -. No, a mi no me pasa nada.

SARA -. Pues cualquiera lo diría, si estás como ido: No escucha, ni haces caso a nadie.

HUGO -. Pues ya ves; no me pasa nada.

SARA -. Si tú lo dices, te lo tendré que creer.

Así se quedó sentado, que a mí no me pasaba nada yéndonos cada uno a nuestros sitios, ella a la cocina para preparar la merienda del día y yo a mi despacho personal para ver facturas y facturas, una vez que todo el pueblo se había enterado de esa subvención, que nunca vino.

Todos los días surcaban los cielos infinidad de vuelos de nuestros aviones, así como de aviones que visitaban nuestra villa en plan de comercialización o de empresa para iniciar una actividad en nuestra villa querida.

Estaba yo en los hangares intentando sacar el avión ligero para ir a una convención a New York, cuando vi llegar a la chica de mi sueño, pidiéndome que la llevase hasta Topeka, la capital de Kansas.

Accedí llevarla a dicha capital, montándose en el avión con una maestría inigualable y con unos gestos femeninos que no había parangón en la historia. La senté en un asiento, en el avión, cinchándola con el cinturón de seguridad para que no tuviese mucho movimiento; pero todo su interés era venirse conmigo a la cabina del avión.

Se quitó el cinturón, una vez que el avión alcanzó la velocidad crucero; no sabiendo yo lo que iba hacer con aquella chica tan abundante, pues el peligro era si tocase algún instrumento de la cabina desequilibrando el avión.

Ésta vez llevaba una falda muy bonita, con ribetes al terminar, dándola a medio muslo; no pudiéndose quedar quieta en su asiento, se vino a la cabina para hablarme y

para que viera lo bonita que iba. Me tenía casi embelesado toda su figura, hasta que comenzó a tocar botones; entonces puse el automático para que el avión fuese solo, cogiéndola de una mano y llevándomela a su asiento. Pero antes de llegar a su asiento tropezamos con algo cayéndonos los dos en otro asiento diferente a donde ella iba.

¡Qué brutalidad!, ¡qué bestialidad!: Si parecía una flor aquella chica cuando nos caímos los dos en un asiento, queriendo la suerte que yo cayera encima de ella.

Piel suave, aliento fresco, olor a nardos, pelo liso hasta la espalda, dientes nacarados, boquita de plata, manos sedosas, pies de princesa, con ayees de fiesta.

Pero con todo y eso no pasó nada; ya que yo logré levantarme para más tarde quitarla del asiento donde estaba medio acostado, enseñando todas sus formas y con toda amabilidad la llevé a su asiento haciéndola ver que no era conveniente se moviese de allí.

Cuando llegamos a la capital, Topeka, yo observé que aquella chica no tenía idea de marchar a ninguna parte, no quería ir a ningún sitio en concreto; por lo tanto me despedí de ella, dándole una hora prudencial de cuando iba yo a estar en el avión para poder despegar. No obstante, miré a la hoja de ruta, no recordando muy bien, qué hora tenía yo mi vuelo. Y sí, era la hora que yo la dije a aquella chica; que permanecía inmóvil cerca del avión, no sabiendo yo qué hacer, ni qué decirle.

HUGO -. Ya puedes ir al lugar deseado.

ELIZABETH -. Yo voy donde tú vayas.

Sí, se llamaba Elizabeth; pero para esto no hubiese hecho falta que viniese conmigo aquella chica, que aunque pese era encantadora, comprometiéndome a mí en algo o en mucho.

Paso que daba yo, paso que daba ella; hasta tuve que alquilar, un taxis para poder llegar a tiempo al avión; ya que tenía en la hora de ruta una hora y tal vez se iría a pasar dicha hora si seguíamos andando tan despacio como hasta ése mismo momento.

Una vez gestionado lo que yo había llegado para hacer a dicha gran capital y bonita ciudad, Topeka, me dispuse para marchar al aeropuerto y tomar vuelo; pero como miré al reloj, faltando hora y cuarto para tomar vuelo, pensé hacer un alto en un restaurante que había en aquella calle, sin mirar cómo era, ni qué cubierto tenía anunciado en la puerta.

El mar estaba lejos, por lo tanto no podía ser que un pulpo estuviese acariciándome las piernas y al mirar para abajo vi que era Elizabeth la que me estaba entrando su pie desnudo por los perniles de mis pantalones.

Tuve que correr con aquella chica hacia el aeropuerto para poder tomar vuelo con mi avión, pero lo hice: A la hora convenida, me abrieron la pista, indicándome que tomase vuelo en ella.

Abortaron el vuelo, sin saber yo cómo; presentándose un inspector para tomar la afiliación de aquella chica; y menos mal que llevaba el carnet de identidad en el bolso, al igual que yo, que tuve que presentar mi carnet y todos los papeles en regla de mi avión. Pidiendo a dicho inspector, que no nos atrasase mucho, para no perder el vuelo que tenía yo contratado con la zona de mando y de controladores del aeropuerto.

Diciéndome una voz desde el control del aeropuerto, que reiniciase el despegue cuanto antes y así lo hice; no pensando en nada ni en nadie. Pero cuando ya había cogido la velocidad crucero; o sea, cuando ya podía moverse la chica, con cara angelical me rogó que la volviese a llevar a Topeka.



No se si había turbulencias en aquel momento, que me pareció que el avión se balanceaba sobre sí mismo: Y al mirar, bien, aquellos vaivenes me pude dar cuenta que la causa de ellos era yo.

Sí, porque no había derecho a ello, a que me pidiese volviere aterrizar, una vez más, en el aeropuerto de Topeka aquella chica. No haciéndola caso alguno, para seguir el rumbo con mi avión hacia nuestra villa.

Pero como ésta vez la eché bien el cinturón, amarrándola al asiento, no se pudo mover aquella chica por más que quería hacerlo.

Cuando llegamos a la villa del rancho me fui a mi casa, para saber cómo se encontraba mi mujer Sara y al entrar en casa olía a gloria la comida que ella estaba cocinando en ése preciso momento. La di un beso que me supo a poco, pero también la supo a poco el beso a Sara, que volviéndose hacia mí me asestó dos besos que me maravillaron.

Me fui al baño para ducharme y cuando estaba delante del espejo me miré con cara de querer saber por qué de tanto atractivo físico por parte mía; y mirándome al espejo del cuarto de baño supe la pura realidad de la forma: No estaba mal, era alto, enjuto, con pelo bien planchado, ojos azules y mirada que daba confianzas a las personas que los miraban.

Pero no era para tirar campanas al vuelo; ya que hoy era atractivo y mañana ya no sería tan atractivo, por haber pasado el tiempo por mi persona. Dios sabe cuanto me podría durar ese atractivo físico que yo tenía.

Estando en el cuarto de baño oí como sonaba el teléfono fijo de casa, yendo enseguida mi mujer Sara para cogerlo; oyéndola decir algo así como, -. No nos busquéis nunca más -. Colgando el teléfono con una furia incontrolada por ella misma.

Al salir del cuarto de baño me anunció mi mujer Sara, que habían llamado los que se consideraban amigos: John y Samantha. Yo dejé entrever una sonrisa en mi cara como socarrona, por no decir de desprecio hacia esas personas, que siempre olvidan lo que ellas han hecho.

Aquella misma noche llamaron a la puerta dos personas, conocidas por nosotros: Eran John y Samantha que estaban en el quicio de la puerta y cuando abrí traspasaron el umbral sin yo darles permiso para que lo hicieran.

Que si sí, que si no: No sé cuantas cosas pudieron decir aquellas personas en nuestra casa, la de Sara y la mía; para en un momento determinado levantarse de donde estaban sentados y arrodillarse a nuestros pies.

JOHN -. Creéis que si no fuésemos inocentes íbamos a mendigar, tanto, vuestro perdón?.

SARA -. No sé.

Pues claro que no sabía Sara lo que hacer con tantas peticiones de perdón; pero si ellos pedían perdón era por que habían ejecutado algo malo para nosotros. El perdón no se pide por nada, se pide cuando se ha hecho un acto contrario a la persona que va dirigida la escena principal. Algo que se haya ejecutado en contra de alguien, o que se haya comentado.

Hubo un momento de silencio en toda la casa, interrumpido por las personas que pasaban por la acera de la calle y por los numerosos autos que pasaban por ella. Y mientras tanto comencé yo a pensar y pensar en las consecuencias de volver admitirlos como amigos; saliéndome un “no” enorme dentro de mí, que creo me oyeron hasta en los hangares, de lo fuerte que lo dije.

Me levanté, fui hacia la puerta abriéndola de par en par sin decir una sola palabra; solamente valió con la mirada: Ésa mirada que echa una persona cuando no está a gusto con las otras.

Lo comprendieron enseguida, aquellas dos personas; que ya habían dejado de ser amigos nuestros, de Sara y de mí. Saliendo John y Samantha sin vocalizar ni una sola palabra, solamente se levantaron y se fueron cabizbajos, dando yo unos zapatazos en el suelo, como queriéndome quitar ése polvo de encima.

Qué verdad es eso de “una y nunca más, Santo Tomás”. Abrazándonos, Sara y yo, después que se hubieron ido esos dos personajes conocidos nuestros.

Pero poco tiempo nos duró el descanso Espiritual, por ver venir hacia la casa al predicador seguidos de los dos amigos, John y Samantha.

Abrí la puerta y nada más que entró el predicador en casa comenzó elogiando a ésas dos personas, que teníamos nosotros como gente no grata desde el día del evento en su casa.

Elogios tras elogios hacia ésas personas tiraba y se deshacía el predicador para que nuestra amistad volviese, otra vez, a su cauce por así decir. No hablando nosotros, mi mujer Sara y yo nada; solamente escuchábamos alabar las miles de virtudes que tenían en sí aquellas personas, nobles y caritativas. ¡Vamos!; eso sí, caritativa; pues seguro que momentos antes habían hecho una donación al Templo donde ejercía el predicador.

Eso sería la causa que le inducía a aquel predicador para decir eso, que eran nobles y sobretodo caritativas. No viendo nosotros dos la manera de poder hablarle a ése predicador: Parecía que repetía como un papagayo todo lo que salía por su boca.

Eso sí, daba sensación de que todo lo tenía estudiado y bien estudiado; hasta que en un momento determinado me quedé solo con el predicador para alertarle de una cosa.

HUGO -. Predicador.

DOCTOR HARRISON -. Sí, hijo, dime.

HUGO -. Yo he oído otra cosa diferente a los dos amigos, John y Samantha.

DOCTOR HARRISON -. La señora Samantha.

HUGO -. Sí; eso he querido decir.

Enterado el pastor de lo que me habían dicho, respecto a los dos amigos, el predicador se quedó pensativo y como con ganas de abrir la boca para emitir un juicio negativo de aquellas dos personas, John y Samantha: Pero no lo hizo, solamente se limitó a callar.

Otra vez las paces y para ello volvieron los saludos de paz y de concordia con nuestros dos amigos, John y Samantha, besándonos y felicitándonos por nuestra buena estrella.

Cuando la tocó a Samantha besarme, me cogió de la mano llevándosela a sus partes nobles y con la otra me tocaba mis intimidades. ¡Pues qué bien!, que bien haríamos volver a tener amistad con aquellas dos personas.

Parecía como si derramase saliva o un hado particular aquella señora en su persona, al verse metida por completo en mi vida con una delicadeza extrema, que no era del todo desconocida para mí.

Era más, que al quedarnos solos en el salón de la casa, comenzamos hablar Samantha y yo de la posibilidad que teníamos en retomar nuestra amistad, con toda la cordura del Mundo.

SAMANTHA -. Mira, Hugo; yo no te voy a engañar. Tú me das lo que quiero y aquí paz y aquí gloria.

HUGO -. ¿Qué es lo que quieres?.

SAMANTHA -. Un hijo.

Sí, claro; la doy un hijo para que compartiese con mi niña Katie la herencia y se dividiese el rancho en tres partes, porque Bautista también era mi hijo.

Pero cuando me estaba hablando se la subían los pechos y se los bajaba a causa de la respiración tan intensiva que tenía: Parecía que ya esperaba ése hijo por momentos y sin ninguna clase de contrariedades.

Yo me fui al bar del salón echándome una buena copa de whisky, haciendo lo propio la señora Samantha; para comenzar hablándome en son familiar. Lo único que la entendí fue que-. A ella también la daba escrúpulos tener un hijo de ésa manera -. Pues la manera como quería tener un hijo la señora Samantha bien lo sabía yo: A lo bestia y sin protección alguna.

SAMANTHA -. Ya me irás conociendo y me cogerás cariño, o por lo menos afecto.

La miré de arriba a bajo, a la señora Samanta, por no estar mal; ya que era una señora atractiva y con gestos refinados; pero eso que ella quería, no podía ser por motivos de conciencia y por respeto a mi señora Sara.

Cuando oyó la señora Samantha unos pasos por el pasillo de la casa, hizo como que estaba mirando por la ventana un tanto alejada de mí. Y también lo bordó, que Sara no se dio cuenta de lo colorada que estaba la señora Samantha.

Dándome cuenta que cuando pensaba en ella, lo primero que ponía delante era señora para remarcar su nombre, Samantha. Parecía que poco a poco me estaba seduciendo, en la manera de que yo aceptaba, solamente, su amistad.

Llegó el fin del curso de los chicos, graduándose Bautista, pues a nuestra niña la faltaba un curso; teniendo que ir a dicha graduación para que sus “padres” no se encontrasen solos en la explanada donde se celebraba dicha graduación.

Estando en plena celebración llegó un representante de otro equipo, con categoría superior, con deseo de fichar a Bautista en ése equipo; haciéndole jugador de élite.

Lo más lógico fue que Bautista cogiese el rodeo en sus estudios, ya que había ido de vez en cuando a equitación y ahora querían que fuese un profesional dentro de ésa profesión de rodeo.

Yo me extrañé mucho, ya que hay otros juegos más reconocidos en Los Estados Unidos del norte de América, como el voleibol, el béisbol, el fútbol y un sin fin de actividades en la universidad que todo el mundo reconoce a simple vista: ¿Pero como iba a ejercer el rodeo?; que va, ¡qué va!.

Bautista se había quedado en mano de Ricardo y sobretodo de su ayudante William, que tanta labor estaba haciendo en la equitación de los caballos y manejo de los mismos.

Cuando llegó Bautista a la villa del rancho, fui a saludarle; pues ya me estaba él esperando para decirme algo que yo no sabía en forma esporádica.

HUGO -. Te vengo a dar la enhorabuena por tu graduación, aunque ya te la di en el instituto.

BAUTISTA -. Se lo agradezco; pero una cosa le tengo que decir.

HUGO -. Dímelas, te lo ruego.

BAUTISTA -. Como ejercicio en la universidad, he elegido el rodeo; que fue por el equipo que firmé el otro día.

Yo me quedé como quien ve visiones, porque tenía entendido que por el equipo que fichó Bautista era por un equipo de béisbol, y a decirme que era de rodeo me quedé petrificado sin saber qué decir.

Me quiso preparar para que yo le ayudase en dicha actividad en la facultad; ya que era yo el primer ayudante de esa actividad; diciéndole yo que no se preocupase, que aquí estaba yo para ayudarle. Aquel chico no le hizo falta más palabras para saberse defendido en su grata elección.

Parecía que Bautista confiaba mucho en mi persona; ya que se veía querido por mí, con un afecto insuperable de una persona adulta a un chico que empieza hacer sus pinitos en la vida.

Cuando llegué a casa estaba mi niña Katie con el teléfono hablando con alguien, que al parecer ese alguien era Bautista, dándome sendos abrazos y besos con efusión de amor hacia mi persona por proteger a Bautista en el ruedo.

Pero todavía me tenía que enterar de otra cosa, que me quedó helado; ya que pasaba delante de la ventana, en forma de amazona Elizabeth, teniendo la idea de decirle algo a mi niña Katie sobre aquella chica.

HUGO -. Cariño, esa chica es amazona en la actividad de la equitación.

KATIE -. Ya lo sé, papá; es también estudiante, habiendo elegido una carrera brillante. Es una buena estudiante, se saca notas altísimas.

Aquello que me decía mi niña, sobre Elizabeth, me quedó descolocado; pues quién lo diría, que aquella chica fuese estudiante y sacando unas notas buenísimas.

“Cada persona es un Mundo”; así se dice en la sociedad y ésa misma sociedad tiene razón; pues hasta ése mismo día no supe que ésa chica era estudiante, habiendo elegido en la universidad como actividad deportiva la equitación dentro del rodeo.

Lo primero que pensé fue en una línea de avión que hiciese el servicio desde la villa en el rancho hasta por lo menos Kansas City, y al consultar en el control aéreo me dijeron, que no solamente hacía la línea hasta Kansas City, si no que llegaba a Illinoi, Detroi para enlazar con el aeropuerto de New York.

Por eso no veía, de vez en cuando, a Elizabeth; ya que tenía que marchar a la universidad para tomar las explicaciones de los catedráticos dentro de sus materias asignadas por ella. Igual, igual lo haría Bautista, que por lo menos le veríamos algún que otro día de la semana en la villa del rancho.

Pero lo que más impacto me causó fue el saber que salía un avión desde el aeropuerto de la villa en el rancho hasta New York; así que me fui al miso aeropuerto para preguntar por esa línea que se nos había asignado a nosotros en la villa del rancho.

Pues claro que nos habían asignado dicha línea a nosotros; ya que éramos aeropuerto nacional de segunda; pero lo que más me impactó fue el saber que no se permitía el cambio de sentido en la Terminal a las aeronaves, teniendo que hacer unas pistas, para que volviesen las aeronaves al aeropuerto, en forma circular: O sea, que saldría desde la Terminal deseada hasta el aeropuerto en forma circular en un paso subterráneo de la Terminal principal a donde había aterrizado.

No quise hablar más con aquellos señores, yéndome a las oficinas del rancho en la villa para enterarme, de algo más, por los señores juristas, como así los señores contables; diciéndome éstos, que ya se había echo el estudio sobre su presupuesto, y que



comenzarían a construir una pista primero, para en años sucesivos tener delimitada toda la estructura de aquellas pistas, saliesen de donde saliesen. Pues había aeronaves que con unos pocos metros les era suficiente para aterrizar, pero en cambio habían otros que necesitaba más Terminal: Y desde allí, se comenzaron a construir dichas pistas secundaria para que la aeronave no cambiase el sentido de su circulación por la Terminal, con una falsa maniobra; si no que saldría por una de aquellas pistas secundarias a su destino.

Mientras menos expuestos estuviesen los chicos a mí me quedaría la conciencia tranquila, al saber que nuestros chicos estaban a salvo en dichas maniobras de las aeronaves.

Pero eso de segunda, a mí me olía mal: ¿Por qué dar tanta autonomía a un aeropuerto de segunda?, si había otros de primera que no tenían tal hoja de ruta dentro de su control. Enterándome de algo que yo no sabía; ya que en dicho latitud y longitud no había aviones que se cruzasen en sus vuelos.

Yo estaba como en un edén de virtudes, como levitando por sí solo al saber que éramos importantes; pero pronto tuve que despertar de aquel sueño del Olimpo, ya que un fuego excepcional estaba arrasando todas las hectáreas del rancho más occidental.

Para ello cogí el UH -60, que era el avión que más carga podía llevar en sus tripas, yéndome de inmediato, con unos cuantos valientes, de aquellas tierras para apagar el fuego, con un especie de manguera con agua a presión.

Tan ofuscado iba a pagar el fuego, que no me estaba dando cuenta, que me estaba saliendo del rancho; pues faltaban pocos metros para que el avión estuviese en el condado de aquella nación, ya que había recibido por el controlador del condado tal anuncio.

Ni corto ni perezoso, lo primero que hice fue darle más potencia al avión bajando los alerones y así pude hacer que el avión tocara el suelo sin salirse del rancho.

Lo malo fue mover aquel avión de carga para que los morros mirasen hacia el rancho y poder tomar, una vez más el vuelo, dando a entender al control aéreo del condado, que teníamos un problema con uno de sus rotores de cola; así que habíamos tenido que aterrizar en el rancho para solventar dicha avería o saber las causas de ella. Y como nos querían mandar técnicos para solventar tal avería, nos negamos rotundamente; ya que nos cobrarían su dinero.

¡Vamos!, que querían saber cómo eran las tripas del UH-60; cobrándonos después la factura por habernos arreglado el avión, así que yo me opuse de lleno a ello: A parte que al avión no le pasaba nada, fue un ardid aludido para sortear el paso del avión al condado, ya que nos estábamos saliendo de nuestro perímetro.

Las tierras quemadas no presupuestaba mucho para el balance general, ya que eran las menos productivas, como otra vez dije en su tiempo; pero como estaban cerca del final del perímetro final del rancho y podía afectar a otros ranchos cercanos, corrimos para apagar dicho fuego.

Con el deber hecho llegamos a nuestra villa en el rancho, felicitándonos todas las personas que a nuestro paso se cruzaban; estando orgulloso de nuestra hazaña.

Pero no dura lo bueno siempre, que esta vez vi pasear a mi niña Katie cogida de la mano con Bautista; cosa que me produjo un desequilibrio en mí ser importante, ya que no regía, ni podía sostener la dirección correcta hacia donde yo quería ir. Y para que nadie se diese cuenta de esa perturbación dentro de mi Alma, me paré en un banco poniéndome bien los cordones de los zapatos y así poder desechar nervios fuera de mi cuerpo; pues aquello era malo para mí, ya que tal presión cerebral me afectaba a mi intelecto.

No podía consentir que aquellos chicos se quisieran, por el compromiso de sangre que habían adquirido; no sabiendo lo que hacer, así que me fui a la casa de Francisco para hablar con la señora Irene sobre lo mismo.

Al entrar en la casa, ya estaba puesta de guardia la madre de Bautista, diciéndome algo así como.

IRENE -. Déjalo correr y no digas nada.

HUGO -. ¿Cómo no voy a decir nada?, si los he visto.

Los habría visto, pero el silencio era lo más fundamental en nuestra práctica como padres para no amamantar la idea de seguir y seguir en las mismas. . . Si a la chica se la quitaba la idea de salir con Bautista se la acrecentaba más las ganas de salir con él.

Veremos a ver si éste año que viene, en los estudios, nos daba una alegría a Irene y a mí: Como no se iban a ver tanto, por estar uno en la universidad y la otra siguiendo en el bachiller, a punto de graduarse.

Hasta su madre de Bautista se la notaba más calmada; ya no tenía tanta idea como otras veces de tener un hijo; pues ya tenía a Bautista y con ése sobraba para que a Irene se la quitasen las ganas de volver a tener otro hijo.

Pero cuando me disponía para marchar a mi casa vi al matrimonio formado por John y Samantha con el predicador que los estaba despidiendo en el aeropuerto de la villa; no sabiendo yo qué se traerían aquellas tres personas entre mano, como para despedir el predicador a dicho matrimonio en el mismo aeropuerto.

Como tenía interés de saber qué se traían entre manos dichas personas, seguí de cerca al predicador; para cuando entrase en su casa poder divisar, por las vidrieras o por una rendija de la puerta qué portaba en el maletín que con tanto interés llevaba.

Me bajé de mi Cadillac para encaramarme en una pequeña elevación de terreno que había cerca de una ventana de la casa del predicador; pero como el predicador se fue a un cuarto que había en otra posición de la casa, me tuve que bajar de aquella elevación, formada por mampostería, para irme a la puerta de la casa, y mirando a través de los visillos no pude ver nada.

No seguí intentando querer ver algo, yéndome a mi casa para descansar un rato en ella y poder ver a mi mujer Sara y a mi niña Katie. Encontrándolas jugando a ellas, tirándose los cojines de los sofás que hay en el salón de la casa.

Me alegré ver en casa a mi hija Katie, pues había llegado antes que yo: parecía que había estado poco con Bautista, abordándome ella para que hablase con la madre de Bautista, la señora Irene, para ver qué le pasaba con su hijo; ya que le llamaba con mucho ímpetu cuando se encontraba el chico con ella, con mi niña.

Intentando convencer a Katie, que yo no era el apropiado para sonsacarla a la señora Irene qué le pasaba con su hijo cuando ella se encontraba con él. Cosa que no lo entendió muy bien; ya que su deseo era estar con Bautista.

La niña era lista, por lo tanto no se creía nada de lo que yo la estaba diciendo; sobre todo cuando me vio un poco nervioso, sin saber por qué me estaba poniendo yo nervioso.

Pero la inocencia de mi niña logró olvidar todo en unos días, para prepararse y volver a los estudios en poco tiempo; comprándola la madre ropa para reponer su ajuar y cambiar zapatos ya usados.

Sara, había vivido conmigo desde el principio, en donde estábamos alzando el rancho en su estado económico y en su estado físico, en cuanto que había unas cabañas solamente en la villa, mucho antes de ser asentamiento.

Todo esto lo recordamos, Sara y yo, una vez que la niña se fue a la cama y su madre y yo nos quedamos solos en el salón hablando entre nosotros dos de cosas sustanciosas, como era el recuerdo de cómo se formó tal emporio en el rancho hacía ya varios años.

Duramos hasta bien entrada la madrugada hablando del rancho y de nosotros, pero cuando nos fuimos a la cama seguimos hablando sobre lo mismo.

Para los estudiantes lo bueno dura poco, así que las vacaciones de mi hija Katie dieron fin en aquellas fechas, en donde cae el estío y se levanta la niebla. Porque, eso sí, una vez que se andaba por la calle solamente se veía la luz de la lámpara vapor de sodio que había en plena vía para que los viandantes viesan por donde iban, pero así como una luz mortecina. Y no digamos nada de los tubos de neón que alumbraban los escaparates; esos no se veían hasta que estabas cerca de ellos.

Así, así lo mismo nos quedamos su madre y yo, ciegos de amor por la niña al irse a su lugar de estudio, no sabiendo de nuestra hija hasta que llegaban los sábados y no todos, que nos llamaba por teléfono o íbamos nosotros para verla a ella.

En uno de esos viajes, la vimos venir cera abajo cogida de la mano con Bautista; que aunque éste estaba ya en la universidad, se veían con frecuencia en ésa gran urbe como es New York.

Aprovechamos un día que llegó Bautista al centro equino para su formación personal dándole un paquete con ropa, que la había comprado su madre a Katie, por haber echo polvo la bata de salir a la calle. La bata de vestir la había hecho jirones en unos matorrales un día de excursión a unas montañas.

Cosa mal hecha, según yo; ya que le inducíamos para que viese Bautista a Katie, ya que nosotros no queríamos se viesen, pero lo pensamos bastante tarde, como para desandar lo andado.

En unas de esas idas y venidas nos cruzamos con John y Saantha por las calles de New York, más bien en Madison Ave, haciendo un alto en el camino para tomar un bocado en un restaurante que había cerca de allí, en la via Cuadromo.

Entre bocado y bocado también corría el vino que se hacía en un estado de aquellas grandiosa nación; pues al entrar nos presentaron diez platos que tenían como menú en aquel día: Focaccias, plato con pan pizzas, Risoto, Vitelo Tonnato, Ñoquios o Grocehi, Raviolis, y como postres Panno cotta, Tiramisú.

Yo tomé un plato de Risoto y otro de Vitele Tonnato para rociarlo con un vino de la tierra que quitaba el sentido: Un vino tinto denominado Zinfandel, más bien de Sonora.

Y entre si quiero y no quiero, una vez que terminamos la merienda (comida), nos vimos en la 5th Ave, sin saber cómo habíamos llegado allí. Así que ni corto ni perezoso comenzamos dando un paseo por aquella avenida tan hermosa y tan bonita, que apenas nos fijábamos en los innumerables Bancos que hay en dicha Avenida, que son el escalafón de las finanzas de Los Estados Unidos del norte de América.

No sabíamos hacer un alto en el camino, así que cogimos, un taxis para marchar al hotel donde se alojaban nuestros amigos, John y Samantha.

Allí pudimos descansar, ya que en aquel hotel había una actuación formidable en el salón del mismo y al terminar la actuación subimos a la habitación que tenían alquilada los amigos, John y Samantha.

Para en un momento determinado alegar John que se había olvidado su documentación en un restaurante que habíamos almorzado aquella misma mañana, y como Samantha estaba para meterse en la ducha, pidió a Sara, el favor, que la acompañase.

Sara se me quedó mirando con cara de sorpresa; pues a la que correspondía quedarse con Samantha era a ella; pero al alegar John, que como había ido con una mujer, sería mejor que fuese Sara para que el barman se acordase de él.

Así se hizo y nada más que salieron de la habitación, John y Sara, Samantha se desnudó por completo dejando ver su figura encantadora, tal y como era.

Como yo era un hombre joven enseguida se me notaba mi hombría por todo lo alto, presentando el mástil de la bandera a plena forma; excitándose cada vez más Samantha, al saberse ya fecundada.

No sé como lo hice, pero sin esperarlo abrí la puerta de la habitación y salí corriendo por el pasillo que formaban las demás habitaciones, para llegar al Hall del hotel en unos pocos segundos.

Había dos recepcionistas en dicho Hall que no dejaban mirarme, sospechando que me pasaba algo y no muy bueno, por la cara que tenía y por el nerviosismo con el que había llegado al Hall del hotel.

No sé cómo; pero en un momento entraron en el hotel, Julieta y Renata: Dos mujeres que se olían, desde lejos, lo que me podía pasar a mí. Y sin ninguna clase de perturbación, se sentaron cerca de mí para hablarme.

RENATA -. ¡Hola!, ¿Qué hay?.

HUGO -. Ya. . . poca cosa.

Al decir yo aquello y de esa manera tan neutra, como me había expresado, cogieron la indirecta aquellas buenas señoras, que cogiéndome del brazo me sacaron afuera del hotel para sentarnos en frente, donde había una cafetería con unos grandes ventanales.

Renata no quiso decir mi nombre, para que no se supiera; por lo tanto mi anonimato seguía patente entre los señores recepcionistas. Pero nada más que se arrimaron a la puerta del hotel John y Sara, salió corriendo Julieta nombrando a voces a Sara para que no entrase en dicho hotel.

Nos fuimos con ellas a una manzana de allí, donde estaban esperando Ricardo y Arturo para llevarnos al aeropuerto y poder tomar un vuelo con destino a nuestra villa en el rancho, sin apenas podernos despedir de nuestra hija, Katie.

Quedándome absolutamente maravillado al poder comprobar que había tal cantidad de pasajeros, hacia la villa y sus escalas, que se tuvo que quedar esperando a otro vuelo, cuatro horas y media más tarde, Arturo. Ya que en ésa ida a la gran capital de New York se nos ocurrió a Sara y a mí coger el vuelo hacia esa gran y bella Ciudad, en donde nunca se duerme, por las atracciones que hay en su casco viejo.

Cuando estábamos todos, ya una vez más en la villa del rancho, nos dirigimos hacia el Templo con una sola idea: Conseguir que el predicador nos oyera e hiciese caso a nuestras explicaciones.

RICARDO -. ¿Empiezo yo o empiezas tú?, Arturo.

ARTURO -. Que empiece Hugo, que es el protagonista de ésta historia.

Yo desistí hablar el primero, para no hacer mucho daño a mi mujer Sara; que se enteraría de la única idea que tenía metida Samantha en su cabeza; y así se lo hizo saber Ricardo al predicador, que abriendo una boca enorme y unos ojos como el culo de un baso, se estaba quedando como petrificado, al no poder emitir palabra alguna al respecto, por tener engarrotados todos los nervios de su cuerpo. Pero como Ricardo se había expresado bien, exponiendo el caso al predicador tal y como era, yo me estaba



casi cayendo de susto al ver la cara que estaba poniendo Sara, mientras Ricardo estaba dando la explicación al predicador.

Hubo un momento, que Sara miraba al suelo como avergonzada; pero al pronto comenzó mirándome a mí, como diciéndome: No me lo has dicho, teniéndolo que saber yo por un ayudante tuyo.

RENATA -. Le cogimos en el hall de hotel como asustado.

SARA -. ¡Cogimos!: ¿Quién?.

JULIETA -. Renata y yo.

No pudo resistir Sara oír tales explicaciones dadas al predicador, al doctor Harrison; para salir corriendo a más y mejor en plena calle, mirándola todas las personas que se cruzaban con ella, queriéndola ayudar cada una de esas personas que la veían de tal manera.

Yo me fui a mi casa sin apenas pedir permiso a todos esos señores y señoras y al llegar a casa vi en un estado decadente a mi mujer Sara, que no sabía en el peligro que yo me encontraba delante de Samantha, una mujer sin escrúpulo y sin idealismos Espirituales que la dijese lo que estaba mal y lo que estaba bien.

Llegó la noche y Sara no se quería acostar; solamente se limitó a ver la televisión y a llamadas largas, más bien a Illinois a sus padres, que totalmente asustados se querían venir al siguiente día en el primer vuelo que hubiese.

Menos mal que oí a Sara decir, que se quedasen quietos en su casa; que aquí estaba todo bien y no había que hacer de una bola una buena pelota de nieve, como se suele decir.

Pero así como a media mañana llamaron a la puerta, yendo abrir una ayudante doméstica para ver quién era; estando en el quicio de la puerta los padres de mi mujer Sara, que venían totalmente embelesados por la conversación telefónica que sostuvieron la noche anterior.

Para que no se diesen cuenta del estado anímico tan desastroso que tenía Sara, ésta se reía a cada momento; siendo peor ése gesto, que si se hubiese delimitado a quedarse callada y contestar cuando se la preguntase.

¡Vaya!, si estaba nerviosa mi mujer Sara; que tuvo su madre que ir a cocina para dar la orden de lo que se tenía que comer en aquel día, e incluso contactó con una señora de limpieza, para decirla con mucha corrección que se tenía que barrer las alcobas un día sí y otro no. No digo yo ya fregar; que parecía no se hubiese fregado en las alcobas desde tiempos inmemorables.

En pocos días estaba la casa tan limpia como el jaspe; pues se veía uno hasta la cara cuando andaba por el pasillo, pareciendo otro el salón de la casa: Mayor, más esplendido y con más luz entrando por los ventanales.

No tuve ni una sola visita en los días que estuvieron allí los padres de Sara, refiriéndome a la señora Irene, que no había acudido a casa para nada, ni me había llamado para consultar algo sobre su hijo Bautista.

Otro desenfado tendría yo el día que se enterase Sara de que aquel chico que cortejaba a nuestra niña era hijo mío. Pero con todo y eso lo dejé correr sin decir nada sobre los chicos; hasta que abordó la conversación Sara, una vez que se hubieron marchado sus padres.

Parecía que no quería se enterase nadie de las buena amistad que tenían, Bautista y Katie. Y así se lo hizo entender.

SARA -. ¿Qué amistad!. A las cosas hay que llamarlas por su nombre: ¡Relación!.

HUGO -. ¿Cómo dices?.

SARA -. No ves que es una relación la que sostienen los dos jóvenes, Katie y Bautista.

No la quise decir nada al respecto, para que Sara no siguiese hablando sobre las relaciones tan buenas que traían Katie y Bautista; dos jóvenes que estaban en la edad de quererse y desde luego lo hacían.

Pero lo sorprendente en Sara fue cuando emitió su juicio sobre los chicos, diciéndome que dejase pasar y hacer las cosas; ya veríamos en donde paraban dichas cosas.

No la quise refutar la idea a mi mujer Sara, callándome de nuevo para que no se elevase más la voz y se aplacasen los nervios tan efusivos como los tenía mi mujer en ésa hora de desenfado con mi persona.

Me fui a la oficina del rancho, con motivo de que se calmase mi mujer Sara y no volviese a pensar más en una infidelidad, que yo no había cometido con mi voluntad; ya que en aquella hora tenía sesgada mi voluntad. No fuese a ser que lo descubriese, en un fallo mío; así que yo también me calmé en la oficina cuando supe lo que habíamos ganado en aquel año, dentro de todas las actividades empresariales.

Pero por otra parte se me informó, que las pistas tendrían que estar al descubierto: Así se vería el avión, en todo tiempo, entrando o saliendo de los terminales.

Pero como yo no entendía de eso, ni me iba ni me venía; decidí que lo hiciesen según reglamento de pista que tenía aquel Estado y aquel condado. Que al parecer venía de más alto; era de todos los Estados Unidos, sin término ninguno; así que tendríamos que acatar dicho reglamento, para ajustarse a un código internacional en forma de Ley, no aprobada todavía, según me pude enterar.

No dejaba pensar en las ganancias tan pingues que habíamos obtenido aquel año, dentro de las numerosas actividades empresariales: Ganadería, agricultura, aeroportuarias, talleres, alquiler de plaza para los aviones, numerosas casas de juegos, recreativos, equitación de caballos, matadero, uperización de leche, quesería, venta de pastos, todos los comercios cogidos por la sección administrativa. . . etc. Y así infinidad de actividades que dejaban su buen dinerito.

Aquella villa estaba floreciendo cada vez más y más; así que tendría yo que tener todos los conocimientos en regla para no romper el camino que llevaba la villa y todo el rancho.

Volvió el agua a su cauce, sentándose los nervios para volver a vivir una vida agradable y placentera a la vez: Ya veríamos a ver hasta dónde podía llegar ésa vida placentera.

Desde luego ésa vida placentera llegaría hasta donde quisiera la señora Irene, con su silencio o con su expansión verbal, diciendo algo de su hijo.

Desde luego que me buscó Irene, una mañana temprano; en los mismos cobertizos se las caballerías, ya que fui allí para saber el pienso que les echaban a éstos animales.

HUGO -. ¿Me quieres decir algo?.

IRENE -. No me gusta como se tratan los chicos.

Con el ruido de las máquina para limpiar las caballerizas a penas se oía algo; así que se tuvo que acercar más a mí, alzando la voz, para trasmitirme su sensación de que entre su niño y mi niña pasaba algo. Indicándola yo con la mano, al tiempo que hablaba, que dejase correr el tiempo; ya que podía pasar de todo, siendo personas tan jóvenes.

Irene pudo ver a su hijo aquel día en equitación, pues a eso había ido a las caballerizas, marchándose a su casa una vez que Bautista tomó vuelo para quedarse pensativa en su casa.

Yo también me quedé pensativo y sin saber qué hacer; pues si se enterase Sara de lo del niño de Irene, sería un despropósito para mí enorme, ya que no sabía yo cómo iba a responder mi mujer Sara.

Pero poco a poco aquella noticia se estaba cuajando y saldría, tarde o temprano, a la luz: Se enterarían todas las personas de que Bautista era hijo mío; antes que el cariño de mi hija Katie fuese a más con aquel chico.

Pero como la vida seguía, yo me debía a mi trabajo en el rancho: Ése trabajo que se hace en silencio y sin que nadie se enterase; ya que los señores juristas y los mismos contables, no querían se publicase lo que ellos hacían.

Pues claro que siguió la vida, sobre todo en la venta del ganado y en la recolección de hierbas para que el mismo ganado comiese todo el año. Aunque tenía en mente otra cosa; pero mientras las demás compañías aéreas arreglasen sus aeronaves, yo permanecería al margen sin comprar un avión para abrir una línea de transporte aéreo.

Aquella idea que tenía metida en la cabeza no se la podía decir a nadie; pues entonces se alborotarían las personas, teniendo que comprar un avión de pasajeros. A parte que a ése avión tendría que venir otro más, en el menor tiempo posible para cubrir el trayecto de la línea regularmente.

Mis aspiraciones sobre el rancho eran enormes; ya que no terminaba de formar una actividad, cuando estaba formando otra: Así se estaba quedando el rancho, que parecía una pequeña ciudad en medio de la nada.

Pero paralelamente, también la señora Irene tenía su actividad de ir de una parte a otra llevándome noticias de los chicos, que eso sí que era actividad; un movimiento

continuado sin miras de terminar, por no tener agotamiento alguno en ir y venir dándome noticias de los chicos. Y yo oyéndola sin pestañear, por el interés que tenía por saber algo de los chicos.

IRENE -. ¿Estás preocupado?,

HUGO -. Pues no lo voy a estar: Si está a punto de salir la noticia de que Bautista es mi hijo.

IRENE -. Me quieres decir, que te la lié. A parte que yo también me la he liado; pues no sé cómo responderá Francisco.

A mi simple parecer, Francisco lo sabía ya; pero se lo estaba callando para que las demás personas no supiesen la verdad de aquel hecho: De que Bautista era hijo mío.

Un día me llegó Irene con una propuesta mal fundada, pues era que había una persona que con una pócima quitaba la voluntad de las personas; diciéndola de inmediato, pues me puso nervioso,- que no se la ocurriese eso-, ya que los chicos no regirían en los estudios. Irene se echó para atrás cuando la dije yo eso, sin pensar en las consecuencias tan funestas que acarrearía en la mente de los chicos.

¿Qué se podía hacer?: Nada, de nada por ahora ya que el mal estaba hecho y no tenía remedio alguno; era más, que mientras pasaba el tiempo se formaban lazos más fuertes entre los dos chicos de cariño y afecto.

Un día me llegó Julieta con la sola idea de que hiciese algo para que el pastor no difundiese lo que le habíamos dicho; consolándola yo con otra idea que tenía yo en mi mente: Y era, construir un nuevo Templo para que le mandasen al pastor un ayudante y así quitarle toda clase de credibilidad personal, al verle las personas un poco nervioso; ya que aquel pastor era un tanto engreído.

Me acordaba de aquel dicho, “divide et impera”; de dudosa atribución a Julio César, queriendo decir “divide y vencerás”, pero no sabía yo cómo hacerlo, así que la idea no me parecía mala del todo, pero faltaba algo que se me estaba yendo de las manos. No sabía yo si aquel pastor se conformase con ser uno más, dentro de la comunidad de la religión o por el contrario, no permitiría que se le pusiera ningún ayudante, por razones de trabajo, dentro de los Templos.

Aquella idea la gustó mucho a la señora Julieta; pues lo vio con ojos de ser una mujer ducha en la vida, yéndose a casa diciéndome algo que me animó para ejecutar dicha obra.

JULIETA -. Hazlo cuanto antes.

Desde luego que sí lo haría cuanto antes, así que llamé a los arquitectos que teníamos contratados en la oficina del rancho para que comenzasen a elevar un segundo Templo, mejor y más moderno que el que había hasta ahora.

Los juristas me aconsejaron que dijese mi idea al pastor, primero, así sería más legal que si yo ejecutaba la obra sin decir nada a nadie; pues el pastor se lo comunicaría a sus superiores, quedando todo el proyecto en plan de revisión.

Me fui al templo, entrando en la vivienda del pastor con ánimo de exponerle mi idea; creyendo que aquel pastor se alegraría, pero nada más lejos de alegrarse parecía que titubeaba al hablar de la obra del nuevo Templo : Hasta dijo algo así, como -. Quién se encargará del nuevo Templo -. Confortándole yo al decirle que eran sus superiores los que tenían que asignar pastor al nuevo Templo.

Pero al decirle yo eso, de que se encargarían sus superiores en nombrar un pastor para el nuevo Templo se calmó un poco, dando su consentimiento. Todo estaba

preparado para la construcción del nuevo Templo; viniendo los superiores del Pastor para ver la ubicación del nuevo Templo; ya que el lugar elegido tenía que ser el más correcto, para que todas las personas pudiesen asistir a las predicaciones en el nuevo Templo.

Mientras tanto, fui llamado a la oficina de los contables para informarme de que se tenía que hacer el rancho con unos camiones para transportar materiales y cosechas de una parte a otra del rancho; así se distribuiría mejor toda clase de material y cosechas a su debido tiempo, por tener algunas carreteras de tierras el rancho: No cargando todo el peso en las aeronaves que se empleaban para tales fines.

Se estudió la posibilidad de comprar dos camiones de segunda mano, a lo primero; pero como los camiones tenían que tener un periodo de vida ya establecido por la recaudación del condado y de la nación, decidí comprar dichos camiones nuevos. Así empezó el nuevo abastecimiento en el rancho, allá donde no había un sistema de aterrizaje debidamente legalizado.

Viendo, enseguida, que aquellos camiones abrían rutas más anchas que aquellas que hasta ahora había; señalizando su recorrido en todos sus trayectos. Así que el rancho se estaba quedando a pedir de boca, tan hermoso y tan acogedor, que todas las personas que lo visitaban no querían irse de su contorno.

Tampoco quería irse del contorno donde yo vivía la señora Irene, con una sola idea: El hablar de su hijo, para más tarde alegar algo sobre mi hija; ya que hasta ella lo estaba viendo claro. Aquellos chicos se querían y eso no podía ser, debido a que los dos chicos eran hermanastros.

Yo me puse nervioso, un día que llegó la señora Irene diciéndome algo que me sacó de quicio; pues los chicos se irían de excursión, un par de días, a unas montañas muy afamadas, cerca de New York.



Lo peor fue cuando la señora Irene me dijo algo así como, -. No creo que pase nada entre los chicos -. Pero como al pronunciar aquellas palabras lo decía con un tono picaresco y socarrón; yo me puse nervioso perdido.

La señora Irene se encontraba casi tumbada en el sofá más grande que había en el salón de mi casa, y casi enseñándome sus formas. Yo me fui acercando a ella para cogerla con las manos sus muslos, en un momento de irreflexión; pero cuando me di cuenta desistir de lo que estaba haciendo con aquella mujer tan pintoresca y tan vívales en sus intereses fraternales.

Se levantó, de repente, la señora Irene poniéndose bien la bata y ajustándose el cinturón a su cuerpo, con unos gestos que ella misma no dominaba para nada.

La vi a la señora Irene muy nerviosa por no haber consumado y obtenido ése producto inconfundible, de tener un hijo. Y sin despedirse de mí, salió de mi casa como espantada y con cara de pocos amigos. Con la mala suerte, que mientras ella salía de mi casa, entraba mi mujer Sara en ella.

SARA -. ¿Qué la pasa a la señora Irene?.

HUGO -. Que ha descubierto, que los chicos se quieren.

SARA -. No lo ha descubierto ahora; lo tenía bien asumido.

HUGO -. No lo sé.

SARA -. Pues sabes lo que te digo: Que ésa señora no me gusta.

Así se expresaba mi mujer Sara, sin pensar, tan siquiera, lo que decía con sus palabras mal pronunciadas; pues hasta bajó el tono de ellas al decir, “que no la gustaba aquella señora”. No sabiendo yo hasta qué grado alcanzaban aquellas palabras que decía mi mujer Sara en aquella hora de nerviosismo.

Aquella tarde me fui para buscar a la señora Irene, no encontrándola en su casa, y sí en un lugar recóndito dentro de los hangares: No sabiendo yo qué haría allí la señora Irene, y hasta que no estuve cerca de ella no supe qué hacía allí aquella señora, al mirarla a ella y al mirar hacia donde dicha señora estaba observando en aquella hora de un mal entendimiento, entre su marido Francisco y ella.

Aunque me vio llegar, la señora Irene, no hizo por recatarse de nada; ya que estaba enseñando sus formas al estar elevada en unos cajones que había allí mismo y como de puntilla, para ver mejor qué estaba haciendo su marido Francisco con una ayudante suya en los hangares.

Me arrimé más y aquella señora permanecía impasible en su posición inicial; parecía como si yo no estuviese allí: Ya que hasta su ropa interna la estaba viendo, para más tarde iniciar el camino de su casa, siguiéndola yo.

Entré, junto con ella, en la casa de la señora Irene con una sola idea; pero hasta que no se repusiese de sus nervios no la podía hacer la pregunta que tenía yo metida en mi cabeza. Y así como al cuarto de hora, la vi más calmada a la señora Irene, diciéndola yo algo así, como:

HUGO -. ¿Desde cuando sabes que se quieren los chicos?.

Aquella mujer me miró sonriendo, para dejarse caer en el sofá con las mismas guisas que lo hizo en mi casa: Con todas las piernas al descubierto y hasta viéndosela la ropa interior.

Yo me senté cerca de ella poniéndola una mano en el vientre y la otra en un muslo; teniendo que desistir de aquella posición por haber entrado Francisco en su casa; ya que era la hora de la merienda.

Francisco se alegró verme y sin esperar a que yo dijese nada, me inició una conversación que ya tenía metida en su cabeza; o por lo menos, la idea no era nueva, pues aquello lo estaba fraguando, dentro de su cabeza, desde hacía ya bastante tiempo.

Su idea era primitiva y simple: El ampliar los hangares para construir unos talleres más amplios. Consulté con los contables, habiendo presupuesto para edificar la ampliación de los talleres.

Esperando al jefe de los contables para que me dijese cómo iba la cuenta de Bautista; la que yo le había abierto a través del banco como si fuese una cuenta por la equitación a costa de la universidad. Al parecer iba a las mil maravillas, ya que aquel chico cobraba bastante como para pagarse él solo los estudios a través del ejercicio de la equitación; teniendo que asistir a un rodeo en poco tiempo. Eso era lo malo, que aquel joven no estaba muy ducho para sostenerse en la montura de un caballo en pleno rodeo, y así pasó; que salió con una costilla magullada y con numerosos hematomas en las piernas: Teniéndole que curar en un hospital dependiente de la universidad en New York.

El problema principal, era que había que buscar el medio por el cual se pudiese reconstituir los desperfectos que se hiciese en el cuerpo Bautista, pero en un hospital de la villa, en el rancho. No sabiendo que si existe más de la distancia que ponía la directiva de la universidad, se podía curar en otro hospital que no fuese el indicado para ello, por medio de la universidad.

Ahora me quedaba yo más tranquilo, al saber que Bautista podía ingresar en el hospital de la villa; habiendo en la misma, tres centros de salud y un hospital que para sí lo quisieran muchas ciudades.

En cambio la niña, se hizo animadora para el show, con una beca deportiva: Decoasports; no queriendo participar en ninguna competición al ser muy femenina y tener poco carácter para ello.

Por lo menos lo iría a pasar mejor que Bautista; ya que éste chico se jugaba, en las competiciones de los rodeos el tipo, como se suele decir: Pero allí donde se ha criado uno, no olvida sus costumbres por más distancia que se encuentre la persona.

Aquel fin de semana, la teníamos planificada para ir a ver a nuestra hija y con ella estar con Bautista, que era el amigo inseparable de nuestra hija, por así decir.

¡Qué fatalidad!; nada más tomar tierra con nuestro avión en un aeropuerto deportivo de New York vimos al matrimonio, John y Samantha, correr hacia donde nos encontrábamos nosotros dos, Sara y yo.

No dejándonos ni un minuto a solas aquel matrimonio: Era así, tanto, que hasta se vinieron con nosotros para poder saludar a nuestra hija Katie, desvelándola por la gran cantidad de regalos que la hicieron en aquel día. Pero como aquel matrimonio era muy perspicaz, enseguida le hicieron, a Bautista, sendos regalos que le supo a gloria.

Por la agudeza que tenían en sus cerebros aquellas personas, enseguida se hicieron con la confianza de los dos jóvenes, Katie y Bautista; que al final de la jornada les pidieron los dos chicos se quedasen en aquella gran Capital y bonita urbe hasta el próximo día, para seguir los periplos de las buenas diversiones en la Gran Manzana.

Pues claro que se quedaron, John y Samantha, hasta el Domingo, para amenizar la diversión a los dos chicos en reunión con ellos. Siendo nosotros dos meros acompañantes de nuestra hija y de Bautista: Allí donde iban los cuatro, íbamos nosotros dos aunque no supiésemos nada de lo que se trataba dicho evento, donde entraban ellos.

Dos días insuperables para los chicos, fueron aquellas dos jornadas que pasaron junto a nosotros dos, Sara y yo, acompañados por el matrimonio más agudo que hay en la faz de la Tierra.

Al volver a la villa nosotros dos, Sara y yo, nos visitó la madre de Bautista con la sola idea de saber de su hijo; diciéndola mi mujer Sara que lo había pasado bastante bien, por haberse juntado con unos amigos nuestros de Sara y mío, haciéndoles las vidas agradables a él y a Katie.

Al decirla eso, mi mujer, Sara, se la quedó mirando con cara de sorpresa; al comprender de qué matrimonio se trataba, sospechando mi mujer, que ocultaba alguna idea aquella señora en su cabeza que no la quería decir. Fue una contestación impropia de ella.

SARA -. Usted me oculta algo.

Al decir aquello mi mujer Sara, a la señora Irene, ésta abría cada vez más los ojos, que parecían platos de lo grande que los tenía, por recibir aquella sorpresa tan desagradable para ella.

Pues claro que la ocultaba algo la señora Irene a mi mujer, Sara, guardandoselo para sí y tragando tanta saliva como si estuviese comiendo algo. Siguiendo balbuceando algo mi mujer, para sí mismo; pues no la sentó nada bien a la señora Irene.

SARA -. ¡Bueno va!.

Y con un carácter fuerte, como nunca había mostrado, se retiró mi mujer, Sara, a las habitaciones sin despedirse tan siquiera de ella, de la señora Irene.

Ésta señora, Irene, se quedó como un poco despistada al no saber por dónde la había venido ésa impronta que había tenido mi mujer Sara especialmente con ella.

No queriendo molestar más, se despidió de mí Irene con mucha vergüenza en la cara y con mucha educación en sus palabras; quedándome yo con ése interés que se tiene en dichas circunstancias de la vida: en cuanto la persona que uno quiere está viendo la pura realidad de los hechos. Esos hechos inconfundibles, de que una persona está sospechando algo impropio para ella.

Cuando nos quedamos solos Sara y yo la aconsejé ir a la casa de la señora Irene para excusarse por la impronta que tuvo ése día en nuestra casa; y así poder reanudar la amistad con la familia del señor Francisco, mi ayudante en los talleres y en la aeronáutica del complejo aeroportuario; ya que nos había asignado una oficina y unas naves como sitio aduanero: Costando como ayudante principal el señor Francisco, hombre noble y trabajador donde los haya.

Así fue, pues al siguiente día estábamos a primeras horas de la tarde llamando a la puerta del señor Francisco, abriéndola su mujer Irene, ya que su marido no se encontraba en casa.

IRENE -. Bien venidos a mi casa. . . Pero pasen ustedes, por favor.

Así nos recibía aquella mujer, que en vez de saberse ofendida se estaba rebajando delante de Sara, para que no hubiese fricción ninguna en nuestra bella y grandiosa amistad, como era la que teníamos los cuatro: Francisco, Irene, Sara y yo.

Pues aquel recibimiento que nos hizo la señora Irene surtió efecto en el corazón de Sara, ya que puso una cara como de estar avergonzada de cómo se había portado el día anterior en nuestra casa.

La velada se alargó más de la cuenta; pues hasta que no llegó Francisco de su trabajo en los hangares, en los talleres y en el aeropuerto, no empezó la verdadera visita que habíamos hecho a ésa familia tan especial para nosotros, por sus buenas cualidades humanas.

Así como antes de las diez de la noche decidimos irnos a nuestra casa, Sara y yo para poder descansar en ella y relajarnos un poco por el mucho peso cerebral que teníamos metido en todo nuestro ser, al no haber sabido estar mi mujer el día anterior en nuestra casa con respeto delante de la señora Irene.

Todo quedó sentado y bien sentado entre nosotros cuatro, entre la familia del señor Francisco y la mía como para que todo siguiese igual que siempre de bien, con buena amistad fluida como había sido la nuestra hasta ahora.

Y para que el desagravio que la hizo mi mujer Sara a la señora Irene quedase zanjado para siempre, la invitamos para ir a New York; así verían a su hijo, el señor Francisco y a la señora Irene, el fin de semana.

Como siempre que se le tenía que buscar al señor Francisco tenía que ser en el trabajo y nunca fuera del mismo; por lo tanto llegó éste en el último minuto que se nos había concedido salir a pista para esperar la orden de vuelo.

Ya en la famosa y gran Capital, nos fuimos a desayunar cerca de la desembocadura del Río Hudson, en el estado de New York; Esperando a nuestros hijos, viéndolos llegar cogidos de la mano y mirándose mucho a los ojos.

La señora Irene cazó el hecho de venir juntos, mirándose a la cara y cogidos de la mano; como dos tortolitos, por así decir.

Se levantó de su silla, para mirar mejor a los dos jóvenes y así poder darse cuenta de la situación tan embarazosa que la estaban dejando aquellos dos chicos a la señora Irene si aquello fuese como ella y como todos pensábamos.

Estaban todavía un poco lejos los chico, así que tuvimos ocasión de poder contemplar los arrumacos que la hacía Bautista a Katie. Y hasta hubo un momento que parándose los dos jóvenes, Bautista asestó un beso en la mejilla a mi niña Katie; sentándome como una puñalada a mi corazón por a ver visto yo aquel beso dado por Bautista a Katie y por a ver contemplado aquel hecho sin ninguna clase de precedentes algunos en la historia de dos hermanastros.

¡UF!, como estaba la señora Irene: Toda ella colorada; pues se la veían unos carrillos colorados y como con pintura dada. Cosa que aquella señora no llevaba pintura alguna en la cara, toda ella era natural. Pero la carga renal de adrenalina la estaba jugando una mala pasada a la señora Irene, poniéndose también el señor Francisco en guardia por ver aquellos arrumacos y aquel beso. Bien dado de Bautista a mi niña Katie.

Se volvió a sentar la señora Irene en su silla esperando que llegasen los chicos a donde estábamos nosotros; teniendo todos nosotros los ojos puestos en aquellos jóvenes tan efusivos en caricias.

Yo esperaba que la señora Irene le fuese a recriminar la falta de respeto que Bautista tuvo con respecto a mi niña Katie; pero no, no lo hizo, quedándome yo un tanto serio al comprobar que la señora Irene no decía nada a su hijo Bautista.

Por lo tanto yo no me podía callar, así que armándome de valor pregunté a mi niña Katie por aquellos afectos que la habíamos visto cuando llegaba a nosotros.

HUGO -. He visto que os apreciáis bastante.

KATIE -. Es que le quiero, papá.



Bastante dijo mi niña Katie en aquella ocasión, en donde nos encontrábamos sus padres y los padres de Bautista, para que sin esperarlo hablase la madre de éste con no muy buenas propuestas de amistad para los chicos.

IRNE -. Ya se os pasará ése cariño que tenéis: Sois muy jóvenes todavía.

Al oír decir eso a la señora Irene, mi hija Katie no pudo más soltando una indirecta por su boca.

KATIE -. El cariño no tiene edad.

Así se expresaba mi hija Katie delante de la señora Irene; para que supiese ésta señora que nunca le abandonaría a su hijo Bautista.

Nada más que llegamos a la villa del rancho y una vez que estuvimos a solas mi mujer Sara y yo, ésta comenzó hacerme unas preguntas como desesperada, por no saber qué habíamos querido decir la señora Irene y yo.

SARA -. ¡A ver!: ¿Qué os traéis la señora Irene y tú?.

HUGO -. ¡UHI!. ¿Qué nos vamos a traer?.

SARA -. Quiero decir, ¿qué secreto me ocultáis?.

HUGO -. Yo no oculto ningún secreto.

SARA -. Y la señora Irene, ¿qué oculta?.

HUGO -. Eso, es mucho decir.

Sara se dio media vuelta yéndose para la alcoba sin mediar palabra alguna, para cerrar la puerta de su habitación tras de sí; no queriéndola abrir por nada del mundo; por lo tanto yo me tuve que acostar en un sofá que hay en el despacho de mi estudio.

Esperé a que amaneciese pensando que ya se la quitaría el enfado morrocotudo que había cogido Sara el día anterior; siendo todavía peor dicho enfado, pues al parecer la noche la había pasado pensando en una y mil tonterías de ésas que ella se forma en la cabeza, al pensar que algo la estábamos ocultando la señora Irene y yo con respecto a su hija. Y sin saber por qué salió de casa a primeras horas de la mañana hacia el Templo; tal vez iría para tomar consejos del predicador.

Al volver del Templo, Sara no dijo nada; solamente se limitó hacer la maleta para preparar una marcha a su acomodo y manera, sin saber yo dónde iría mi mujer Sara a primeras horas del día.

Pronto lo supe; pues Francisco me llamó por teléfono diciéndome que la señora Sara estaba preparada para marchar a Illinois con sus padres, diciéndole yo que la llevase a dicha gran ciudad para poder visitar a sus padres, ya que hacía tiempo no los veía: Quitando hierro al asunto de haber cogido un rebote de primera mi mujer Sara.

Esperé para que llegasen a la bella ciudad de Illinois y así como al cuarto de hora de haber llegado a dicha gran ciudad, llamé por teléfono a Francisco para saber su paradero; siendo la misma ciudad de Illinois, ya que se disponía a tomar pista.

Acto seguido llamé a mi mujer, Sara, por teléfono contestándome desde la casa de sus padres: Diciéndome Sara, que no la esperase en mucho tiempo.

Bonita respuesta la que me dio mi mujer Sara en aquella hora de desesperación para mí, al encontrarme sólo y agobiado al saber que Sara estaba respondiendo como yo esperaba, antes de haber sabido aquella noticia tan alarmante para ella.

Me fui a los hangares antes que llegase Francisco, y cuando lo hizo tenía cara de haber estado llorando y nada más que me vio me dio un saludo que me llegó a lo más profundo de mi Alma, al decirme que,-. Ya sabía de la existencia de Bautista-, quedándome yo como petrificado.

No fue eso sólo lo malo, que en pocas fechas esperaba yo a mi hija que llegase de vacaciones, no viendo en casa a su madre. Y así fue; ya que preguntando Katie por su madre la tuve que decir dónde se encontraba.

Dos días; dos días duró conmigo mi hija Katie, pues al tercero hizo la maleta para irse con su madre a la bonita y grandiosa ciudad de Illinois. Y allí que se fue, llamándome desde la casa de sus abuelos diciéndome que estaría una temporada con su madre, pero sin ponerse nerviosa.

Parecía que Katie no se había enterado de la noticia tan escandalosa que funcionaba en todos los medios sociales de la villa; por lo tanto, su idea era estar con la madre una temporada para ver si podía calmar los nervios de su progenitora y hacer que volviese a mi vera.

Hasta que un día me llamó mi hija Katie diciéndome, que no quería saber nada de mí, que con el debido respeto me tenía que decir lo mucho que me quería, pero que me olvidase de ella.

Sólo, estaba sólo en la vida y sin apoyo moral ninguno de tal manera que un día cuando me crucé con Bautista, éste no hizo ni tan siquiera por saludarme: Volvió la cabeza hacia otro lado, como enfadado conmigo, sin quererme saludar.

Había perdido las personas de mi contorno y el afecto cariñoso que ellos me demostraban a todas horas; no sabiendo yo dónde ir y a qué hogar arrimarme para recibir ése calor de cariño y amistad, como siempre me daban aquellas personas que tenía yo como mías.

Es más, que un día tomé fuerza y valor para ir a visitar a mi mujer y a mi hija en Illinois, no queriéndome abrir la puerta; tocándome yo el corazón, de vez en cuando, para saber si sangraba o no.

Al volver a la villa no encontré en ella, ni al predicador, ni a Francisco; ya que mi ayudante había ido para formalizar la matrícula de Bautista, no viendo en su casa ni a la señora Irene. Pero como me había visto llamar en la casa de Francisco un ayudante suyo, éste me dijo que se encontraba toda la familia, con Bautista, formalizando la matrícula del chico: No sabiendo yo qué clase de matrícula estarían formalizando, dicho matrimonio, de su hijo.

¡Qué matrícula, ni ocho cuartos!, estarían formalizando Francisco e Irene para su hijo: Si era yo el que pagaba todos los gastos del chico, hasta la matrícula. Y es que habían intentando suspender la cuenta que tenía yo abierta en un Banco para que se le pagase a Bautista, no sólo la matrícula, también todos los gastos que necesitase.

Como pude darme cuenta, el chico seguía haciendo uso de la cuenta y de su flujo dinerario para sus gastos particulares. Por ahí iba bien la cosa; mientras el chico hiciese uso de la cuenta que yo le tenía abierta, era que ése joven me aceptaba como familia suya.

Tanto era así, que un día le vi llegar, junto con su madre y mi hija Katie, hacia un supermercado que había en la plaza principal de la villa, cerca de mi casa. Pero cuando fui a saludar a mi hija, ésta se volvió de espaldas hacia mí, como no queriendo saber nada de mi persona, hasta que Bautista me dio un saludo rápido y como avergonzado. -. Adiós -. Solamente me dijo eso: Un adiós que me supo a poco.

No quedándome yo tranquilo, me fui al siguiente día a la casa de Francisco con la sola idea de poder hablar con mi hija Katie, que se encontraba haciendo las faenas de aquella casa.

Cuando me vio entrar en la casa se quiso ir de donde estaba limpiando los muebles, pero yo la cogí de un brazo con idea de que me oyese.

HUGO -. Katia, Cielo. Espera un poco y óyeme.

KATIE -. Papá, con todo el respeto del mundo te tengo que decir: No eres bienvenido a mi vera.

Entonces qué era yo para ella, sino era su padre como hasta ahora lo estaba siendo a la vista de todas las personas que nos conocían.

Por lo menos, con algunas palabras se había referido hacia mí; ya era algo que se dignase hablarme, pues el cariño que me profesaba mi hija Katie no se quita con un rechazo mental de ella hacia mi persona.

Acudió la señora Irene a mi favor, haciéndome pasar al salón de la casa para ofrecerme un café bien cargado y así poder hablar algo sobre la relación de amistad que mi hija Katie me estaba negando.

Ni por esas fue manera de que mi hija Katie me ofreciese, una vez más, su buena amistad como lo que ella era para mí; es más, salió corriendo hacia su cuarto para no salir de allí durante toda mi estancia que estuve yo en aquella casa de Francisco.

Me fui con el Alma totalmente decaída, al ver el rechazo de mi hija Katie hacia mi persona. Y mientras estaba yendo hacia mi casa con mi Cadillac, se me estaban cegando los ojos por las lágrimas que se les estaban produciendo, tapándome el iris y la pupila; así que no veía nada de lo que se me estaba presentando delante.

Decidí frenar el coche en seco, y para mal de mis nervios me vi frente a una farola que a penas se encontraba a un palmo de los morros de mi Cadillac, siendo un acto reflejo pero intuitivo de que yo no debía conducir en tales extremos de poca

visibilidad. Y para que no desconfiasen las personas que me vieron aparcar de tal manera, me bajé del coche; como si tuviese que ir a algún sitio en concreto.

Claro que sí fui; ya que cuando me repuse me vi cerca de la oficina del rancho y allí que me entré con idea de saber las cuentas y la dirección de las numerosas actividades que se daban dentro del rancho. No sabiendo para que lo hiciera, el querer saber las cuentas del mes de las diferentes actividades del rancho, si yo me encontraba como abstraído y fuera de sí, trayéndome una tila una ayudante de los señores contables.

Hasta uno de éstos contables me ayudó llegar a mi casa, viendo en ella un episodio funesto para mi persona; ya que el ama de llave se estaba despidiendo de la casa, teniendo las maletas en la misma puerta.

No solamente quedó ahí todo, que a los dos días se me despedía una de mis principales ayudantes de mi casa, la señora que hacía todas las tareas sin cansarse tan siquiera; debido al carácter tan afable que tenía.

Debía buscar nuevos ayudantes para mi casa; pero como yo no conocía a nadie, dicha tarea se la encomendé a los señores juristas, que extrañados de mi parecer buscaron con todo y ello tres ayudantes para que yo no estuviese solo en mi casa. Pero antes tuvieron que asesorarse de la vida que habían llevado dichas personas, por medio del certificado de antecedentes penales, que era lo que yo quería saber. Fueron dos señoras y un señor los que se buscó como ayudantes míos en la casa.

Una vez más estaba acompañado por personas en mi casa; pero en vez de ser como antes que se acostaban en mi casa los ayudantes, ahora se iban a la suya para pernoctar por la noche.

Noches en vela pasaba yo, contando las Estrellas del Firmamento; al pasar casi toda la noche en una habitación que daba al patio donde se veía todo el espacio estelar.

Pero eso sí, dándome la luz de aquellos Astros en la habitación; no haciéndome falta que encendiese la luz eléctrica para nada.

¡AY!, el día que tuve que hacer una colada en la lavadora: No sabía manejar yo aquella máquina tan sofisticada; por lo tanto busqué el libro de las indicaciones, leyéndole por completo y así pude, más o menos, lavarme la ropa, ya que aquel día era festivo y libraban los ayudantes de mi casa: Pero era más, que al siguiente día también era festivo, cosa inédita en aquel Estado.

Logré recoger la ropa tendida en el secadero, la poca que no se pudo secar en la lavadora, antes que llegasen los ayudantes de mi casa, quedando todo bien limpio como si allí no hubiese pasado nada. Y al llamar los ayudantes al timbre de mi casa, ¡Cosa curiosa para mí!, tuve yo que ir para abrir la puerta.

Enterándome más tarde, que los señores jurista habían dejado una llave al señor que se le había encargado de tener cuidado con mi salud física y con mi hacienda en la casa.

Quedando sentado, que hasta que no llegase dicho señor para abrir la puerta de mi casa, no llamasen aquellas dos señoras; ya que el que tenía que abrir la puerta era el encargado de la conservación.

No podía más, yéndome de improviso a la ciudad de Illinois para poder visitar a mi mujer Sara y así hablar con sus padres sobre el problema principal que tenía yo con su hija, negándose rotundamente los padres de Sara hablar con su hija; ya que quién tenía que hacer las paces conmigo era ella, Sara.

Pero cosa curiosa, que pasé todo el día en casa de los padres de Sara y hasta se me preparó una habitación para que me acostase en aquella casa; no haciendo Sara por rechazarme para nada, se mostraba tan tranquila y con un carácter alegre y dicharachero.

Parecía como si Sara se alegrase de que yo la hubiese buscado en casa de sus padres, no permaneciendo por más tiempo en la villa y sin dar señales de quererla mucho, no poco.

Pero siempre se mostraba distante de mí, como si me estuviese tentando y probando si yo era gustoso haberla venido a ver, para reiniciar nuestra amistad; ésa amistad que todos los matrimonios tenemos como emblema de un buen querer, entre las dos personas que forman tal unión.

No obstante me tuve que marchar de casa de los padres de Sara sin saber si ésta me admitía o por el contrario me rechazaba; lo tenía que volver hacer otra vez más: Visitarla en casa de sus padres; pues estaba seguro que sus padres la hablarían una vez se encontrasen solos en la casa.

Cuando llegué a la villa del rancho ya tenía deseos de que llegase el próximo fin de semana para ir a ver como se encontraba mi mujer, Sara, contando las horas que faltaban y los minutos también, hasta que por fin llegó el sábado yéndome a Illinois sin falta de tiempo. Y sin falta de tiempo encontré en la casa de sus padres un señor que estaba esperando para que se adecentara un poco Sara y poder salir aquella noche con ella.

Me senté cerca de él, empezando una plática verbal entre nosotros dos, o por mejor decir la empezó aquel señor que se encontraba muy bien vestido y lacado.

SEÑOR -. Me han dicho que es usted el marido de la señora Sara.

HUGO -. Le han informado bien.

Ahí se cortó toda la conversación; pues aquel señor comenzó a dar señales de indecisión, sin saber lo que hacer: Pero como las ganas de saber eran enormes, siguió



preguntándome sobre mi estado con la señora Sara. No lo dudé en la contestación que le di a aquel señor.

HUGO -. Es un estado emocional de cariño.

SEÑOR -. Lo que yo le quiero preguntar es, ¿Cuándo se divorcian ustedes dos?.

Como yo era el que llevaba la batuta de ganar en aquella conversación, enseguida le insté para que se tranquilizase.

HUGO -. Tranquilícese. No nos vamos a divorciar.

En ése preciso momento entró Sara en el salón dándome a mí sendos besos en las mejillas y otro tanto hizo con aquel señor mi mujer Sara. Quedándome yo como quién ve visiones. Sobretudo, cuando me comenzó a mirar aquel señor con cara de llevar la batuta en ése momento.

Alegué que tenía prisa por llegar a la villa en el rancho; ya que se me tendrían que presentar algunas cuentas para su aprobación, dando siempre un sentido de saber estar y de posesión delante de los padres de Sara.

Saliendo aquella misma tarde de casa de los padres de Sara para ver si podía saber qué hacía mi mujer con aquel hombre y sin quererlo lo supe. La llevó a un espectáculo de revista aquella noche y sin mediar palabra la llevó, una vez que hubo terminado dicha actuación, a la casa de sus padres a mi mujer, Sara.

Parecía que era la primera vez que Sara salía con aquel hombre, no dando yo crédito alguno a su relación sentimental con aquella persona tan cohibida, como era el acompañante de Sara.

Cuando di media vuelta me di de bruces con mi hija Katie, que estaba atenta a lo que yo hacía, mirándome con una cara de sorpresa que no podía con ella.

HUGO -. ¡Hola!, hija, ¿cómo te encuentras?.

KATIE -. Deja a mamá que rehaga su vida; ya que tú no supiste llevarla por buen camino.

Al decirme aquello mi hija se marchó sin despedirse de mí, ni tan siquiera darme un beso de despedida; quedándome yo todo agobiado por haber visto a mi hija que me estaba diciendo de lo que hacia su mamá.

No había andado más de ocho pasos, cuando se volvió para preguntarme algo que me quedó helado.

KATIE -. Papá, ¿no te ibas ésta tarde a la villa en el rancho?.

HUGO -. No estaba en condiciones de pilotar, encontrándome tú aquí de casualidad.

KATIE -. Mucha casualidad es ésa.

Ahora sí se alejó de mí sin un adiós que no se había quedado, como para despedirse ella de mí. Iniciando yo el camino hacia el aeropuerto; pero como era de noche tuve que coger un taxi.

A penas entendía las directrices que me daban por la torreta del control del aeropuerto, hasta que por fin oí que estaba expedita la pista que me habían asignado para tomar vuelo en mi avión particular; dándome permiso para tomar vuelo.

El vuelo lo hice muy regularmente, ya que entre pensar en todo lo que conlleva una separación y el agobio que tenía metido en mi Alma no me dejaban fijarme en los

mandos del avión muy detenidamente; hasta había abierto un piloto que no tenía que estar abierto, manipulando enseguida los mecanismo para apagar dicho piloto.

Ni tan siquiera sé cómo llegué a casa en la villa del rancho: Lo cierto era que me encontraba en la cama sin poder dormir nada; era ya las tres de la madrugada y me encontraba, todavía, despierto, por el mucho agobio que tenía metido en mi cuerpo, al saber que mi mujer, Sara, estaba rehaciendo su vida con otro hombre que no era yo y con el que tenía que rehacer su vida era conmigo. ¡Pues nada!, oí dar las seis en el carillón del salón de mi casa, levantándome para poder desayunar algo, esperando que ése alimento que metía en mi cuerpo me pudiese hacer conciliar el sueño un par de horas.

Pues claro que surtió efecto dicho alimento que tomé yo a las seis de la mañana, quedándome dormido en el sofá del salón principal de la casa. Y así como a las diez de la mañana me duché, disponiéndome para estar bien en el despacho de mi casa.

Pero cuando estaba a punto de sentarme en mi sillón sonó el timbre de la misma puerta, yendo yo para saber quién era la persona que llamaba a la puerta; recibiendo una sorpresa agradable, por ahora.

Se encontraba delante de la puerta Elizabeth, vestida con una falda casi blanca con ribetes semejantes a la bandera de los Estados Unidos del norte de América; y en vez de botas calzaba unos zapatos de color marrón, cayéndola un pañuelo desde el cuello por todo el cuerpo, hasta la cintura: Una verdadera amazonas, sí un ser angelical toda ella.

Nada más que abrí la puerta entró sin pedir permiso alguno en mi casa, con idea de saber cómo estaba y si me hacía falta que me asistiese en algún menester de la casa; ya que al parecer sabía ella me encontraba solo en mi hogar.

Menos mal que salió el ama nueva de llave, al oír la llamada, pidiéndola yo que se retirase; ya que había abierto yo al saber que era una de mis ayudantes en la equitación de los caballos.

No con muy buena cara se retiró el ama de llaves a su lugar de tarea, pues antes fue a ver si estaba bien cerrada la puerta de la calle y como aquella visita fue muy precipitada, la puerta de la calle se encontraba un poco abierta y sin pestillo ninguno.

Aquella chica, Elizabeth, se dirigió hacia los muebles pasándolos el dedo por encima, para saber si se los había quitado el polvo a todos ellos y al comprobar la veracidad de los hechos, se conformó sentándose en un sillón que había allí cerca de donde se encontraba ella.

Y como buena chica moderna, se levantó un poco las faldas para cruzarse de piernas, dejando percibir unos muslos bien hechos y formados; pero como aquella chica tenía veinte un año menos que yo, aquello no me decía nada. Aunque para decir verdad, un poco inquieto me estaba poniendo.

Pero como la chica lo hacía con una originalidad espantosa, no se la veía intenciones algunas de seducirme; por lo tanto yo me senté en frente de ella en otro sillón para saber mejor el motivo de su visita.

ELIZABETH -. Estás más nervioso tú que yo.

HUGO -. No, para nada. Lo que quiero saber el motivo verdadero que te ha traído aquí.

La chica se sonrió un poco y con los nervios de aplomo, contestaba a todas mis preguntas sin titubear tan siquiera. Tanto era así, que en un lapso de tiempo, en que no hablábamos nada, me indicó algo que me quedó completamente helado.

ELIZABETH -. Como os vais a divorciar. . .

HUGO -. ¿Quién te ha dicho a ti eso?.

ELIZABETH -. Me lo ha dicho Bautista.

HUGO -. ¿Y qué?.

ELIZABETH -. No es bueno que un hombre se encuentre sin ninguna mujer.

Ahora sí que se me cayó el Cielo encima; al saber que Sara tenía la idea de pedirme el divorcio lo antes posible: Y como buen economista pensé, en qué condiciones sería ése divorcio que me pediría Sara.

Miré a la chica un par de veces, dejándose ella mirar para poder yo escudriñar en lo más profundo de su ser, para intuir qué era lo que quería de mí. Se dejaba, totalmente, manipular de mí; como si ya fuese un familiar mío. Es más, en un momento determinado, se levantó poniéndome bien el cuello de la camisa con un gesto femenino que me embaucó por completo; a parte que olía, aquella chica, a gloria, pues se había echado encima una colonia que cautivaba a los hombres. Quedándome yo mirándola muy seriamente.

ELIZABETH -. ¿Pasa algo?.

HUGO -. Te sobra algo.

ELIZABETH -. ¿Tú me dirás?.

HUGO -. Te sobra colonia embaucadora y te sobra juventud.

Aquella chica me miró fijamente a los ojos, como para saber la firmeza de mis palabras; yéndose rápidamente al lavabo para lavarse la cara y la nuca, que era donde se había dado la colonia.

Se fue derecha a un abre cartas que tenía yo encima del escritorio y dándomelo me instaba para sesgarla la juventud que ella tenía.

ELIZABETH -. Toma: Córdame la juventud.

HUGO -. No vale con eso.

ELIZABETH -. ¿Con qué vale?.

No contesté nada, sentándome en el sofá que había allí mismo y elevando los brazos hasta media altura hacía gestos con las manos de no saber cómo se podía resolver tal impedimento en nuestra buena amistad, por ahora.

De momento comprendí, que estaba asentando nuestra amistad con vista a una posible relación entre nosotros, no queriendo correr mucho al no haber recibido contestación por parte de Sara.

La chica se daba cuenta de todo, pese a su corta edad; pero como demostraba que era ya una mujer completa, aquello me confortaba.

No la quise invitar a comer en casa, no extrañándose la chica de ésa poca indiscreción que yo tenía para ella; ya que al darse cuenta de todos mis movimientos y hasta mi manera de ser: Se fue a la hípica con cara alegre y desenfada a la vez.

La amabilidad no era lo mío en ése momento de agobio y desaire en mi persona; ya que como me había dicho Elizabeth, al oírlo por boca de Bautista, mi mujer me pediría el divorcio en corto plazo.

Como Elizabeth tuvo que participar en un rodeo, allí que me fui yo viéndola caer a tierra desde el caballo. Tenía magullada una costilla y hematomas en un brazo y en las piernas; habiendo sido lo mínimo para lo que se podía haber hecho.

Pasando a la enfermería de la universidad donde estudiaba para sus cuidados intensivos de todos los días. Pero pronto se puso bien Elizabeth, volviendo, los días que la tocaba hípica a la villa del rancho.

Hasta que un día recibí una carta confirmándome el divorcio por parte de mi mujer Sara: Ahora sí que iba en serio el separarse de mí Sara y en todo orden; ya que me pedía que firmase los papeles del divorcio. Mandándoselos yo firmados, a sabiendas de que Sara ya sería mi ex mujer; no sabiendo yo qué sería mi niña de mí, si a caso sería de mí una perfecta conocida mía; ya que a penas hablábamos y no nos veíamos, al estudiar ella en New York y yo me encontraba a muchos kilómetros de donde estaba mi niña Kaite.

Un día me armé de valor y me fui a la Gran Ciudad, para poder ver a mi hija y saber cómo se encontraba; pero al llegar a donde ella estaba, apretó el paso para escabullirse entre las personas que andaban por la calle, logrando despistarme, sin saber dónde se había ido mi hija Katie.

La busqué por los lugares donde solía ir ella, hasta esperé cerca de la universidad por si acaso lograba divisarla entrando en dicho centro; pero no, no la vi en todo el día. No sabía dónde estaría mi hija Katie, ni siquiera sabía el paradero de Bautista: Teniendo que estar los dos juntos por el mucho afecto que se tenían, ya que me daba escrúpulo decir que se tenían mucho cariño amoroso.

Pensé que tal vez estarían en casa de una amiga de mi hija y que no la vería en todo el día, por lo tanto decidí marcharme a la villa del rancho; teniendo que esperar casi cuatro horas, que era lo que yo había pedido para tomar vuelo en el aeropuerto donde tenía mi avión particular.

A la hora asignada, me monté en mi avión; teniendo que esperar otra hora más por motivos de mantenimiento de las pistas. Pero por fin levanté vuelo yéndome hacia la villa en el rancho.

Comprendí enseguida que había perdido a mi familia; me había quedado sin ella por una mala cabeza y por no haber sabido retener mis impulsos amorosos. Cosas que pasan en la vida, que no tenía que pasar si la persona tuviese sus conocimientos en regla en ése preciso momento.

Aquella noche no dormí ni un solo minuto de la noche, oyendo dar las cinco en el carillón del reloj que había en el salón principal; levantándome de improviso y sin saber lo que hacía.

Me fui a la cocina, sin saber qué hacer, calentándome un baso de leche y tomándome un bollo con aquella leche.

Aquel día llegó a mí Elizabeth, toda ella vestida de amazonas, con sombrero, chaquetilla con ribetes bordados y pantalón ajustado dentro de aquellas botas de montar; una belleza de criatura.

Creí que lo había visto todo en ella, pero me confundí cuando quise entrar en el sanitario para hacer necesidades menores, viéndola en la ducha tal y cual la parió su madre.

¡UF!: Qué criatura tan hermosa y tan esbelta: Si parecía un ángel toda ella, pidiéndola yo perdón salí del reservado con la respiración casi cortada por el mucho esfuerzo que yo estaba haciendo para quedarme quieto, pues a penas lo estaba consiguiendo.

A los pocos días llamaron a la puerta y cuando abrió el ama de llave, pude ver en el umbral de la puta al doctor Harrison que quería entrar en casa. Dejé que le anunciara



el ama de llaves y levantándome de mi sillón fui a saludar al doctor Harrison, una vez que estaba dentro del despacho de mi casa, comenzando la plática él mismo.

DR. HARRISON -. Se extrañará de mi visita.

HUGO -. Por lo menos se lo agradezco.

DR. HARRISON -. Muy amable. Pero el motivo de mi visita no es otro, que el alertarle la amistad que tiene con la señorita Elizabeth, o por lo menos me diga usted qué clase de amistad es la suya con dicha señorita.

HUGO -. Fluida, amable y respetuosa.

DR. HARRISON -. Sí, ya; pero lo que quiero saber, es si en ésa amistad que usted profesa por dicha señorita hay algo más que un afecto fluido y sobretodo amable. Ya que se dice en la villa otra cosa que usted se ha callado.

Cogí la indirecta enseguida, para volverme a levantar e irme a la ventana y mirar a través de ella, como si yo no estuviese conforme con lo que el doctor Harrison me había dicho. Explicándole yo, que entre la señorita Elizabeth y mi persona no había otra clase de amistad más que con la que yo me había expresado antes: Fluida, amable y respetuosa, como era verdad; ya que no había sucedido nada de nada, entre ella y yo.

Como Elizabeth no había dado ruido para nada, cuando se fue el doctor Harrison salió del salón más pequeño de la casa para hablarme claramente y llanamente sobre nosotros dos.

Me preguntó si yo creía en nuestra buena amistad y si ésa amistad se podía transformar, el día de mañana en una buena relación entre los dos.

Yo me quedé pensativo sin saber lo que decir; pero como la chica se estaba poniendo nerviosa, enseguida tuve que responder a su pregunta sin titubear, diciéndola

-que cuando un hombre tiene una amistad con una mujer más para allá de lo normal, extendiéndose en el tiempo: Siempre se tiene más que afecto hacia ésa mujer-.

No quedándose conforme Elizabeth con la respuesta que yo la di, para volverme hacer, otra vez, la misma pregunta de antes.

Ésta vez ya no quise evadirme de la pregunta, contestando de inmediato algo que la alegró el Alma; al decirla, - que ya estaba sintiendo por ella algo más que una simple amistad, ya que mi corazón y mi ser estaban por ella -, sin nombrar para nada el cariño.

No, no la dije que la estaba queriendo, que la quería con toda mi Alma porque aquello no era verdad: Solamente era una larva dentro de un cariño venidero en el tiempo y en su persona.

Algo, era algo; ya que ella sí veía en mí un interés por su persona que no era un simple interés pasajero: Por eso se quedaba conmigo, a mi lado para cuidarme y darme valor y efluvio de fe en mi pobre Espíritu, maltrecho por las circunstancias.

Se dejó caer sobre mi pecho, poniendo su cabeza sobre mi hombro y al ver yo eso la abracé como nunca había abrazado a nadie que yo no estuviese completamente enamorado de ella.

Pero pronto reaccionó Elizabeth quitándose de donde estaba recostada, en mi tórax, para quedarse mirando fijamente a mis ojos; viéndolos totalmente vidriosos por las lágrimas que estaba derramando por ellos, al acordarme de mi ex mujer Sara.

Me prometí una cosa sin que ella se diera cuenta: Que no la tuviese que llamar, a ella también, mi ex por no haber tenido mis conocimientos en regla un día cualquiera.

Pero como Elizabeth me vio un poco cohibido, se fue a sentar en un sillón que había frente al mío, para poder seguir nuestra conversación y sentar bien nuestra relación sentimental, como era la que estábamos teniendo desde hacía ya un par de meses.

No me daba cuenta, que Elizabeth tenía una maleta cerca de ella y al preguntarla por la misma, me contestó que ésa noche pernoctaría en mi casa; tomándose la libertad de invitarse ella sola.

No sabiendo yo qué clase de libertad se estaba tomando Elizabeth con respecto a mi persona, ya que yo no podía admitir a nadie por ahora, al estar totalmente dolorido por la separación de Sara. Así se lo hice saber a aquella chica, comprendiéndolo totalmente en toda su amplitud de ése concepto.

Claro que sí pernoctó en mi casa Elizabeth, pero en camas separadas y en habitaciones no juntas; no pudiendo yo dormir nada, en aquella noche, por estar pensando en aquella chica y en Sara a la vez.

No me hacía a otra mujer que no fuese Sara; no podía hacerme, ya que Sara y yo habíamos vivido juntos muchos años, a parte que nos queríamos: Porque yo quería a Sara con todas mis fuerzas de mi corazón, la amaba entrañablemente.

Yéndose por la mañana temprano Elizabeth a la Ciudad donde ella estudiaba, quedándome solo, una vez más en mi casa; con unas señoras como ayudantes mías y un señor como ayudante de conservación.

Lo peor fue, cuando llegó el sábado y el domingo; ya que los tenía que dar permiso para que librasen de sus tareas cotidianas, dentro de la casa; viéndome totalmente solo y como abandonado.

En ése preciso momento, ahí sí tomé yo conciencia de lo que podía ser Elizabeth para mi persona; pese a que tenía veinte un año menos que yo: Siendo un escollo principal la edad. Yéndome al ordenador y buscando algo para que el hombre conserve todas sus fuerzas, o por lo menos las demuestre en un momento determinado. Encontrando en el ordenador algún que otro medicamento para elevar la potencia sexual

al hombre; pues el día de mañana ya no tendría tanta. Y tal vez se me decayera la libido sexual con el que yo había vivido toda mi vida, haciendo jactancia de ello.

Tal vez tendría cobardía dentro de mí; teniendo que hablar con Elizabeth sobre dicho problema que yo sentía, por si algún día no pudiese estimular a mi pareja como debiera ser.

Aquella semana no llegó por mi casa Elisabeth, comprendiéndola totalmente; ya que mis indecisiones no podían ser buenas para atraer mentalmente a la chica, en su estado anímico con respecto a mi persona. Por lo tanto me estaba desesperando, cuando sonó el teléfono oyendo la voz de Elizabeth a través del auricular del mismo. Elevándoseme la moral y hasta las ganas de salir con ella, fuese donde fuese.

Así era, pues Elizabeth me estaba emplazando a una Ciudad muy bonita, para mi parecer, Chicago. No lo pensé dos veces, yéndome a dicha Ciudad, sin haberlo pensado. Y cuando aterricé en su aeropuerto, ya me estaba esperando Elizabeth con dos personas que se encontraban cerca de ella.

Salió corriendo la chica dándome un abrazo que por poco me rompe una costilla de lo fuerte que me lo dio; presentándome más tarde a esas dos personas, como a sus padres.

No lo había pensado dos veces la marcha que hice aquel sábado por la mañana, así que me vi envuelto en una maraña de ideas, formadas por la chica; al presentarme a sus padres en el mismo aeropuerto.

Nos fuimos a su casa, mejor dicho; a la casa de sus padres para poder descansar un poco y tomar parecer de nosotros mismos; teniendo un instinto, su madre, brutal mandándola a su hija que saliese para adquirir la prensa diaria, ya que los repartidores no habían llegado a su casa aquel día; comprendiendo lo que los pasaba a los repartidores de prensa.

Mientras estaba Elizabeth en busca del daily, “diario”, me abordaron sus padres de Elizabeth con unas andanadas de preguntas sobre mí y su hija; no sabiendo yo cómo iba a salir triunfante de aquellas preguntas como me estaban haciendo los papás de Elizabeth: Y eso, que solamente éramos amigos; pues entre nosotros no había sucedido nada de nada.

Quedando bien sentado, que su hija y yo si seguíamos saliendo, el día de mañana, tal vez notaríamos un cariño verdadero; pues su hija era formidable, excelente, simpática y con un buen humor que para sí quisieran tener muchas personas.

Ya me lo dijo el predicador; que tuviese cuidado con no hacer daño a la chica, al igual que me lo habían dicho sus padres, pero yo no estaba por dejar a Elizabeth para nada. Y estando en ése pensamiento sonó el teléfono llamando a los padres de la chica; ya que su hermana del padre se encontraba bastante enferme en el hospital.

Pregunté a Elizabeth por las circunstancias que los llevaban a otra localidad, expresamente a Boston a sus padres, enterándome claramente del problema que tenía su padre con su hermana; pues que aquella señora se encontraba totalmente sola y sin nadie que la cuidase.

Y he aquí yo sólo con Elizabeth en su casa, para orgullo mío y decepción de ella, a mi simple parecer: Pero no, no fue así; ya que cuando entré en mi cuarto pude ver encima de la cama su pijama, llamándola de inmediato para saber qué significaba aquello.

HUGO -. He visto tu pijama encima de mi cama.

ELIZABETH -. Sí, lo he puesto yo.

HUGO - ¿Con qué motivo?.

ELIZABETH -. Quiero que me hagas mujer.

HUGO -. ¿Cuándo?.

ELIZABETH -. Ésta misma noche.

Acabáramos: O dobléaba a sus pretensiones, o permanecía al lado de mis pensamientos con respecto a ella.

HUGO -. ¿No te parece que vamos muy rápido?.

Se me quedó mirando Elizabeth con cara de sorpresa al decirle yo eso, que íbamos muy rápido; para apostillar su idea, momentos después.

ELIZABETH -. No: Para mí, no vamos muy rápido. Vamos igual que todas las parejas.

Así se expresaba Elizabeth ante mi indecisión de hacerle caso a su propuesta de hacerle mujer aquella misma noche. Sentándose en un sillón para cruzar las piernas y dejarse ver toda su curvatura de floritura de Abril: Como era aquella chica.

Yo contaba las hora que quedaban para que llegase la noche y cuando llegó, alegué querer ver un programa en la televisión que me gustaba mucho; cogiéndome de un brazo la chica para llevarme, en unos segundo a la alcoba donde poder lograr la culminación de sus deseos.

Pero cuando todo lo tenía como perdido, de repente la chica no sabía cómo ponerse en el coito personal de nosotros dos. Estaba muy nerviosa, así que levantándose de la cama me apuntó algo que me quedó helado.

ELIZABETH -. Pienso. . . ?.. . ¿Si no es mejor hacerlo cuando estemos casado?.

¡EA!, todo se lo decía ella; yo no había hablado nunca de casarnos, ni de ser tan siquiera, novios: Pero ella se lo decía todo. Y menos mal que no ponía la fecha de la boda; porque si no ya sería cosa de pensar.

Ésa juventud con la que estaba alardeando ella, me agobiaba cada vez más; no dándose cuenta que yo tenía veinte un años más que ella: Y que cuando ella fuese una completa mujer, yo no podría ni con los calcetines que llevaba puestos.

Pero, qué va, a ella la importaba poco cualquier cosa; la dijese lo que la dijese: Ya fuese como para o anda para allá. Que ella permanecía en sus treces, en quererme a su manera y en amarme mucho, para que yo me sintiese alagado del todo; cosa que no estaba logrando, se daba todo lo contrario a lo que ella quería obtener de mí: El confort más placentero y que me sintiese agradable con su compañía.

Era tanto así, que llegó el día en que yo me tenía que marchar a la villa del rancho para seguir gestionando mi propiedad; no permitiendo que me fuese sólo a la villa en el rancho; alertándola yo que no los gustaría a sus papás dicha ida a la villa, por parte suya. Tampoco los gustaría a los catedráticos suyos y a sus profesores que abandonarse los estudios tan rápidamente como lo había pensado; además que a secretaría tendría que devolver los créditos tomados por ella.

Estando hablando con Elizabeth me llamaron por teléfono, siendo Sara; con motivo de quererme presentar a su prometido para ver si yo era afecto a ello, más bien al hombre que ella había elegido para formar familia nueva.

Así se lo hice saber a Elizabeth, que poniendo mala cara no la gustó nada la noticia que la estaba dando: Apostillando ella una pregunta.

ELIZABETH -. Sara se encuentra en Illinois, ¿Verdad?.

HUGO -. Así es.

Volví a la villa, en el rancho, para preparar mi ida a Illinois, con motivo de dar el visto bueno al hombre que mi ex mujer había elegido para marido. Pero antes pasé por la oficina principal para saber cómo iban las cuentas de todo el rancho; diciéndome el encargado general de los contables algo que me llegó a lo más profundo de mi Alma.

CONTABLE -. Menos mal que el rancho va por su curso sólo; así que las cuentas se hacen como si fuese un calco unas de otras.

Me quiso decir, que no ponía yo mucho interés por saber la trayectoria del rancho y con ello las cuentas que tenía en activo y en pasivo.

Se había generalizado el movimiento de las actividades del rancho: Todos los años eran parecidos los balances y los asientos que se hacían en el.

Así que marché a la bonita y gran ciudad de Illinois pensando en lo abandonado que tenía la contabilidad, por no saber las cuentas de las actividades del rancho; de tal manera, que cuando llegué a Illinois apenas me di cuenta de que estaba en aquella bella ciudad.

Por supuesto, me estaba esperando Sara en el salón de la casa; para que diera mi consentimiento en la unión de aquel hombre con ella en matrimonio.

Yo no hacía más que mirar para todas las partes del salón, como buscando con la vista a mi hija Katie y al no verla dirigí la mirada hacia Sara, comprendiéndome ésta con un simple gesto que yo hice.

SARA -. Ahora vendrá Katie; pues está comprándose unos zapatos para el evento.



Me tranquilicé un poco al saber que mi hija Katie estaría presente en aquella ocasión, en donde yo tenía que dar el visto bueno al hombre que había elegido mi ex mujer para que formase una familia entre los dos en matrimonio.

Pero al primero que vi fue al doctor Harrison, saliendo de una habitación, para venirse hacia mí y saludarme muy cordialmente.

Al poco tiempo llegó mi hija Katie saludándome muy efusivamente y con afecto familiar; no sabiendo yo si aquel saludo que me estaba haciendo mi hija era para que lo viese el predicador o era un afecto entrañable que la salía de su Alma. Pero como a mí me daba igual, con tal de que me besase, abracé a mi hija Katie con todos los deseos de mi corazón, besándola en la frente varias de veces.

Sintió, claro que sintió mi hija Katie ése afecto trasformado en cariño con el que yo la saludaba a ella y ésas ganas que tenía yo de verla: Todo eso notó mi hija al saludarla yo con todo el cariño del Mundo.

Tanto era así, que se me quedó mirando a los ojos con la retina vidriosa por las lágrimas que derramaba en ellos, sin caerla al suelo: Parecía como si se tragase, mi hija Katie, las lágrimas; y era que de vez en cuando se limpiaba con un pañuelo de seda esos ojos tan bonitos, como tenía mi hija en aquellos precisos momentos de fraternidad y consuelo, por haberla visto yo.

Pero pronto se desvaneció todo instinto de cariño en mi hija Katie, cuando vio entrar a Elizabeth en casa; que dando los buenos días se puso en medio del salón saludando a todas las personas que había en el. A Sara la dio un beso y a mi hija Katie la dio un abrazo interminable; como si con ello fuese un acercamiento hacia su persona.

Siendo todo ello ficticio, según pude ver en los movimientos que empezó hacer mi hija Katie, como rechazando aquel abrazo, no grato para ella; pues mi hija ya había oído decir algo sobre Elizabeth y yo.

Se levantó el predicador de donde estaba sentado, para irse al medio del salón; que era dónde se encontraba Elizabeth, y ni corto ni perezoso la hizo una pregunta que me llegó a lo más profundo de mi ser.

DOCTOR HARRISON -. ¿Qué haces aquí?, hija.

Aquello lo dijo el predicador con un tono de ironía, que rayaba todo el cinismo del Mundo y sin saber por qué se lo había dicho. Por lo menos, quién primero la tenía que haber saludado era Sara; ya que no había abierto su boca para darla los parabienes en su casa.

Elizabeth no se arredró y viniéndose hacia mí me asestó un beso en la boca que me quedó completamente helado.

En ése momento se levantó mi hija Katie del sillón donde estaba viendo dichos gestos por parte de la chica, que me estaba embelesando, cogiéndola de las manos y sacándola a fuera de la casa, diciéndola:

KATIE -. Mientras mi papá no diga otra cosa, no vuelvas por aquí.

Se me quedó mirando Sara, pero sin preguntarme nada al respecto; lo tuve yo que hacer, para que supiese que era yo el más sorprendido.

HUGO -. (Encogiéndome de los hombros, respondí algo) -. El más sorprendido soy yo; pues nunca la he dicho nada a la señorita Elizabeth.

En estos momentos se me acercó el predicador con ganas de saber más sobre las relaciones o la amistad que me unían a la señorita Elizabeth.

PREDICADOR -. ¿No ha habido relaciones?, ¿es solamente amistad entre tú y ella?.  
Contesta hijo.

HUGO -. Solamente ha habido amistad entre Elizabeth y yo. Nunca he abierto la boca para darla señales de cariño.

El predicador se fue a sentar otra vez en su sillón sin volver a pronunciar palabra alguna al respecto; quedándome yo como pensativo al poder comprobar que aquella chica me quería y bastante.

Si Elizabeth se había atrevido a dar aquel paso, era por el cariño tan enorme que me tenía y no por la amistad que nos unía, a ella y a mí.

Di mi consentimiento a la unión de mi ex mujer, Sara, y aquel hombre un tanto adormecido; ya fuese por los acontecimientos del día o por la causa de tenerse que casar cuando nunca lo había hecho, pues era soltero. Pensando enseguida yo, que a Sara no la convenía un hombre soltero y poco ducho en el matrimonio, debido a su carácter febril y emocional en cuanto a las relaciones con su pareja.

Mal, muy mal la iría a pasar con aquel hombre serio, vanidoso, sin gusto, muy emocional momentáneamente, y poniendo, a lo primero, todo el impulso en el amor, para más tarde desinflarse en cuanto a sus afectos: No que fuese una joya la criatura, era más bien un títere en manos de una mujer ducha en el amor.

Mi niña, con todo el cariño del Mundo, me invitó a salir de casa para que pudiesen hablar, mejor, su madre y aquel señor tan engomado. Pero como la suspicacia era mucha en aquel momento, me pidió el predicador, que si era posible le llevase a la villa en el rancho.

La hoja de ruta, en el vuelo, costaba de dos personas en el avión, yo no sabía lo que hacer; así que explicándoselo al predicador no le daba ninguna clase de garantía como para que fuese viable llevarle a la villa en el rancho.

Entré por el lado opuesto al aeropuerto, como para poder pedir permiso en el control del aeropuerto para llevarme conmigo al predicador; y como yo sabía dónde había llegado, le pedí el permiso para poderle llevar en mi avión al predicador.

Pidiéndome varios impresos a la vista: 1- Pasaporte de EE:UU, 2- tarjeta pasaporte EE:UU, 3. tarjeta “viajero confiable” deL DHS (GLOBAL ENRY, NEXUS, SENTRI, FAST), 4- tarjeta de residencia permanente, 5- tarjeta de cruces de fronteras, 5- licencia de conducir mejorada de DHS.

¡Vamos!; que no se podía ir conmigo a la villa en el rancho, por más que quisiera; debido al tiempo que se tardaría en gestionar dichos documentos, Yo, como buen creyente, le compré un billete de avión al predicador, quedándosele en consigna para que le llamasen por megafonía; una vez que tuviese los papeles necesarios para el vuelo en las manos.

Sin falta de tiempo me fui al lado contrario de donde habíamos entrado, que era por donde yo tenía que presentar mis credenciales, viendo a Elizabeth a mi espera, sentada en un banco del aeropuerto.

Sí, porque aquella tarde me llevé a la villa del rancho a mi “amiga” Elizabeth, según yo, que no según ella.

Nada más me dieron permiso para despegar y tomando velocidad de crucero, se durmió dicha chica, sin más contemplaciones que no fuese un solo pensamiento: Pensar en mí y en ella.

Momentos antes de aterrizar en el aeropuerto del rancho, en la villa, la desperté a Elizabeth, con una sola idea: Que estuviese atenta a los posibles paparazzis del aeropuerto.

ELIZABETH -. ¡AH!: ¿Pero aquí hay paparazzis?.

HUGO -. ¡UF!, hija: Aquí ya hay de todo, también existen las revistas del corazón.

A los dos días se fue Elizabeth de mi casa, en la villa, para poder seguir sus estudios y sacar una carrera, que la sirviese en la vida como sustento y relax de sus actividades mundanas.

Pero a poco tiempo sonó el timbre de la puerta yendo yo para abrirla, no dejando al ama de llaves que lo hiciese, ya que yo estaba más cerca; recibiendo una sorpresa agradable por mi existencia, ya que la persona que se encontraba en el umbral de la puerta era mi hija Katie. Y sin pedir permiso alguno, después de darme un beso como saludo, entró en casa sin decir una sola palabra; por lo tanto yo tenía que saber el motivo que la traía para casa a mi hija Katie.

HUGO -. ¡Qué sorpresa!. ¿Qué te trae por aquí?, hija.

KATIE -. Vengo para quedarme un tiempo en mi casa.

No dijo nada más y entrándose en lo que fue su cuarto se acopló cómodamente en el, para salir media hora más tarde de su habitación con deseos de saber de mí; sobretodo de Elizabeth, ya que esperaba estuviese en casa dicha chica.

La plática duró hasta la hora de la merienda, al llamarnos el ama de llaves y decirnos, que estaba preparada la comida.

Nos sentamos a la mesa los dos, mi hija Katie y yo, mirándonos el uno al otro como si quisiéramos saber el pensamiento del otro: Y en general, yo daría algo por haber sabido qué pensaba mi hija Katie.

Mi hija Katie no desviaba la vista de mí, a la vez que pensaba algo y no poco sobre mi persona. Pero al igual lo hacía yo; así que en un momento determinado, y cuando se estaba poniendo nerviosa mi hija Katie, la hice una pregunta inesperada para ella.

HUGO -. Hija, cielo: ¿En qué piensas?.

KATIE -. Te lo voy a decir.

Y sin soltar el tenedor, comenzó a dar con el en el plato, a la vez que hacía círculo alrededor de la servilleta. Pero como la vi bastante nerviosa y no lograba emitir una sola palabra por su boca, la insté para que lo hiciese.

HUGO -. Hija, dime ya lo que me quieras decir.

KATIE -. ¡Pues sí que te lo voy a decir!.

Tomó una bocanada de aires en sus pulmones, como para tener el suficiente valor de decirme lo que ella pensaba, para después erguirse sobre su silla y apostillar, con palabras, todo lo que ella tenía metido en su cabeza.

KATIE -. Ésa chica no te conviene. Papá, tienes veinte un año más que ella; y cuando tú ya seas mayor, no podrás con ella.

Me quedé pensando en lo que me decía mi hija Katie en aquel momento, pues en vez de decirme viejo me llamó mayor. Lo que me estaba diciendo mi hija Katie, lo tenía que tomar muy en serio; pues mi hija era un ángel la criatura, sin maldad ni picardía alguna: Por eso no vio hasta qué punto la unía con Bautista; ya que todos los habitantes de la villa del rancho lo decían, sobre todo a lo último: Que éramos hermanos. Haciendo caso omiso a dichas divulgaciones en la villa del rancho: Así la pasó a mi hija Katie, que se quedó sin su amor, echándome la culpa a mí.

Pero como mi hija Katie estaba esperando para que yo dijese algo, sí se lo dije: La enteré bien de lo que pasaba entre Elizabeth y yo.

HUGO -. Hija, cielo: Yo nunca la he hablado, a Elizabeth, de amor, ni la he dado promesa ninguna de unión matrimonial; todo ha salido de ella.

KATIE -. O sea: Que está embelesada por ti Elizabeth. Mejor me lo pones, para hablarla claramente y cuanto antes; no vaya a ser que sea ya tarde: Cuando no haya remedio alguno, por estar completamente enamorada de ti al habérselo creído,

HUGO -. (Nervioso perdido). ¿Qué se ha creído?.

KATIE -. Que la quieres, y poder desarrollar toda su imaginación contigo y hacerse efectivo su deseo de que os casaseis.

Como yo estaba nervioso perdido, no me daba mucha cuenta de lo que me quería decir mi hija Katie; pero las intenciones eran buenas, por lo tanto la enteré bien de las relaciones que tenía yo con respecto a Elizabeth.

Me fui de ella, mi hija Katie, con la vergüenza en la cara al no comprenderla muy bien, entrándome en mi cuarto con idea de no salir de el hasta la hora de la cena. Al tiempo que oí llamar por teléfono a mi hija Katie; poniendo yo interés por saber a quién llamaba, no haciendo falta que me esforzase mucho, ya que hablaba en voz alta con su madre.

La detallaba toda la conversación que yo tuve, momentos antes, con ella; haciendo hincapié, mi hija Katie, para que su madre supiese toda la verdad de lo que existía entre Elizabeth y yo. Hasta oía las risas que echaba Sara por el auricular del teléfono, cuando su hija Katie la estaba enterando de toda la relación o amistad que tenía yo con respecto a Elizabeth.

No sé cuanto tiempo estuvo hablando mi hija Katia con su madre, Sara, pero la verdad era que yo me estaba poniendo, cada minuto que pasaba, más nervioso todavía. Y ése nerviosismo me llevó al sueño más profundo, que nunca he tenido.

La tarde y la noche la pasé esperando algún acontecimiento que no llegaba por parte de las dos mujeres que siempre he amado, mi ex mujer y mi hija. Pero al día siguiente vi llegar, cogida de la mano, a mi hija Katie y a Bautista; corriendo yo, enseguida, para salvar tal escollo entre ellos dos.

HUGO -.¡ Que sois hermanos!.



Y como aquello lo dije con un gran sentimiento y dando una gran voz, que lo oyeron todas las personas que pasaban por la calle: Mi hija Katie, apostilló aquello que ya sabía.

KATIE -. Ya lo sabemos, papá.

Al oír decirla eso a Katie, Bautista remachó lo que yo no me esperaba, llegándome al corazón sus palabras.

BAUTISTA -. Sí, papá; ya lo sabemos.

Al decirme eso Bautista, con gran sentimiento de su Alma y sin reprocharme nada, se me ablandaron las fibras del corazón, llegándome sus palabras a lo más profundo de mi Alma: Cuando siempre me había llamado “señor”, para apostillar con un “usted” lo que me estaba diciendo.

Con todo y eso que me llamó papá Bautista, a la mañana siguiente vino su madre, la señora Irene a mi casa con no menos nervios que lo ordinarios.

IRENE -. Tú a mi hijo no le tienes que decir con quién tiene que juntarse.

Aquello me quedó cortado, sin saber qué contestarla; ya que a la señora Irene se la veía muy excitada por los nervios que tenía al saber que yo los había llamado la atención a los chicos.

Pero como yo no decía nada y bajé la cabeza como avergonzado, a la señora Irene se le desinflaron los nervios, por así decir, no volviendo a expresarse con ese genio de antes hacia mi persona.

Parecía como si hubiese recapacitado y se diese cuenta que había obrado mal delante de mí, al decirme aquello con un súbito increíble en la inflexión de sus palabras.

Al momento se calmó, sentándose en un sillón que había en el salón mayor de mi casa; para obrar mejor cuando llegaron los chicos a mi casa, en perfecta armonía. Levantándose del sillón para ir a darlos sendos besos de paz y felicidad a mi hija Katie y a su hijo Bautista.

Bautista no hacía más que mirarme a mi y mirarla a ella, a su madre, al vernos juntos en mi casa y en grata compañía el uno con el otro. Alguna explicación había que darle al chico; pero ninguno de los dos nos atrevíamos, por si acaso se enredaba más la madeja del amor que había entre Katie y él.

Hasta que por fin se atrevió hablar la madre de Bautista, la señora Irene, con palabras sabias y bien pronunciadas; para que no existiese ninguna duda de lo que éramos nosotros cuatro. Y en voz alta, comenzó hablando de la situación en la que nos encontrábamos todos nosotros.

Irene se adelantó hacia Bautista, para irse al centro del salón, comenzando hablar claro y limpio.

IRENE -. Hijo, éste señor es tu padre biológico. . . ?. . . Y ésta chica es tu hermanastra. . . ¡Vamos!, tu hermana. Dinos ahora, a tu padre y a mi: ¿Qué es lo que quieres hacer?.

El chico se quedó que no podía pronunciar palabra alguna; aunque ya sabía, por habladurías de las gentes, que yo era su padre: Pero con todo y eso, el chico no se

atreví a decir nada. Solamente me miraba con cara de afecto y cariño; no siendo suficiente esa mirada tan entrañable con la que me miraba, pues yo necesitaba más: Que me dijese lo que pensaba hacer entre él y mi hija Katie.

Sin saberlo, yo también me levanté de mi sillón con los nervios destrozados por las circunstancias de la vida, al no oír palabra alguna por boca de mi hijo Bautista; cuando en otra ocasión me había llamado “papá”. Pero ahora estaba delante su madre y había oído esas palabras por boca de ella, la señora Irene. Y encogiéndose de hombros emitió un juicio razonable para que nos confortásemos su madre y yo.

BAUTISTA -. ¡No sé!. . . No sé qué debo hacer. . . Mi instinto y mi conciencia me dicta me esté quieto con mi hermana.

Buen razonamiento tuvo en ése momento Bautista, mi hijo; pero lo que yo no sabía era cómo pensaba mi hija Katie, y precisamente lo quería saber por boca de ella. Así que sin falta de tiempo la hice la pregunta deseada para mí, no contestando mi hija Katie de momento; ya que bajó la cabeza, sin pensar nada al respecto, para contestarme más tarde con una afirmación.

HUGO -. Y tú, Katie: ¿Qué piensas hacer?.

KATIE -. Yo, papá pienso lo mismo que Bautista: Estarme quieta.

Al oír aquello me conformé con lo que me dijo mi hija Katie por boca suya; pues era una chica que no sabía decir incertidumbres en sus palabras, y menos confundir a sus interlocutores.

Aquellas palabras las dijo con certidumbre de que ella lo haría como decía; pero a la vez me echó una mirada como no perdonándome nunca aquel despropósito que cometí en la persona de la señora Irene, al no estarme quieto con ella. Así que la di las gracias más efusivas que nunca se han dado.

HUGO -. Gracias, cielo, hija mía; te lo agradezco en el Alma.

Sabiendo acto seguido, que por la mañana temprano se iría para seguir sus estudios en la universidad de New York, quedándome lánguido y descolorido; al verme que me quedaba sólo en la vida y sin nadie.

Así fue; pues a la mañana siguiente madrugó para tomar un vuelo que iba desde el aeropuerto del rancho hasta Detroit y desde allí, en una hora y cincuenta y cinco minutos llegar hasta New York.

La quise acompañar a mi hija Katie en aquel vuelo, pero se negó totalmente que yo abandonase el rancho; ya que ella había oído se subastarían unas parcelas para colonos en forma de arrendamientos; no permitiendo dejase sólo a los señores contables y a los señores juristas para nada: Ya que mi deber sería estarme allí para firmar dichos arrendamientos, a los nuevos colonos.

Así lo hice y antes de la tarde tenía llamada telefónica por parte de mi hija Katie, diciéndome que ya se encontraba en su lugar destino, en la universidad de New York.

Pero antes de media hora había otra llamada desde secretaria general del rancho para que fuese a la oficina; ya que tenía pendiente la firma de los contratos de arrendamientos de los colonos, yendo de inmediato a la oficina general para tal fin.

Cuando terminé firmar los contratos de arrendamiento de lo colonos me fui a casa, sintiéndome sólo en ella y sin saber lo que hacer; hasta cogí el teléfono para llamar

a Elizabeth, pero enseguida se me quitó la idea, colgando el teléfono de casa, para en un momento determinado comenzar jugando con el móvil sin saber lo que hacer.

Salí a la calle sin rumbo fijo, hasta llegar a los hangares, donde se encontraba Francisco muerto de pena y con toda la vergüenza del Mundo encima; pero en vez de recibirme con rabia, me saludó muy cordialmente, como si entre nosotros no hubiese pasado nada.

Yo, por mi parte, hice otro tanto de lo mismo: Ignorando lo que había pasado entre su mujer Irene y yo, teniendo aquel retoño de hijo bien educado por ellos, al que yo aprecio mucho y quiero más.

Y para más inri me llegué a casa de Francisco viendo en ella a la señora Irene, preparando la comida; ya que iba a llegar su hijo Bautista en pocos minutos. Y como yo me hice el remolón, me invitaron a comer el matrimonio, Irene y Francisco; ya que había llegado éste a su casa, pero también llegó Bautista repartiendo besos a diestro y a siniestro. A mi me dio un beso que me supo a poco, notándolo él para volverse sobre sus pasos y darme otro beso en las mejillas: Saliéndome un “gracias hijo! de mi boca.

Al escuchar decirle eso a Bautista, Francisco me miró como avergonzado, pensando yo que nunca más diría dicha palabra a Bautista delante de él. No le gustaba a Francisco que llamase hijo a Bautista, habiéndole criado él.

Aquí paz y aquí gloria, ya que medió su mujer Irene entre nosotros dos; poniendo orden en los nervios de su marido Francisco y en los míos. Que más bien fue una exaltación dentro de cada uno, por haberle llamado yo a Bautista, “hijo”.

Volví, una vez más, a mi casa encontrándome sólo y desvaído, sin nadie que me hablase con palabras gratas: Que me quitase aquellos nervios que yo había cogido en casa de Francisco, por no haber sabido hablarle claro y callar más que decir.

Amaneció; claro que amaneció otro día y con el una exaltación de valores infinitos a un canto de Espíritu maltrecho, machacado por la vida.

Amaneció sin yo saber que en la calle estaba el Sol por todo lo alto; ya que tenía yo las ventanas cerradas, encontrándome yo encima de la cama y sin haberme desnudado tan siquiera.

Me fui derecho al baño y cuando me miré al espejo me vi con barba de dos días; pues el día anterior no me había afeitado, y hasta me parecía que olía mal; duchándome de inmediato para no atufar a las personas que se cruzaban conmigo.

Hasta me parecía que estaba más viejo y más demacrado en la fisonomía de la cara; al no hacer una comida en orden, pese a que el ama de llaves me instaba para que comiese bien, sobretodo la merienda. Pero ¡qué va!: Yo no hacía nada por comer, ni tan siquiera un bocado de algo succulento, como me presentaba el ama de llaves.

Salí a la calle sin saber dónde ir, ni dónde cobijarme; pues el decaimiento corporal seguía al decaimiento psíquico. Observándome los peatones, que iban por la calle, tal estado de ánimo mal encaminado hacia mí persona.

Me entré en un café bar; ya que no había desayunado, para poder almorzar y estar en perfecto estado de fuerzas todo mi cuerpo, ya que el Alma la tenía, totalmente, decaída y sin ganas de hacer nada: Tan sólo quería estar acostado y eso no podía ser en cuanto yo me debía a mis obligaciones.

Mis obligaciones: Sí, yo no podía dejar mis obligaciones ni un solo día; pues me acostumbraría no ir a la oficina general, ni revisar las cuentas para nada, como también no podía dejar ir a la oficina de los señores juristas; para tomar el pulso a las normas, Reglamentos, Decretos y Leyes que pudiesen haber declarado nuevas. No podía dejar todo aquello para el buen desarrollo y orden de una buena Legislación Jurídica.

El Estado me comenzó a mandar todas las variaciones de Leyes y Reglamentos que hubiesen sido aprobados en la Corte de aquel Estado y así sabía yo a qué acogerme el día de mañana, sabiendo todas las variaciones de las Leyes del Estado.

Pasaron los días no teniendo apego a nada; hasta que una mañana me levanté con el ánimo más efusivo que ningún día, yéndome a las caballerizas para saber algo sobre los Cowboys y estando en las cuadras vi llegar a Ryan con paso característico de Cowboy; pues lo primero que enseñaba, al dar cada paso, eran sus botas, para después enseñar sus espuelas no tan señaladas como en otras actividades.

Unas veces cogía su sombrero en las manos, otras veces se lo ponía y hasta venía andando dando como tumbos hacia los lados: ¡Vamos!, que venía diciendo, aquí estoy yo. Brillándole la hebilla como si fuese un farol.

Ryan se alegró mucho al verme; pues todo el mundo decía que yo no salía para nada, que si tal vez estuviese enfermo.

RYAN -. Me alegro verte.

HUGO -. Igual digo, Ryan.

RYAN -. Solamente una cosa.

HUGO -. Tú dirás, Ryan.

RYAN -. El Rancho es relativamente nuevo; pero aquí vivimos los hombres más arriesgado de todo el Estado.

Había comprendido bien a Ryan lo que me quería decir; haciéndole yo una inclinación de cabeza, como afirmando lo que éste me había dicho. Pasando una mañana agradable con Ryab, hasta que llegó mi ayudante Ricardo, para irnos a merendar, comer, al restaurante que hay en el complejo de equitación.

¡UF!, qué comida: Un buen churrasco de lo mejor que he probado yo en toda mi vida, así como bebido el mejor vino que nunca había probado yo. Hasta que a la fiesta se sumó Linda. Y entonces fue cuando comprendí que aquellas personas me querían hacer lo más agradable posible la vida.

No sé yo si aquello era por compasión o por motivos amistosos entre todos ellos hacia mi persona: Lo tenía que averiguar cuanto antes, así seguiría yo entre ellos gustosamente o, por el contrario, me marcharía a mi casa sin ánimo alguno.

Lo supe en un momento que se levantó Linda para hacerme bailar una pieza de baile de Cowboy: Bailándola como nunca la había bailado yo.

Hasta se cogió, Linda, de mi cuello no queriéndome soltar para nada; viéndola yo que estaba muy alegre y entre medio muy azarada por esa misma alegría que tenía dentrote su Alma, no sabiendo lo que hacía. Hasta que por fin se soltó de mi cuello, yéndose hacia la fuente de la sangría, echándose un buen baso para degustarlo de inmediato y poder brindar conmigo y con todos nosotros.

Ahora sí; ahora sí que me fui a mi casa con el ánimo bien elevado y la moral bien alta; prometiéndome a mí mismo no decaer nunca más en ése estado de apatía, como me había visto hasta ahora.

Aquella noche dormí placidamente, hasta las nueve de la mañana; y eso que me despertó el timbre de la puerta de la calle, no sabiendo yo quién podría ser en aquella hora tan temprana para mí.

Fue otra puerta la que sonó al poco tiempo de haber entrado en mi casa una persona, y esa persona era Elizabeth; por no tenía actividad deportiva alguna el sábado y el domingo por ser días que se paraba toda clase de acontecimientos: Allí que estaba dicha chica, llamando en la puerta de mi habitación Elizabeth; pudiendo yo notar su perfume sin haber abierto dicha puerta.



La mañana estaba transcurriendo normalmente, hasta que Elizabeth me pidió que la acompañase al sistema de equitación, alertándola yo que tenía mucho trabajo en la oficina general del rancho; yéndose sola a las caballerizas, quedándome solo y a mis anchas.

Pero así como a media mañana sonó el teléfono de casa y al coger el auricular del teléfono recibí una sorpresa mayúscula; ya que era mi ex mujer Sara, con idea de saber como estaba yo.

HUGO -. Qué sorpresa, Sara.

SARA -. Te llamo para saber cómo te encuentras.

HUGO -. Echándote de menos.

SARA -. ¿Eso es verdad?.

HUGO -. Tan claro, como el Sol que nos ilumina.

Oí como un burbujeo de saliva dentro de su boca; como si la hubiese gustado lo que yo la decía en aquel momento de pasión y de deseos por tenerla cerca de mí a ella; notándola, además mejor respiración y mejor predisposición para hablarme con toda la confianza del Mundo.

En lo único que fallé, fue cuando colgué el teléfono sin decirle muchos besitos, despidiéndome de ella con un adiós muy frío.

Cuando llegó Elizabeth del complejo de equitación, me notó alegre y confiado en sí mismo; no sabiendo las causas de aquel derroche de alegría.

ELIZABETH -. ¿Qué te pasa?.

HUGO -. A mí, nada.

Creyéndose Elizabeth, que tal vez estaría yo alegre por tenerla conmigo en aquel día: Así que apostilló se tenía que marchar al día siguiente por tener en la universidad una prueba, en forma de ejercicio, para evaluar la nota de su expediente académico.

Yo me entré en mi cuarto, haciendo un gesto característico, cuando cerré la puerta detrás de mí, como que me alegraba que se fuese Elizabeth al día siguiente de mi casa; aunque me quedase yo sólo en ella. Para salir, más tarde de mi cuarto, un poco triste por las circunstancias que me rodeaba: El saber que Elizabeth se tenía que marchar por la mañana temprano, que a duras penas lo superaba.

Cuando se marchó Elizabeth de mi casa y después de yo haberla llevado al aeropuerto, entré en casa con la alegría metida en mi cuerpo; pero pronto se desvaneció dicha alegría al ver en el comodín de la entrada de casa una carta de invitación a una boda.

La cogí tembloroso y al leer el remite vi que era de Sara invitándome a su boda, que se celebraría días posteriores en un buen salón de la ciudad bella de Illinois; donde vivían sus padres y ella misma.

Y cosa curiosa, la carta estaba escrita hacía ya varios días; pero hasta entonces no me había llegado a mi poder, pensando que era culpa del temporal de nieve que azotaba a varios Estados.

Miré para la botella de whisky que tenía en el mueble bar del salón principal de la casa, echándome un culito en un baso; y como yo era un hombre cabal y responsable, no hice más que dar vueltas y vueltas al baso sin probar un trago de aquel whisky.

Día negro para mí, sin saber qué hacer y sin saber dónde ir y a qué hogar acogerme para desahogar mis penas con alguna persona que me escuchara, en vez de con un baso de whisky.

Pensé, de inmediato, que el único hogar que tenía propicio para consolar mis penas era el de Francisco; pero a la vez pensé que no debía ir a dicho hogar, por motivos éticos y morales, ya que a Francisco le hacía daño cuando hablaba de Bautista como mi hijo.

No sabía lo que hacer en aquel día ácido y agobiante para mí; así que me refugié en la lecturas de algunos libros que hay en Internet, en algunas páginas web formidables. Y entre novelas, poesías y comedias musicales pasé todo el día leyendo aquellas obras literarias sin cansarme.

Como aquellas obras literarias eran un relax para mí, por la manera de exponerlas, dormí toda la noche sin despertarme y tal vez soñando con algo agradable y animoso para mí.

Me desperté tarde, así como a las nueve de la mañana, lavándome y afeitándome; Y cuando estaba a punto de ponerme a desayunar sonó el teléfono de la casa.

A mi parecer aquella vez sonaba más rápido el teléfono que nunca; así que no esperé que llegase el ama de llaves, cogiéndole yo para oír una voz agradable para mí. Era mi hija Katie la que me llamaba. Asustándose un poco al oírme hablar tal y como yo lo hacía en aquella ocasión, de desaliento y tristeza para mí; pues aunque yo la decía que no me pasaba nada, mi hija Katie no lo creía.

HUGO -. Que no, hija; que a mí no me pasa nada.

KATIE -. Escúchame tranquilamente y sin ninguna clases de nervios.

HUGO -. Así lo haré.

KATIE -. Vente enseguida a Illinois para estar con mamá, en éste día tan señalado para ella; ya que ha roto su compromiso con el hombre que se iba a casar.

HUGO -. ¡No me digas!.

KATIE -. Sí, que te digo, papá.

Volé, rápido, a Illinois en un vuelo alegre y confiado; sin saber cómo me iba a encontrar a mi ex mujer Sara en aquel desgraciado día para ella: Y en vez de encontrármela triste y ojerosa, la encontré normalmente, como ella se comportaba siempre en la sociedad. Dándome sendos besos en los carrillos, que a mí me pareció que sabían a poco.

Yo anuncié que iría a buscar hotel para quedarme un día; ya que había ido a Illinois para gestionar algunas cosas referentes al rancho, no accediendo Sara que me fuese de la casa sus padres para nada.

Me tuve que quedar en la casa de los padres de Sara aquella noche, teniendo una velada entrañable y amena; ya que nos contamos todas nuestras peripecias desde que nos divorciamos.

Así como a las dos de la noche decidimos marchar a nuestras respectivas habitaciones, para poder descansar un poco en ellas; pero como la habitación de Sara se encontraba frente a la mía, ésta no cerraba bien la puerta, así que la estaba viendo en todo momento, hasta la vi desnudarse. Y lo curioso era, que ella me veía a mí también desnudarme; Mirándonos el uno al otro con mucho celo y mucho cariño metido en nuestros cuerpos, con ésa atracción física que tienen las personas cuando se quieren y se quieren de veras: No sabiendo yo qué hacer al respecto.

Yo fui saliendo de mi habitación, poco a poco, para dirigirme a dónde se encontraba Sara y al llegar a la puerta de su habitación llamé tímidamente en ella, escuchando a Sara una palabra titubeante por ella: ¿Qué quieres?.

HUGO -. Hacía mucho tiempo que no te veía.

SARA -. Ya me estás viendo.

Mientras decía eso Sara, yo entré sin pensarlo en la habitación de mi ex mujer encontrándome delante de ella; y ella me miraba con unos ojos enormes, como si me quisiera decir algo importante con ellos.

La cogí de una mano, para ponerla la otra sobre un hombro; y así irla atrayendo hacia mí poco a poco, hasta rozarnos los cuerpos. . . Y entonces, y solamente entonces supe verdaderamente lo que era cariño.

Ella me echó los brazos por el cuello, para dejarse caer encima la cama arrastrándome a mí con ella. Siendo una noche interminable de amor y afecto el uno para el otro; hasta que los rayos del Sol nos levantó de la cama: Teniendo el desayuno puesto por parte de su madre de Sara, ya que estaban allí los dos papás de Sara, esperando a que nos sentásemos a la mesa.

Cuando nos volvimos a quedar solos Sara y yo, nos hicimos unas preguntas muy allegadas a nuestras relaciones sentimentales.

SARA -. Dijiste, que te marchabas hoy.

HUGO -. Eso tenía yo pensado.

SARA -. ¿Has cambiado de opinión?.

HUGO -. (Mirando fijamente a Sara) -. Tú qué opinas.

Sara se levantó de la silla donde estaba sentada, todavía en la mesa del desayuno, Sara se levantó dando unas pequeñas vueltas alrededor de la mesa, no dejándome mirar para nada. Y al cabo de un tiempo me preguntó si había sido nuestra

hija Katie la que me había indicado sobre la rotura afectiva que había tenido ella con respecto a “ÉSE” hombre. Refiriéndose a su enamorado y poco vivaz en el cariño.

Se volvió a sentar a la mesa, para decirme que su deseo era hablar con Francisco y la señora Irene, agradándome a mí mucho ése interés que tenía Irene por tomar parecer de ésas dos personas.

HUGO -. Nos iremos mañana; pues tengo que prepararte el billete para poderte llevar en nuestro avión.

Al decir yo aquello, de nuestro avión, se la cayeron dos lágrimas de los ojos que parecían unas perlas caídas al suelo.

SARA -. ¿Todavía es nuestro?.

HUGO -. Sí, Sara, y siempre lo será.

Al decirlo yo eso, Sara alargó las manos cogiéndome las mías con mucho tacto, no queriéndolas dejar por si acaso las volvía a perder de nuevo; estando por medio aquella chica tan embelesada conmigo: Haciéndola yo saber, que aquella chica no significaba nada para mí.

Llegamos en un suspiro al aeropuerto de la villa del rancho y antes de irnos a casa, pasamos por el hogar de Francisco, cogiéndole allí todavía ya que era hora muy temprana para el inicio de las tareas en los talleres y en los hangares; así como para tener control del aeropuerto de la villa del rancho.

Mi pesar era enterarme, ¿qué quería saber Sara de ése matrimonio?; no teniéndolas yo consigo para nada ésa quietud que da la confianza, cuando ve que una persona querida se porta con decencia y sin nervios.

Sin ninguna clase de nervios se presentó Sara en la casa de Francisco dando toda clase de explicaciones, con detalles, del desliz que había tenido yo con respecto a la señora Irene; teniendo que solventar dicho problema hablando entre ellos.

FRANCISCO -. No hay nada que hablar.

SARA -. Igual digo yo.

HUGO -. ¡Sara!

SARA -. Sí, hijo. Pues si Francisco ha sabido perdonar a su mujer, yo también sé perdonarte a ti el agravio que cometiste, en su tiempo, al no haber sabido o podido quedarte quieto con ésta mujer. (Señalando a Irene).

Me anunciaba su perdón delante de Francisco e Irene mi mujer Sara; ya que para mí, será siempre mi mujer. Recogiendo yo el guante en forma de flor que me estaba lanzando Sara, para darla yo las gracias por tal indiscreción en ése horrible acto; pero que con crece se lo pagaría ése perdón que me estaba dando en ésos momentos, de euforia amorosa entre ella y yo.

Salimos hasta invitados en la casa de Francisco, Irene y yo; ya que nos sacaron un buen desayuno para almorzar aquella mañana: Habiendo hecho las paces entre todos a la vez. Para que de aquí en adelante constase una buena amistad entre nosotros, al sabernos perdonar nuestras culpas, al igual que Dios perdona a sus hijos las suyas.

Los días sucesivos los pasamos en casa tan agradable, viniendo nuestra hija Katie siempre que podía; cuando no tenía actividades lúdicas y no se diese clase en la

universidad, pues era una chica muy aplicada en sus estudios y en la animación de su equipo, para elevar nota y poder coger los créditos suficientes.

Tan acoplada se quedó Sara en casa, que un día nos llegó el doctor Harrison con idea de que normalizásemos nuestras relaciones sentimentales: Y para ello teníamos que volvernos a casar; ya que estábamos divorciados.

Le invitamos a merendar en casa al doctor Harrison, teniendo una comida succulenta, hecha a base de carne, pescado y verduras; para al final servir unos helados que sabían de maravillas. Pero como el predicador no bebía, ahí se quedó todo.

Supe que al predicador le habían asignado el Templo nuevo, el mayor que había en la villa del rancho; así que teníamos predicador para rato, no desagradándome a mí dicho doctor Harrison; por no ser igual que antes, que me sentaba mal todo lo que decía. Era más, que afianzamos una amistad muy buena.

Los preparativos para la boda se empezaron en poco tiempo, engalanando el Templo hasta la saciedad: Con luces, pañitos, velas, velones y abrigando el suelo; así como pintando todo el Templo de nuevo. Hasta se tuvo que poner un dinero para armonizar el órgano que había en aquel Templo, que era de palabra mayor.

Se hizo a lo grande aquella boda; pues yo me tuve que marchar a la casa de Francisco, saliendo de ella como un pincel, con mi traje nuevo de esmoquin; ya que lo pedían algunas revistas sentimentales de la época, así como todos los paparazzis que asistieron a la boda para perpetuar aquel evento, en dicho tiempo, tan agradable para nosotros dos, Sara y yo.

Cuando llegué al Templo, todavía no había acudido la novia; pues acudió cinco minutos más tarde; ya que era la costumbre de aquellas personas de la villa del rancho: Una amalgama de personas hispano parlantes, casi todas ellas, mezcladas con personas oriundas de aquellos grandiosos Estados.



¡Qué susto!; qué susto, por Dios, ¡qué susto!, nos dio el órgano cuando comenzó a sonar en todo su esplendor: A mí se me encogieron las tripas al oír sonar el órgano con ése sonido característico de todos ellos; a lo primero con un golpe fuerte de teclado en el órgano, para seguir con un sostenido sonido de órgano más agradable. Pero es, que miré a Sara y también se había asustado; ya que tenía los músculos como encogidos.

No sabía si era buen comienzo aquel estado de ánimo en que nos sumergimos los dos, Sara y yo; pero lo cierto era, que todas las miradas estaban puestas en nuestras personas, en mi mujer y en mí, como queriendo saber qué se nos venía a la cabeza en aquel glorioso día a ella y a mí.

No fue sólo el sobresalto que recibimos cuando empezó a tocar el órgano; pues cuando empezó a cantar el coro del Templo parecían unos Ángeles que mandaban sus voces desde lo alto del Cielo. Tanto era así, que cuando el predicador nos dijo, “quieres a . . . ”, estábamos en un estado de shock, que yo le tuve que señalar al coro para que se callase.

El doctor Harrison se fue a la directora del coro para indicarla que cesase, por un momento, los cantares y así pudimos dar el “sí quiero” con todo el esplendor que el acto merecía.

A la salida del Templo fue otro sobresalto que recibimos Sara y yo; ya que nos hacían los honores los Cowboys puestos en dos filas, a cada lado, en nuestro paso; yendo majestuosamente bajando las gradas del Templo hacia la calle. Y entonces pudimos darnos cuenta, que el velo lo sostenían mis dos hijos, Katie y Bautista.

Estando en la mitad de las gradas que teníamos que bajar hacia la calle desde el Templo; por poco se cae Sara, no pudiendo resistir tanto fotonazo de los paparazzis, como fotografías estaban haciendo a nuestro paso.

Al bajar aquellas gradas del Templo nos estaba esperando una limosina para llevarnos al aeropuerto; ya que teníamos vuelo una hora más tarde hacia la bonita ciudad de Kansas City, pasando al aterrizar en aquella hermosa ciudad por sus fuentes y sus museos antes de llegar al hotel dónde teníamos reservado habitación: Una gran suite, que nos hizo las delicias de aquella noche; sabernos el centro del Universo, al ser invitado de honor en dicho hotel.

Yo me levanté más temprano que Sara, para ir en busca de la prensa escrita; llevándolas algunas revistas a Sara, dándola con ellas el desayuno más cordial de todos los tiempos que habíamos tenido juntos los dos.

Nos asombramos los dos al ver tanta fotografía en las revista y tan poco detalle como tenían los periódicos de aquel grandioso evento, como fue la boda, el día anterior, en la villa del rancho.

SARA-. Esto lo ha tenido que preparar alguien.

Así decía mi mujer Sara, con todo tipo de detalle y cargada de razones; bajando yo al hall del hotel y viendo allí a paparazzis. Entonces fue cuando me di cuenta que aquello no había terminado: Pero como conocí a uno de aquellos paparazzis me fui derecho a el preguntándole algo.

HUGO -. Me alegra verle a usted, Mason.

MASON -, Yo también me alegro de verle, señor Hugo.

Y preguntándole por el promotor del evento, me informó que era mi hija Katie la que se había encargado de que saliese la boca en casi todas las revistas de su agrado.

Subiéndome a la suite para informar a Sara de las pesquisas que yo había hecho en el hall de hotel, preguntando a un paparazzi por la persona responsable de todas aquellas publicaciones en las revistas del corazón.

Sara saltó de la silla donde se estaba dándose el maquillaje, para exclamar una cosa que tenía metida dentro de sí; y era que no la gustaba nada, pero que nada, el haber organizado nuestra hija todo aquel popurrí en forma de operativo.

¡Un operativo!: Pues claro que sí, que sí había sido, poco más o menos eso; un operativo en forma policial para que nadie supiese quién había sido el promotor de aquellas revistas afines a la sensibilidad del corazón. Porque había habido su trama y su predisposición para hacer aquel engranaje de unir varias revistas publicando la boda entre Sara y yo.

El viaje de novios se suspendió, cuando terminamos ver todos los museos que tiene aquella bella y gran Ciudad, Kansas City; así cuando vimos todas las fuentes que tiene dicha Ciudad: Ya que el deber nos llamaba para estar cerca de las evoluciones económicas y jurídicas del Rancho en la oficinal general.

Pero al parecer no había terminado las fiestas de la boda; ya que según carteles, el sábado siguiente se daría un espectáculo de domas de los caballos, yendo todas las personas de la villa, y eso que eran muchas, al complejo de equitación de caballos.

Nosotros fuimos con la invitación que nos habían mandado desde la oficina del complejo de equitación de los caballos, para que fuésemos como invitados de honor a presencial dicha doma en el día indicado.

Y sí, allí se encontraba más de media villa del rancho; para presencial aquel evento de equitación caballar y ver las cabriolas que un equino puede hacer, si se lo manda el jinete que lo monta. Y vaya si lo hacían, hacían figuritas al viento, por así

decir; pero lo más extraño que vi, fue a Elizabeth montando su caballo de siempre, el que siempre había montado.

Unas veces subida en la grupa de su caballo y otras cabalgando en un costado del caballo, para coger alguna cosa del suelo; así como saltar del caballo en carrera para volver a montar sobre el mismo animal en la misma carrera.

¡Qué sé yo!; si allí se hacían infinidad de movimientos y saltos, que una persona pueda imaginar nunca. Y hasta puedo contar que saltaban de un caballo al otro en plena carrera para quedar sentado en la silla del segundo caballo, volviéndose de espaldas a la cabeza del caballo, divisando solamente la cola del mismo. Si sigo, les tengo que contar algo insólito; ya que de repente se veían sentados en las grupas de los caballos, como ya no se veía: Y es que se ponían en un lado del costado del animal como todo recto, sin saber si ése caballo lo iba dirigiendo alguien; para ocultarse con el lomo del animal. . . Y así infinidad de movimientos, que yo no sé explicarlos, por no haberlos hecho, aunque monte a mi caballo.

Tan embelesado estaba mirando las cabriolas que hacían los jinetes con sus caballos, que me tuvo que dar en el brazo Sara con su codo para que me fijase mejor y pudiera ver a Elizabeth hacer aquellas mismas cabriolas con su caballo; ya que su sombrero no me dejaba percibir bien la fisonomía de su cara.

Elizabeth estaba preciosa, pues era una chica esbelta, llegándola los pies muy bien a los estribos de su caballo, con ése traje típico de cuero de ser una buena Cowboy como ninguna. Y al terminar el espectáculo de equitación, se nos vino Elizabeth donde estábamos nosotros, Sara y yo, para saludarnos momentáneamente.

Fue un saludo muy cordial, porque la estaba esperando en la puerta de salida del recinto donde se había representado todo el evento de equitación de aquel día Rayan.

Al llegar a casa nos estaba esperando, en ella, nuestra hija Katie y al preguntarla algo su madre, nuestra hija no dudó para nada dar la respuesta.

SARA -. Hija, cariño: ¿Quién ha promovido que saliésemos en casi todas las revistas?.

KATIE -. He sido yo, mamá.

SARA -. ¿En contra respuesta a ésa chica?.

KATIE -. Sí, mamá.

SARA -. Pero, ¿Has cobrado algún dinero por ello?.

KATIE -. Nada mamá: Lo he tenido yo que dar.

Para hacerla ver a Elizabeth que sus padres se querían, nuestra hija Katie había organizado todo el tinglado de aquellas revistas sentimentales, tocando las fibras del corazón.

Lo bueno para mí fue cuando dijo Katie, que no había cobrado nada porque saliésemos en las revistas; no había un contrato por medio, ni tenía idea de explotar el eventote de nuestro enlace: De su madre y el mío. Y hasta se me pudieron saltar las lágrimas al oírla decir, que había pagado por que saliésemos en las revistas.

Era un Cielo la criatura; siendo, tal vez, la promotora intermediaria para que su madre y yo nos reconciliásemos de nuevo: Eso no me cabe duda alguna, pues no hacía más que ir y venir a la villa del rancho con pesquisas de ablandar los nervios a su madre, al saber lo bien que se llevaba conmigo nuestra hija, Katie.

Ya no se la veía tanto juntarse con Bautista, aunque tenía ojeras y tenía descolorida toda la cara.

Katie no dejaba sus estudios para nada; era más, que terminando los cursos académico hizo un master para adquirir puntos, trabajando en la especialidad que había elegido en su carrera.

Solos, estábamos solos su madre y yo en nuestra casa; cuando tuve necesidad de llamar al ama de llaves, presentándose la primera señora que tuvimos antes de haberse ido, en excursión, Sara de casa.

HUGO -. Me alegra verla a usted de nuevo. Bienvenida sea.

AMA DE LLAVE -. Igualmente digo. Perdóneme el señor, si un día le dejé sólo: no era mi intención de hacerlo, pero mi marido no le gusta que me encuentre en una casa a solas con un hombre.

HUGO -. Comprendido; y está usted perdonada.

Pues claro que sí lo había comprendido; ya que muchas mujeres obran según la voluntad de sus maridos, para que no haya roce alguno en sus casas entre ellos.

No quedó ahí todo, pues como tenía un poco de fiebre, al haber cogido un constipado mayúsculo, la tisana que me hizo el ama de llaves en la cocina me la trajo una ayudante que tenía yo antes de irse de excursión mi mujer Sara. Disminuyéndome la fiebre el agua de cebada.

Aquel día no salí a la calle, ni fui a la oficina general del Rancho; lo pasé leyendo en Internet obras que me gustaron mucho, embelesándome con una, sobretudo: Que hay que ver las cosas que se piensan.

Aunque me puse bueno no dejaba de leer y leer aquellas obras literarias, enganchándome yo a su alegre narración con buen entendimiento; para hacernos la vida más agradable posible y pasar un par de horas sin ninguna clase de problemas leyendo

aquellas obras tan ligeras y tan abundante en su contenido humanístico. Y como en aquellas obras literarias existían palabras muy bonitas y olvidadas, no por eso en desusos, las repetía yo a mis interlocutores, mirándome éstos y abriendo unos ojos enormes, como diciendo: Hay que ver lo bien que habla.

Ya que ha comenzado la era digital, hago gala de ella; hablando bien de su llegada, pues sin esfuerzo alguno se puede leer desde distancia, si se tiene un ratón con cable largo: Hasta planchando se puede leer.

Estando en éstas divagaciones de pensamiento furtivo para mi persona, ya que tenía un desconcierto dentro de mí, que no sabía por dónde nos había venido tanta información de repente, me llegó mi hija Katie con Bautista a casa; dejando yo tanto saber y tanta información a un lado, para ir a dónde estaban ellos: En el salón principal de la casa los encontré sentados los dos, cada uno en un sillón, mirándose el uno al otro.

Enseguida comenzó hablarme mi hija Katie sobre las necesidades que tenía Bautista en sus estudios: No sabiendo yo qué necesidades tendría Bautista para hacerme a mí participe de sus intenciones forzosas.

HUGO -. Hija, cielo; deja que hable él.

KATIE -. Le hace falta un ordenador a Bautista.

Todavía seguía hablando mi hija Katie y eso que la dije dejase a Bautista que me lo dijese él mismo, lo que necesitaba para sus estudios.

HUGO -. (Refiriéndome a Bautista). ¿Eso es verdad?.

BAUTISTA -. Sí papá. Necesito un ordenador lo antes posible; pues sin el no llegaría a ninguna parte en mis estudios.

Pero como aquí los vende una casa comercial que hay en la calle principal, le indiqué que era más fiable si un contable mío le asesorase en la compra de un ordenador; diciéndome Bautista, que había visto uno en New York apropiado para sus estudios en la universidad y allí que nos fuimos para agenciar un ordenador a Bautista; no sin antes habérselo dicho a sus padres, delegando en mi persona; ya que yo sabía más que ello, de esos menesteres.

Un vuelo un poco azarado hicimos en aquel día; ya que tuvimos que aterrizar en Detroit para proseguir nuestro vuelo hasta New York por motivos de un aire huracanado que no nos dejaba volar a nuestras anchas; ya que era aire de cola y nos estaba llevando aquel cascaron para donde quería el viento.

Así cuando terminó el aire huracanado, nos encontramos en la bonita y gran Capital de New York y con ello en un supermercado digital, donde vendían infinidad de ordenadores; llenando todas sus estanterías.

Pero como yo me adelantaba siempre a un posible descalabro, nos encontramos en dicho supermercado con un contable ayudante mío, que nos asesoró en la forma y en el ordenador que tenía mejor uso para Bautista; ya que éste golpeaba mucho las teclas, teniendo que ser de alambre caliente la almohadilla. Con una característica rectangular su pantalla, como se llevaba en esos tiempos, con pantalla plana para captar mejor las tres pantallas en ellas; los 3D.

En definitiva, que Bautista hizo una buena adquisición en aquel supermercado de ventas digitales, por haberse agenciado un buen ordenador, con una pantalla moderna de su tiempo. Para salir de aquel supermercado, Bautista, como saltando de alegría y con lágrimas en los ojos, al saberse querido por mí; no solamente por Katie, que era la que le quería muy bien.



Bautista me miraba mucho a la salida del supermercado, como si me quisiera decir algo, y parándose frente a mí me taponó el paso. Pues claro que éste chico me quería decir algo, y abriendo la boca pronunció unas palabras que nunca olvidaría.

BAUTISTA -. Gracias, papá: Te quiero mucho.

Katie se quedó mirándome con cara alegre y dicharachera; pues en vez de sentarla mal que Bautista me dijese eso, la había sentado de maravillas; como si me quisiera decir: Mira papá, como te quiere Bautista y qué piensa de ti.

Yo hubiese querido permanecer con los chicos aquella noche en la bella y bonita Capital de New York, pero las circunstancias obligaban para marcharnos a la villa del rancho; ya que los papás de Bautista estaban pendientes de la llegada de su hijo a su casa.

Hubiese sido imprudente, por mi parte, haberme quedado con los jóvenes en New York aquella noche, pese a que se hubiesen divertido mucho viendo una revista musical que se montaba aquella noche en un teatro afamado de la gran Manzana del teatro, en Broadway.

Así como al oscurecer, llegamos al aeropuerto de la villa en el rancho; habiendo salido al amanecer del mismo aeropuerto con vuelo hacia New York, yéndonos rápidamente a la casa de Francisco con idea de que éste viese el ordenador que había comprado su hijo Bautista. Y a poco tiempo de estar allí sonó el timbre de la puerta siendo el mismo ayudante de contabilidad, que yo tenía en la oficina general; para quererle configurar el ordenador y le pudiese servir, inmediatamente para escribir en el

o buscar algún libro que le sirviese a Bautista de información en sus estudios. Y así fue, pues en poco tiempo tenía operativo el ordenador Bautista.

No había una sin dos; pues a Ryan le tuvieron que llevar al hospital por haber participado en el rodeo de Austín, trasladándole al hospital de la villa en el rancho; ya que la caída que sufrió en dicho rodeo quedó bastante malograda en toda su Alma.

Allí pude ver a Elizabeth en los pies de la cama, ayudando a Ryan con su cuerpo maltrecho por la caída que tuvo días anteriores en el rodeo de Austín; ya que no se podía mover.

Elizabeth se alegró mucho al vernos a Sara y a mí, expresando su agrado con palabras de afectos; comprendiendo yo que entre Ryan y aquella chica había algo más que un trato cordial y algo de afecto: Por lo menos se estaban conociendo aquellos dos jóvenes, sin saber yo hasta dónde podía llegar aquella buena amistad.

Pero pronto supe hasta donde llegaba la amistad entre Ryan y Elizabeth; pues cuando salió del hospital Ryan se instaló Elizabeth en su casa con toda clase de derecho; ya que al parecer tenían unos lazos de amistad muy fuertes.

En vez de parecerme mal dicha amistad entre los dos jóvenes me pareció bien aquellos lazos de fraternidad entre ellos, o por lo menos así se podía decir por ahora.

Avisándome mi hija Katie de ése grado afectivo que tenían Ryan y Elizabeth entre ellos, ya que no eran solamente de amistad, había algo más entre ellos.

Tanto era así, que en poco tiempo recibimos una invitación para que asistiésemos a la boda de Ryan y Elizabeth, en un periodo determinado; y entre medio de ése tiempo determinado se preparó la boda a conciencia entre ellos.

Aunque para decir verdad, los ayudamos todos nosotros, mis ayudantes y mi familia; poniendo un poco de acá y un mucho de allá, sin decir una sola palabra: Pues eso es lo bueno.

El día deseado llegó a su tiempo, viéndose el Templo totalmente abarrotado de personas, que querían presencial la boda.

Asistiendo al banquete en el mismo restaurante del sistema de equitación, para que nada saliera de allí; de aquel medio donde ellos trabajaban.

El Rancho estaba floreciente, tanto en actividades, como en ingresos en efectivos; habiendo trabajo suficiente como para que el personal estuviese cómodamente en sus tareas encomendadas.

Por la parte que nos correspondía a Sara y a mí: ¿Qué más íbamos a pedir?; si ya teníamos lo suficiente como para vivir cómodamente y ser felices entre nosotros dos, al saber que nuestra hija Katia había terminado su carrera, queriéndose especializar en parte de la misma.

Bautista, se empleó bien en una gran multinacional; siendo un empleado destacado, dentro de su carrera: Queriéndole sus jefes mucho.

Y como aquí paz y aquí gloria, me tengo que despedir de ustedes; esperando que les haya gustado ésta obra literaria, que ha sido un pequeño homenaje para todos los Cowboys,

FIN

## CRÍTICA DEL AUTOR.

Es una obra literaria de ficción, no poniendo nombre alguno a los lugares que se indica en la obra, al ser toda ella invención del autor, imaginación. Pidiendo perdón a toda la persona que se sienta afectada por la obra.

He querido hacer un homenaje a los Cowboys, que tanto empleo en mis comedias musicales.

En cuanto al contenido, es un canto espiritual para las personas que viven y se empeñan en que siga dicha actividad en los ruedos y en los complejos de equitación caballar; con una trama amorosa entre ellos: Unas veces queriendo tener lo que no se puede moralmente y otras pidiendo perdón, al comprender que se puede perdonar dichos deslices; siempre que sean esporádicos. Para observar una ética profesional, en la persona que estaba al frente de predicar dichos valores humanos entre todas las personas.

El sentimiento es puramente humano; no siendo una tirantez entre ellos ésa manera de actuar en la sociedad por parte de alguna persona; viendo una predisposición religiosa entre todas ellas; levantando ésos valores espirituales dentro de un orden ético.